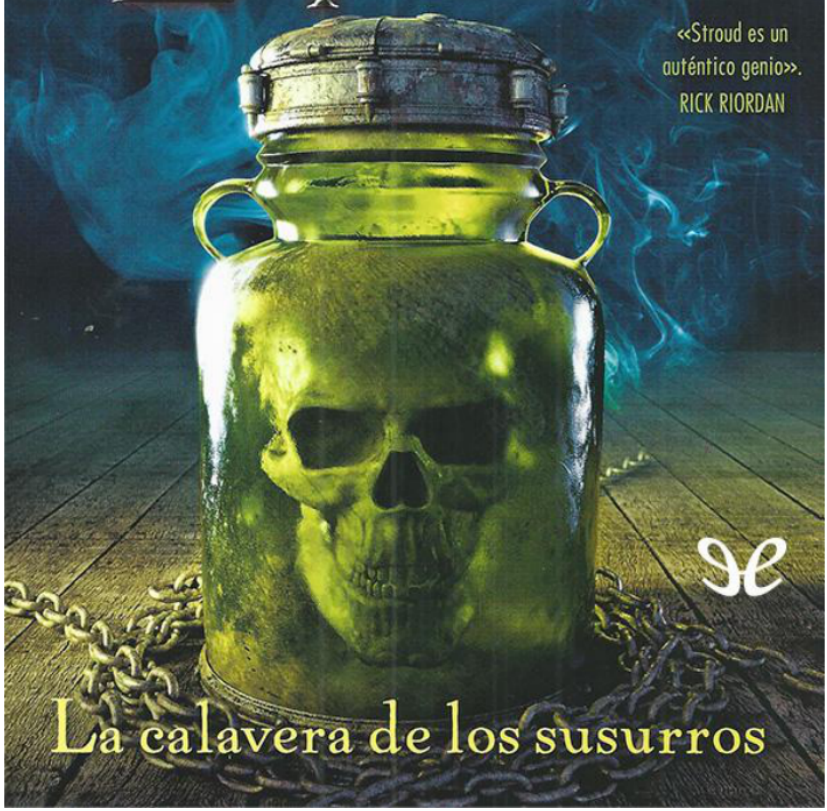
Del autor superventas del *New York Times*

JONATHAN STROUD

AGENCIA Lockwood

«Stroud es un auténtico genio».
RICK RIORDAN



La calavera de los susurros

Algo extraño está pasando en Londres: todo tipo de fantasmas, apariciones, espíritus y espectros están surgiendo en la ciudad, y no son precisamente amistosos. Solo los jóvenes tienen las habilidades psíquicas necesarias para ver estos peligros sobrenaturales y acabar con ellos. Muchas agencias de detección psíquica han comenzado a brotar como setas para terminar con esta amenaza, y compiten entre sí en este duro negocio.

La intrépida Lucy Carlyle se une a Anthony Lockwood, el carismático líder de la agencia Lockwood, que funciona sin la supervisión de ningún adulto. Ambos, junto con su divertido amigo George, se ven forzados a investigar una de las casas encantadas más famosas y temidas de Inglaterra.

¿Conseguirán sobrevivir a su legendaria Sala Roja?

Jonathan Stroud

La calavera de los susurros

Agencia Lockwood - 02

ePub r1.0
Titivillus 08.06.2023

Título original: *The Whispering Skull*
Jonathan Stroud, 2014
Traducción: Celia Martínez Duro

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

AGENCIA Lockwood

La calavera de los susurros

JONATHAN STROUD

Traducción de Celia Martínez Duro

Para Laura y Georgia.

1

—No mires ahora —dijo Lockwood—, pero hay dos.

Eché un vistazo detrás de mí y vi que tenía razón. No muy lejos, al otro lado del claro, un segundo fantasma había emergido de la tierra. Al igual que el primero, era una cortina de niebla pálida y con forma humana que se cernía sobre la hierba oscura y húmeda. También parecía tener la cabeza inclinada, como si se hubiera roto el cuello.

Lo miré, más molesta que asustada. Llevaba doce meses trabajando como agente júnior en la agencia Lockwood, enfrentándome a espectros fantasmagóricos de diferentes tipos y tamaños espeluznantes. Los cuellos rotos ya no me perturbaban tanto.

—Ah, genial —respondí—. ¿De dónde ha salido ese?

El chirrido de un velero anunció que Lockwood había sacado el estoque del cinturón.

—No importa. Yo lo vigilaré. Tú sigue atenta al tuyo.

Volví a mi posición. La primera aparición seguía flotando a unos tres metros del borde de la cadena de hierro. Llevaba con nosotros

unos cinco minutos y su presencia era cada vez más clara. Podía ver los huesos de los brazos y las piernas, así como los nudos de cartílagos que los unían. Los contornos borrosos de la figura se habían solidificado y ahora eran motas de telas podridas: una camiseta blanca ancha y unos calzones oscuros y andrajosos que terminaban en la rodilla.

El fantasma irradiaba olas de frío. Pese a que era una noche calurosa de verano, el rocío que se acumulaba bajo los oscilantes huesos de los dedos de los pies se había congelado y formaba vidrios de escarcha relucientes.

—Tiene sentido —dijo Lockwood a mis espaldas—. Si vas a ahorcar a un criminal y a enterrarle cerca de un cruce, lo mismo te da colgar a otro más. Tendríamos que haberlo previsto.

—¿Y cómo es que no lo hemos hecho? —pregunté.

—Eso díselo a George.

Mis dedos estaban resbaladizos a causa del sudor. Volví a recolocar el estoque en mi mano.

—¿George?

—¿Qué?

—¿Cómo no sabíamos que habría dos?

Oí el crujido húmedo de una pala atravesando el barro.

Un montón de fango aterrizó sobre mis botas. Desde la profundidad de la tierra, una voz malhumorada habló.

—Solo he seguido los registros históricos, Lucy. Decían que ejecutaron a un hombre y le enterraron aquí. No tengo ni idea de quién es el otro tío. ¿Alguien más quiere cavar?

—Yo no —respondió Lockwood—. A ti se te da bien, George. Te pega. ¿Cómo va la excavación?

—Estoy cansado, sucio y no he encontrado nada de nada. Por lo demás, bastante bien.

—¿No hay ningún hueso?

—Ni una rótula.

—Sigue cavando. El origen debe estar ahí. Ahora tienes que buscar dos cadáveres.

Un origen es un objeto al que un fantasma se siente unido. Si lo localizas, no tardarás en tener controlado al espectro.

El problema es que no siempre es fácil de encontrar.

Murmurando en voz baja, George se agachó y volvió al trabajo.

Bajo las tenues luces de los faroles que había colocado junto a las bolsas, parecía un topo gigante con gafas. El agujero ya le llegaba al pecho, y la pila de tierra que había cavado casi llenaba todo el espacio dentro de las cadenas de hierro. La piedra grande, cuadrada y cubierta de musgo (la que, según creíamos a pies juntillas, marcaba el lugar donde lo habían enterrado) ya hacía mucho que se había volcado y caído hacia un lado.

—Lockwood —dije de pronto—, el mío se está acercando.

—No te asustes. Mantenlo a raya poco a poco. Con movimientos sencillos, como los que hacemos en casa con Joe Flotante. Notará el hierro y se mantendrá alejado.

—¿Estás seguro?

—Claro. No hay nada de lo que preocuparse.

Para él era fácil decirlo. Pero una cosa es practicar los movimientos del estoque con un muñeco de paja llamado Joe en el despacho una tarde soleada y otra muy distinta es apartar a un guardián en mitad de un bosque encantado. Con una floritura y sin convicción, saqué el estoque. El fantasma avanzó, decidido.

Todo el ser era visible. Una cabellera larga ondeaba alrededor del cráneo. Aún quedaban restos de un ojo en la cuenca izquierda, pero la otra estaba vacía. La piel rizada y podrida se aferraba a los trozos de hueso de las mejillas, y la mandíbula inferior le colgaba en un ángulo extraño por encima del cuello. El cuerpo estaba rígido y los brazos caían a sus costados como si estuvieran pegados. Un tenue haz de luz fantasmagórica rodeaba a la aparición. La figura se estremecía cada cierto tiempo, como si siguiera colgada de la horca y el viento y la lluvia la zarandearan.

—Se está acercando a la barrera —dije.

—El mío también.

—Es un auténtico horror.

—Al mío le faltan las dos manos. Supera eso.

La voz de Lockwood sonaba relajada, pero aquello no era algo nuevo. Lockwood siempre parecía estar relajado. O casi siempre. Aquella vez que abrimos la tumba de la señora Barrett sí que estaba nervioso, aunque el principal motivo fueron las marcas de zarpas en su abrigo nuevo. Le eché una mirada rápida de reojo. Estaba erguido con el estoque listo. Tan alto, delgado y despreocupado como siempre, observando cómo se acercaba lentamente el segundo

visitante. La luz del farol iluminó su rostro delgado y pálido, y dejó ver la silueta elegante de su nariz y su pelo alborotado. Tenía esa medio sonrisa que se reservaba para las ocasiones peligrosas, la sonrisa que sugiere que está al mando. Su abrigo ondeaba ligeramente en la brisa de la noche. Como era habitual, me sentí más segura al mirarle. Agarré la espada con fuerza y me di la vuelta para observar a mi fantasma.

Lo encontré justo detrás de las cadenas. Mudo y veloz como un pensamiento, había avanzado en cuanto yo había apartado la vista.

Alcé el estoque.

El espectro abrió la boca y las cuencas de los ojos brillaron con unas llamas verdosas. A una velocidad increíble, se lanzó hacia delante. Grité y retrocedí de un salto. El fantasma chocó con la barrera a escasos centímetros de mi cara. El ectoplasma estalló y salpicó. Las motas de fuego cayeron sobre la hierba embarrada que rodeaba el círculo. La figura pálida se había alejado tres metros, se estremecía y echaba humo.

—Cuidado, Lucy —advirtió George—. Me acabas de aplastar la cabeza.

Lockwood habló, serio y nervioso.

—¿Qué ha sido eso? ¿Qué ha pasado ahí detrás?

—Estoy bien —respondí—. Ha atacado, pero el hierro lo ha espantado. La próxima vez usaré un destello.

—No los gastes todavía. El estoque y las cadenas son más que suficientes. George, danos buenas noticias. Seguro que has encontrado algo.

Como respuesta, tiró la pala a un lado. Una figura cubierta de barro subió con dificultad por el agujero.

—No tiene buena pinta —comentó George—. Aquí no es. Llevo horas cavando. No hay nada enterrado. No sé cómo, pero nos hemos equivocado.

—No —repliqué—. Tiene que ser aquí seguro. Oí la voz justo ahí.

—Perdona, Luce. Ahí abajo no hay nadie.

—Bueno, ¿y de quién es la culpa? Fuiste tú quien dijo que estaría.

George frotó sus gafas con el último trozo limpio de su camiseta. Evaluó con indiferencia a mi fantasma.

—Ah, la tuya es una belleza —dijo—. ¿Qué ha hecho con el ojo?

—Es un hombre —salté—. En aquella época llevaban el pelo largo, como sabe todo el mundo. ¡Y no cambies de tema! ¡Tus investigaciones nos han traído hasta aquí!

—Mis investigaciones y tu don —dijo George—. No he sido yo el que ha oído una voz. ¿Por qué no dejas de hablar y decidimos qué hacer?

Vale, quizá estaba un poco de mal humor, pero que un cadáver podrido saltara hasta llegar a mi cara me había puesto de los nervios. Y, por cierto, yo tenía razón. George nos había prometido que habría un cadáver allí. Había descubierto en un documento que un tal John Mallory, un asesino y ladrón de ovejas, fue ahorcado en la feria de la oca de Wimbledon en 1744. Un conocido panfleto de la época celebró la ejecución de Mallory. Se lo llevaron en una carreta a una zona cercana al cruce de Earlsfield, donde le colgaron de una horca a nueve metros de altura. Después, le dejaron allí «bajo la vigilancia de los cuervos y las aves carroñeras», antes de enterrar sus restos destrozados en las inmediaciones. Todo eso coincidía perfectamente con el guardián actual, cuya aparición repentina en el parque había afectado a la popularidad de la zona infantil de la localidad. Habían visto al fantasma cerca de un terreno de árboles y matorrales.

Cuando descubrimos que este bosque era conocido como el «Fin de Mallory», supimos que íbamos por el buen camino. Lo único que teníamos que hacer era localizar la ubicación exacta de la tumba.

Aquella noche, la atmósfera en el bosque era extrañamente desagradable. Los árboles, sobre todo los robles y los abedules, estaban torcidos y doblados, y los troncos se asfixiaban bajo capas de musgo verde grisáceo. Ninguno parecía tener una forma normal. Los tres utilizamos nuestros dones, es decir, los sentidos psíquicos que captan todo lo que tiene que ver con los fantasmas. Yo oí susurros extraños y crujidos de madera lo bastante cerca como para hacerme saltar, pero ni Lockwood ni George detectaron nada de nada. Lockwood, que destacaba por su visión, dijo que había atisbado la silueta de alguien de pie entre los árboles lejanos. Sin embargo, cuando se giró para mirarle directamente, la forma había desaparecido.

Encontramos un llano en mitad del bosque en el que no crecían

los árboles y donde los susurros eran más intensos. Los rastreé con atención por la hierba mojada, hasta que encontré una piedra cubierta de musgo medio enterrada en el centro del claro. Un rincón gélido se cernía sobre la piedra y unas telarañas la recorrían. Una sensación fría de miedo irracional nos sobrecogió a los tres. Oí una voz incorpórea murmurando a mi lado una o dos veces.

Todo encajaba. Supusimos que la piedra señalaba el lugar donde enterraron a Mallory. Por eso, colocamos las cadenas de hierro y nos pusimos a trabajar, seguros de que acabaríamos con el caso en media hora.

Dos horas después, así estaba el marcador: dos fantasmas y ningún hueso.

Las cosas no habían salido exactamente como planeamos.

—Tenemos que tranquilizarnos, los tres —dijo Lockwood, interrumpiendo la breve pausa que George y yo estábamos usando para mirarnos fijamente—. De algún modo, hemos tomado el camino equivocado y no tiene sentido que sigamos. Recogeremos nuestras cosas y volveremos otro día. Lo único que falta por hacer es acabar con estos guardianes. ¿Con qué creéis que se irán? ¿Destellos?

Se acercó a nosotros, sin perder de vista el segundo fantasma, que también había avanzado hacia el círculo. Como el mío, tenía la apariencia de un cadáver en descomposición, aunque este vestía una levita larga y unos elegantes bombachos granates. Parte del cráneo parecía haberse desprendido y los huesos desnudos de los brazos sobresalían bajo las mangas con volantes. Como había dicho Lockwood, no tenía manos.

—Los destellos son la mejor opción —dije—. Las bombas de sal no sirven para los fantasmas de tipo dos.

—Es una pena gastar dos destellos de magnesio buenos cuando ni siquiera hemos encontrado el origen —opinó George—. Ya sabes lo caros que son.

—Podríamos ahuyentarlos con los estoques —comentó Lockwood.

—Eso es arriesgado con dos guardianes.

—Podríamos tirarles virutas de hierro.

—Sigo pensando que tendríamos que usar destellos.

Nuestra conversación transcurría mientras el fantasma sin manos

se acercaba cada vez más a las cadenas de hierro, quejumbroso y con la cabeza medio inclinada, como si estuviera escuchando lo que decíamos. Ahora había chocado contra la barrera. Una fuente de luz fantasmagórica explotó hacia arriba y las partículas de plasma sisearon mientras caían sobre la tierra. Los tres nos alejamos medio paso.

No muy lejos, mi fantasma también estaba acercándose. Eso es lo que pasa con los guardianes: tienen hambre, son malvados y nunca se rinden.

—Venga, Luce —suspiró Lockwood—. Tendrá que ser con destellos. Tú usa el tuyo, yo el mío y lo dejamos por hoy.

Asentí con tristeza.

—Por fin entras en razón.

Hay algo satisfactorio en usar fuego griego al aire libre. Puedes explotar cosas sin miedo a las consecuencias. Y como los guardianes eran visitantes tan repugnantes (aunque los escuálidos y los mutilados no se quedaban muy atrás), siempre es un gran placer acabar así con ellos. Saqué un proyectil metálico del cinturón y lo lancé con fuerza al suelo, cerca del fantasma. El sello de cristal se rompió. Una ráfaga de hierro, sal y magnesio iluminó la superficie de los árboles que nos rodeaban durante un instante. Después, la negrura volvió a tragarse la noche. El guardián había desaparecido, dejándonos con nubes de humo brillante y flores extrañas marchitándose en la oscuridad del claro. Pequeñas llamas de magnesio menguaban sobre la hierba.

—Bien hecho —dijo Lockwood. Sacó el destello del cinturón—. Hemos acabado con uno y queda otro… ¿Qué pasa, George?

Fue entonces cuando me di cuenta de que George tenía la boca abierta de una forma grotesca y estúpida. No es que sea algo inusual, aunque normalmente no me importa. Tenía los ojos hinchados tras las gafas, como si alguien los estuviera apretando desde dentro. Esto tampoco era raro. Lo que sí era preocupante era su mano alzada y el dedo rollizo apuntando vacilante al bosque.

Lockwood y yo seguimos la dirección de su dedo, y entonces lo vimos.

En la oscuridad, entre los troncos torcidos y las ramas, una luz espectral se movía. Una figura humana y rígida colgaba del centro. Tenía el cuello roto y la cabeza caía hacia un lado. Sin tregua,

atravesaba los árboles para llegar hasta donde estábamos.

—Imposible —dije—. Si acaba de saltar por los aires. No ha podido volver a formarse ya.

—Pues tiene que haberlo hecho —contestó Lockwood—. ¿Cuántos guardianes ahorcados puede haber?

George hizo un ruido incoherente. Giró el dedo y señaló a otra zona del bosque. Me dio un vuelco el corazón y se me encogió el estómago. Otro brillo débil y verdoso se movía allí. Y, tras él, casi fuera de nuestro campo visual, otro. Y más lejos…

—Hay cinco —dijo Lockwood—. Cinco guardianes más.

—Seis —respondió George—. Hay uno pequeño allí.

Tragué saliva.

—¿De dónde salen?

La voz de Lockwood permanecía tranquila.

—Nos superan. ¿Y por detrás?

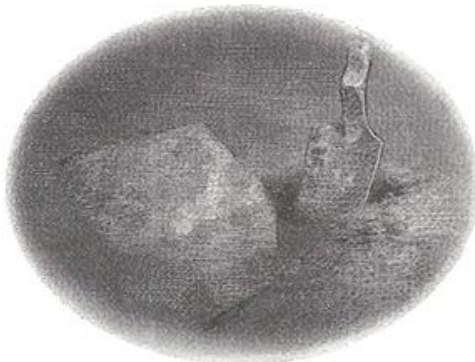
El montículo de tierra de George estaba justo a mi lado. Subí a la cima y, nerviosa, di un giro de trescientos sesenta grados.

Desde donde estaba podía ver el pequeño charco de luz del farol, delimitado por la fiel cadena de hierro. Tras los eslabones plateados, el fantasma que quedaba se abalanzó sobre la barrera como un gato frente al escaparate de una pajarería. A nuestro alrededor, la noche avanzaba tranquila, negra e infinita bajo las estrellas. Un montón de figuras silenciosas atravesaban la quietud del bosque a medianoche. Seis, nueve, una docena o puede que más. Cada una estaba hecha de jirones, huesos y luces fantasmagóricas que se dirigían en nuestra dirección.

—De todas partes —susurré—. Salen de todas partes…

Se produjo un breve silencio.

—¿A alguien le queda té en su termo? —preguntó George—. Tengo la boca un poco seca.



2

No solemos entrar en pánico en situaciones difíciles. Es parte de nuestra formación. Somos agentes de investigación psíquica y te aseguro que se necesita algo más que quince visitantes apareciendo de repente para que nos vengamos abajo.

Aunque eso no significa que no nos pongamos de mal humor.

—¡Un hombre, George! —grité, bajando del montículo de tierra y saltando sobre la piedra cubierta de musgo—. ¡Dijiste que había un hombre enterrado aquí! Un tipo llamado Mallory. ¿Podrías decir cuál es? ¿O te resulta difícil con toda esa multitud?

Con el ceño fruncido, George levantó la vista del cinturón, donde ajustaba las cintas que sujetaban los proyectiles y los destellos.

—¡Yo he seguido lo que decían los registros históricos! No puedes echarme la culpa a mí.

—Podría intentarlo.

—Nadie le echa la culpa a nadie —dijo Lockwood. Estaba muy quieto, con los ojos entrecerrados y fijos en el claro. Después de meditarlo, pasó a la acción—. Plan F. Seguimos el Plan F, rápido.

Le miré.

—¿Ese es en el que salimos corriendo?

—Para nada. Es en el que nos retiramos con solemnidad.

—Estás pensando en el Plan G, Luce —gruñó George—. Son parecidos.

—Escuchadme —dijo Lockwood—. No podemos quedarnos toda la noche en el círculo y, además, puede que no resista. Hay menos visitantes en el este. Solo veo dos, así que iremos por ahí. Corremos hasta ese olmo alto y luego nos abrimos camino por el bosque hasta que lleguemos al parque. Si somos rápidos, les costará atraparnos. George y yo aún tenemos nuestros destellos. Si se acercan, los usamos. ¿Os parece bien?

No es que sonara genial, pero era mucho mejor que cualquier otra alternativa que se me ocurriera. Saqué una bomba de sal de mi cinturón. George preparó su destello. Esperamos la orden de Lockwood.

El fantasma sin manos había llegado al lado oriental del círculo. Había perdido mucho ectoplasma intentando atravesar el hierro y tenía un aspecto mucho más lamentable y patético que antes. ¿Por qué los guardianes son tan espantosos? ¿Por qué no se manifiestan como los hombres o mujeres que fueron? Hay muchas teorías, pero, como tantas cosas sobre la epidemia fantasmagórica a la que nos enfrentábamos, nadie conoce la respuesta. Por eso se llama «el Problema».

—Vale —dijo Lockwood.

Salió del círculo y yo le tiré una bomba de sal al fantasma.

Explotó. Al entrar en contacto con el plasma, la sal estalló con un resplandor esmeralda. El guardián se rompió como un reflejo en aguas revueltas. Haces de luz clara se arquearon hacia atrás, apartándose de la sal y del círculo, y volviendo a formar un espectro raído.

No nos quedamos para contemplar la escena. Ya habíamos echado a correr hacia la tierra oscura e irregular.

La hierba mojada chocaba contra mis piernas y el estoque se zarandeaba bajo mi agarre. Unas sombras pálidas se movían entre los árboles, cambiando de rumbo para perseguirnos. Las dos más cercanas avanzaron hasta la abertura, con los cuellos agrietados y las cabezas inclinadas hacia las estrellas.

Era rápidas, pero nosotros lo éramos aún más. Casi habíamos atravesado el claro. El olmo estaba justo delante. Lockwood, que tenía las piernas más largas, iba a la cabeza. Yo era la segunda y George me pisaba los talones. Un par de segundos más y estaríamos en la zona más oscura del bosque, donde ningún fantasma se movía.

Todo iba a salir bien.

Tropecé. El pie se me enganchó en algo y caí de bruces. Mi cara estaba aplastada contra la fría hierba y el rocío me salpicaba la piel. Algo me golpeó en la pierna y luego George cayó sobre mí, maldiciendo mientras aterrizaba y se alejaba rodando.

Levanté la cabeza. Lockwood, que ya había llegado al árbol, se daba la vuelta. Acababa de percatarse de que no estábamos a su lado. Gritó para alertarnos y empezó a correr hacia nosotros.

Una ráfaga de aire frío me golpeó. Miré a un lado y lo vi: un guardián.

Le doy puntos por su originalidad. No tenía a la vista el cráneo ni las cuencas vacías ni restos de hueso. Tenía el aspecto del cadáver antes de que se pudriera. El rostro estaba completo y los ojos vidriosos eran anchos y resplandecientes. La piel era blanquecina y sin brillo, como la de los peces que se apilan en los puestos del mercado de Covent Garden. La nitidez me sorprendió. Podía ver hasta la última fibra de la cuerda que le rodeaba el cuello y los brillos húmedos de los dientes blancos y radiantes…

Yo seguía de frente, sin poder alzar el estoque o llegar al cinturón.

El visitante se inclinó, acercándose y alargando la mano blanca y borrosa…

Entonces desapareció. Un resplandor intenso brotó por encima de mí. Una lluvia de sal, ceniza y hierro ardiente me manchó la ropa y me quemó la cara.

El destello se apagó. Empecé a ponerme en pie.

—Gracias, George —dije.

—No he sido yo. —Me ayudó a levantarme—. Mira.

El bosque y el claro quedaron iluminados por unas luces que se movían y las estrechas antorchas de magnesio blanco, diseñadas para atravesar la piel de los espectros. Sin detenerse, unas formas se abrían paso a través de la maleza, firmes, oscuras y ruidosas. Unas botas crujían bajo las hojas y las ramas pequeñas, y las grandes se

partían cuando las apartaban. Hubo susurros de órdenes y oí respuestas mordaces, alertas, entusiastas y vigilantes. Los guardianes se detuvieron. Confusos, corrieron sin rumbo en todas las direcciones. Un estallido de sal y explosiones de fuego griego surgieron entre los árboles. Las imágenes de las siluetas de las ramas brillaron durante unos segundos, ardiendo en mis retinas. Rápidamente, los guardianes cayeron, uno detrás del otro.

Lockwood había llegado hasta nosotros. Como George y yo, se había detenido, sorprendido por aquella interrupción repentina. Contemplamos cómo unas figuras emergieron del claro y pisaron la hierba mientras avanzaban en nuestra dirección. Bajo la luz de las antorchas y las explosiones, sus estoques y chaquetas brillaban en un plateado irreal, perfecto e impoluto.

—Agentes de Fittes —anuncié.

—Ah, genial —refunfuñó George—. Creo que prefería a los guardianes.

Era peor de lo que pensábamos. No era cualquier grupo de agentes viejos de Fittes. Era el equipo de Kipps.

No es que lo descubriéramos de inmediato, puesto que los recién llegados insistieron en iluminar nuestras caras con las antorchas durante los diez primeros segundos y nos dejaron ciegos. Por fin, bajaron las linternas y, gracias a la combinación de sus risas feroces y sus repugnantes desodorantes, nos dimos cuenta de quiénes eran.

—Tony Lockwood —dijo una voz divertida—. Con George Cubbins y, esto…, ¿era Julie? Lo siento, nunca me acuerdo del nombre de la chica. ¿A qué diantres estáis jugando aquí?

Alguien encendió un farol nocturno, que es menos intenso que una antorcha de magnesio, y todas las caras quedaron iluminadas. Había tres personas de pie frente a nosotros. Otros agentes con chaquetas grises salían y entraban del claro a la vez que esparcían sal y hierro. Un humo plateado flotaba entre los árboles.

—Menudo espectáculo —dijo Quill Kipps.

¿Alguna vez he hablado de Kipps? Es el líder de un equipo de la división londinense de la agencia Fittes. Fittes, por supuesto, es la agencia de investigación psíquica más antigua y prestigiosa del país. Más de trescientos operarios trabajaban en su inmensa oficina de la calle Strand. La mayoría de los empleados no superan los dieciséis años y algunos hasta tienen ocho. Forman grupos, cada uno

liderado por un supervisor adulto. Quill Kipps es uno de ellos.

Si soy diplomática, diría que Kipps es un joven de veintipocos ligeramente en forma, con el pelo rojizo cortado al ras y la cara estrecha y pecosa. Si no lo soy (aunque sí más precisa), diría que es un inepto pequeño, zanahorio y de nariz chata, además de un enclenque resentido con un ego del tamaño del Big Ben. Una broma con piernas. Un payaso malvado. Es demasiado mayor para que se le den bien los fantasmas, pero eso no le impide llevar el estoque más ostentoso que verás en la vida, cargado hasta el mango con joyas baratas y de imitación.

Bueno, ¿por dónde iba? Kipps. Odia a muerte a la agencia Lockwood.

—Menudo espectáculo estáis dando —repitió Kipps—. Vais incluso más desaliñados que de costumbre.

Caí en la cuenta de que nos habían pillado a los tres en mitad de una explosión. La parte delantera de la ropa de Lockwood estaba chamuscada y su cara estaba cubierta de rayas de sal quemada. Al moverme, polvo negro caía de mi abrigo y de mis medias. Tenía el pelo revuelto y un ligero olor a cuero carbonizado salía de mis botas. George también estaba cubierto de hollín, aunque menos afectado, quizá por la gruesa capa de barro que le protegía.

Lockwood respondió con indiferencia, sacudiendo la ceniza de los puños de su camisa.

—Gracias por ayudarnos, Kipps —dijo—. Estábamos en un aprieto. Lo teníamos bajo control, pero… —respiró hondo—, ese destello nos ha venido bien.

Kipps sonrió.

—No hace falta que me las des. Simplemente vimos a tres lugareños despistados corriendo como si les fuera la vida en ello. Kat lo lanzó sin pensarlo y luego lo hablamos. Nunca imaginamos que los idiotas fuerais vosotros.

La chica a su espalda, sin sonreír, comentó:

—Han fastidiado toda la misión. Es imposible que oiga algo. Hay demasiado ruido psíquico.

—Bueno, está claro que estamos cerca del origen —opinó Kipps—. Debería ser fácil encontrarlo. Quizá el equipo de Lockwood nos pueda ayudar.

—Lo dudo —contestó la chica, encogiéndose de hombros.

Kat Godwin, la mano derecha de Kipps, tenía el mismo don que yo: la percepción. Eso era lo único que teníamos en común. Ella era rubia, delgada y tenía los labios gruesos, lo que ya me daba tres razones para que me cayera mal, incluso si hubiera sido una chica dulce que pasaba su tiempo libre cuidando de erizos enfermos. De hecho, era ambiciosa, dura y fría, y tenía menos sentido del humor que una tortuga acuática. Las bromas la enfadaban, como si notara que pasaba algo a su alrededor y no pudiera entenderlo. Era guapa, aunque tenía la mandíbula demasiado puntiaguda. Si se hubiera caído una y otra vez mientras cruzaba la hierba mojada, podría haber plantado semillas de judías en los agujeros que habría hecho con la barbilla. Llevaba el pelo corto en la nuca, pero la parte delantera le atravesaba en diagonal la frente como la coleta de un caballo. Su chaqueta gris de Fittes, la falda y las medias siempre estaban impecables, lo que me hacía dudar de que hubiera escalado una chimenea para escapar de un fantasma o se hubiera enfrentado a un *poltergeist* en las alcantarillas de Bridewell (oficialmente, el peor encargo del mundo), como yo sí había hecho. Para mi frustración, siempre parecía encontrármela en ese tipo de incidentes. Como ahora.

—¿Qué buscáis esta noche? —preguntó Lockwood. A diferencia de George y de mí, que estábamos envueltos en un taciturno silencio, él se esforzaba por ser educado.

—El origen de este cúmulo de fantasmas —respondió Kipps. Señaló hacia los árboles, donde el último visitante acababa de evaporarse con un estallido de luz esmeralda—. Es una misión bastante importante.

Lockwood observó las filas de jóvenes agentes atravesando el claro. Llevaban pistolas de sal, tirachinas y lanzadores de destellos. Algunos aprendices daban zancadas con rollos de cadenas sujetos a la espalda; otros arrastraban lámparas de arco portátiles y urnas de té, y empujaban cajas con sellos de plata.

—Ya veo —dijo—. ¿Seguro que lleváis suficiente protección?

—A diferencia de vosotros, nosotros sabemos a lo que nos enfrentamos —contestó Kipps. Echó un vistazo a nuestros cinturones medio vacíos—. No sé cómo pensabais que ibais a sobrevivir a un grupo de guardianes con tan poco. ¿Sí, Gladys?

Una niña con coletas, de unos ocho años, se había acercado

corriendo. Nos saludó con elegancia.

—Por favor, señor Kipps, hemos encontrado un posible nexo psíquico en mitad del claro. Hay un montón de tierra y un agujero grande…

—Voy a tener que interrumpirte —señaló Lockwood—.

—Ahí es donde estábamos nosotros trabajando. De hecho, este era nuestro encargo. El alcalde de Wimbledon nos contrató hace dos días.

Kipps alzó una ceja pelirroja.

—Lo siento, Tony, pero también nos llamó a nosotros. Es un encargo abierto. Cualquiera puede aceptarlo. Y quien encuentre primero el origen se lleva el dinero.

—Bueno, pues esos seremos nosotros —replicó George con frialdad. Se había limpiado las gafas, pero el resto de su cara seguía cubierta de barro marrón. Parecía una especie de búho.

—Si lo habéis encontrado, ¿cómo es que no lo habéis sellado? —preguntó Kat Godwin—. ¿Por qué seguía habiendo fantasmas por todas partes?

Aquel, pese a su barbilla y su peinado, era un comentario acertado.

—Hemos encontrado dónde los sepultaron —contestó Lockwood —. Estábamos terminando de cavar.

Se hizo el silencio.

—¿Dónde los sepultaron? —repitió Kipps.

Lockwood dudó.

—Claro. Donde todos los criminales ejecutados…

Los miró.

La chica rubia se rio. Imagínate a un caballo de clase alta relinchando con desprecio desde una tumbona a tres burros que pasan y la calarías perfectamente.

—Sois un grupo de inútiles totales —saltó Kipps.

—Qué gracioso —resopló Kat Godwin—. Divertidísimo.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Lockwood, serio.

Kipps se limpió un ojo con el dedo.

—Significa que obviamente aquí no les dieron sepultura, idiotas. Es donde los ejecutaron, donde estaban las horcas. Esperad… —Se dio la vuelta y llamó a alguien que estaba al otro lado del claro—. ¡Oye, Bobby! ¡Ven aquí!

—¡Sí, señor Kipps, señor!

Una figura diminuta trotó desde el centro del claro, donde había estado supervisando todo.

Gemí para mis adentros. Bobby Vernon era la última y más molesta incorporación de los agentes de Kipps. Solo llevaba con él uno o dos meses. Vernon era muy bajito y quizá también muy joven, aunque había algo extraño en él que recordaba a la mediana edad, así que no me habría sorprendido si en secreto hubiera resultado ser un cincuentón. Incluso comparado con su jefe, que era minúsculo, Vernon era pequeño. Si se ponía al lado de Kipps, su cabeza le llegaba a los hombros y, al lado de Godwin, llegaba a su pecho. No quise ni pensar por dónde le llegaría a Lockwood. Por suerte, nunca los había visto cerca. Llevaba unos pantalones grises y cortos, de los que asomaban unas piernas diminutas, como tallos de bambú peludos. Sus pies casi no existían. Su cara pálida e inexpresiva brillaba bajo un remolino de pelo engominado.

Vernon era listo. Como George, su especialidad era investigar. Esa noche llevaba un portapapeles pequeño en el que sujetaba una linterna de mano que usaba para iluminar el mapa del parque central de Wimbledon, protegido con una funda impermeable.

Kipps dijo:

—Nuestros amigos parecen confundidos por la naturaleza de este lugar, Bobby. Les estaba hablando de las horcas. ¿Podrías ponerles al día?

La sonrisa autocomplaciente de Vernon era tan grande que prácticamente le daba la vuelta a la cabeza y le abrazaba.

—Por supuesto, señor. Me tomé la molestia de ir a la biblioteca de Wimbledon y estudiar los crímenes de la zona —explicó—. Entonces descubrí un informe sobre un hombre llamado Mallory, al que…

—Al que colgaron y enterraron en el parque —interrumpió George—. Exacto. Yo también encontré eso.

—Ah, ¿y también fuiste a la biblioteca de la iglesia de Todos los Santos de Wimbledon? —preguntó Vernon—. Allí encontré una crónica local interesante. Resulta que encontraron los restos de Mallory cuando ampliaron la carretera en el cruce, creo que en 1824. Los desenterraron y volvieron a enterrar en otra zona. Así que el fantasma no está conectado con sus huesos, sino con el lugar en

el que murió. Y lo mismo pasa con todas las demás personas a las que ejecutaron aquí. Mallory no fue más que el primero, ¿sabes? La crónica enumeraba a decenas de víctimas a lo largo de los años, todas colgadas en estas horcas. —Vernon tamborileó con los dedos sobre el portapapeles y nos sonrió con satisfacción—. Eso es todo. Los informes son fáciles de encontrar, si sabes dónde buscarlos.

Lockwood y yo miramos de reojo a George, que no dijo nada.

—Las horcas desaparecieron hace mucho, claro —continuó Vernon—. Así que lo que estamos buscando será una especie de poste o piedra grande que marque el lugar donde estuvo el patíbulo.

—Es bastante probable que ese sea el origen que controle a todos los fantasmas que acabarnos de ver.

—¿Y bien, Tony? —preguntó Kipps—. ¿Alguno ha visto una piedra?

—Había una —respondió Lockwood a regañadientes—. En el centro del claro.

Bobby Vernon chasqueó la lengua.

—¡Ah! ¡Genial! No me lo digas… Cuadrada, inclinada hacia a un lado y con una muesca ancha y profunda, ¿verdad?

Ninguno nos habíamos molestado en estudiar la piedra cubierta de musgo.

—Mm… Podría ser.

—¡Sí! Es la marca de la horca, donde se colocaba el poste de madera. Los cuerpos ejecutados colgaban sobre esa piedra hasta que se caían. —Nos guiñó un ojo—. No la habréis tocado, ¿no?

—No, no —respondió Lockwood—. La dejamos donde estaba.

Uno de los agentes en el centro del claro gritó.

—¡Hemos encontrado una piedra cuadrada! Sin duda, es la marca de las horcas. Alguien ha cavado y la ha tirado por ahí.

Lockwood hizo una mueca. Vernon se rio, satisfecho.

—Pobrecitos. Parece que habéis arrancado el verdadero origen del cúmulo y luego lo ignorasteis. No me extraña que volvieran tantos visitantes. Es como si hubierais dejado abierto el grifo al llenar el fregadero. ¡No tarda en inundar la cocina! Bueno, voy a asegurarme de que sellen esta importante reliquia. Un placer hablar con vosotros.

Se marchó dando saltos por la hierba. Le observamos con la mirada sombría.

—Un tipo con talento —comentó Kipps—. Seguro que os gustaría ficharle.

Lockwood sacudió la cabeza.

—Qué va. Siempre acabaría tropezándome con él o le perdería detrás del sofá. Bueno, Quill, como está claro que hemos encontrado el origen y tus agentes van a sellarlo, es obvio que debemos compartir el encargo. Te propongo dividirlo al sesenta y cuarenta por cierto, ganando nosotros. ¿Vamos mañana a ver al alcalde y se lo sugerimos?

Kipps y Godwin se rieron, pero no de forma amable. Kipps le dio una palmada a Lockwood en el hombro.

—Tony, Tony… Me encantaría ayudarte, pero sabes perfectamente que solo los agentes que sellan el origen se llevan los honorarios. Me temo que esas son las reglas del DICM.

Lockwood dio un paso atrás y llevó una mano a la empuñadura del estoque.

¿Vais a llevaros el origen?

—Sí.

—No puedo permitirlo.

—Me temo que no te queda otra opción.

Kipps silbó. De pronto, cuatro agentes gigantes (que eran claramente primos de un gorila de montaña) salieron sigilosamente de la oscuridad con los estoques en guardia. Se colocaron detrás de él.

Despacio, Lockwood alejó la mano del cinturón. George y yo, que estábamos a punto de desenvainar los estoques, le imitamos.

—Eso está mejor —dijo Quill Kipps—. Asúmelo, Tony. No sois una agencia de verdad. ¿Tres agentes? Si apenas tienes un destello. Sois un desastre con piojos. ¡Ni siquiera os podéis permitir un uniforme! Tendréis suerte si quedáis segundos cuando os enfrentéis a una empresa de verdad. Bueno, ¿creéis que sabréis volver hasta el parque o envío a Gladys para que os lleve de la mano?

Con un esfuerzo titánico, Lockwood había recuperado la compostura.

—Gracias, pero no necesitamos que nos escolten —respondió—. George, Lucy, vamos.

Yo me había puesto en marcha, pero George, con los ojos abiertos tras los cristales redondos de sus gafas, no se movió.

—George —repitió Lockwood.

—Ya están los de la agencia Fittes otra vez —murmuró George—. Solo porque son más grandes y poderosos se creen que pueden intimidar a todo el que se cruce en su camino. Pues estoy harto. Si esto fuera un juego limpio, les destrozaríamos.

—Ya lo sé, pero no lo es —respondió Lockwood en voz baja—. Vámonos.

Kipps se rio.

—Pareces amargado, Cubbins. No es propio de ti.

—Me sorprende que puedas oírme detrás de esa pared de matones, Kipps —observó George—. Así es fácil protegerse. Puede que algún día estemos en igualdad de condiciones. Entonces veremos quién gana.

Dio media vuelta para marcharse.

—¿Eso es un reto? —preguntó Kipps.

—George, venga —dijo Lockwood.

—No, no, Tony… —Kipps se abrió paso entre sus agentes, sonriendo—. ¡Me gusta cómo suena esto! Cubbins ha tenido una idea decente por una vez en su vida. ¡Una competición! Tu grupo contra algunos de mi equipo. Esto podría ser bastante divertido. ¿Qué dices, Tony? ¿O es que te asusta la idea?

No me había dado cuenta antes, pero cuando Kipps sonreía, en realidad imitaba a Lockwood. Era una versión más pequeña y más agresiva, como una hiena moteada frente a la sonrisa de lobo de mi amigo. Lockwood no sonreía. Se había acercado para mirar a Kipps. Le brillaban los ojos.

—No, la idea me gusta —contestó—. George tiene razón. Os ganaríamos con los brazos cruzados en igualdad de condiciones. No puede haber tácticas intimidatorias ni nada raro. Será una prueba con todas las disciplinas de las agencias: investigar, usar los dones, acabar con los fantasmas y sellar el origen. Pero ¿qué nos apostamos? Necesitamos jugarnos algo. Algo que merezca la pena.

Kipps asintió.

—Cierto. Y no hay nada que tú tengas que yo pueda querer.

—Bueno, en eso no estoy de acuerdo —contestó Lockwood, rebuscando en su abrigo—. ¿Qué te parece esto? Si volvemos a tener el mismo caso, el equipo que lo resuelva gana. El que pierda tiene que poner un anuncio en *The Times*, admitiendo

públicamente la derrota y afirmando que el otro equipo es infinitamente superior al suyo. ¿Qué te parece? Eso sí sería divertido, ¿no, Kipps? Si es que ganas. —Levantó una ceja a su rival, que no respondió al momento—. Bueno, si estás nervioso…

—¿Nervioso? —resopló Kipps—. ¡De eso nada! Trato hecho. Kat y Julie son testigos. Si volvemos a encontrarnos, competiremos. Mientras tanto, Tony, intenta mantener con vida a tu equipo.

Se marchó. Kat Godwin y los otros le siguieron por el claro.

—Eh… Me llamo Lucy —dije.

Nadie me oyó. Tenían trabajo que hacer. Bajo la luz de las lámparas de arco, los agentes siguieron las indicaciones de Bobby Vernon y colocaron redes de cadenas de plata sobre la piedra con musgo. Otros acercaron un carrito, listo para llevársela de allí. Sonaron gritos de alegría, aplausos y risas puntuales. Era otro triunfo para la maravillosa agencia Fittes. Otro caso que robaban a la agencia Lockwood. Los tres nos quedamos un rato allí, en silencio en la oscuridad.

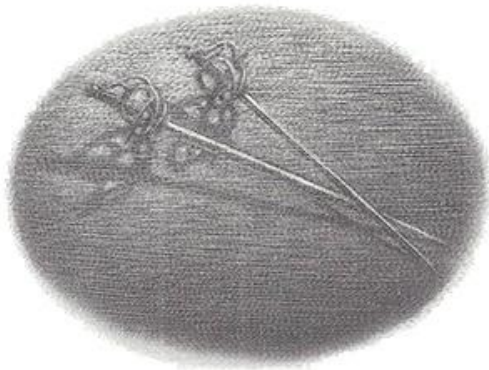
—Tenía que decir algo. Lo siento —se excusó George—. Era eso o darle un puñetazo, y tengo las manos sensibles.

—No tienes por qué disculparte —respondió Lockwood.

—Podemos ganar a Kipps en una pelea justa, así que no nos rendiremos —dije, entusiasmada.

—¡Eso! —George chocó el puño con la palma de la otra mano, haciendo que trozos de barro cayeran al suelo—. ¿Acaso no somos los mejores agentes de Londres?

—Exacto —respondió Lockwood—. Nadie nos supera. La parte delantera de la camisa de Lucy está algo quemada y creo que mis pantalones se están desintegrando. ¿Y si nos vamos a casa?



3

Al día siguiente, el cielo estaba azul y despejado, como en todas las mañanas bonitas y calurosas de verano. Los coches aparcados a ambos lados de la calle brillaban como joyas. Fui a la tienda de Arif con una camiseta, pantalones cortos y chanclas, entrecerrando los ojos por el sol y oyendo el zumbido ajetreado y jadeante de la ciudad. Los días eran largos y las noches cortas, así que los fantasmas tenían menos poder. Era esa época del año en la que la mayoría de la gente intentaba ignorar el Problema. Los agentes no, claro. Nosotros nunca paramos. Mira cómo vamos. Compré leche y bizcocho relleno para desayunar, y chancleteé despacio hacia casa.

Iluminado por la luz del sol, el número treinta y cinco de Portland Row tenía su aspecto habitual, con la fachada sin pintar. Como siempre, el cartel que decía AGENCIA A. J. LOCKWOOD, INVESTIGADORES. SI HA ATARDECIDO, TOQUE LA CAMPANA Y ESPERE TRAS LA LÍNEA DE HIERRO estaba torcido. Como siempre, la campana y el poste parecían oxidados. Como siempre, tres losas de hierro en mitad del camino estaban sueltas, gracias a la actividad de las hormigas del jardín, y una había desaparecido por completo. Lo ignoré todo y

entré. Puse el bizcocho en un plato y preparé el té. Luego me dirigí al sótano.

Mientras bajaba la escalera de caracol, oí unos pasos arrastrándose por el suelo abrillantado y los azotes de una hoja atravesando el aire. Los golpes suaves y nítidos me avisaron de que la espada había dado con su objetivo. Lockwood tenía la costumbre de liberar así la frustración de los encargos insatisfactorios.

La sala de los estoques, en la que solemos practicar el manejo de la espada, no tiene apenas muebles. Hay un estante con estoques viejos, un paragüero cubierto de polvo, una mesa baja y alargada y tres sillas endebles de madera colocadas contra una pared. En el centro de la sala, dos maniquíes de paja de tamaño real cuelgan de unos ganchos del techo. Los dos tienen dibujadas con tinta caras sin mucho detalle. Uno lleva un gorro sucio de encaje y el otro, una chistera vieja y manchada. Los torsos rellenos de algodón están pinchados y rotos con decenas de agujeros diminutos. Los nombres de esos objetivos son lady Esmeralda y Joe Flotante.

Hoy, Esmeralda se estaba llevando toda la atención de Lockwood. Daba vueltas en la cadena y tenía el gorro torcido. Lockwood giró a su alrededor guardando la distancia, con el estoque listo. Llevaba unos elegantes pantalones de esgrima y zapatos de deporte. Se había quitado la chaqueta y remangado un poco las mangas de la camisa. El polvo danzaba a su alrededor mientras deslizaba los pies hacia delante y hacia atrás, con el estoque balanceándose y la mano izquierda en la espalda para no perder el equilibrio. Atravesó el aire con distintos movimientos, hizo un amago, se contoneó a un lado y golpeó de pronto el hombro roto del maniquí, atravesando el muñeco de paja con la punta de la espada. Tenía la cara serena, el pelo reluciente y los ojos le brillaban de la concentración. Le observé desde la puerta.

—Sí, tomaré un trozo de bizcocho, gracias —dijo George—. Si te echas a un lado.

Crucé la sala en dirección a la mesa. George estaba allí sentado, leyendo un cómic. Vestía unos pantalones de chándal sueltos y agobiantes y una sudadera que hacía honor a su nombre. Tenía las manos cubiertas de tiza y la cara roja. Había dos botellas de agua en la mesa y un estoque junto a él.

Lockwood alzó la vista cuando pasé a su lado.

—Bizcocho relleno y té —le informé.

—¡Antes ven conmigo! —Señaló una caja de cartón grande y abierta, colocada cerca del estante de estoques—. Son estoques italianos. Mullet's acaba de enviarlos. Son de acero más ligero y con esmaltado de plata en la punta. Tienen buena pinta. Merece la pena probarlos.

Dudé.

—Eso significa que George se queda solo con los dulces…

Lockwood se limitó a sonreírme y agitó la espada de un lado a otro hasta hacer silbar el aire.

Era difícil decirle que no. Siempre lo era. Además, quería probar mi estoque nuevo. Saqué uno de la caja y lo coloqué sobre las palmas de las manos. Pesaba menos de lo que esperaba y no tenía el mismo equilibrio que mi habitual espada de estilo francés. Agarré la empuñadura y observé la compleja espiral de metal plateado que rodeaba mis dedos como una malla protectora.

—El guardamanos tiene detalles de plata —explicó Lockwood—. Debería protegerte de las salpicaduras de ectoplasma. ¿Qué opinas?

—Es un poco ostentoso —respondí, no muy convencida—. Es el tipo de estoque que llevaría Kipps.

—Oye, no digas eso. Este tiene clase. Pruébalo.

Tener una espada en la mano te hace sentir bien. Incluso antes de desayunar y llevando chanclas, te da sensación de poder. Me giré hacia Joe Flotante e hice un típico movimiento en forma de nudo, uno que acorralaría a un visitante.

—No te inclines tanto —sugirió Lockwood—. Estás algo desequilibrada. Intenta estirar un poco más el brazo. Así… —Me giró la muñeca y modificó mi postura, ajustando con cuidado la posición de la cintura—. ¿Ves? ¿Así mejor?

—Sí.

—Creo que estos estoques te pegan. —Le dio un empujón con el pie a Joe Flotante para que se balanceara de atrás hacia delante y yo tuviera que echarme a un lado para esquivarlo—. Imagínate que es un fantasma de tipo dos hambriento. Busca el contacto humano y se te acerca rápidamente… Tienes que mantener el plasma intacto para que no se libere y amenace a tus compañeros. Intenta hacer una estocada doble, como esta.

Su estoque rodeó al maniquí con unos movimientos borrosos y

difíciles.

—Nunca voy a aprender a hacer eso —repliqué—. Ni siquiera he podido ver cómo lo hacías.

Lockwood sonrió.

—Ah, es solo un giro Kuriashi. Puedo enseñarte los movimientos otro día.

—Vale.

—Se está enfriando el té —comentó George—. Y voy por el penúltimo trozo de bizcocho.

Estaba mintiendo. Todavía quedaba bizcocho, pero era hora de comer algo. Me rugía la barriga y me pesaban las piernas. Puede que fueran las consecuencias de habernos quedado hasta tarde hablando. Me agaché entre Joe y Esmeralda y me dirigí a la mesa. Lockwood hizo un par de ejercicios rápidos, elegantes y precisos más. George y yo le observamos mientras masticábamos.

—¿Qué te parece el bizcocho relleno? —le pregunté con la boca llena.

—No está mal. Lo que no me gusta es eso del giro Kuriashi —contestó George—. No es más que una estupidez moderna, inventada por las grandes agencias para parecer sofisticadas. En mi opinión, le pegas un porrazo al visitante, intentas que no te petrifique y te piras a casa. Eso es lo único que hay que saber.

—Todavía sigues molesto por lo de anoche —observé—. Bueno, yo también.

—Lo superaré. Fue culpa mía no haber investigado lo suficiente. Pero no tendríamos que haber obviado esa piedra. Podríamos haber resuelto el caso mucho antes de que esa gentuza de Fittes llegara. —Sacudió la cabeza—. Son una panda de pijos arrogantes. Antes trabajaba allí, así que lo sé de primera mano. Miran mal a todo el mundo que no lleve una chaqueta elegante o pantalones perfectamente planchados. Como si la apariencia fuera todo lo que importa…

Se metió una mano en los pantalones de chándal y se rascó de forma desagradable.

—Bueno, la mayoría de los agentes de Fittes son buena gente. —Pese a sus esfuerzos, Lockwood apenas estaba cansado. Dejó su estoque en el estante con un ruido y se limpió la tiza de las manos —. No son más que adolescentes como nosotros que arriesgan sus

vidas. Son los supervisores los que causan problemas. Son los que se creen intocables solo porque consiguieron un trabajo cómodo en una de las agencias más antiguas y grandes.

—Dímelo a mí —dijo George con pesadez—. Me volvían loco.

Asentí.

—Aunque Kipps es el peor. Nos odia de verdad, ¿no?

—A nosotros no —respondió Lockwood—. A mí. Me odia a mí.

—Pero ¿por qué? ¿Qué tiene en contra tuya?

Lockwood cogió una de las botellas de agua y suspiró, pensativo.

—¿Quién sabe? Puede que envidie mi estilo natural o mi encanto juvenil. O puede que sea por lo que tengo: mi propia agencia, nadie que me mande y buenos compañeros a mi lado.

Me miró y sonrió.

George levantó la vista del cómic.

—O puede ser porque una vez le diste una estocada en el culo.

—Sí, bueno, eso también.

Lockwood dio un trago de agua.

Los miré, primero a uno y luego al otro.

—¿Cómo? —pregunté—. ¿Cuándo ha pasado eso?

Lockwood se arrojó en una silla.

—Fue antes de que vinieras, Luce —dijo—. Cuando era pequeño. Todos los años, el DICM organiza competiciones de esgrima para los agentes más jóvenes de Londres. En el teatro Albert Hall. Fittes y Rotwell son los que suelen participar, pero mi antiguo supervisor, Sykes el Asaltatumbas, pensó que yo era bastante bueno, así que también me apunté. Me enfrenté a Kipps en los cuartos de final. Tenía un par de años más que yo, por lo que medía mucho más y era el participante favorito. No dejaba de alardear de eso, como te puedes imaginar. Bueno, pues le mareé con un par de medias estocadas de Winchester y al final se tropezó con sus propios pies. Yo solo le di un pinchacito cuando estaba tirado a cuatro patas. No es motivo para enfadarse. Al público le gustó, claro. Por alguna extraña razón, me ha guardado rencor desde entonces.

—Qué raro —comenté—. ¿Entonces ganaste la competición?

—No. —Lockwood inspeccionó la botella—. No… Sí que llegué a la final, pero no gané. ¿Ya es esa hora? Hoy estamos perezosos. Debería ir a ducharme.

Se levantó, cogió dos pedazos de bizcocho y, antes de que

pudiera decirle algo más, salió de la habitación y subió las escaleras.

George me miró.

—Ya sabes que no le gusta mucho hablar de su vida —me recordó.

—Ya.

—Es su forma de ser. Me sorprende que te haya dicho tantas cosas.

Asentí. George tenía razón. Lo único que sabía de Lockwood eran algunas anécdotas que me contaba de vez en cuando. Si le hacía preguntas, se cerraba en banda, como una almeja. Me daba rabia y me intrigaba a la vez. Siempre me dejaba con una agradable sensación de curiosidad. Un año después de que me incorporara a la agencia, los secretos ocultos de los primeros años de vida de mi supervisor seguían conformando su misterio y fascinación.

En general, a la agencia Lockwood le iba bien aquel verano, si no tenemos en cuenta el fiasco de Wimbledon. No nos iba genial, porque no nos habíamos hecho ricos ni nada parecido. No íbamos a construirnos una mansión lujosa rodeada de farolas protectoras y corrientes de agua eléctricas junto al camino (dicen que eso era lo que tenía Steve Rotwell, el jefe de la enorme agencia Rotwell). Pero sí que nos iba algo mejor que antes.

Habían pasado siete meses desde que el asunto de la Escalera de los Gritos nos diera tanta publicidad. Nuestro conocido éxito en Combe Carey Hall, una de las casas más encantadas de Inglaterra, dio lugar a una inmediata avalancha de nuevos e importantes casos. Acabamos con un espectro oscuro que asolaba una zona remota del bosque de Epping y limpiamos una casa parroquial en la que había un nimbo. Y, por supuesto, nuestra investigación de la tumba de la señora Barrett, aunque casi nos costara la vida, hizo que las apariciones ocultas nos nombrara agencia del mes por segunda vez. Como resultado, teníamos la agenda casi llena. Lockwood incluso había mencionado la posibilidad de contratar a una secretaria.

Por el momento, seguíamos siendo una empresa pequeña, la más pequeña de Londres. Anthony Lockwood, George Cubbins y Lucy Carlyle. Solo nosotros tres, juntos en el número treinta y cinco de Portland Row. Viviendo y trabajando codo con codo.

¿George? Los últimos meses no le habían cambiado mucho. Su

aspecto desaliñado habitual, su lengua viperina y gusto por las chaquetas abombadas que se ajustaban en el culo eran cuestiones lamentables. Pero seguía siendo un investigador incansable, capaz de desenterrar hechos cruciales sobre cada una de las ubicaciones infectadas de fantasmas. También era el más cauteloso de los tres, el menos propenso a tirarse de cabeza al peligro. Esa cualidad nos había mantenido con vida más de una vez. George seguía teniendo la vieja costumbre de quitarse las gafas y limpiarlas en su jersey cuando estaba (a) muy seguro de sí mismo, (b) irritado o (c) enormemente aburrido por mi compañía, lo que, por un motivo u otro, parecía ser casi todo el tiempo. Aunque ahora nos llevábamos mejor. De hecho, ese mes solo habíamos tenido una discusión de pisotones y amenazas con sartenes, todo un récord.

A George le interesaban mucho la ciencia y la filosofía de los visitantes. Quería entender su naturaleza y las razones que los llevaban a manifestarse. Por ello, llevaba a cabo experimentos con nuestra colección de orígenes espectrales, que eran huesos antiguos u otros fragmentos que contenía cierta carga psíquica. A veces, esta afición suya resultaba algo molesta. Había perdido la cuenta de las veces que me había tropezado con los cables sujetos a alguna reliquia o que me había asustado con una extremidad amputada cuando buscaba palitos de pescado o guisantes congelados en el fondo del congelador.

Pero al menos George tenía aficiones (las otras dos eran leer cómics y cocinar). Anthony Lockwood era totalmente distinto. No tenía apenas inquietudes más allá del trabajo. En nuestros escasos días libres, se levantaba tarde, hojeaba periódicos viejos o releía las novelas destrozadas de las estanterías repartidas por la casa. Al final las dejaba, practicaba movimientos de estoque sin ánimo y luego empezaba a prepararse para el siguiente encargo. No parecía interesarle nada más.

Nunca hablaba de casos antiguos. Algo le empujaba a seguir hacia delante. A veces se vislumbraba una energía casi obsesiva bajo su aspecto cosmopolita. Pero nunca daba pistas de qué era lo que le motivaba, así que yo me veía obligada a sacar mis propias conclusiones.

Aparentemente, era más enérgico, volátil, apasionado e impaciente que nunca, toda una inspiración continua. Seguía

teniendo un peinado elegante hacia atrás, le seguían gustando los trajes demasiado ajustados y seguía tratándome con la misma cortesía que el día en que nos conocimos. Cuanto más le observaba, más consciente era de cómo se mantenía apartado de todo: de los fantasmas que descubríamos, de los clientes que aceptábamos e, incluso, de sus compañeros, George y yo, lo que no me resultaba fácil de admitir.

La prueba más evidente era la cantidad de detalles personales que habíamos compartido. Había tardado meses en reunir el coraje para hacerlo, pero al final les había hablado bastante de mi infancia, de mis experiencias tristes como aprendiz y los motivos que me llevaron a irme de casa. George tenía muchas historias (y yo rara vez las escuchaba), sobre todo de su infancia en el norte de Londres. Eran normales y aburridas. Su familia estaba bastante centrada y, por lo que parecía, nadie había muerto o desaparecido. Hasta nos había presentado a su madre, una mujer pequeña, regordeta y sonriente que había llamado a Lockwood «corazón» y a mí «cariño», y nos había traído tarta casera. Pero ¿Lockwood? No. Casi nunca hablaba de sí mismo y mucho menos de su pasado o su familia. Después de haber vivido con él un año en la casa en la que se crio, seguía sin saber nada de sus padres.

Aquello era especialmente frustrante porque todo el número treinta y cinco de Portland Row estaba lleno de sus artefactos, reliquias, libros y muebles. Las paredes del salón y del hueco de la escalera estaban decoradas con objetos extraños: máscaras, armas y lo que parecían ser artilugios antifantasmas de culturas exóticas. Resultaba obvio que los padres de Lockwood habían sido investigadores o coleccionistas de algún tipo y tenían especial interés por las tierras más allá de Europa. Pero Lockwood nunca dijo dónde estaban o, lo que era más probable, qué les había pasado. Tampoco había fotografías o recuerdos personales de ellos a la vista.

Al menos no en las habitaciones en las que yo había estado.

Creía saber dónde estaban todas las respuestas sobre el pasado de Lockwood.

Había una puerta en el rellano del primer piso de la casa. A diferencia del resto de puertas del número treinta y cinco de Portland Row, aquella nunca se abría. Cuando llegué, Lockwood me

pidió que la dejara cerrada y George siempre le había obedecido. La puerta no tenía pomo aparente y, como pasaba frente a ella todos los días, su aspecto simple (liso, a excepción de un rectángulo áspero donde habían quitado una etiqueta o una pegatina) parecía un reto insolente. Me animaba a adivinar qué había detrás, desafiándome a echar un vistazo. Hasta ahora, había resistido la tentación, más por prudencia que por hacer lo correcto. Le había mencionado la habitación a Lockwood en una o dos ocasiones, pero aquello no había acabado demasiado bien.

¿Y qué había de mí, Lucy Carlyle, la última incorporación a la agencia? ¿Cómo había cambiado en aquel primer año?

En apariencia, no demasiado. Seguía llevando una melena multiusos, perfecta para evitar las manchas de ectoplasma. Iba igual vestida y no era más guapa que antes. En cuanto a la altura, no había crecido nada. A la hora de luchar, seguía siendo más entusiasta que habilidosa, y demasiado impaciente para ser una excelente investigadora como George.

Pero algo sí había cambiado en mí. El tiempo que había pasado en la agencia Lockwood me había dado una confianza que hasta entonces me faltaba. Cuando caminaba por la calle con el estoque en el costado y los niños se quedaban embobados y los adultos me saludaban con un gesto respetuoso con la cabeza, sabía que tenía un estatus especial en la sociedad. Sinceramente, pensaba que había empezado a ganármelo.

Mis dones no dejaban de mejorar. Mi habilidad para percibir siempre había sido buena, pero ahora era incluso más certera. Oía los susurros de los fantasmas de tipo uno y los fragmentos de palabras que emitían los de tipo dos. Pocas apariciones me eran mudas. Mi sentido de la reminiscencia también se había agudizado. Los ecos del pasado se manifestaban cuando sujetaba ciertos objetos. Cada vez más, me daba cuenta de que intuía las intenciones de los fantasmas y a veces incluso podía predecir sus movimientos.

Eran habilidades poco comunes, pero que quedaban eclipsadas por un misterio más oscuro que envolvía a todos los habitantes del número treinta y cinco de Portland Row, especialmente a mí. Hacía siete meses, algo me diferenció de Lockwood, de George y de todos los agentes con los que competíamos. Desde ese momento, mi don había sido el protagonista de los experimentos de George y uno de

nuestros principales temas de conversación. Lockwood incluso pensaba que podría ser lo que nos trajera riquezas y nos convirtiera en la agencia más famosa de Londres.

Pero primero teníamos que resolver un problema en concreto.

El problema estaba en la mesa de George, dentro de un frasco de cristal y bajo un paño negro azabache.

Era peligroso, malvado y tenía el potencial de cambiarme la vida para siempre.

Era una calavera.

4

George salió de la sala de los estoques y fue al despacho principal. Le seguí con la taza de té en la mano, abriéndome paso entre los restos de nuestro trabajo: montones de periódicos viejos, bolsas de sal, cadenas apiladas con cuidado y cajas de sellos de plata. La luz del sol atravesaba la ventana que daba al pequeño jardín, iluminando las partículas de polvo del aire. Sobre la mesa de Lockwood, entre el corazón momificado y el bote de caramelos, estaba el cuaderno de piel en el que registrábamos lo ocurrido en todos los encargos que aceptábamos. Pronto tendríamos que escribir sobre los guardianes de Wimbledon.

George estaba sentado frente a su escritorio, mirándolo con aire de melancolía. Mi mesa suele estar desordenada, pero la de George aquella mañana estaba a otro nivel. Era la viva imagen de la desolación. Cerillas quemadas, velas de lavanda y charcos de cera derretida manchaban la superficie. Un caos de cables enredados y elementos descubiertos salían de un calentador eléctrico desmontado. En un rincón había un soplete, colocado de lado.

Y en la otra esquina del escritorio, algo se escondía bajo un paño de satén negro.

—Asumo que el calor no ha funcionado, ¿no? —pregunté.

—No —respondió George—. Es inútil. No pude calentarlo lo suficiente. Hoy voy a intentar ponerlo a la luz del sol, a ver si eso lo estimula un poco.

Observé el objeto envuelto.

¿Estás seguro? No ha reaccionado otras veces.

—Hoy hace mejor tiempo. Lo sacaré al jardín cuando salga el sol de medio día.

Tamborileé en la mesa con los dedos. Después de mucho queriendo comentarlo y dándole muchas vueltas, por fin lo dije:

—Sabes que la luz del sol le hace daño, ¿no? —expliqué, despacio—. Y que el plasma se quema.

George asintió.

—Sí… Obviamente. Esa es la idea.

—Ya, pero eso no va a hacer que diga nada, ¿no te parece? —insistí—. ¿No sería contraproducente? Todos tus métodos parecen estar causándole dolor.

—¿Y qué? Es un visitante. ¿Acaso los fantasmas pueden sentir dolor?

George retiró el paño y reveló el frasco de cristal, cilíndrico y algo más grande que un papelera tradicional. Estaba sellado con un tapón de plástico especial, del que salían ganchos y rebordes. George se acercó al frasco y giró una palanca, dejando ver una pequeña rejilla rectangular en el interior del plástico. Le habló a la rejilla.

—¡Hola, chaval! ¡Lucy piensa que estás incómodo! Yo no estoy de acuerdo. ¿Te importaría decirnos quién tiene razón?

Esperó. La sustancia del frasco estaba oscura e inmóvil. No era más que algo que flotaba, quieto, en medio de la oscuridad.

—Es de día —dije—. Claro que no va a responder.

George volvió a cerrar la palanca.

—No responde porque no quiere. Es malvado. Tú misma lo dijiste, después de que te hablara.

—Sinceramente, en realidad no lo sabemos. —Contemplé la sombra encerrada en el cristal—. No sabemos nada sobre él.

—Bueno, sabemos que te dijo que vamos a morir todos.

—Dijo «la muerte se acerca», George. No es exactamente lo mismo.

—Tampoco es que sea una frase cariñosa. —George levantó la maraña de instrumentos eléctricos de su mesa y la tiró dentro de la caja que había junto a su silla—. No. Es un ser hostil, Luce. No podemos ser unos blandengues ahora.

—No estoy siendo una blandengue. Solo creo que torturarlo no es necesariamente el mejor plan. Quizá tengamos que centrarnos en la conexión que tiene conmigo.

Como toda respuesta, George gruñó.

—Mm, sí. Tu misteriosa conexión.

Estudiamos el frasco. Bajo la luz solar, como la de hoy, el cristal parecía grueso y ligeramente azulado. Bajo la luz de la luna o la iluminación artificial, se teñía de un color plateado, típico de los frascos de plata, un material a prueba de fantasmas fabricado por la empresa Sunrise Corporation.

Y, por supuesto, dentro de la prisión de cristal había un fantasma.

No conocíamos la identidad del espíritu. Lo único que era seguro es que perteneció a la calavera humana que ahora se hundía en el fondo del frasco. La calavera era de un marrón amarillento y tenía marcas de golpes. A excepción de eso, no era nada fuera de lo común. Era del tamaño de un adulto, pero no podíamos saber si había pertenecido a un hombre o a una mujer. El fantasma, al estar atado al cráneo, estaba atrapado dentro del frasco sellado. La mayor parte del tiempo se manifestaba como una mancha de plasma oscura, verdosa y desconsolada que se movía tras el cristal. Alguna vez, y normalmente en momentos inoportunos, como cuando pasábamos por allí con una bebida caliente o con la vejiga llena, se solidificaba con violencia y formaba una cara transparente con una nariz protuberante, unos ojos saltones y una boca demasiado grande. Aquel rostro impactante miraba con atención a todo el que estuviera en la sala. Presuntamente, George le había visto lanzar besos al aire. A menudo parecía intentar hablar. Su aparente habilidad para comunicarse era el auténtico misterio y la razón por la que George lo dejaba encima del escritorio.

Por norma general, los fantasmas no hablan, o al menos no lo hacen de forma elocuente. La mayoría —como las sombras, los acechadores, las damas frías, los acosadores y otros fantasmas de tipo uno— son casi silenciosos, excepto por su limitado repertorio

de gemidos y suspiros. Los fantasmas de tipo dos, los más poderosos y peligrosos, pueden emitir algunas palabras medio inteligibles que quienes tienen el don de la percepción, como yo, pueden oír. Suelen ser marcas repetitivas en el aire que rara vez cambian y que están conectadas con la emoción principal que ata al espíritu al mundo de los vivos: el miedo, la ira o el deseo de venganza. Por norma general, lo que los fantasmas no suelen hacer es hablar como tal, a excepción de los legendarios tipo tres.

Hace mucho, Marissa Fittes, una de los dos primeros investigadores psíquicos de Reino Unido, afirmó haber encontrado unos espíritus con los que mantenía conversaciones enteras. Lo mencionó en varios libros y sugirió (porque nunca dio abiertamente los detalles) que le habían contado ciertos secretos sobre la muerte, el alma y el camino hacia el más allá. Tras su muerte, otros habían intentado conseguir resultados similares y algunos incluso aseguraron haberlo hecho, pero nunca se comprobó si decían la verdad. La existencia de los fantasmas de tipo tres se había convertido en un asunto de fe entre los agentes, algo que era casi imposible demostrar. Eso es lo que yo había creído, hasta que el espíritu del frasco, el del rostro horrible y ojos grandes, me habló.

Ocurrió cuando estaba sola en el sótano. Había tirado el frasco sellado y abierto una de las palancas del tapón, revelando la rejilla oculta. Y de repente oí en mi mente la voz del fantasma hablándome, pero hablándome de verdad y llamándome por mi nombre. Me habló de cosas vagas, desagradables y de mal augurio antes de que yo cerrara la palanca y lo acallara.

Quizá había sido un error, porque nunca más había vuelto a hablar.

Cuando les conté mi encuentro con el fantasma, Lockwood y George reaccionaron con gran entusiasmo. Corrieron hacia el sótano, cogieron el frasco y abrieron la palanca. El rostro del frasco no dijo nada. Intentamos distintos experimentos, como girar la palanca en distintos ángulos, probar a distintas horas del día o la noche, sentarnos a esperar junto al frasco e incluso esconderlo. El fantasma seguía sin pronunciar palabra. De vez en cuando volvía a materializarse y nos miraba con resentimiento y hostilidad, aunque nunca hablaba ni mostraba intención de hacerlo.

Aquello nos decepcionó a los tres, por distintos motivos.

Lockwood era consciente del prestigio que conseguiría la agencia por ello, si es que se podía demostrar. George pensaba en los fascinantes conocimientos que podrían obtenerse al hablar con alguien fallecido. Para mí era algo más personal, una revelación inesperada del terrible potencial de mi don. Me asustaba y preocupaba, y había una parte de mí que se sintió aliviada cuando no volvió a ocurrir. Pero también estaba enfadada. Solo por aquel incidente, Lockwood y George me observaban con una nueva mirada de respeto. Si se repitiera y pudiera demostrarse públicamente, me convertiría de inmediato en la agente más famosa de Londres. Sin embargo, el fantasma seguía obstinado y en silencio. Conforme pasaban los meses, casi empecé a dudar de que hubiera ocurrido algo relevante.

Lockwood, siguiendo su estilo práctico, finalmente había centrado su atención en otras cosas, aunque en todos los casos nuevos se aseguraba dos veces de las voces que yo oía, si es que escuchaba alguna. George había continuado estudiando la calavera y seguía métodos incluso más rocambolescos para conseguir que el fantasma respondiera. El fracaso no le desanimaba. Si acaso, había hecho crecer su entusiasmo.

Veía cómo le brillaban los ojos detrás de las gafas cuando analizaba el frasco silencioso.

—Está claro que nos presiente —meditó—. De algún modo, es consciente de lo que ocurre a su alrededor. Se sabía tu nombre. Y me dijiste que también conocía el mío. Debe poder oír a través del cristal.

—O leer los labios —señalé—. Solemos destaparlo a menudo.

—Supongo que sí… —Sacudió la cabeza—. A saber. ¡Tengo tantas preguntas! ¿Por qué está ahí? ¿Qué es lo que quiere? ¿Por qué te habló a ti? Lo tengo desde hace años y nunca ha intentado hablar conmigo.

—Bueno, no habría tenido mucho sentido, ¿no? Tú no tienes ese don. —Toqué el frasco con una uña—. ¿Hace cuánto que lo tienes, George? Lo robaste, ¿no es cierto? He olvidado cómo.

George se sentó en la silla con pesadez y la madera crujió.

—Fue cuando trabajaba en la agencia Fittes, antes de que me echaran por insubordinación. Trabajaba en la Casa Fittes, en la calle Strand. ¿Has estado alguna vez?

—Solo para hacer una entrevista. No duró mucho.

—Pues es un edificio enorme —dijo George—. Están las famosas salas públicas, donde la gente va a pedir ayuda y hay cabinas de cristal en las que las recepcionistas anotan todos los detalles. Luego están las salas de conferencias, en las que exhiben sus famosas reliquias, y, por último, la sala de juntas de caoba que da al Támesis. Pero también hay muchas zonas secretas, a las que la mayoría de los agentes no tienen acceso. Como la Biblioteca Oscura, por ejemplo, donde guardan bajo llave la colección original de libros de Marissa. Siempre quise echarle un vistazo. Pero lo que de verdad me interesaba era lo que había bajo tierra. Hay sótanos a mucha profundidad y dicen que algunos se extienden bajo el río. Solía ver a supervisores bajando en ascensores especiales y a veces veía cómo llevaban frascos como este en carritos hasta los elevadores. A menudo preguntaba qué hacían. Me decían que llevarlos a un almacén seguro, en el que almacenaban a los visitantes peligrosos hasta que pudieran incinerarlos en los hornos de la planta más baja.

—¿Hornos? —pregunté—. ¿Los hornos de Fittes no están en Clerkenwell? Todo el mundo los usa. ¿Por qué necesitarían tener más en el subsuelo?

—Yo pensaba lo mismo —contestó George—. Me hacía muchas preguntas. Me molestaba mucho que no me dieran respuestas. Bueno, pues al final los interrogué tanto que me despidieron. Mi supervisora, una mujer llamada Sweeny, que tenía la cara de un calcetín mojado en vinagre, me dio una hora para despejar mi mesa. Mientras estaba allí, metiendo unas cuantas cosas en una caja de cartón, vi cómo arrastraban un carrito con dos o tres frascos hacia el ascensor. Llamaron a la persona que los llevaba y se alejó. ¿Y qué es lo que hice? Pues corrí y agarré el frasco más cercano. Lo metí en la caja, lo escondí debajo de un jersey viejo y me lo llevé delante de las narices de Sweeny. —Sonrió al recordar aquel triunfo —. Y por eso tenemos nuestra propia calavera encantada. ¿Quién iba a imaginarse que resultaría ser un auténtico fantasma de tipo tres?

—Si es que lo es —dije, dubitativa—. Lleva una eternidad sin hacer nada.

—No te preocupes. Encontraremos la forma de hacer que vuelva

a hablar —comentó George sacándole brillo a las gafas con su camiseta—. Tenemos que hacerlo. Hay mucho en juego, Lucy. Han pasado cincuenta años desde que comenzó el Problema y apenas hemos aprendido nada sobre los fantasmas. Miremos a donde miremos, estamos rodeados de misterios.

Asentí, distraída. Por muy fascinante que fuera George, mi mente se había ido a otra parte. Estaba mirando la mesa vacía de Lockwood. Una de sus chaquetas colgaba del respaldo de la silla vieja y agrietada.

—Hay un misterio algo más cercano —empecé—. ¿Nunca piensas en la puerta de Lockwood del piso de arriba? La que está en el rellano.

George se encogió de hombros.

—No.

—Seguro que sí.

Infló las mejillas y resopló.

—Claro que pienso en ella. Pero es cosa suya, no nuestra.

—Es que, ¿qué puede haber ahí dentro? Es un tema peliagudo. La semana pasada le pregunté por ella y por poco me arranca la cabeza otra vez.

—Lo que debería recordarte que es mejor dejar el tema —opinó George—. No es tu casa y si Lockwood quiere que algo sea privado, es decisión suya y de nadie más. Si fuera tú, yo me olvidaba.

—Solo creo que es una pena que sea tan reservado —dije—. Es una lástima.

George resopló, escéptico.

—Venga ya. Pero si te encanta el aire misterioso que se trae. Igual que te encanta lo pensativo y distante que se pone a veces, como si le diera vueltas a algo importante o pensara en un movimiento intestinal complicado. No intentes negarlo. Lo sé.

Le miré.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Nada.

—Lo que quiero decir —seguí— es que no está bien que se lo guarde todo para sí mismo. Se supone que somos sus amigos, ¿no? Debería abrirse con nosotros. Me hace pensar que…

—¿Pensar el qué, Lucy?

Me di la vuelta. Lockwood estaba junto a la puerta. Se había

duchado y vestido, y llevaba el pelo mojado. Tenía los ojos oscuros fijos en mí. No sabría decir cuánto tiempo llevaba allí.

No dije nada, pero noté cómo me sonrojaba. George estaba ocupado con algo de su mesa.

Lockwood me sostuvo la mirada durante un segundo y luego rompió la conexión. Sujetaba un objeto pequeño y rectangular.

—He bajado para enseñaros esto —explicó—. Es una invitación.

Lanzó el objeto al otro lado de la sala, que pasó junto a la mano estirada de George, se deslizó sobre la mesa y se detuvo frente a mí. Era una tarjeta rígida, plateada y brillante. La parte superior estaba adornada con la imagen de una cría de unicornio que sujetaba un farol con la pezuña delantera. Bajo el logo se leía lo siguiente:

La agencia Fittes

La señora Penelope Fittes y la junta de la estimable agencia Fittes invitan a

Anthony Lockwood, Lucy Carlyle y George Cubbins

a celebrar el quincuagésimo aniversario de la fundación de la agencia en la Casa Fittes, en la calle Strand, el sábado 19 de junio a las 20:00.

Vestimenta de etiqueta. Transporte a la 1:00.

Se ruega confirmación.

La miré fijamente, olvidando la vergüenza.

—¿Penelope Fittes nos invita a una fiesta?

—Y no a cualquier fiesta —respondió Lockwood—, sino a la fiesta. La fiesta del año. Toda la gente importante estará allí.

—¿Entonces por qué nos escriben a nosotros?

George miró la tarjeta sobre mi hombro.

Lockwood habló con voz algo ofendida:

—Porque somos una agencia muy importante. Y también porque la mismísima Penelope Fittes se muestra amable con nosotros. ¿Lo recordáis? Encontramos el cuerpo de su amigo de la infancia en Combe Carey Hall, al final de la escalera de los gritos. ¿Cómo se llamaba? Sam algo. Se siente agradecida. Nos escribió para decírnoslo. Y quizá también haya estado pendiente de nuestros

últimos éxitos.

El último comentario hizo que levantara una ceja. Penelope Fittes, presidenta de la agencia Fittes y nieta de la maravillosa pionera en la investigación psíquica, Marissa Fittes, era una de las personas más poderosas de Reino Unido. Los ministros del Gobierno hacían cola en su puerta. Todos los periódicos publicaban su opinión sobre el Problema y su nombre sonaba en todas las casas del país. Rara vez salía de sus apartamentos, situados sobre la Casa Fittes, y decían que gestionaba su empresa con mano de hierro. Yo dudaba bastante que le interesara demasiado la agencia Lockwood, por muy fascinantes que fuéramos.

Aun así, nos había mandado la invitación.

—El 19 de junio —murmuré—. Eso es este sábado.

—¿Y vamos a ir? —preguntó George.

—¡Por supuesto que sí! —exclamó Lockwood—. Es la oportunidad perfecta para hacer contactos. Todas las figuras de renombre irán, los jefes de las agencias, los peces gordos del DICM, los dueños de las empresas de sal y hierro, y puede que hasta el presidente de Sunrise Corporation. Esta será la única oportunidad que tengamos para conocerlos.

—Genial —respondió George—. Pasar la noche en una sala abarrotada y sudorosa llena de empresarios viejos, gordos y aburridos… ¿Qué podría ser mejor? Si me das a elegir entre eso y enfrentarme a un fétido, elegiría el fantasma flatulento sin pensármelo.

—Te falta visión, George —dijo Lockwood con tono de reproche—. Y pasas demasiado tiempo con esa cosa. —Estiró la mano y, como yo, tocó el cristal grueso del frasco sellado con la uña. Este emitió un sonido leve e irregular. La sustancia del frasco se estremeció por un segundo y luego se detuvo—. No es sano y tampoco has avanzado nada.

George frunció el ceño.

—No estoy de acuerdo. Es lo más importante que puedo hacer. Con la debida investigación, podría ser un gran descubrimiento. Piénsalo. Podríamos conseguir que los muertos nos hablaran cuando queramos…

El timbre de la pared sonó, avisándonos de que alguien había llamado en la planta de arriba.

Lockwood hizo una mueca.

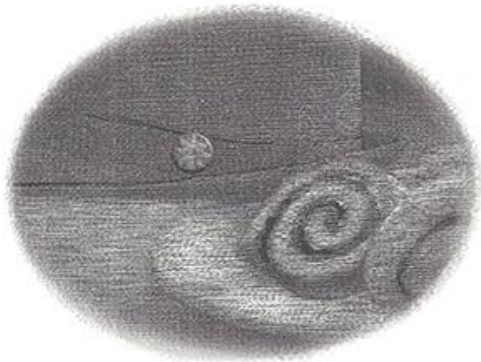
—¿Quién será? No tenemos ninguna cita.

—¿Quizá sea el chico de la compra? —sugirió George.

—¿Con la fruta y la verdura de la semana? —dije, sacudiendo la cabeza—. No. Nos las trae mañana. Serán clientes nuevos.

Lockwood recogió la invitación y la puso a buen recaudo en su bolsillo.

—¿A qué estamos esperando? Vayamos a ver.



5

Los nombres que aparecían en las tarjetas de visita eran «señor Paul Saunders» y «señor Albert Joplin». Diez minutos después, esos dos caballeros se estaban acomodando en nuestro salón y aceptando tazas de té.

El señor Saunders, cuya tarjeta le describía como «excavador municipal», era claramente el que llevaba la voz cantante de los dos. Era un hombre alto y delgado del que sobresalían las rodillas y los hombros. Se había encorvado con dificultad en uno de los sillones y llevaba un viejo traje de lana gris y verde con las mangas muy estrechas. Tenía la cara huesuda y erosionada, con los pómulos anchos y altos. Complaciente, nos sonreía a los tres con unos ojos brillantes y entrecerrados, medio ocultos tras un flequillo de pelo lacio y canoso. Antes de beberse el té, se colocó el estropeado sombrero de fieltro con cuidado sobre las rodillas. Un alfiler plateado decoraba la visera.

—Qué bien que nos hayan recibido sin previo aviso —dijo el señor Saunders mientras hacía un gesto con la cabeza a cada uno. Lockwood estaba recostado en su sillón de siempre. George y yo,

con bolígrafos y cuadernos listos, nos sentamos con la espalda recta en asientos cercanos—. Qué bien, desde luego. Son la primera agencia a la que visitamos hoy y no teníamos esperanza de que estuvieran disponibles.

—Me alegra oír que éramos los primeros de su lista, señor Saunders —agradeció Lockwood.

—Ah, eso se debe cínicamente a que sus aposentos están más cerca de nuestro almacén, señor Lockwood. Soy un hombre ocupado y siempre busco la eficiencia. Soy Saunders, de Excavaciones y Limpieza Felices Sueños, que abrió en King's Cross hace quince años. Este es mi socio, el señor Joplin. —Señaló con pesadez al hombre bajito sentado junto a él, que aún no había dicho nada. Llevaba un montón de documentos enorme y desordenado, y observaba la colección de rastreadores de fantasmas asiáticos de Lockwood con los ojos abiertos y gran curiosidad—. Esperábamos que pudieran ayudarnos esta noche —continuó Saunders—. Por supuesto, ya tengo a un gran equipo diurno trabajando para mí: sepultureros, conductores de retroexcavadoras, rastreadores de cadáveres y técnicos de iluminación, además de la habitual plantilla nocturna. Pero esta noche también necesitaríamos la ayuda de una auténtica agencia.

Nos guiñó el ojo, como si aquello resolviera el asunto, y tomó un sonoro sorbo de té. La sonrisa cortés de Lockwood permaneció intacta, como si estuviera fijada con clavos.

—Claro. ¿Y qué es lo que quiere que hagamos exactamente? ¿Y dónde?

—Ah, es un hombre de detalles. Muy bien. Yo también lo soy. —Saunders se recostó y colocó un brazo delgado en el respaldo del sofá—. Tenemos un encargo en Kensal Creen, al noroeste de Londres. Para vaciar el cementerio. Es parte de la nueva política del Gobierno para erradicar los RA.

Lockwood pestañeó.

—¿Erradicar el qué? Disculpe, no debo haberle oído bien.

—RA. Restos activos. Los orígenes, en otras palabras. Las tumbas antiguas han dejado de ser seguras y podrían poner en peligro al vecindario.

—¡Ah, como ocurrió con el mirón de Stepney! —exclamé—. ¿Lo recordáis del año pasado? El mirón era un alma en pena que salió

de una tumba de un camposanto de Stepney, cruzó la carretera y mató a cinco personas que vivían por allí durante dos noches seguidas. La tercera noche, los agentes de Rotwell le arrinconaron y le obligaron a volver a su tumba. Luego la destruyeron con una explosión controlada. El incidente generó mucha preocupación, ya que las autoridades lo habían declarado un lugar seguro.

El señor Saunders me premió con una ancha sonrisa.

—¡Exacto, niñita! Un mal asunto. Pero así es como avanza el Problema. No dejan de aparecer nuevos visitantes. Esa tumba de Stepney tenía trescientos años. ¿Había molestado antes? ¡No! Después descubrieron que la persona de la tumba había sido asesinada hacía mucho y, por supuesto, esos espíritus no son los que suelen descansar en paz, como siempre pasa con las víctimas de asesinato, suicidio y todo eso. Por eso, la nueva política del Gobierno consiste en vigilar todos los cementerios, de ahí que Excavaciones y Limpieza Felices Sueños esté ahora en Kensal Green.

—Es un cementerio enorme —comentó George—. ¿Cuántas tumbas están vaciando?

Saunders se rascó los pelos de la barbilla.

—Unas cuantas parcelas cada día. El truco es deshacerse de las que podrían traernos problemas. Evaluamos la situación cuando anochece, puesto que la radiación psíquica es más intensa. Tenemos equipos nocturnos localizando las tumbas sospechosas. Las marcan con pintura amarilla. A la mañana siguiente, cavamos y sacamos los huesos.

—Ese trabajo nocturno parece peligroso —dijo Lockwood—. ¿Quién forma el equipo?

—Contrato a los críos de la patrulla nocturna y a otros sensibles que van por libre. También a algunos hombres para alejar a los saqueadores de tumbas. Les pago bien. La mayoría son espectros pequeños: sombras, acechadores y otros de tipo uno. No suelen aparecer fantasmas de tipo dos. Si hay algo raro, contratamos con antelación a agentes.

Lockwood frunció el ceño.

—¿Y cómo pueden conocer el peligro con antelación? No lo entiendo.

—Ah, para eso está Joplin. —El señor Saunders le dio un golpe brusco en las costillas a su acompañante con su codo huesudo. El

hombre bajito hizo ademán de arrancar y se le cayeron la mitad de los folios al suelo. Saunders le miró con impaciencia mientras este se apresuraba para recuperarlos—. Este hombre, Albert, es inestimable, cuando sabemos dónde está… Bueno, venga. Diles lo que haces.

El señor Albert Joplin se irguió y nos dedicó una mirada amable.

Era más joven que Saunders (supuse que tendría cuarenta y pocos), pero igual de desaliñado. Su pelo marrón y rizado llevaba semanas sin ver un peine, quizá años. Tenía un rostro simpático y débil, redondo, de mejillas sonrosadas y que se estrechaba en la mandíbula inferior. Unas gafas redondas y pequeñas enmarcaban sus ojos pesarosos y sonrientes, no muy distintas a las de George. Llevaba una chaqueta de lino arrugada y cubierta de caspa, una camisa de cuadros y un par de pantalones oscuros que le quedaban algo cortos. Estaba sentado con los hombros encogidos y las manos colocadas encima de los papeles, al igual que un lirón tímido y aplicado.

—Soy el archivista del proyecto —explicó—. Ayudo en la operación.

Lockwood asintió, animándole.

—Entiendo. ¿En qué sentido?

—¡Cavando! —gritó el señor Saunders antes de que Joplin pudiera continuar—. Es el mejor excavador de la empresa. No es así, ¿Albert? —Se estiró y, con actitud algo teatral, le apretó un diminuto bíceps al hombre bajo y luego volvió a guiñarnos el ojo—. No lo pensarían al verlo, ¿a que no? Pero lo digo en serio. La diferencia es que, mientras los demás cavamos para buscar huesos, Joplin cava buscando historias. Venga, hombre, no te quedes ahí sentado como un melón. Explícales.

—Sí, pues… —Confuso, Joplin se ajustó las gafas con nerviosismo—. En realidad soy académico. Busco registros históricos de los entierros y los comparo con los artículos de periódicos viejos para encontrar lo que podríamos llamar «los difuntos más peligrosos», es decir, las personas que tuvieron un final desagradable o trágico. Después aviso al señor Saunders y él toma las medidas que crea necesarias.

—Normalmente no tenemos problemas para vaciar las tumbas —dijo Saunders—, pero no siempre es así.

El erudito asintió.

—Sí. Hace dos meses trabajamos en el cementerio de Maida Vale. Yo había señalado la tumba de una víctima de asesinato de la época eduardiana. Estaba totalmente descuidada y hacía mucho que nadie le prestaba atención a la lápida. Uno de los chicos de la patrulla nocturna estaba quitando las zarzas y preparándolo todo para cavar cuando el fantasma emergió de la tierra e intentó enterrarle a él. Al parecer era una mujer grisácea y horrible, decapitada y con los ojos fuera de las cuencas.

—El pobre niño gritó como un conejo a punto de morir. El fantasma le petrificó, claro. Los agentes se lo llevaron y le pincharon adrenalina, así que creo que se recuperará… —bajó la voz y sonrió con tristeza—. Bueno, pues a eso me dedico.

—Perdone —intervino George—, pero ¿no es usted el mismo Albert Joplin que escribió el capítulo sobre los entierros medievales en el libro *Historia de los cementerios londinenses* de Pooter?

El hombre bajito pestañeó. Le brillaban los ojos.

—¿Por qué…? Sí… ¡Sí, soy yo!

—Era un buen artículo —afirmó George—. Me enganchó desde el principio.

—¡Qué extraordinario que lo haya leído!

—Su hipótesis sobre el anclaje del alma me pareció muy interesante.

—Ah, ¿sí? Bueno, es una teoría realmente fascinante. Se supone que…

Reprimí un bostezo. Empezaba a desear haberme traído la almohada. Pero Lockwood también se estaba impacientando. Alzó una mano.

—Me parece a mí que deberíamos hablar más sobre por qué necesitan nuestra ayuda. Señor Saunders, si pudiera ir al grano, por favor.

—Cierto, señor Lockwood. —El sepulturero se aclaró la garganta y recolocó su sombrero sobre la rodilla—. Es usted un hombre de negocios, como yo. Bien. Desde hace unas noches investigamos la zona sureste del cementerio. Kensal Green es un camposanto importante que data del año 1833. El conocido terreno ocupa veintiocho hectáreas.

—Muchas tumbas y mausoleos son impresionantes —añadió

Joplin—. Hechas con cemento Portland precioso.

—¿No hay también unas catacumbas? —preguntó George.

Saunders asintió.

—Así es. Hay una capilla en el centro y debajo unas catacumbas. Ahora están cerradas. Todos esos ataúdes expuestos son demasiado peligrosos. Pero, en la superficie, las tumbas se distribuyen a lo largo de las avenidas ligeramente curvadas entre Harrow Road y el canal de Grand Union. Las tumbas datan de a mediados de la época victoriana, y la mayoría son de gente normal y corriente. Las hileras de tilos protegen las avenidas del sol. Es una zona bastante tranquila y se han avistado relativamente pocos visitantes, incluso en los últimos años.

El señor Joplin rebuscó entre los papeles que sostenía en los brazos, cogió folios y volvió a meterlos en la pila.

—A ver si… ¡Ah, aquí están los planos de la esquina sureste! —Sacó un mapa en el que había dos o tres caminos circulares con cajas diminutas numeradas que señalaban las tumbas. Había grapado una cuadrícula llena con una caligrafía enmarañada. Era una lista de nombres—. He comprobado los entierros registrados en esta zona y no he encontrado nada que debiera alarmarnos. O eso pensaba.

—Bueno —siguió Saunders—, como decía, mi equipo ha recorrido las avenidas en busca de anomalías psíquicas. Todo iba bien, hasta anoche, cuando exploraron las parcelas al este de este pasillo de aquí. —Señaló en el mapa con un dedo sucio.

Lockwood tamborileaba con los dedos en su rodilla, impaciente.

—Sí, y…

—Y encontramos una lápida inesperada en la hierba.

Se hizo el silencio.

—¿A qué se refiere con «inesperada»? —pregunté.

El señor Joplin agitó la cuadrícula manuscrita.

—Es una tumba que no está registrada en las listas oficiales —dijo—. No debería estar allí.

—La encontró uno de los sensibles —explicó Saunders. Su rostro se había vuelto serio—. Enfermó al instante y no pudo continuar trabajando. Otros dos operarios psíquicos analizaron la lápida. Ambos se quejaron de mareos e intensos dolores de cabeza. Una dijo que había notado a alguien observándola, un ser tan retorcido

que la había dejado prácticamente inmóvil. Ninguno quiso estar a menos de tres metros de aquella piedra pequeña. —Sorbió por la nariz—. Es difícil saber si deberíamos tomarnos este asunto en serio, claro. Ya saben cómo son los investigadores psíquicos.

—Por supuesto —respondió Lockwood con frialdad—, dado que yo soy uno de ellos.

—Pero yo no tengo ni un hueso psíquico en mi cuerpo —continuó Sanders—. Lo que tengo es un amuleto de plata para protegerme. —Tocó el alfiler del sombrero—. ¿Y qué es lo que hice? Me acerqué a la piedra, me agaché y le eché un vistazo. Cuando quité el musgo y el liquen, encontré dos palabras inscritas en el granito. —Su voz se había convertido en un susurro gutural—. Dos palabras.

Lockwood esperó.

–¿Y cuáles eran?

El señor Saunders se humedeció los labios finos e hizo ruido al tragar saliva. Parecía reacio a hablar.

—Un nombre —murmuró—. Pero no un nombre cualquiera.

Se encorvó hacia delante en el sofá, con las largas y huesudas piernas peligrosamente próximas a las tazas de té. Lockwood, George y yo nos acercamos. Una curiosa atmósfera de miedo había inundado la habitación. El señor Joplin, hecho todo un lirón, volvió a perder el control de los papeles y varios cayeron sobre la alfombra. Más allá de las ventanas, una nube parecía haber tapado el sol y la luz era triste y fría.

El sepulturero respiró hondo. Su susurro se elevó en un súbito y terrible *crescendo*.

—¿Les suena de algo Edmund Bickerstaff?

Las palabras resonaron a nuestro alrededor y chocaron contra las defensas antifantasmas y los talismanes que decoraban las paredes. Permanecimos sentados. El eco se disipó.

—Sinceramente, no —contestó Lockwood.

El señor Saunders se recostó en el sofá.

—¿No? No voy a mentirle, yo tampoco había oído hablar de él. Pero Joplin, cuya especialidad es meter las narices en los senderos extraños y desagradables del pasado, sí había oído ese nombre. ¿No es cierto? —Le dio un codazo al hombre bajo—. Y le pone nervioso.

El señor Joplin se rio en voz baja y se concentró en recolocar la

maraña de papeles que tenía en el regazo.

—Bueno, yo no lo diría así, señor Saunders. Soy precavido, señor Lockwood. Solamente precavido. Y sé lo suficiente del doctor Edmund Bickerstaff como para sugerir que le pidamos ayuda a una agencia antes de desenterrar la tumba misteriosa.

—¿Entonces tienen la intención de cavar allí? —quiso saber Lockwood.

—Hay intensos fenómenos psíquicos en aquel lugar —dijo Saunders—. Debemos asegurarnos de que no sea peligroso cuanto antes. Preferiblemente, esta noche.

—Disculpe —interrumpí. Había algo que me preocupaba—. Si saben que es peligroso, ¿por qué no excavan durante el día como hacen con las demás tumbas? ¿Por qué necesitan que vayamos?

—Son las nuevas directrices del DICM. Tenemos la obligación legal de contar con agentes cuando exploremos cualquier tumba en la que haya un visitante de tipo dos y, como el coste extra lo financia el Gobierno, los agentes deben trabajar por la noche y confirmar nuestras sospechas.

—Vale, pero ¿quién es ese Bickerstaff? —preguntó George—. ¿Por qué da tanto miedo?

Como toda respuesta, Joplin hurgó de nuevo entre sus papeles. Sacó una hoja amarillenta de tamaño A4, la desdobló y nos la tendió. Era una fotocopia ampliada de un recorte de un periódico del siglo XIX, llena de columnas estrechas y texto impreso y apretado. En el centro había un grabado bastante manchado de un hombre robusto con el cuello erguido, patillas frondosas a ambos lados de la cara y un gran bigote en forma de pincel. De no ser por la apariencia ligeramente tosca de su boca, podría haber sido cualquier caballero típico de mediados de la época victoriana. Debajo se leían las siguientes palabras:

TERROR EN HAMPSTEAD

HORRIBLE DESCUBRIMIENTO EN EL SANATORIO

—Ese es Edmund Bickerstaff —indicó Joplin—. Como descubrirán en este artículo del *Diario de Hampstead*, publicado en 1877, falleció hace mucho tiempo. Parece que ahora ha reaparecido.

—Por favor, siga. —Hasta ahora, el lenguaje corporal de Lockwood indicaba una educada falta de interés. Notaba que no le

gustaba Saunders y que Joplin le aburría. De pronto, su postura había cambiado—. ¿Quiere un poco más de té, señor Joplin? ¿Le apetece un trozo de bizcocho, señor Saunders? Es casero. Lo ha hecho Lucy.

—Gracias, lo probaré —respondió el señor Joplin mordisqueando un pedazo—. Me temo que parte de la información sobre el doctor Bickerstaff está incompleta. No he tenido tiempo para investigar. Parece que era médico y trataba a personas con trastornos nerviosos en el sanatorio Green Gates, en un extremo del parque Hampstead Heath. Antes de eso, había sido un médico de familia cualquiera, pero el negocio se torció. Hubo algún escándalo y tuvo que cerrar la clínica.

—¿Escándalo? —repetí—. ¿Qué tipo de escándalo?

—No está claro. Al parecer, se ganó la fama de participar en ciertas actividades indebidas. Había rumores sobre brujería e interés por las artes prohibidas. Incluso se hablaba de robos en las tumbas. La policía intervino, pero nunca se demostró nada. Bickerstaff pudo seguir trabajando en este sanatorio privado. Vivía en una casa dentro del terreno del hospital, hasta una noche de invierno a finales de 1877. —Joplin alisó el papel con sus manos blancas y pequeñas, y lo consultó durante un segundo. Después siguió—: Parece que Bickerstaff tenía ciertos socios, hombres y mujeres con intereses similares que se reunían en su casa por la noche. Se rumoreaba que vestían togas con capucha, encendían velas y hacían… Bueno, no sabemos lo que se traían entre manos. Cuando esto ocurría, el médico ordenaba a sus criados salir de la casa y ellos estaban deseando hacerlo. Al parecer, Bickerstaff tenía muy mal genio y nadie se atrevía a contradecirle. Pues el 13 de diciembre de 1877 tuvo lugar una de estas reuniones. Echó a los criados, que recibieron su salario, y les pidió que regresaran dos días después. Mientras se marchaban, llegaron los carruajes de los invitados de Bickerstaff.

—¿Dos días de descanso? —dijo Lockwood—. Eso es mucho tiempo.

—Sí, porque la reunión iba a durar todo el fin de semana. —Joplin agachó la cabeza y miró el folio—. Pero ocurrió algo. Según el periódico, algunos usuarios del sanatorio se acercaron a la casa la noche siguiente. Estaba oscuro y no había ruido. Asumieron que

Bickerstaff se había ido. Entonces uno de ellos se fijó en que algo se movía detrás de una ventana del piso de arriba. Las cortinas se retorcían, se ondulaban y temblaban, como si algo, o alguien, estuviera detrás tirando de ellas.

—Oh —dije, con la respiración entrecortada—. Eso no nos va a gustar, ¿verdad?

—No, niñita. —El señor Saunders estaba comiéndose otro trozo de bizcocho, pero alzó la voz—. Bueno, depende de cómo esté de la cabeza —añadió—. A Albert le encanta. Le fascina todo lo antiguo.

Se sacudió las migajas del regazo y las tiró a la alfombra.

—Continúe, señor Joplin —indicó Lockwood.

—Algunos querían entrar en la casa en ese momento, mientras que otros, al recordar los rumores sobre el doctor Bickerstaff, querían seguir a lo suyo —explicó—. Y mientras estaban fuera discutiendo sobre aquello, se dieron cuenta de que el movimiento de las cortinas se había vuelto más intenso y, de pronto, vieron unas figuras oscuras y alargadas corriendo en el alféizar del interior.

—¿Figuras negras y alargadas? —pregunté—. ¿Qué eran?

—Eran ratas —respondió el señor Joplin. Bebió un poco de té—. Entonces se percataron de que eran las ratas las que movían las cortinas. Había muchas corriendo a un lado y al otro de la cornisa, moviendo las cortinas y saltando al vacío. Dedujeron que la colonia de ratas debía estar en aquella habitación por algún motivo concreto, uno que quizá podrán imaginar. Formaron un grupo con los hombres más valientes y les dieron velas. Aquellos hombres entraron en la casa y subieron al piso de arriba. Mientras todavía estaban en las escaleras, empezaron a oír terribles crujidos de la planta superior, rasguños y también chasquidos de dientes. Bueno, puede que se imaginen lo que encontraron. —Se subió las gafas y se encogió de hombros—. No quiero darles los detalles. Basta con decir que nunca olvidaron lo que vieron aquella noche. El doctor Bickerstaff, o lo que quedaba de él, yacía en el suelo de su estudio. Lo único que había eran trozos de túnicas. Las ratas se lo habían comido.

Se hizo el silencio. El señor Saunders sorbió por la nariz y se pasó un dedo por debajo de esta.

—Así es como acabó el doctor Bickerstaff —dijo—. Como una pila de huesos y tendones cubiertos de sangre. Asqueroso. ¿Alguien

quiere el último trozo de bizcocho?

George y yo respondimos a la vez.

—No, no, por favor. Es usted el invitado.

—Este es de los empalagosos —comentó Saunders, dándole un bocado.

—Como supondrán, las autoridades estaban deseando hablar con los socios del médico —siguió Joplin—. Pero no pudieron encontrarlos. Y ese es el final de la historia de Edmund Bickerstaff. Pese a las horribles circunstancias de su muerte y pese a los rumores sobre él, la gente le olvidó pronto. El sanatorio Green Gates se incendió a principios del siglo XX y su nombre se perdió en la oscuridad. Incluso sus huesos desaparecieron.

—Bueno, ya sabemos dónde están —dijo Lockwood—. Y quieren que los aseguremos.

El señor Saunders asintió. Había terminado de comer y estaba limpiándose los dedos en una pernera.

—Todo es muy raro —comenté—. ¿Cómo es que nadie sabía dónde estaba enterrado? ¿Por qué no aparecía en los registros?

George me apoyó con un gesto de cabeza.

—¿Y qué es lo que le mató exactamente? ¿Fueron las ratas u otra cosa? Hay muchos cabos sueltos. Está claro que este artículo no es más que la punta del iceberg. Nos pide a gritos que sigamos investigando.

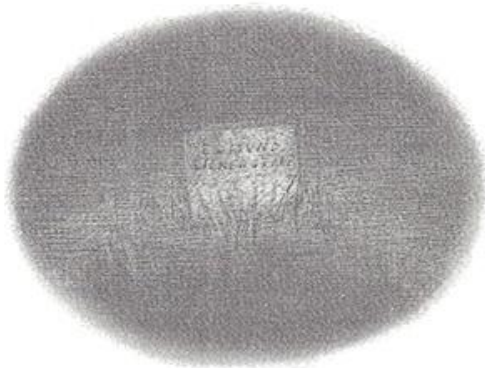
Albert Joplin se rio entre dientes.

—No podría estar más de acuerdo. Es usted muy parecido a mí.

—Lo que importa no es la investigación —opinó el señor Saunders—. Lo que sea que haya en esa tumba se está impacientando y lo quiero fuera del cementerio esta noche. Si me hiciera el favor de supervisar la excavación, señor Lockwood, se lo agradecería. ¿Qué me dice?

Lockwood me miró y después miró a George. Le devolvimos la mirada con los ojos brillantes.

—Será un placer, señor Saunders —respondió.



6

Cuando Lockwood, George y yo llegamos a la puerta oeste del cementerio de Kensal Green aquella tarde mientras se ponía el sol, llevábamos los estoques italianos con punta de plata en los cinturones y nuestras bolsas de lona más grandes en la mano. El sol se estaba escondiendo a nuestras espaldas, tras unas nubes infladas y con manchas rosadas. Era el final de un perfecto día de verano. Pese a la belleza de la escena, estábamos serios y tensos. No era un encargo que fuéramos a tomarnos a la ligera.

Los cementerios más grandes de Londres —Kensal Green era el más antiguo y conocido de ellos— eran reliquias de un tiempo en el que la gente tenía una relación más cercana con los muertos. En la época victoriana, los agradables árboles y caminos ajardinados los convertían en lugares donde descansar de la vorágine de la ciudad. Los canteros competían para ver quién conseguía las lápidas más bonitas. Los rosales crecían y las plantas florecían. Los domingos, las familias pasaban allí el día y reflexionaban sobre la mortalidad.

Bueno, ahora ya no. El Problema lo había cambiado todo. Hoy en día, los cementerios están llenos de maleza y las arboledas se

entrelazan, llenas de espinas. Pocos adultos se atreven a entrar durante el día y por la noche se convierten en lugares terroríficos que hay que evitar a toda costa. Aunque era cierto que la inmensa mayoría de los muertos seguía descansando en sus tumbas, incluso los agentes se mostraban reacios a pasar allí mucho tiempo. Era como adentrarse en territorio enemigo. No éramos bien recibidos.

En el pasado, la puerta oeste había sido lo bastante ancha como para que dos carruajes pudieran salir a la vez hacia Harrow Road. Ahora estaba bloqueada de forma rudimentaria con una valla tosca, atada con tiras de hierro y cubierta con muchos carteles y folletos descoloridos. En el póster más repetido había una mujer sonriente y con los ojos saltones, vestida con una falda que le llegaba por las rodillas y una camiseta. Posaba con las manos extendidas a modo de saludo. A su lado, unas letras brillantes decían: HERMANDAD DE LOS BRAZOS ABIERTOS: RECIBIMOS A NUESTROS AMIGOS DEL MÁS ALLÁ.

—Personalmente, a mí me gusta recibirlos con un destello de magnesio —dije. Tenía ese nudo en el estómago que siempre me acompaña antes de un caso. La sonrisa de la mujer me resultaba ofensiva.

—Las sectas espiritistas están llenas de idiotas —coincidió George.

En el centro de la verja había una puerta estrecha y abierta, y junto a ella, una choza destartalada hecha de hierro ondulado. Dentro había una hamaca, una colección de latas de refresco vacías y un niño pequeño leyendo un periódico. El chico llevaba una gorra plana enorme coloreada con cuadros amarillos de estilo deportivo que le ensombrecía casi toda la cara. Por lo demás, iba ataviado con el habitual uniforme marrón oliva de la patrulla nocturna. Su bastón con punta de hierro estaba apoyado en una esquina de la caseta. Hundido en la hamaca, nos observó mientras nos acercábamos.

—Somos la agencia Lockwood, hemos quedado con el señor Saunders —anunció Lockwood—. No te levantes, no hace falta.

—No iba a hacerlo —respondió el niño—. ¿Quiénes sois? Asumo que sensibles.

George tocó el pomo de su estoque.

—¿Ves las espadas? Somos agentes.

El chico no parecía muy convencido.

—Podríais haberme engañado. ¿Entonces por qué no lleváis uniformes?

—No los necesitamos —contestó Lockwood—. Un estoque es lo que de verdad diferencia a un agente.

—Qué tontería —dijo el chico—. Los agentes de verdad llevan chaquetas elegantes, como esos estirados de Fittes. Imagino que sois otro grupo de sensibles cursis que se desmayarán a la menor señal de un acechador. —Abrió de golpe el periódico y se centró en él—. Sea como sea, entrad.

Lockwood parecía sorprendido. George dio medio paso hacia delante.

—Los estoques de los agentes no solo sirven para los fantasmas —dijo—. También se pueden usar para darle una paliza a los listillos de la patrulla nocturna. ¿Quieres que te lo demostremos?

—Uh, qué miedo. Mira cómo tiemblo. —El niño se tapó aún más los ojos con la gorra y se recostó en la hamaca. Luego señaló con el pulgar sobre su hombro—. Id recto por la avenida principal y buscad la capilla del centro. Allí veréis a todo el mundo acampando. Ahora salid, por favor. Me estáis tapando la luz.

Durante un segundo, era impredecible saber si otro fantasma pequeño aparecería junto a Harrow Road, pero aparté rápido ese pensamiento. Lockwood nos guio. Atravesamos la verja y entramos en el cementerio.

Nos detuvimos y, por instinto, usamos nuestros dones psíquicos en cuanto pusimos un pie dentro. Yo escuché y ellos observaron. Todo estaba tranquilo y la presión sobrenatural no subió de pronto. Lo único que oía era el canto de los mirlos y algunos grillos en la hierba. Unos caminos de gravilla, apenas iluminados por una luz tenue, se dividían en varias filas oscuras en las que se encontraban los mausoleos y las tumbas. Las ramas de los árboles colgaban por encima de los senderos, ensombreciéndolos aún más. Sobre nosotros, el cielo era de un azul oscuro insondable, perforado por el disco brillante de la luna creciente.

Llegamos a la avenida principal, que se extendía entre hileras de tilos. Unos tenues triángulos de luz de luna se abrían paso entre los árboles, congelando la hierba negra. Nuestras botas crujían sobre la gravilla y las cadenas que llevábamos en las bolsas tintineaban a cada paso.

—Debería ser bastante sencillo —dijo Lockwood rompiendo el silencio—. Nos quedamos ahí mientras cavan hasta llegar al ataúd. Cuando terminen, lo abrimos, sellamos los huesos del doctor Bickerstaff con algo de plata y nos vamos. Está chupado.

Hice un ruido escéptico.

—Abrir un ataúd nunca es tan fácil —opiné—. Siempre sale algo mal.

—Bueno, no siempre.

—Dime una sola vez que haya ido bien.

—Estoy de acuerdo con Lucy —comentó George—. Asumes que Edmund Bickerstaff no nos traerá ningún problema, pero yo estoy seguro de que sí.

—Sois unos agonías —exclamó Lockwood—. Mirad el lado positivo. Hoy sabemos exactamente dónde está el origen y además no tenemos que preocupamos por Kipps, ¿a que no? Creo que va a ser una noche excelente. En cuanto a Bickerstaff… Que tuviera un final desafortunado no tiene por qué significar que ahora sea un espíritu agresivo.

—Puede… —murmuró George—. Aunque yo estaría bastante enfadado si me hubieran comido las ratas.

Después de caminar cinco minutos, vimos el techo blanco y pesado de un edificio alzándose entre los árboles como una ballena que atraviesa el mar oscuro. Se trataba de la capilla anglicana, situada en el centro del cementerio. En la parte delantera, cuatro grandes pilares sujetaban un pórtico griego. Unos peldaños anchos ascendían hasta las puertas dobles. Estaban abiertas y la luz eléctrica brillaba con calidez en el interior. Debajo había dos casetas prefabricadas que hacían las veces de oficina, medio iluminadas por unos focos hidráulicos gigantes. Había excavadoras mecánicas, pequeños camiones de descarga y cubetas llenas de tierra. En el fondo del campamento, espirales de humo de lavanda ascendían de las fogatas de unos cubos de carbón.

Era obvio que habíamos llegado a la base de operaciones de Excavaciones y Limpieza Felices Sueños. Varias figuras estaban de pie al final de la escalera de la capilla. Las puertas abiertas iluminaban sus siluetas. Oímos voces gritando y el miedo crujía como la energía estática en el aire.

Lockwood, George y yo dejamos las bolsas en el suelo junto a

uno de los cubos humeantes. Subimos los peldaños con las manos sobre las empuñaduras de los estoques. El ruido del grupo desapareció, la gente se apartó y nos contemplaron en silencio mientras nos acercábamos.

En el último escalón, la figura ensombrerada y angular del señor Saunders se abrió paso entre la multitud y avanzó para recibirnos.

—¡Justo a tiempo! —exclamó—. Ha habido un pequeño accidente y estos idiotas se niegan a quedarse. No dejo de repetirles que vendrían unos agentes experimentados, pero no, quieren irse con la paga de hoy. ¡No voy a daros ni un centavo! —gruñó sobre su hombro—. ¡Os contrato para que os enfrentéis al peligro!

—No después de lo que han visto —dijo un hombre grandullón. Tenía un aspecto agresivo, con barba incipiente, tatuajes de esqueleto en el cuello y el brazo, y un robusto collar de hierro sobre la camiseta.

La multitud estaba formada por varios trabajadores fornidos y algunos críos de la patrulla nocturna, que estaban asustados y se apoyaban en sus bastones para reconfortarse. También vi a una pandilla de chicas adolescentes, cuyos vestidos anchos y sin forma, lápices de ojos negro, pulseras gigantes y pelo liso hasta las axilas las señalaban como sensibles. Las sensibles también trabajan en el ámbito psíquico, pero se niegan a luchar contra los fantasmas por un principio pacifista. Suelen ser tan molestas como un resfriado en verano y tan irritantes como un sarpullido de ortiga. No solemos llevarnos bien.

Saunders miró al hombre que acababa de hablar.

—Deberías avergonzarte, Norris. ¿Qué será lo próximo? ¿Pegar un salto cuando veas una sombra o un trémulo?

—Esa cosa no era una sombra —puntualizó Norris.

—¡Trae a agentes de verdad! —gritó alguien—. ¡No a estos investigadores de pacotilla! Míralos, si ni siquiera llevan uniforme.

Agitando las pulseras, la chica con aspecto más patético y el vestido más ancho dio un paso adelante.

—¡Señor Saunders! ¡Miranda, Tricia y yo nos negamos a trabajar cerca de esa tumba hasta que sea segura! Me gustaría que quedase claro.

Un coro se mostró de acuerdo y algunos hombres insultaron en voz alta mientras Saunders luchaba por hacerse oír. La multitud

empujaba hacia dentro de forma amenazante.

Lockwood alzó una mano en señal de cordialidad.

—Hola a todos —empezó. Les iluminó con su sonrisa más amplia y el grupo se calló—. Soy Anthony Lockwood, de la agencia Lockwood. Puede que hayáis oído hablar de ella. ¿Combe Carey Hall? ¿La tumba de la señora Barrett? Somos nosotros. Hemos venido a ayudaros esta noche y me encantaría oír cuáles son los problemas que habéis sufrido. Está claro que has tenido una experiencia terrible —dijo, sonriendo a la chica—. ¿Podrías hablarme de lo que ha pasado?

Era típico de Lockwood. Ser simpático, considerado y empático. Mi impulso habría sido abofetear a la chica con fuerza y sacarla por las botas a la oscuridad mientras ella se quejaba. Por eso él es el líder y no yo. Y por eso tampoco tengo amigas.

Fiel a su estilo, la joven dirigió sus ojos grandes y húmedos hacia él.

—Sentí como… como si algo corriera bajo mis pies —contestó con la respiración entrecortada—. Estuvo a punto de agarrarme y tragarme. Era una energía muy siniestra. Malvada. ¡No pienso volver a acercarme a esa zona!

—¡Eso no es nada! —gritó otra de las chicas—, Claire solo lo ha sentido. Yo lo he visto, justo cuando caía el atardecer. Juro que se bajó la capucha y me miró. Le bastó con un segundo. ¡Hizo que me desmayara!

—¿Una capucha? —preguntó Lockwood—. ¿Podrías describirme cómo era?

Pero los chillidos de la chica habían avivado la emoción del grupo. Todo el mundo empezó a hablar a la vez, agarrándose a nosotros. Empujaron hacia delante y nos apretaron contra la puerta. Eramos el centro de un círculo de rostros asustados e iluminados. Más allá de los escalones de la capilla, la última luz roja se desvanecía a través de las interminables filas de lápidas.

Saunders gritó con todavía más rabia.

—¡Ya vale, cobardicas! Joplin puede reubicaros en otra zona esta noche. En una que esté lejos de esa tumba. ¿Contentas? Ahora salid de aquí, venga, ¡moveos! —Agarró a Lockwood del brazo y entró al edificio a base de codazos. George y yo los seguimos, chocándonos, sacudiéndonos y estrujándonos entre las puertas que

se cerraban—. ¡Y sin finiquito! —Saunders gritó al hueco—. ¡Seguís trabajando para mí!

Las puertas se cerraron de golpe y silenciaron el clamor de la gente.

—Menudo jaleo —gruñó el sepulturero—. Es culpa mía, por querer acelerarlo todo. Les pedí a los excavadores que empezaran a cavar cerca de la tumba de Bickerstaff hace una hora. Pensé que así les echaría un cable. Luego se desató el infierno y ni siquiera estaba oscuro. —Se quitó el sombrero y se limpió la frente con la manga—. Quizá aquí dentro tengamos un momento de paz.

La capilla era un espacio pequeño y decorado con sencillez y paredes de yeso encalada. Olía un poco a humedad y hacía frío. Los tres radiadores de gas encendidos y colocados a lo largo del suelo de baldosas apenas mejoraban la situación. Dos mesas de aspecto barato se apilaban cerca de los radiadores, cada una oculta bajo un caos de papeles. En una de las paredes había un altar polvoriento detrás de una barandilla de madera, con una pequeña puerta cerrada a un lado y un púlpito de madera cerca. Sobre nuestras cabezas se alzaba una cúpula de yeso ondulado.

El objeto más curioso de la habitación era un bloque negro de piedra enorme, del tamaño y la forma de un sarcófago cerrado. Estaba apoyado sobre una placa rectangular de metal en el suelo, debajo de la barandilla del altar. Lo estudié con interés.

—Sí, eso es un catafalco, niñita —explicó Saunders—. Es un viejo ascensor Victoriano que se usaba para transportar ataúdes a las catacumbas que hay abajo. Tiene un mecanismo hidráulico. Según Joplin, sigue funcionando. Lo utilizaron hasta que el Problema empeoró demasiado. ¿Dónde estará Joplin? Ese tonto nunca está en su mesa. Siempre está dando vueltas por ahí cuando le necesitas.

—Ese «pequeño incidente» en la tumba de Bickerstaff… —apuntó Lockwood—. Por favor, díganos qué ha pasado.

Saunders puso los ojos en blanco.

—A saber. No entiendo nada de lo que dicen. Como han oído, algunas crías han visto algo. Unas dicen que es muy alto y otras que llevaba una capa o una túnica. Pero no hay coherencia. Una chica de la patrulla nocturna dijo que tenía siete cabezas. ¡Es ridículo! A esa la mandé a casa.

—Los niños de la patrulla nocturna no suelen inventarse historias —señaló George.

Eso era cierto. Muchos de los niños con fuertes habilidades psíquicas se convertían en agentes, pero, si no eres lo bastante bueno para eso, te tragas el orgullo y te unes a la patrulla nocturna. Es peligroso, está mal pagado y las responsabilidades consisten básicamente en vigilar cuando anochece. Pero esos críos tienen el don. Nunca los subestimamos.

Lockwood tenía las manos metidas en los bolsillos del abrigo largo y oscuro. Le brillaban los ojos de la emoción.

—Cada vez me resulta más interesante —dijo—. Señor Saunders, ¿cómo está ahora la tumba? ¿Está expuesta?

—Los hombres han avanzado un poco. Creo que chocaron con el ataúd.

—Excelente. Ahora podemos ocuparnos nosotros. A George se le da bien la pala, ¿no es cierto, George?

—Bueno, lo que está claro es que he practicado mucho —respondió George.

El camino hacia la tumba inesperada de Edmund Bickerstaff recorría un estrecho pasillo lateral, no muy lejos del campamento de los excavadores. Saunders nos guio en silencio. Ningún operario nos siguió. Permanecieron allí, en un círculo iluminado por las lámparas curvadas y viéndonos avanzar.

Las tumbas de esta parte del cementerio eran modestas y la mayoría estaban marcadas con lápidas de piedra, cruces o estatuas sencillas. Había oscurecido. La luna iluminaba las piedras blancas y desnudas, medio ocultas bajo las espinas y los hierbajos largos y mojados. Sus sombras eran huecos negros en los que podría caerse un hombre.

Después de andar varios minutos, Saunders redujo la marcha. Más adelante, pilas de zarzas señalaban el terreno que habían empezado a despejar. Un montículo de tierra oscura y húmeda se alzaba cerca de allí. Una pequeña retroexcavadora mecánica bloqueaba el paso en diagonal, arañada y amarillenta bajo la luz de la antorcha de Saunders. El cucharón seguía lleno. Palas, picos y otras herramientas para cavar estaban esparcidas a su alrededor.

—Se fueron corriendo —explicó Saunders. Su voz sonaba tensa y aguda—. Bueno, aquí es donde me detengo yo. Si quieren algo,

llámenme.

Sin disimular la prisa, se adentró en la oscuridad y nos quedamos solos.

Desenvainamos los estoques. Era una noche silenciosa y yo notaba los fuertes latidos de mi corazón. Lockwood sacó un bolígrafo linterna del cinturón y alumbró el espacio negro a la izquierda del camino. Era un terreno cuadrado y abierto, bordeado de tumbas normales y sepulcros. En el centro, una losa pequeña, descolorida y torcida emergía de la tierra. Habían quitado la hierba que crecía frente a la lápida, dejando una fosa grande y ligeramente empinada abierta en el suelo. Mediría unos dos metros y medio de ancho y uno de profundidad. Los dientes del cucharón de la excavadora habían dejado muescas alargadas en el barro. Pero lo único que nos interesaba era la lápida.

Rápidos y en silencio, activamos nuestros sentidos antes de hacer cualquier otra cosa.

—No hay brillos mortales —indicó Lockwood en voz baja—. Es lo que cabría esperar, puesto que nadie ha muerto aquí. ¿Habéis captado algo?

—No —respondió George.

—Yo sí —contesté—. Una leve vibración.

—¿Un ruido? ¿Voces?

Me molestaba, pero no podía descifrar qué era.

—Solo es un… revuelo. Estoy segura de que hay algo.

—Mantened los ojos y los oídos atentos —nos pidió Lockwood —. Bueno, lo primero que hay que hacer es levantar una barrera. Luego le echo un vistazo a la lápida. No quiero que se nos escape nada, como pasó la última vez.

George colocó un farol encima de uno de los sepulcros y usamos la luz para sacar las cadenas. Formamos un círculo alrededor del agujero. Cuando terminamos, Lockwood pasó por encima de las cadenas y se acercó a la lápida con la mano sobre el estoque. George y yo esperamos mientras observábamos las sombras.

Lockwood llegó hasta la piedra, se arrodilló de pronto y apartó la hierba.

—Vale —dijo—. Es de un material de mala calidad y se ha erosionado con el tiempo. Mide casi como una cuarta parte de una lápida normal. No la colocaron bien y está bastante torcida. Alguien

tenía mucha prisa cuando hizo esto…

Encendió la antorcha y apuntó a la superficie. Décadas de liquen habían formado una costra, que cubría las letras grabadas.

—Edmund Bickerstaff… —leyó Lockwood—. Esto no es obra de un cantero. Apenas hay inscripción. Arañaron la lápida con la primera herramienta que pillaron. Tenemos una tumba hecha apresuradamente, de forma clandestina y con poca experiencia. Lleva aquí mucho tiempo.

Se puso en pie. Cuando lo hizo, oí un crujido muy leve. Detrás de la tumba, una figura emergió en la oscuridad y se tambaleó hacia la zona iluminada por el farol. George y yo gritamos. Lockwood saltó hacia un lado con el estoque en alto. Se dio la vuelta en pleno salto y aterrizó en el centro del agujero, delante de la lápida.

—Lo siento —dijo el señor Albert Joplin—. ¿He asustado a alguien?

Maldije en voz baja y George silbó. Lockwood solo espiró con aspereza. El señor Joplin avanzaba a trompicones por el borde del hoyo. Se movía con torpeza y con los hombros caídos, de una forma que me recordaba vagamente a un chimpancé. Unas ráfagas de caspa caían a su alrededor a cada paso. Sus brazos raquíticos se aferraban al montón de papeles, que resguardaba contra su estrecho pecho como una madre protege a un hijo.

Se subió las gafas y se disculpó.

—Perdonen. Vengo de la puerta este y me equivoqué de camino. ¿Me he perdido algo?

George respondió. En ese momento, una oleada de frío abrasador me envolvió. ¿Sabes cuál es esa sensación cuando te tiras a una piscina, descubres que no está climatizada y el agua helada choca con tu piel? Una bofetada de dolor horrible te golpea todo el cuerpo. Aquello fue exactamente lo que sentí. De la impresión, dejé escapar un jadeo. Y eso no era lo peor de todo. Cuando el frío se apoderó de mí, mi oído interno se despertó de golpe. ¿Esa vibración que había notado antes? De pronto era muy intensa. Bajo el balbuceo de la voz de George y la cháchara de Joplin, el sonido se había convertido en un zumbido amortiguado, como el de una nube de moscas que se acercaba.

—Lockwood… —empecé.

Entonces desapareció. Mi cabeza se despejó. El frío se esfumó. Tenía la piel roja y en carne viva. El ruido volvió a pasar a un segundo plano.

—Es una iglesia realmente extraordinaria, señor Cubbins —decía Joplin—. Los mejores acabados de latón de Londres. Tengo que enseñárselos algún día.

—¡Chicos! —Era Lockwood, de pie en el centro del agujero—. ¡Chicos! —llamó—. ¡Mirad lo que he encontrado! No, usted no, por favor, señor Joplin. Será mejor que se quede detrás del hierro.

Su linterna apuntaba al barro junto a sus pies. Con la cabeza todavía resonando, me moví despacio, crucé las cadenas con George y nos adentramos en el agujero. Nuestras botas pisaban un barro suave y oscuro.

—Aquí —indicó Lockwood—. ¿Qué os parece esto?

Al principio, el resplandor me impidió ver nada. Luego, conforme movió la antorcha, lo vi: el borde alargado, duro y rojizo de algo que sobresalía en el barro.

—Vaya —dijo George—. Qué raro.

—¿Es el ataúd? —El señor Joplin se asomó por encima de las cadenas, estirando el cuello delgado con entusiasmo—. ¿Es el ataúd, señor Lockwood?

—No lo sé…

—Casi todos los ataúdes que he visto están hechos de madera —murmuró George—. La mayoría de los féretros Victorianos se habrían podrido hace tiempo en la tierra. Suelen enterrarlos a unos dos metros de profundidad, con los debidos rituales y costumbres…

Se hizo el silencio.

—¿Y este? —preguntó Joplin.

—Está a tan solo un metro y lo han metido en diagonal, como si quisieran deshacerse de él lo más rápido posible. Y no se ha podrido porque no es de madera. Este féretro está hecho de hierro.

—Hierro… —repitió Lockwood—. Un ataúd de hierro…

—¿Oís eso? —pregunté de repente—. ¿El zumbido de las moscas?

—Pero el Problema no había surgido por aquel entonces —señaló George—. ¿Qué necesitaban atrapar ahí dentro?

7

Era medianoche cuando conseguimos desenterrarlo. Uno montaba guardia y anotaba las anomalías mientras los otros dos trabajaban con las herramientas. Cambiábamos de posición cada diez minutos. Usábamos las palas y los picos que habían dejado tirados en el suelo para separar el barro del metal, hacer un agujero más profundo en el medio y, poco a poco, revelar la tapa y los laterales del objeto.

Apenas hablábamos. El silencio nos envolvía como un velo. Lo único que oíamos era el crujido de los instrumentos contra la tierra. Reinaba la tranquilidad. Cada cierto tiempo, esparcíamos sal y hierro en el centro del agujero, para asegurarnos de mantener a raya a los espíritus sobrenaturales. Parecía funcionar. Dentro del hoyo hacía dos grados menos que en el camino, pero la temperatura se mantenía constante. El zumbido que yo había oído había desaparecido hacía mucho.

Albert Joplin, que tenía una gran fascinación por la tumba misteriosa, permaneció a nuestro lado un rato, yendo de un lado al otro del cementerio claramente emocionado. Al cabo de un tiempo,

cuando oscureció y la silueta del ataúd era claramente visible, se mostró incluso precavido. Recordó que tenía algo importante que hacer en la capilla y se marchó. Nos quedamos solos.

Un palazo, dos palazos, tres palazos.

Al fin, terminamos. El objeto quedó al descubierto. Lockwood encendió otro farol y lo colocó sobre el barro, cerca del centro del agujero. Nos mantuvimos a cierta distancia, observando lo que habíamos encontrado.

Se trataba de una caja de hierro de dos metros de largo, sesenta centímetros de ancho y unos treinta de profundidad.

En otras palabras: no era un féretro viejo cualquiera. Como Lockwood había dicho, era un ataúd de hierro.

Los laterales aún estaban medio cubiertos por una capa de tierra gris y pegajosa. En las zonas en las que se había desprendido la mugre podía verse la superficie del féretro. El óxido había crecido sobre él como flores de coral, del color de la sangre seca.

Presuntamente, los laterales habían estado limpios y rectos en algún momento, pero la presión de la tierra y el peso de los años los habían deformado. Ahora, los bordes verticales estaban torcidos y la parte superior estaba hundida por el centro. He visto féretros de plomo antiguos en los enterramientos romanos que se encuentran bajo la ciudad con el mismo aspecto aplastado. Una de las esquinas de la tapa estaba tan deformada que se había despegado completamente del lateral, dejando al descubierto un hueco estrecho de oscuridad.

—Recordadme que nunca me entierren en un ataúd de hierro —dijo George—. Acaban destrozados.

—Y tampoco es que siga funcionando —añadió Lockwood—. No sé lo que hay dentro, pero ha logrado salir por esta pequeña rendija. ¿Estás bien, Lucy?

Estaba de pie, balanceándome. No, no me sentía muy bien. Me palpitaba la cabeza y tenía ganas de vomitar. El zumbido había vuelto. Notaba cómo unos insectos invisibles me recorrían la piel de arriba abajo. Estaba experimentando una potente miasma, es decir, la sensación de inquietud que suele sentirse cuando un visitante anda cerca. Era muy intensa, incluso a pesar de todo ese hierro.

—Estoy bien —respondí con brusquedad—. Bueno, ¿quién va a abrirlo?

Esa era la gran pregunta. Las buenas prácticas en las agencias, tal y como recoge el *Manual de Fittes*, dictan que una única persona debe encontrarse en línea de fuego cuando se abren las «cámaras selladas» (véanse, las tumbas, los ataúdes o las habitaciones secretas). El resto debe quedarse a un lado, con las armas preparadas. En cuestiones de importancia, la norma de rotar en esta tarea solo va por detrás de la regla de las galletas. Suele ser motivo de disputa.

—Yo no —dijo Lockwood mientras tocaba las marcas de garras cosidas en la parte delantera de su abrigo—. Yo abrí la de la señora Barrett.

—Pues yo me ocupé de la trampilla de la casa de Melmoth. ¿George?

—Yo me encargué de la habitación secreta del hotel Savoy —respondió él—. ¿Os acordáis? El que tenía una antigua marca de la peste en la puerta. Ese sitio daba miedo.

—No, no lo daba. No estaba encantada ni era secreta. Era una lavandería llena de ropa interior.

—Eso no lo sabía cuando entré, ¿o sí? —protestó George—. Venga, lo echaremos a suertes. —Buscó en la profundidad de sus pantalones y sacó una moneda sucia—. ¿Qué opinas, Lucy? ¿Cara o cruz?

—Creo que…

—¿Cara? Una elección interesante. Vamos a ver. —Hubo un movimiento confuso, demasiado rápido para seguirlo con la vista—. Ah, ha salido cruz. Mala suerte, Luce. Ahí tienes la palanca.

Lockwood sonrió.

—Buen intento, George, pero lo harás tú. Busquemos las herramientas y los sellos.

Con un suspiro de alivio, caminé hacia las bolsas de lona. George me siguió de mala gana. No tardamos en colocar los sellos de plata, los cuchillos, las palancas y el resto del equipo junto al ataúd.

—No será muy difícil —opinó Lockwood—. Mirad, la tapa está levantada por este lado. En esta otra parte hay dos cerrojos, aquí y aquí, pero uno ya está roto. Luego está el más cercano a ti, Lucy, todavía cerrado por la corrosión. Con que George ponga un poco de empeño con la palanca ya podremos irnos a casa. —Nos miró—.

¿Alguna pregunta?

—Sí —respondió George—. Varias. ¿Dónde os vais a colocar? ¿A qué distancia? ¿Qué armas utilizaréis para protegerme cuando algo horrible salga de ahí dentro?

—Lucy y yo lo tenemos todo controlado. Vamos a…

—Además, por si acaso no consigo volver a casa, he hecho un testamento. Voy a deciros dónde encontrarlo. Está debajo de mi cama, en la esquina del fondo, detrás de una caja de pañuelos.

—Dios, te ruego que no tengamos que llegar a eso. Bueno, si estás listo…

—¿Hay una especie de inscripción en la tapa? —pregunté. Ahora que había llegado el momento, estaba muy alerta y tenía todos los sentidos encendidos—. ¿Veis ese arañazo de ahí?

Lockwood sacudió la cabeza.

—No sabría decirte con todo el musgo, y no voy a ponerme a quitarlo. Venga, terminemos con esto.

En realidad, la tapa del féretro resultó ser más difícil de abrir de lo que Lockwood había previsto. Además del pestillo corroído, las flores de óxido de la superficie habían unido la parte superior a los lados en varias zonas y necesitamos veinte minutos de laborioso trabajo con navajas y cinceles para aflojar las bisagras y soltar la tapa.

—Vale… —Lockwood estaba haciendo una última lectura—. Pinta bien. La temperatura se mantiene estable y la miasma no ha empeorado. Lo que esté ahí dentro está sorprendentemente tranquilo. Bueno, no hay mejor momento que el ahora. Lucy, pongámonos en nuestras posiciones.

Los dos nos colocamos en extremos opuestos del féretro. Yo cogí la red de cadenas más grande y potente, de más de un metro de diámetro. La desplegué y la sostuve, lista para usarla. Lockwood sacó el estoque del cinturón y lo sujetó con un agarre angular occidental, preparado para un ataque rápido.

—George —dijo—, te toca a ti.

Él asintió. Cerró los ojos y se recompuso. Luego cogió la palanca. Flexionó los dedos, rotó los hombros e hizo un gesto con el cuello para hacerlo crujir. Se acercó al ataúd, se arrodilló y metió el extremo de la palanca en el hueco entre las abrazaderas rotas. Separó los pies y movió el trasero como un jugador de golf a punto

de hacer un swing. Respiró hondo e hizo fuerza con la palanca. No ocurrió nada. Volvió a intentarlo. No. La tapa estaba torcida y quizá sus movimientos la habían cerrado. George empujó de nuevo.

Con un sonido metálico, la tapa se abrió de golpe. El extremo de la barra se rompió. George se echó hacia atrás, perdió el equilibrio y cayó de espaldas con fuerza en el barro, con las gafas ligeramente torcidas. Se incorporó y contempló de forma estúpida el ataúd.

Luego gritó.

—¡La antorcha, Lucy!

Lockwood se había lanzado hacia delante, protegiendo a George con la hoja de su estoque. Pero no había salido nada. Ningún visitante ni ninguna aparición. El brillo de los faroles iluminaron el interior de la tapa y también algo dentro del féretro, algo que reflejaba la luz oscura y reluciente.

Yo tenía la antorcha en la mano. Alumbré el féretro y lo que había dentro.

Si te sueles asustar con facilidad, quizá quieras saltarte los dos siguientes párrafos, porque el cuerpo que me devolvió la mirada no eran unos simples huesos, sino mucho más. Esa fue la primera sorpresa: apenas se había descompuesto. ¿Alguna vez te has dejado un plátano debajo del sofá y se te ha olvidado? Entonces sabrás que no tarda en ponerse negro, luego negro y pegajoso, y luego negro y encogido. Este tipo, enterrado en hierro, era como un plátano a medio camino entre la segunda y la tercera fase. La luz de la linterna iluminó la piel oscura y ennegrecida, tensa a la altura de los pómulos. Se había agrietado en algunas zonas. Tenía un agujero limpio en mitad de la frente, donde la piel se había despellejado por completo.

Por detrás de la cabeza caían mechones largos de pelo cano, tan incoloro como el vidrio. Las cuencas de los ojos estaban vacías. Los labios secos se habían metido hacia dentro y dejaban ver las encías y los dientes.

Llevaba los restos de una capa o bata morada y, debajo, un traje negro pasado de moda, un cuello alto y rígido y una corbata negra victoriana. Sus manos (huesudas, claro) sujetaban algo envuelto en una tela blanca hecha jirones. El objeto se había soltado del tejido, quizá por el ángulo del ataúd o por los movimientos de la tierra desde entonces, y se asomaba entre los dedos esqueléticos. Era un

trozo de cristal con bordes irregulares, puede que del tamaño de una cabeza humana. La suciedad y el moho lo habían oscurecido, pero el cristal seguía brillando. El resplandor me llamó la atención.

—¡Mira! Mira.

—¿Qué era esa voz?

—¡Lucy! ¡Séllalo!

Claro. Era Lockwood el que gritaba.

Lancé la red de cadenas y tapé el contenido del féretro.

—Entonces, ¿qué es lo que viste, George? —preguntó Lockwood.

Estábamos en un sendero, bebiendo té y comiendo unos sándwiches que nos había traído el equipo de Saunders. Se había reunido un buen grupo (Saunders, Joplin, varios obreros y los críos de la patrulla nocturna), algunos porque la diversión se había acabado y otros como una respuesta tardía al grito de George. Todos permanecieron junto a las tumbas, mirando el agujero y a una distancia prudencial de las cadenas. Habíamos cerrado la tapa del ataúd y lo único que se veía era la esquina tapada con la red de cadenas.

—Ya sé que Bickerstaff tenía mala pinta —siguió Lockwood—, pero, sinceramente, hemos visto cosas más desagradables. ¿Os acordáis de Putney Vale?

George llevaba unos minutos apagado. Apenas había hablado y tenía una expresión extraña en el rostro. Sus ojos mostraban una angustia adormecida, pero también tenían una mirada nostálgica y lejana. No dejaba de girarse para observar el hoyo, como si pensara que se había dejado algo allí. Me preocupaba. Me recordaba un poco al bloqueo fantasmal, cuando un espíritu agresivo merma la fuerza de voluntad de la víctima. Pero habíamos sellado el origen con plata y ya no había ningún visitante.

Sin embargo, George no parecía mejorar. La comida lo reanimó rápidamente. Sacudió la cabeza en dirección a Lockwood.

—No era el cuerpo —dijo despacio—. He visto cosas peores en nuestra nevera. Era el espejo que sostenía.

—¿Pensaste que era un espejo? —pregunté.

Cuando cerraba los ojos, seguía viendo el trozo de cristal, brillante, resplandeciente y más oscuro que la oscuridad.

—No sé qué era, pero no podía apartar la mirada. Y vi…

—No sé qué es lo que he visto. Todo estaba prácticamente

negro, pero había algo en esa oscuridad y era horrible. Por eso grité. Sentí como si alguien me succionara las entrañas a través del pecho. —George se estremeció—. Pero también era fascinante a la vez. No podía dejar de mirar. Quería mirarlo, aunque me estaba haciendo daño. —Soltó un largo y sincero suspiro—. Si Lucy no lo hubiera tapado con la red, puede que ahora siguiera mirándolo.

—Por lo que dices, menos mal que no es así —comentó Lockwood. Él también había estado fijándose en George—. Así que un espejo raro. No me extraña que lo guardaran en un ataúd de hierro.

—¿Conocían las propiedades del hierro en la época de Bickerstaff? —pregunté.

No fue hasta que surgió el Problema, hacía cincuenta años, cuando se empezaron a producir en masa las defensas antifantasmas hechas de hierro y plata. Y esta sepultura databa de una o dos generaciones antes de eso.

—La mayoría de la gente no —respondió Lockwood—. Pero siempre se han usado la plata, la sal y el hierro para protegerse de los fantasmas y los espíritus malvados en general. No puede ser una coincidencia que sea de hierro. —Bajó la voz y añadió—: Por casualidad, ¿alguno ha visto algo raro en el doctor Bickerstaff?

—¿Te refieres a algo más aparte del cadáver momificado y enterrado en diagonal? —pregunté.

—Así es. Según el periódico de Joplin, a Bickerstaff se lo comieron las ratas, ¿no? Ese tipo estaba de una pieza. ¿Y visteis el agujero en la…?

Dejó de hablar cuando Saunders y Joplin se acercaron. El sepulturero había estado gritándoles órdenes a los niños de la patrulla nocturna, mientras el archivista se detenía junto a las cadenas de hierro y contemplaba el féretro. Los dos nos regalaron una amplia sonrisa, seguida de una ronda de palmadas en la espalda y felicitaciones.

—¡Excelente trabajo, señor Lockwood! —exclamó Saunders—. Qué eficiencia. Quizá podamos seguir ya con lo nuestro, ahora que se ha acabado la tontería. —Le dio un sorbo a una humeante taza de café—. La gente dice que el viejo Bickerstaff tenía un cristal o algún tipo de… Puede que algo que usaba en sus extraños rituales. Pero lo han tapado con la red, por supuesto.

Lockwood rio.

—No querrán mover la red. Está claro que hay un origen poderoso. Tendremos que ponernos en contacto con el DICM de inmediato para que puedan venir a buscarlo y deshacerse de él.

—¡Será lo primero que hagamos mañana por la mañana! —replicó Saunders—. Ahora tenemos que seguir con las tareas habituales. Ya hemos perdido medio turno de trabajo. Bueno, supongo que querrá que le firme el papeleo y cerremos el caso, señor Lockwood. Pase por la oficina y se lo tendremos preparado.

—¿Podemos llevar el ataúd a la capilla esta noche? —pidió Joplin—. No me gusta que lo dejemos ahí. Podrían venir los ladrones y los saqueadores de reliquias, ya sabes.

Lockwood frunció el ceño.

—Bueno, asegúrense de que la red siga en su sitio. Cambien las cadenas cuando lo hayan trasladado y no dejen que nadie se acerque.

Lockwood y Saunders se marcharon. George se apoyó en un sepulcro y empezó una animada conversación con Joplin. Yo me mantuve ocupada recogiendo nuestro equipo, tomándomelo con calma. Todavía era temprano, ni siquiera habían dado las doce. Sin duda, había sido una noche mejor que la anterior. Aunque rara. Una tumba muy extraña e imposible de comprender. George había visto algo, pero no había habido ningún fantasma tangible. Algo que pudiera crear tantas anomalías psíquicas pese a todo ese hierro era formidable, sin duda.

—¿Señorita? —Era Norris, el sepulturero más alto y musculoso. Tenía la piel curtida. La barba blanca se extendía hasta el pelo rapado de la cabeza. Tenía una calavera desvelada con las alas extendidas tatuada en el cuello—. Perdone, señorita —repitió—. ¿Lo he oído bien? ¿No puede acercarse nadie al féretro?

—Sí, eso es.

—Entonces será mejor que detenga a su amigo. Mire por dónde va.

Me di la vuelta. George y Joplin habían cruzado la barrera de cadenas de hierro. Se habían aproximado al ataúd. Hablaban con emoción y Joplin arrugaba con fuerza sus papeles bajo el brazo.

—¡George! —grité—. ¿Qué diantres estás…?

Entonces me di cuenta.

La tapa. La inscripción.

George y Joplin, que seguían charlando alegremente, se detuvieron junto al ataúd y comenzaron a quitar el barro de la tapa. George tenía una navaja y la acercó a la tapa para que la tarea le resultara más fácil. La red de plata ya no estaba colocada en su sitio, sino que se había resbalado a un lado.

Norris me dijo algo, pero no le oí, porque justo en ese momento me percaté de que había una tercera figura de pie al lado de Joplin y de George.

Estaba quieta y silenciosa, y era alta, delgada y solo medio corpórea. El féretro de hierro atravesaba una de las esquinas de la larga túnica gris. Unas espirales brillantes de plasma, cortas y regordetas como las antenas de las anémonas, se retorcían y curvaban en la base de la aparición. Pero no había brazos ni piernas, sino solo una túnica caída. La cabeza, envuelta en una larga y curvada capucha, permanecía oculta. Solo se veían dos detalles: una barbilla pálida y puntiaguda, tan blanca como las espinas de un pescado, y una mandíbula abierta con dientes serrados.

Abrí la boca y, en el segundo que tardé en lanzar un grito de alarma, oí cómo una voz me hablaba en la mente.

—¡Mira! ¡Mira!

—¡George!

—Te doy lo que tu corazón desea…

—¡George!

Ni él ni Joplin se movían, pese a que la figura estaba directamente en su campo de visión. Los dos seguían medio inclinados y se habían quedado helados quitando el barro del féretro. Tenían los ojos abiertos como platos y el rostro paralizado.

—Mira…

La voz era profunda y tranquila, pero también fría y repulsiva. Confundía mis sentidos. Deseaba obedecerla y ansiaba desesperadamente resistirme al mismo tiempo.

Me obligué a moverme.

Y la figura también se movió. Se elevó y formó una columna gris borrosa bajo el cielo estrellado.

Detrás de mí, alguien chilló. No tenía tiempo. Desenvainé el estoque. El espíritu se acercó a George y a Joplin. De repente,

parecieron salir de su trance, alzaron la cabeza y saltaron hacia atrás. Oí el grito de George. Joplin soltó los papeles. La figura permaneció allí, congelada durante unos instantes. Sabía lo que iba a hacer. Sabía que se inclinaría hacia abajo de pronto y caería como un chorro de agua. Iba a tragárselos. Iba a devorarlos a los dos.

Yo estaba demasiado lejos. Qué estúpida. El estoque no me servía para nada.

No había tiempo para cambiar de arma ni buscar algo más en el cinturón. El estoque…

La figura descendió. La boca abierta y los dientes bajaron en forma de arco.

Lancé la espada, que giró como una ruleta en el cielo.

Joplin, que había tropezado con sus propios pies a causa del pánico, empujó a George hacia un lado. Este, retrocediendo y buscando a tientas una protección en su cinturón, perdió el equilibrio y comenzó a caer.

—Te doy lo que tu corazón desea…

El estoque pasó directamente entre George y Joplin, justo por encima de sus cabezas. La hoja recubierta de plata rebanó el rostro encapuchado con un solo golpe.

La figura se desvaneció. La voz de mi cabeza se acalló. Una oleada de impacto psíquico salió a toda velocidad del centro del círculo y me tiró al suelo. Lockwood, con el pelo al viento y el abrigo sacudiéndose, me esquivó y corrió hacia el agujero. Se detuvo junto a las cadenas y observó la escena con los ojos brillantes. Pero no pasaba nada. George estaba bien. Joplin estaba bien. El féretro permanecía en silencio. Las estrellas veraniegas brillaban en el cielo.

El visitante había desaparecido.

8

Cuando ocurrió todo, Lockwood se controló bastante. No dijo nada en el cementerio. Tampoco habló de camino a casa. Esperó a que cerráramos la puerta, guardáramos los protectores antifantasmas, dejáramos las bolsas en un rincón y le hiciéramos una visita al baño. Entonces lo soltó todo. Llevó a George directamente al salón y, sin hacer su típica pausa después de un caso para tomar chocolate caliente y patatas fritas, le echó la bronca que se merecía.

—Me has sorprendido —dijo—. Has arriesgado tu vida y la de ese estúpido señor Joplin. Habéis estado a segundos de que os petrificara el fantasma. ¡Lo habría hecho si no hubiera sido por Lucy! Y no me vengas con esas chorradas de que creías que el origen estaba neutralizado. Va en contra de todas las reglas dejar que alguien que no sea agente se acerque a un origen activo durante una investigación. ¡Lo sabes de sobra! ¿En qué estabas pensando?

George se había colocado en su silla favorita, cerca de la mesita. Su cara, que normalmente era inexpresiva, reflejaba una mezcla de remordimiento, desafío e indiferencia.

—Estábamos hablando de la inscripción de la tapa —respondió malhumorado—. Sabemos que cuando el DICM se haga con el féretro hoy no volveremos a verlo, así que Joplin dijo…

—¡Lo que dijera Joplin no tendría que afectarte! —exclamó Lockwood—. ¿Te parece esa una buena excusa para casi morir? ¿Intentar descifrar los arañazos de un viejo y repugnante ataúd? ¡Me has sorprendido, George! Estoy alucinando, de verdad.

En realidad no lo estaba, y yo tampoco. Una de las características más conocidas de George, además de su sarcasmo, sus ventosidades y su habitual mentalidad sangrienta, era su fascinación por todo lo desconocido. Cuando no estaba deambulando entre archivos polvorientos para investigar los antecedentes de un caso, deambulaba entre archivos polvorientos en busca de teorías sobre los visitantes, para intentar descubrir por qué los fantasmas se aparecían y cómo ocurría exactamente. La calavera de nuestro frasco sellado no era lo único que le interesaba. Cuando podía, también analizaba otros objetos con poderes psíquicos. Imagino que el ataúd de hierro entraría en esa categoría.

Imagino también que Joplin, el aburrido y pequeño erudito, compartía la visión de George.

Ahora Lockwood había dejado de hablar. Tenía los brazos cruzados, claramente esperando una disculpa, pero George no iba a dejar el tema todavía.

—Coincido en que el féretro y lo que había dentro son peligrosos —dijo con terquedad—. Ese espejo que vi era horrible. Pero sus poderes son totalmente desconocidos, así que creo que las agencias deben encargarse de investigar todo aquello que nos encontramos, y eso incluye la inscripción. Podría darnos pistas sobre lo que tramaban Bickerstaff y ahora su fantasma.

—¿Y a quién le importa? —bramó Lockwood—. ¿A quién le importa todo eso? ¡No forma parte de nuestro trabajo! —En muchos aspectos, Lockwood era totalmente lo contrario a George, y no solo en cuestión de higiene corporal. No le interesaba el funcionamiento de los fantasmas y mucho menos sus deseos o intenciones. Lo único que quería era destruirlos de la manera más eficiente posible. Sin embargo, supuse que lo que realmente le había ofendido era la actitud descuidada y de novato de George—. De ese tipo de cosas se preocupan Barnes y el DICM —siguió con un tono más relajado—.

Nosotros no. ¿Verdad, Lucy?

—¡Exacto! Claro que no. Bajo ningún concepto —respondí. Me ajusté la esquina de la falda con cuidado—. Aunque a veces sí que es interesante… ¿De verdad viste la inscripción, George? No se me ocurrió preguntártelo.

George asintió.

—Pues casualmente sí.

—¿Y qué decía?

—Decía: «Si valoras tu alma, olvida y renuncia a este féretro maldito». Solo eso.

Dudé.

—¿Olvida y renuncia?

—Significa que no lo abras, básicamente.

—Bueno, es un poco tarde para eso.

Lockwood había estado observándonos todo ese rato. Se aclaró la garganta.

—Pero ya no importa, ¿no? —preguntó de forma dulce—. Porque, como te decía, Bickerstaff y el espejo ya no son asunto nuestro. Y George…

—Espera —le interrumpí de pronto—. Damos por seguro que ese era Edmund Bickerstaff. Pero ¿cómo encaja eso con la historia de Joplin sobre la muerte de Bickerstaff? Al tipo del ataúd no se lo habían comido las ratas, ¿no? Tenía un balazo en la cabeza.

George hizo un gesto afirmativo.

—Tienes razón. Bien visto, Lucy.

—Aunque supongo que podrían haberle disparado y luego mordisqueado.

—Puede… Pero a mí me parecía que estaba entero.

—¡Eso no importa! —gritó Lockwood—. Si el caso estuviera abierto, sería interesante, como has dicho. Pero ya hemos acabado el encargo. Se ha acabado. ¡Olvidadlo! Lo importante es que hicimos aquello por lo que nos pagan, que es encontrar y sellar el origen.

—Mm, no. En realidad no sellamos el origen, como he demostrado de forma concluyente —replicó George—. El fantasma de Bickerstaff consiguió escaparse con todo ese hierro y plata. Eso es raro. Seguro que incluso tú admitirías que merece la pena investigarlo.

Lockwood maldijo entre dientes.

—¡No! ¡De eso nada! Quitaste la red, George, así es como pudo escaparse el visitante y petrificarte. ¡Podrías haber muerto! El problema es que te distraes hasta con una mosca, como siempre. ¡Tienes que aclarar tus prioridades! Mira todo este desastre de aquí… —Señaló con un dedo en dirección a la mesita, donde estaba el frasco sellado. La calavera apenas era visible y el plasma era tan transparente y verdoso como siempre. Aquella tarde, George había hecho más experimentos. No había conseguido nada con el sol de mediodía, ni tampoco con la breve exposición a los fuertes estallidos de música clásica de la radio. La mesa estaba cubierta de un pequeño mar de cuadernos y observaciones garabateadas—. Este es el ejemplo perfecto —continuó—. Estás perdiendo demasiado tiempo con ese maldito frasco. Intenta concentrarte más en las investigaciones de los casos y ayuda un poco a la agencia.

George tenía las mejillas encendidas.

—¿Qué se supone que quieres decir con eso?

—Quiero decir que, el otro día, en aquel caso de Wimbledon… Pasaste totalmente por alto todas esas cosas de la historia de las horcas. ¡Incluso ese idiota de Bobby Vernon descubrió más información útil que tú!

George permaneció sentado, muy quieto. Abrió la boca como si estuviera a punto de debatir algo y luego volvió a cerrarla. No había ninguna expresión en su rostro. Se quitó las gafas y las limpió con el jersey.

Lockwood se pasó las manos por el pelo.

—No estoy siendo justo. No debería haber dicho eso. Lo siento.

—No, no —respondió George con frialdad—. Intentaré esforzarme más a partir de ahora.

—Bien.

Se hizo el silencio.

—¿Y si hago chocolate? —sugerí con un tono alegre. El chocolate caliente ayuda a tranquilizar el ambiente de madrugada. La noche empezaba a acabarse. Faltaba poco para el amanecer.

—Ya lo preparo yo —dijo George, levantándose de golpe—. A ver si eso sí puedo hacerlo bien. ¿Dos de azúcar, Luce? Lockwood… El tuyo lo haré muy espumoso.

Lockwood observó la puerta que se cerraba con el ceño fruncido.

—¿Sabes? Ese último comentario me preocupa —soltó, suspirando—. Lucy, quería decirte que ha sido impresionante lo que has hecho con el estoque.

—Gracias.

—Apuntaste al punto perfecto, justo entre las dos cabezas. Un centímetro a la izquierda y le habrías atravesado el entrecejo a George. Una precisión realmente espectacular.

Hice un gesto humilde.

—Bueno, a veces toca hacer lo que toca hacer.

—En realidad no apuntaste, ¿verdad? —preguntó Lockwood.

—No.

—Lo lanzaste y ya está. De hecho, fue pura suerte que George perdiera el equilibrio y se cayera. Por eso no hiciste una brocheta con su cabeza.

—Sí.

Me sonrió.

—Aun así, eso no significa que no haya sido una obra maestra. Fuiste la única que reaccionó a tiempo.

Como siempre, la intensa amabilidad de su aprobación hizo que me sonrojara un poco. Me aclaré la garganta.

—Lockwood —le llamé—. El fantasma de Bickerstaff…, ¿de qué tipo era? Nunca había visto algo así. ¿Viste cómo se elevó tan alto? ¿Qué clase de visitante hace eso?

—No tengo ni idea, Luce. Con suerte, el resto de hierro que colocamos allí lo mantendrá callado hasta que amanezca. Después será problema del DICM, cosa de la que me alegro. —Suspiró y se levantó de la silla—. Será mejor que vaya a ayudar a George. Sé que le he ofendido. También estoy algo preocupado por lo que le está haciendo a mi chocolate.

Cuando se marchó, me recosté en el sofá y contemplé el techo. No sé si fue por el cansancio o por lo que había pasado por la noche, pero la sala no parecía estar en completo silencio. Las imágenes pasaban ante mí: George y Joplin paralizados frente al ataúd, el rostro sonriente y oscuro del cadáver de Bickerstaff, el espeluznante fantasma con su túnica larga y gris elevándose hacia las estrellas… Las figuras giraban despacio a mi alrededor, como si estuviera observando el tiovivo menos apto para niños del mundo.

Cama. Necesitaba irme a la cama. Cerré los ojos. No sirvió para

nada. Las imágenes seguían allí. Además, me hicieron recordar la voz fría pero halagadora que había oído al acercarme al agujero, incitándome a mirar… ¿A mirar el qué? ¿El fantasma? ¿El espejo?

Me alegraba no tener la respuesta.

—¿Te encuentras mal? —dijo alguien en voz baja.

—Sí. Un poco.

Entonces, un agujero se abrió en mi estómago y sentí que me caía dentro. Abrí los ojos. La puerta seguía cerrada. Podía oír a Lockwood y a George hablando en la cocina, a dos habitaciones de distancia.

Una luz verdosa daba vueltas en el techo.

—Porque tienes una pinta espantosa.

Era el susurro más bajo y gutural del mundo. Extraño, pero familiar. Ya lo había oído antes.

Alcé la cabeza despacio miré a la mesita, que brillaba bajo una luz fantasmagórica esmeralda. La sustancia que había en el frasco bullía en el centro como si fuera agua hirviendo en el fuego. Dentro había una cara, un rostro con mirada malvada que se superponía al plasma. La punta de la nariz en forma de bulbo presionaba el cristal de plata. Los ojos retorcidos brillaban y la boca desprovista de labios mascaba y sonreía.

—Tú —dije. Tenía la garganta seca y apenas podía hablar.

—No es la mejor bienvenida que he oído —respondió la voz—, aunque tienes razón. Sí, no puedo negarlo. Soy yo.

Me levanté con dificultad, con la respiración agitada y una intensa emoción recorriendo mi cuerpo. Así que tenía razón: era un fantasma de tipo tres. ¡Plenamente consciente y capaz de comunicarse! Pero Lockwood y George no estaban allí… Tenía que enseñárselo y encontrar la forma de demostrarlo. Me dirigí a la puerta.

—Oye, no los metas en esto. —La voz susurrante parecía dolida —. Dejemos que sea algo íntimo entre tú y yo.

Aquello hizo que me detuviera. Habían pasado siete meses desde la última vez que la calavera había decidido hablar. Tenía razones sólidas para pensar que se callaría en cuanto abriese la puerta. Tragué saliva e intenté ignorar el corazón que me martilleaba en el pecho.

—Está bien —contesté con voz ronca, mirándolo fijamente por

primera vez—. Si eso es lo que quieres, tendrás que darme algunas respuestas. ¿Qué eres? ¿Por qué me hablas?

—¿Qué soy? —El rostro se abrió, el plasma se separó y vi claramente la calavera manchada de marrón en el fondo del frasco—. Esto es lo que soy —siseó la voz—. Mírame bien. Este es el destino que te espera.

—Vaya, qué siniestro —me burlé—. Estás igual que la última vez. ¿Qué dijiste entonces? ¿«La muerte se acerca»? Pues menuda predicción. Yo sigo viva y tú sigues siendo una masa viscosa, pegajosa y brillante atrapada en un frasco. Impresionante.

De pronto, el plasma se unió como las puertas de un ascensor cerrándose y el rostro volvió a formarse. Su mirada crítica parecía menos intimidante ahora que las mitades unidas no coincidían y le daban una apariencia torcida y grotesca.

—Me decepciona que no prestaras atención a mi advertencia —susurró—. Lo que dije fue: «La muerte está en la vida y la vida está en la muerte». El problema es que eres estúpida, Lucy. Estás ciega y no ves las pruebas que te rodean.

A lo lejos, en la cocina, podía oír el tintineo de los cubiertos. Me humedecí los labios.

—No me importan esas chorradas.

La voz gimió.

—¿Es que quieres que te lo dibuje? ¡Usa tus ojos y tus oídos! Usa tu inteligencia, niña. Nadie más puede hacerlo. Estás sola.

Sacudí la cabeza, aunque en realidad lo que quería era aclararme la mente. Ahí estaba, con las manos en las caderas y discutiendo con un rostro dentro de un frasco.

—Te equivocas —le contesté—. No estoy sola. Tengo a mis amigos.

—¿A quién? ¿Al gordo de George? ¿Al mentiroso de Lockwood? —El rostro se arrugó de alegría—. Ah, sí, brillante. Menudo equipo.

—¿Mentiroso?

Hasta ese momento, había algo hipnótico en la voz, algo que me resultaba imposible ignorar. De pronto, el alarde de los susurros me repugnó. Me alejé hacia el otro lado de la habitación.

—No pongas esa cara de sorpresa —replicó la voz—. Reservado, mentiroso. Sabes que es verdad.

Lo ridículo de la situación me hizo reír.

—Yo no sé nada de eso.

—Entonces, venga. Ahí hay una puerta y tiene bisagras.

—Úsala.

Pues claro que iba a hacerlo. De pronto necesitaba compañía. Necesitaba a los demás. No quería estar sola con la voz alegre.

Crucé la sala. Mis dedos se estiraron en busca del pomo.

—Hablando de puertas, una vez te vi en el rellano de arriba. Al lado de la habitación prohibida. Te morías de ganas de entrar, ¿no?

Me detuve.

—No…

—Menos mal que no lo hiciste. Nunca habrías salido con vida.

Fue como si el suelo bajo mis pies se inclinara un poco.

—No —repetí—. No.

Busqué a tientas el picaporte y empecé a girarlo.

—En esta casa hay otras cosas a las que temer, además de a mí.

—¡Lockwood! ¡George!

Tiré, abrí la puerta y me vi gritándoles directamente a la cara. Se asombraron. Lockwood estaba tan sorprendido que había derramado la mitad de su chocolate sobre la alfombra del pasillo. George, que llevaba la bandeja, consiguió hacer malabares con las patatas y los sándwiches. Los llevé al interior del salón.

—¡Está hablando! —grité—. ¡El frasco! ¡Mirad! ¡Escuchad!

Gesticulé con urgencia hacia el cristal de plata. Obviamente, el fantasma no dijo nada. Obviamente, el rostro había desaparecido y lo único que quedaba era el plasma apagado e inmóvil, tan interesante y activo como el agua de la lluvia embarrada en un tarro de mermelada. En medio de aquel revoltijo, pude ver los dientes de la calavera sonriendo débilmente entre las palancas de metal.

Dejé caer los hombros. Respiré hondo.

—Estaba hablando —expliqué sin energía—. Me hablaba de verdad. Si hubierais estado hace un minuto…

Fruncí el ceño, como si tuvieran la culpa de habérselo perdido.

Permanecieron allí sin decir nada. Con la punta del dedo meñique, George puso un sándwich en su sitio. Al fin, Lockwood avanzó y colocó las tazas sobre la mesa. Sacó un pañuelo y se limpió unas gotas de chocolate de la mano.

—Ven y bebe algo.

Contemplé la calavera sonriente. Me invadía la rabia. Di un paso rápido hacia delante. Si Lockwood no hubiera extendido la mano, creo que hubiera tirado el frasco al otro extremo de la habitación.

—No pasa nada, Luce —me tranquilizó—. Te creemos.

Me pasé una mano cansada por el pelo.

—Bien.

—Siéntate. Come algo y tómate el chocolate.

—Vale.

Lo hice. Todos lo hicimos. Después de un rato, dije:

—Ha sido como la primera vez, cuando estaba en el sótano. Ha empezado a hablar de la nada. Hemos mantenido una conversación.

—¿Una conversación de verdad entre los dos? —preguntó Lockwood—. ¿Es un auténtico tipo tres?

—Sin duda.

—¿Y cómo ha sido? —quiso saber George.

—Ha sido… irritante.

Miré el frasco inmóvil.

Él asintió lentamente.

—Marissa Fittes decía que comunicarse con los fantasmas de tipo tres era peligroso, que tergiversaban tus palabras y jugaban con tus emociones. Decía que si no tenías cuidado, notabas cómo poco a poco sucumbías a su poder, hasta que no eras dueña de tus acciones…

—No… Sigo opinando que «irritante» lo resume bastante bien.

—¿Y qué te ha dicho? —preguntó Lockwood—. ¿Qué secretos profundos te ha revelado?

Le miré. Estaba recostado, dando un sorbo a su chocolate. Como siempre y pese a lo dura que había sido la noche, parecía estar sereno. Era meticuloso, tranquilo y siempre estaba preparado.

«En esta casa hay otras cosas a las que temer, además de a mí».

—Mm, no mucho —respondí.

—Ha tenido que decirte algo.

—¿Ha hablado del más allá? —exclamó George entusiasmado. Le brillaban los ojos detrás de las gafas—. Ese es el gran interrogante, lo que todo el mundo quiere saber. El viejo Joplin me dijo que va a convenciones académicas sobre el tema. Sobre lo que pasa después de la muerte. La inmortalidad, el destino del alma humana…

Respiré hondo.

—Ha dicho que estás gordo.

—¿Cómo?

—Ha hablado de nosotros, básicamente. Nos observa y se sabe nuestros nombres. Ha dicho…

—¿Ha dicho que estoy gordo?

—Sí, pero…

—¿Gordo? *¿Gordo?* ¿Qué tipo de comunicación sobrenatural es esa?

—Ah, pues ha sido todo así —añadí—. Cosas sin sentido. Creo que es malvado. Quiere hacernos daño, conseguir que nos peleemos. También ha dicho que estoy ciega y no veo lo que me rodea… Lo siento, George. No pretendía insultarte, espero que…

—Es que si me interesara mi peso me compraría un espejo —dijo George—. Menuda decepción. ¿No ha dicho nada profundo sobre el más allá? Una pena.

Le dio un bocado al sándwich y se recostó en la silla con tristeza.

—¿Y qué ha dicho de mí? —preguntó Lockwood mirándome con sus ojos oscuros y tranquilos.

—Pues cosas…

—¿Cómo cuáles?

Aparté la mirada, interesada de pronto en los sándwiches. Me concentré en sacar uno de mermelada de ciruela. Lo sujeté cuidadosamente con los dedos.

—Ah, qué bien, de jamón. No pasa nada.

—Lucy —dijo Lockwood—, la última vez que vi un lenguaje corporal como el tuyo fue cuando charlábamos con Martine Grey sobre su marido desaparecido y luego lo encontramos en el fondo de su congelador. Deja de disimular y suéltalo. —Sonrió, tranquilo—. No voy a enfadarme, de verdad.

—¿En serio?

—Bueno, depende. ¿Qué ha dicho? —Se rio—. ¿Tan malo ha sido?

—Bueno, pues me ha dicho… No es que le haya creído, claro, y tampoco es que me importe, sea cual sea la verdad… Ha dejado caer que tenías algo peligroso escondido en esa habitación. Ya sabes, la que está arriba. En el rellano —añadí sin mucha

convicción.

Lockwood bajó la taza y habló con dureza.

—Sí, sé cuál es. Por la que no dejas de preguntar.

Solté un grito ronco.

—¡Yo no lo he mencionado esta vez! ¡Ha sido el fantasma del frasco!

—El fantasma del frasco. Ah, sí. El que resulta tener la misma obsesión que tú. —Lockwood se cruzó de brazos—. Y, dime, ¿qué es lo que ha dicho exactamente el «fantasma del frasco»?

Me pasé la lengua por los labios.

—No importa. Está claro que no me crees, así que ya no diré nada más. Me voy a la cama.

Me puse en pie, pero Lockwood también se levantó.

—Oh, no. De eso nada —rebatió—. No puedes soltar una locura así y luego irte como una prima donna sin justificarte. Dime lo que has visto.

—No he visto nada. Te lo estoy diciendo, ha…

Hice una pausa.

—Entonces sí que hay algo.

—Yo no he dicho eso.

—Está claro que has insinuado que había algo que ver.

Nos quedamos allí, mirándonos el uno al otro. George cogió otro sándwich. Entonces sonó el teléfono del vestíbulo. Los tres dimos un salto.

Lockwood protestó.

—¿Qué pasa ahora? Son las cuatro y media de la mañana.

Se marchó para contestar.

George dijo:

—Parece que Marissa Fittes tenía razón. Los fantasmas de tipo tres sí que te confunden y juegan con tus emociones. Mira cómo estáis los dos, peleándoos por una tontería.

—No es una tontería —respondí—. Es una cuestión básica de confianza, así que…

—A mí me parece una auténtica chorrada —opinó George—. Este fantasma también me ha llamado gordo. ¿Has visto que reaccione?

La puerta se abrió y apareció Lockwood. La rabia de su rostro había dado paso a la perplejidad y algo de preocupación.

—Esta noche es cada vez más rara —comentó—. Era Saunders. Llamaba desde el cementerio. Ha habido un robo en la capilla en la que guardaban el ataúd de Bickerstaff. Uno de los niños de la patrulla nocturna ha salido herido. ¿Y recordáis ese espejo extraño? Lo han robado.

9

Aquella no fue la última llamada que recibimos esa mañana. La siguiente llegó cuatro horas después, cerca de las ocho, cuando intentábamos echarnos una siesta. Nuestra respuesta habitual en este tipo de circunstancias sería: a) ignorarla (Lockwood), b) pedir educadamente que llamen en otro momento (George) o c) gritarles que se vayan a freír espárragos (yo, que me pongo de mal humor cuando no he dormido). Sin embargo, como era el inspector Barnes, del DICM, citándonos para una reunión urgente, no teníamos estas opciones. Quince minutos más tarde, aturdidos y en ayunas, nos apretujamos en un taxi y nos dirigimos a Scotland Yard.

Era otra mañana de verano perfecta en Londres, en la que una agradable sombra gris y una luz brillante y moteada cubrían las carreteras. Dentro del taxi, todo era claramente menos alegre. Lockwood estaba pálido y monosilábico. Dos ratones espigueros podrían haberse dormido en las bolsas de los ojos de George. Apenas dijimos nada durante el camino.

Esto me venía bien, porque me iba a explotar la cabeza. Me recosté sobre la ventanilla y cerré los ojos, dejando que la brisa de

aire frío me despejara la mente. Los eventos de la noche anterior se peleaban por conseguir protagonismo: la aparición en el cementerio, la calavera sonriendo en el frasco y mi discusión con Lockwood. Al mismo tiempo, todo parecía irreal, sobre todo las advertencias de la calavera. Al bajar a trompicones del taxi, la imagen de la puerta prohibida en el rellano me dio una punzada breve y aguda. Pero el poder de las palabras del fantasma se marchitó con la luz del sol y supe que me había equivocado al dejar que me afectaran. Esa cosa mentía. Quería engañarme, como había dicho George. Tenía el don de la percepción, así que debía andarme con cuidado.

Sin embargo, sabía que la conversación había sido bastante real. Y nadie más en Londres, quizá nadie desde la gran Marissa Fittes, había experimentado aquello. Sentada y confundida, el pensamiento me produjo una emoción somnolienta.

—¿La calavera era única o lo era yo?

Me di cuenta de que estaba sonriendo. Abrí los ojos de golpe. Habíamos llegado a la calle Victoria, cerca de nuestro destino. El taxi se sumó al tráfico, justo en la puerta de las inmensas oficinas de Sunrise Corporation. Anuncios de sus últimos productos, como nuevas granadas de lavanda y destellos de magnesio más ligeros y pequeños, brillaban en las vallas publicitarias de la entrada.

George y Lockwood estaban despatarrados y en silencio, contemplando el día.

Yo me senté recta y puse el estoque en una posición más cómoda.

—¿Y qué es lo que quiere Barnes, Lockwood? —pregunté—. ¿Es por Bickerstaff?

—Sí.

—¿En qué nos hemos equivocado ahora?

Hizo una mueca.

—Ya conoces a Barnes. ¿Acaso necesita un motivo?

El taxi continuó y paró junto a la fachada de cristal brillante de Scotland Yard, donde estaba la sede del DICM. Nos apeamos del coche, pagamos y entramos.

El Departamento de Investigación y Control Psíquico, o DICM, como se conocía habitualmente, se creó para controlar las actividades de las decenas de agencias que existían en el país. Se

suponía que también coordinaba la respuesta nacional a la actual pandemia de fantasmas. Por eso, al parecer tenían enormes laboratorios de investigación en búnkeres de hierro bajo la calle Victoria, donde los científicos del DICM lidiaban con los enigmas del Problema. Pero sus constantes intentos de controlar a las agencias independientes como la nuestra eran lo que más interfería en nuestras vidas, sobre todo a través de su estricto y pedante director operativo, el inspector Montagu Barnes.

Por instinto, Barnes estaba en contra de la agencia Lockwood. No le gustaban nuestros métodos, no le gustaban nuestros modales y tampoco le gustaba el encantador desorden de nuestras oficinas en Portland Row, aunque sí me había felicitado por los bonitos tulipanes que planté en las macetas de las ventanas la última primavera. Cualquier «petición» que hiciéramos para hablar con él en Scotland Yard se traducía inevitablemente en permanecer frente a su despacho mientras nos regañaba como a una fila de alumnos que se han portado mal.

Por eso me sorprendió cuando nos llevaron directamente a la sala principal de operaciones, en lugar de quedarnos en la habitual zona de espera que olía ligeramente a toallitas de ectoplasma.

A esa hora del día, no había ni un ruido. El mapa de Londres en la pared apenas tenía luces encendidas y nadie atendía los teléfonos. Un grupo de hombres y mujeres bien vestidos estaban sentados en una mesa, revisando carpetas de manila y cotejando nuevos informes de incidentes. Un tipo con una fregona limpiaba los restos de sal, ceniza y virutas de hierro que habían pisado los agentes del DICM la noche anterior.

Junto a una mesa de reuniones en el extremo de la sala habían colocado un panel con hojas de papel. Cerca de allí se encontraba el inspector Barnes, que contemplaba con tristeza una pila de documentos.

No estaba solo. A su lado, tan inmaculados y presumidos como siempre, se sentaban Quill Kipps y Kat Godwin.

Me puse tensa. Lockwood hizo un ruidito entre dientes. George gruñó en voz alta.

—Hemos estado al borde de la muerte, hemos tenido discusiones domésticas y apenas hemos dormido —murmuró—. Pero esto va a ser la gota que colma el vaso. Si salto sobre la mesa y empiezo a

chillar, no intentéis frenarme. Dejad que grite.

Barnes miró su reloj mientras nos acercábamos.

—Por fin —dijo—. Cualquiera diría que han tenido una noche difícil. Siéntense y sírvanse una taza de café. Veo que todavía no pueden permitirse uniformes de verdad. ¿Lo que tiene en la camiseta es huevo o ectoplasma, Cubbins? Juro que también lo tenía la última vez que le vi. La misma camiseta y la misma mancha.

Kipps sonrió y Godwin permaneció igual de inexpresiva. Como era de esperar, sus uniformes estaban limpios e impolutos. Podrías comerte el almuerzo en ellos, siempre que sus caras no te quitaran el apetito. Una vez más, fui consciente de mi lamentable estado: el pelo sin peinar todavía húmedo de la ducha y la ropa arrugada.

Lockwood les sonrió, intrigado.

—No nos importa esperar a que termine su reunión con Kipps, señor Barnes. No queremos entrometernos.

—Si va a despedirlos, sé dónde hace falta gente —añadió George —. En la estación de Marylebone buscan asistentes de baños. Hasta podrían llevar las mismas chaquetas.

—El señor Kipps y la señorita Godwin están aquí porque yo los he llamado —explicó Barnes—. Esto es importante y necesito que más de un equipo de agentes se involucre. Ahora siéntense y dejen de fulminarse con la mirada. Quiero que me presten toda su atención.

Nos sentamos. Kipps nos sirvió el café. ¿Es posible servir café con actitud zalamera? De ser así, Kipps lo hizo bien.

Barnes dijo:

—He oído lo que hicieron anoche en el cementerio de Kensal Green. El señor Paul Saunders de… —Hizo una pausa para consultar sus notas y luego continuó con un desagradable fastidio —. De Excavaciones y Limpieza Felices Sueños me ha hecho un resumen básico. Voy a pasar por alto que debieron contactar con nosotros de inmediato para que nos deshiciéramos del ataúd. A la luz de lo ocurrido desde entonces, necesito todos los detalles que puedan darme.

—¿Y qué es lo que ha ocurrido, señor Barnes? —preguntó Lockwood—. Saunders nos llamó esta mañana temprano, pero no estaba en condiciones de contarnos nada.

El inspector nos miró, pensativo. Su cara estaba tan viva como siempre y sus ojos ojerosos seguían juzgando con dureza. Como de costumbre, lo que llamó mi atención fue su impresionante bigote. En mi opinión, el bigote de Barnes se parecía mucho a algún tipo de oruga peluda exótica, seguramente de los bosques de Sumatra y, sin duda, de una especie aún por descubrir. Tenía vida propia y se contoneaba y arrugaba en función del ánimo de su dueño. Hoy parecía mullido y erizado por su determinación. Barnes continuó:

—Saunders no es un idiota y sabe que está metido en un lío, lo que le convierte en inútil. Vino hace una hora, cacareando y vociferando, poniendo todas las excusas habidas y por haber. El resumen es que han saqueado el féretro de hierro que encontraron y robado lo que contenía.

—¿Alguien ha resultado herido? —quise saber—. Oí que un chico de la patrulla…

—Centrémonos en lo importante —interrumpió Barnes—. Necesito un informe completo de lo que pasó cuando abrieron el ataúd. Lo que vieron, lo que oyeron y todos los fenómenos importantes. Empiecen.

Lockwood se lo contó todo, dejando también que George y yo diéramos nuestra opinión. Me percaté de que George estaba confuso acerca de lo que había pasado mientras Joplin y él estaban dentro del círculo. Según su versión, el fantasma de Bickerstaff se había lanzado en picado en cuanto se habían acercado al ataúd. No habló de que se quedaron allí, petrificados, indefensos e incapaces de moverse.

Cuando mencioné la voz, Lockwood frunció el ceño.

—Eso no me lo habías dicho.

—Acabo de acordarme. Supongo que fue el fantasma. Estaba desesperado por que miráramos algo. Dijo que nos daría «lo que nuestro corazón deseara».

—¿Le hablaba a usted?

—Creo que nos hablaba a todos.

Barnes me miró fijamente durante un segundo.

—Tiene usted un don impresionante, Carlyle. Entonces, el objeto que tanto sobresaltó a Cubbins, ¿dice que era un espejo o un cristal brillante con una especie de marco de madera?

George y yo asentimos.

—¿Y ya está? —preguntó Quill Kipps—. No se puede sacar mucho de esa descripción.

—No hubo tiempo para fijarse bien —respondió Lockwood—. Todo ocurrió muy rápido y, sinceramente, habría sido muy peligroso quedarse para analizarlo.

—Por una vez, creo que actuó de forma inteligente —opinó Barnes—. En resumidas cuentas, parece que teníamos dos posibles orígenes en la tumba. El cuerpo del doctor Bickerstaff y el espejo.

—Eso es. La aparición debió salir del cadáver, porque la red seguía cubriendo el espejo en ese momento —dijo Lockwood—. Por lo que George experimentó, está claro que ese espejo desprendía su propia energía psíquica.

—Muy bien. —De entre los papeles, Barnes sacó varias fotografías brillantes en blanco y negro, que colocó hacia abajo frente a él—. Ahora les contaré lo que pasó esta madrugada. Después de que se fueran, este señor Saunders hizo que movieran el ataúd con una de sus carretillas elevadoras. Lo llevaron hasta la capilla y lo metieron dentro. Saunders dice que se aseguró de que las cadenas de plata y los otros sellos siguieran en su sitio. Lo rodearon con una cadena, pusieron a un joven de la patrulla nocturna en la puerta para que vigilara y siguieron con sus cosas.

—Espere un segundo —dijo Lockwood. Le había invadido una de sus típicas transformaciones. Cualquier muestra de cansancio se había quedado en el taxi. Ahora se mostraba alerta, interesado e irradiaba concentración—. La capilla es la oficina de Saunders. Joplin y él trabajan allí. ¿Dónde estuvieron el resto de la noche?

—De acuerdo con Saunders, el señor Joplin y él estaban ocupados en otras zonas del cementerio. La mayoría de la patrulla nocturna estaba con ellos, aunque había gente saliendo y entrando del campamento para llevar herramientas, descansar y todo eso.

»En mitad de la noche, sobre las dos y media, el vigilante cambió de puesto. Saunders lo supervisó y aprovechó para mirar dentro de la capilla. Dice que todo estaba en silencio y que el ataúd seguía exactamente igual que antes. Otro chico, llamado Terry Morgan, se encargó de vigilar. Un niño de once años. —Barnes nos miró y se rascó el bigote con un dedo—. Bueno, pues amaneció a las cuatro y media, así que tuvieron que dejar las investigaciones psíquicas por hoy. Justo antes de esa hora, otro crío fue a la capilla

para sustituir a Terry Morgan. Se encontró la puerta abierta y dentro estaba el cuerpo de Morgan.

Me dio un vuelco el corazón.

—¿No…?

—No, por suerte. Estaba inconsciente. Le golpearon con algo duro. Quienquiera que le atacara tuvo que abrir luego el féretro, quitar todos los sellos y volcar el contenido en el suelo.

Les dio la vuelta a las dos fotografías de arriba y las deslizó por la mesa. Kipps cogió una y Lockwood la otra. Nos acercamos para echar un vistazo.

Habían hecho la foto justo desde el umbral de la puerta de la capilla. En el fondo se veía uno de los escritorios y parte del altar. El suelo estaba cubierto de todo un océano formado por herramientas para agentes: nuestras cadenas de hierro, nuestra red de plata y varios sellos y protecciones extra con los que habíamos asegurado el ataúd. En el centro estaba el féretro de hierro, colocado de lado, y la mitad del cadáver momificado tirado sobre las baldosas del suelo. Bickerstaff era tan poco apetecible como había sugerido el breve vistazo que le eché anoche. No era más que un ser oscuro y marchito con una túnica raída y un traje mohoso. Un brazo largo y huesudo caía en un ángulo antinatural, como si estuviera roto por el codo. El otro yacía con la palma hacia arriba, como si buscara algo que había desaparecido. Unos mechones de pelo blanco se extendían alrededor del cráneo desnudo como las patas de unas arañas ahogadas.

—Qué asco —dijo George—. No mires la cara, Kat.

La chica rubia nos miró con el ceño fruncido.

—Estoy acostumbrada a ese tipo de cosas.

—Ya. Trabajas con Kipps, ¿no? Imagino que lo estarás.

El aludido contemplaba la fotografía con el semblante preocupado.

—Ese ataúd parece demasiado pesado para levantarlo —comentó—. Debe haber sido más de un ladrón.

—Excelente observación —dijo Barnes—. Y tiene razón. Terry Morgan se despertó hace una hora en el hospital. Está bastante alterado, pero pudo describir cómo le atacaron. Oyó un ruido en el matorral que hay junto los escalones. Miró hacia allí y vio a un hombre con un pasamontañas oscuro acercándose rápido. Luego

alguien le golpeó por detrás.

—Pobre chico —murmuré.

Kat Godwin, sentada en el lado contrario, me miró enarcando una ceja. Le devolví la mirada, inexpresiva. A mí también se me daba bien poner cara impasible.

—Y el espejo ya no está… —meditó Kipps—. Debieron hacerlo casi al amanecer, cuando pensaron que sería seguro retirar las defensas. Aun así, es un movimiento arriesgado.

—Lo que de verdad es interesante es la velocidad a la que ocurrió —señaló Barnes—. El ataúd se abrió sobre la medianoche. Menos de cuatro horas después, los ladrones estaban junto a la puerta. No hubo tiempo para que se corriera la voz de forma normal. Tuvo que ser una orden directa de alguien que estaba allí.

—O alguien que acababa de marcharse —opinó Kat Godwin.

Nos sonrió.

Miré a Lockwood. Estaba concentrado mirando la foto, como si algo en ella le desconcertara. No se había percatado de la burla de Godwin.

—¿Quién sabía lo del ataúd? —pregunté.

Barnes se encogió de hombros.

—Los sepultureros, las sensibles, los críos de la patrulla nocturna… y ustedes.

—Si cree que fuimos nosotros, no dude en registrar la casa —dije—. Empiece por la cesta de la ropa sucia de George. Allí es donde guardamos siempre las cosas que robamos.

El inspector hizo un gesto despectivo.

—No creo que lo robaran ustedes, pero sí quiero encontrarlo. ¡Señor Lockwood!

—Está medio dormido —aventuró Kipps.

Lockwood alzó la vista.

—¿Qué? Perdón. —Soltó la fotografía—. ¿El espejo? Sí, estaba diciendo que quería encontrarlo. ¿Puedo preguntar por qué?

—Ya sabe por qué —respondió Barnes con voz ronca—. A Cubbins solo le bastó con mirar un segundo al espejo para tener una sensación rara y desagradable. Quién sabe lo que podría haberle hecho. Además, el Gobierno clasifica todos los artefactos psíquicos como materiales peligrosos. Su robo, venta o divulgación entre la población están totalmente prohibidos. Déjenme que les enseñe

algo.

El inspector colocó sobre la mesa copias de otra fotografía en blanco y negro. En esta se veía el sombrío interior de un salón público. Habían hecho la foto desde el fondo de la sala. Unas diez personas estaban sentadas en bancos de madera, mirando hacia una plataforma elevada. También aparecía un policía y se entreveían unas cintas policiales que tapaban una puerta. Los rayos del sol atravesaban las ventanas altas junto al techo. En el escenario había una mesa y encima podía verse un objeto parecido a un frutero ancho de cristal.

—Es la secta de la calle Carnaby —explicó Barnes—. Hace veinte años. Obviamente, fue antes de que naciera cualquiera de ustedes. Pero yo sí estaba ahí, como joven inspector del caso. Era lo típico. Un grupo de gente que quería «comunicarse» con los muertos y descubrir secretos sobre el más allá. Lo que pasa es que no solo hablaban de ello, sino que les compraban objetos a los saqueadores con la esperanza de que algún día conocerían a un visitante. ¿Ven ese cuenco de ahí? Allí ponían sus preciadas reliquias: huesos que se habían encontrado enterrados en el patio de la cárcel de Marshalsea, todavía con las esposas puestas. Los saqueadores solían venderles cualquier chatarra vieja bastante a menudo, pero esa vez sí eran de verdad. Un visitante apareció. Y pueden ver el tipo de mensaje que les dejó.

Observamos la foto y nos fijamos en las cabezas encapuchadas de la congregación sentada en los bancos.

—Espere… —dijo Kat Godwin—. Entonces toda esta gente… está…

—Criando malvas, todos en el otro barrio —respondió Barnes con entusiasmo—. Trece en total. Podría darles decenas de ejemplos y enseñarles también fotos, pero me atrevería a decir que se les quitarían las ganas de desayunar. —Se sentó hacia delante y empezó a golpear la mesa con un dedo peludo—. El mensaje es el siguiente: ¡los artefactos poderosos son mortales si caen en las manos equivocadas! Son como bombas a punto de explotar. Este espejo, o lo que quiera que sea, no es una excepción. El DICM está muy preocupado y queremos encontrarlo. Me han ordenado que le dé prioridad absoluta.

Lockwood echó su silla hacia atrás.

—Bueno, pues les deseo buena suerte. Si podemos ayudarle en algo más, llámenos.

—Aunque vaya en contra de mi buen juicio —respondió Barnes—, sí pueden ser de ayuda. Estoy falto de personal esta mañana. Ha habido un importante brote en Ilford y muchos equipos del DICM se están encargando de ello. Como ya están involucrados en este caso, y como podría decirse que es su culpa que el artefacto no se nos entregara anoche, quiero que ustedes continúen investigando. Se les pagará adecuadamente.

—¿Nos está contratando? —preguntó George, mirando boquiabierto al inspector—. ¿Cómo de desesperado está?

El bigote cayó con tristeza.

—Por suerte, la agencia Fittes también ha ofrecido a Kipps y a su equipo. Ellos también se encargarán del caso. Quiero que todos trabajen juntos.

Atónitos, miramos al otro lado de la mesa. Kipps y Godwin nos observaron con frialdad.

Me aclaré la garganta.

—Pero, señor Barnes, es una ciudad grande. Hay muchísimos agentes entre los que elegir. ¿Está seguro de que los necesita a ellos?

—Escoja a un loco de la calle —protestó George—. Vaya a una residencia y elija a un jubilado al azar. Cualquiera sería mejor que Kipps.

Barnes nos fulminó con la mirada.

—Encuentren la reliquia perdida. Descubran quién la ha robado y por qué. Háganlo lo más rápido posible, antes de que alguien más resulte herido. Y si quieren que les siga teniendo en buena estima —dijo, mientras el bigote sobresalía hacia delante y dejaba ver fugazmente los dientes—, trabajarán bien juntos y dejarán a un lado el sarcasmo, los insultos y, sobre todo, las peleas de espada. ¿Lo entienden?

Kipps asintió con suavidad.

—Sí, señor. Por supuesto, señor.

—¿Señor Lockwood?

—Claro que sí, inspector. Eso no será un problema.

—Así es como lo haremos —dijo Lockwood en cuanto todos salimos de la sala—. Vosotros no os entrometéis en nuestro camino y

nosotros no nos entrometeremos en el vuestro. Nada de espionaje ni de trapos sucios en ninguno de los bandos. Y ahora llegamos al pequeño asunto de nuestra competición. Esta es nuestra oportunidad de competir, como ya acordamos. ¿Seguís queriendo hacerlo o queréis echaros atrás?

Kipps soltó una risa corta y estridente.

—¿Echarnos atrás? ¡Ya os gustaría! Nuestro acuerdo entra en vigor a partir de hoy. El primer equipo que encuentre el espejo y se lo lleve a Barnes gana la apuesta. El que pierda escribe un anuncio en el periódico y se traga su orgullo públicamente. ¿De acuerdo?

Lockwood tenía las manos en los bolsillos y nos miró con indiferencia a George y a mí.

—¿Os parece bien?

Los dos asentimos.

—Entonces, la competición está en marcha por nuestra parte. ¿Quieres hablarlo con tu equipo?

—Oh, yo estoy más que lista —respondió Kat Godwin.

—¿Qué opina Bobby Vernon? —preguntó George—. Asumo que está por aquí.

Miró a ambos lados del pasillo vacío.

Kipps puso mala cara.

—Bobby no es tan bajito. Ya le pondremos al día luego. Pero le parecerá bien lo que yo diga.

—Entonces ya está —afirmó Lockwood—. Es una carrera. Buena suerte.

Estrecharon las manos. Kipps y Godwin se alejaron.

—Ahí hay un baño —dijo George—. Quizá quieras lavarte esa mano.

—No hay tiempo. —Lockwood nos dedicó una sonrisa sombría —. Tenemos una competición que ganar. Vámonos.

10

A primera hora de la tarde, el sol se había puesto sobre el cementerio. Las abejas zumbaban entre las rosas y las mariposas titilaban sobre los ángeles de luto y las urnas cubiertas de hiedra. Hacía calor y todo estaba tranquilo y adormilado. Excepto Lockwood, que nos guiaba por el camino de gravilla como un relámpago sin dejar de hablar a toda velocidad.

—El grupo de Kipps ya estará allí —dijo—. Tenemos que ignorarlos, pase lo que pase. No saltéis ante ninguna provocación ni los desafiéis, sobre todo tú, George.

—¿Por qué sobre todo yo?

—A veces solo con mirar a la gente ya consigues despertar su ira. Centrémonos: tenemos que ser rápidos. Volver a Portland Row ya nos ha retrasado mucho.

Aquello, aunque era verdad, había sido inevitable. Todos necesitábamos recoger los cinturones y las bolsas, reponer el equipo y tomar una comida de verdad. George había necesitado ducharse. Eran aspectos importantes.

—Kipps estará haciendo lo obvio —siguió Lockwood cuando

avistamos el tejado de la capilla entre los árboles—. Habrá dividido sus fuerzas para seguir dos líneas de investigación diferentes. La primera: ¿qué es el espejo y para qué lo usaba el misterioso Edmund Bickerstaff? ¿Quién era Bickerstaff, más allá de todas esas tonterías sobre la brujería y las ratas? George, tú te encargarás de eso a partir de ahora.

Las gafas de George brillaron.

—Debería ir al archivo de inmediato.

—Todavía no. Quiero que vengas conmigo a echarle un vistazo a la escena del crimen, concretamente al ataúd. Después puedes irte y Lucy y yo seguiremos con el segundo problema: ¿quién robó el artefacto y dónde está ahora? Analizaremos la escena, hablaremos con quienes estén allí… —Se detuvo, como si le hubiera ocurrido algo—. Ah, quería preguntaros una cosa. La foto que tenía Barnes… ¿Alguno vio algo raro?

Le miramos y negamos con la cabeza.

—¿No? Es solo que pensé que había visto algo dentro del ataúd, medio escondido entre las piernas del cadáver —dijo—. Había mucha niebla y no podría estar seguro, pero…

Frunció el ceño.

—¿Y qué creíste que era?

—No lo sé. Seguramente me equivocara. ¿No lo había dicho? Ahí está la banda de Kipps.

Habíamos dado la vuelta a la capilla y ahora veíamos la zona de las excavaciones, repleta de figuras con chaquetas grises. Una multitud de agentes de Fittes trabajaba junto a una de las casetas prefabricadas. Algunos hablaban con los hombres tatuados que intentaban terminar de comer, sentados en sillas plegables con platos sobre el regazo. Otros caminaban haciendo fotos y observando las huellas en el barro. Un grupo considerable había acorralado a varios críos de la patrulla nocturna y parecía estar interrogándolos. Uno de los agentes, un joven musculoso con una mata de pelo enmarañado, gesticulaba con violencia. Reconocí a los niños de la noche anterior. Parecían pálidos y asustados.

—Ese es Ned Shaw —murmuró George—. ¿Os suena?

Lockwood asintió.

—Uno de los esbirros de Kipps. Es un tipo de mucho cuidado. Una vez le acusaron de haberle dado una paliza a un agente de

Grimble, pero nunca se demostró nada. Hola, señor Saunders, señor Joplin. Aquí estamos, de vuelta al trabajo.

Ni el sepulturero ni el erudito parecían tener buen aspecto después de lo ocurrido por la noche. Saunders estaba nervioso y tenía la cara gris y la barbilla perfilada por la barba incipiente. Llevaba la misma ropa arrugada del día anterior. Joplin estaba en peores condiciones, con los ojos rojos de la rabia y la angustia. Con aire preocupado, se rascó el pelo y nos miró a través de sus pequeñas gafas. Su caspa era más evidente que nunca; le cubría los hombros como una capa de nieve grisácea.

—¡Es un suceso terrible! —exclamó—. ¡Inaudito! ¡Quién sabe cuál será el valor de lo que han robado! ¡Es terrible! ¡Una atrocidad! ¡Espantoso!

—Y, claro, también está lo del chico de la patrulla nocturna que salió herido —dije.

Los hombres me ignoraron. Saunders estaba gruñéndole a Joplin.

—¿Cómo que inaudito, Albert? No es la primera vez que tenemos ladrones. La seguridad en nuestras excavaciones a veces parece un colador. La diferencia es que ahora se ha armado un revuelo. El DICM está cabreado. Los agentes se nos están pegando como las moscas.

Joplin resopló.

—¡Te pedí que lo mantuvieras bien vigilado, Paul! ¿Solo un crío en la puerta? Eso nunca habría bastado. Pero no, a ti te daba igual. Siempre me desautorizas. Yo quería volver a ver cómo estaba, pero dijiste…

—¿Les importa si visitamos la capilla, caballeros? —preguntó Lockwood sin dejar de sonreír—. Por favor, no hace falta que nos acompañen. Nos sabemos el camino.

—No tengo claro que encuentren algo que no hayan visto los otros —contestó Saunders con un tono desagradable—. Se dan cuenta de que esto ha sido algo interno, ¿no? Algún crío de la patrulla nocturna les dio el chivatazo a los ladrones. ¡Esos pobres desagradecidos! ¡Con lo que les pago!

Lockwood miró hacia el grupo de la patrulla nocturna y a su interrogatorio. Incluso de lejos, se oía la voz intimidante de Ned Shaw.

—Veo que están pasando un mal rato —comentó—. ¿Puedo preguntar por qué?

Saunders gruñó.

—No es ningún misterio, señor Lockwood —respondió—. Solo hay que fijarse en la disposición. Aquí está la capilla y ahí la única entrada, por esos escalones. Justo fuera está el campamento. Hacia el amanecer, cuando ocurrió el robo, la mayoría de la patrulla volvía a su caseta. Siempre se juntan alrededor del fuego. Habría sido difícil que los delincuentes se escabulleran sin que nadie los viera. Por eso Kipps piensa que alguno de los críos está metido en el ajo.

—¿Por qué iban a pasar los ladrones por las casetas? —pregunté.

—Por ahí se va a la puerta oeste, niñita, que es la única salida que se queda abierta por la noche. El resto se cierra con llave y el muro es demasiado alto para escalarlo.

Hasta ese momento, el señor Joplin parecía distraído, se mordía el labio y contemplaba el cementerio con los ojos desorbitados. Entonces despertó de pronto.

—Sí, y si hubiéramos dejado la puerta cerrada, como yo aconsejé, Paul, quizá no nos hubieran robado.

—¿Puedes dejar ya el tema? —soltó Saunders—. ¡Solo es una estúpida reliquia!

Con una mueca, George observaba el extremo de la iglesia, que chocaba con unos arbustos frondosos.

—La teoría de Kipps no tiene sentido —opinó—. Los ladrones podrían haberse arrastrado por la parte trasera de la capilla con la misma facilidad que pasar por el campamento y luego llegar a la puerta por allí.

—En realidad no —dijo Joplin—, porque ahí es donde estábamos Saunders y yo trabajando. Estuvimos con el equipo nocturno en esa parte de la capilla hasta que amaneció, analizando otra zona. Eramos más de diez. Habría sido difícil pasar desapercibido.

—Interesante —añadió Lockwood—. Bueno, echaremos un vistazo y a ver si se nos ocurre algo. ¡Gracias, caballeros! Un placer verlos. —Nos alejamos—. Espero que esos dos idiotas no nos sigan —murmuró—. Necesitamos espacio y algo de silencio.

Habían colocado dos hileras de cinta policial negra y amarilla

del DICM en las puertas de la capilla. Cuando nos acercamos, Quill Kipps y su pequeño investigador, Bobby Vernon, salieron de detrás de la cinta, iluminados por la luz. Vernon estaba casi oculto tras un portapapeles gigante. Llevaba guantes de látex y una cámara enorme en el cuello. Pasó a nuestro lado, anotando con cuidado algo en una libreta sujeta a la carpeta.

Kipps nos asintió con desgana.

—Tony. Cubbins. Julie.

Bajaron los escalones.

—Esto…, ¡es Lucy! —le grité.

—¿Por qué no le hemos puesto la zancadilla? —murmuró George—. Habría estado genial.

Lockwood sacudió la cabeza.

—Aguanta, George. Recuerda: sin provocaciones.

Permanecimos un rato en la entrada de la capilla, analizando el lugar donde habían atacado al pobre chico de la patrulla nocturna. Estaba algo apartado del campamento y habría estado a oscuras. Un intruso podría haberse acercado sigilosamente desde los arbustos, subido los peldaños y detenido allí sin que nadie lo hubiera visto desde abajo. Habían forzado la cerradura de la puerta con algo afilado, puede que un cincel.

Eso es todo lo que pudimos deducir. Nos agachamos, cruzamos la cinta y pasamos del calor del día al frío de la capilla.

No había cambiado demasiado desde que hicieron la foto de Barnes. Las cadenas, el ataúd y el cadáver desplomado del doctor Bickerstaff: todo estaba igual que entonces, excepto (qué alivio) que habían cubierto el cuerpo con un saco sucio.

A la luz del día, el féretro de hierro parecía más grande de lo que recordaba. Era robusto, tenía las paredes gruesas y estaba cubierto de óxido. En un lateral, un bastón tirado yacía entre la sal y el hierro esparcidos.

Lockwood saltó las cadenas, se puso en cuclillas e inspeccionó las baldosas.

—Los ladrones se agacharon justo fuera del círculo —dijo—. Aquí se ven las huellas de las botas, marcadas en la sal. Había amanecido. Casi estaban a salvo de los visitantes, pero no querían arriesgarse. Dejaron inconsciente al chico y le robaron el bastón. Lo usaron como palanca para abrir la tapa y quitar la red de plata. Y

luego se apartaron, esperando a ver si ocurría algo. No pasó nada. Todo estaba en silencio. Entonces entraron al círculo e inclinaron el féretro, haciendo que el cuerpo cayera al suelo. —Entrecerró los ojos—. ¿Por qué iban a hacer eso? ¿Por qué no llevarse el espejo y ya está?

—Quizá querían ver si había algo más dentro —respondió George.

—Y no querían mover a Bickerstaff —añadí—. Eso sí es comprensible.

—Cierto —contestó Lockwood—. Pues lo volcaron. Pero… ¿había algo más dentro? ¿Sigue ahí?

Se acercó al cuerpo y miró dentro del ataúd.

Sacó el estoque del cinturón y lo metió en los huecos más lejanos. Luego se incorporó.

—Nada —anunció—. Qué raro. En la foto, pensé…

—¿Qué es lo que viste en la foto? —pregunté.

—Unos palos unidos. —Se apartó el pelo de la cara, irritado—. Ya sé que no parece probable. Quizá la vista me jugara una mala pasada. La cosa es que ya no están.

Durante un rato, examinamos el resto de la capilla. Yo le presté especial atención a la pequeña puerta de madera detrás de la barandilla del altar. Le habían puesto un candado y tres cerrojos. Tiré del candado y lo inspeccioné.

—Es una puerta interna que lleva a las catacumbas —dije—. Está bien cerrada por este lado. Me preguntaba si tal vez los ladrones entraron y salieron por aquí, aunque supongo que no coincide con la versión del chico de la patrulla nocturna.

—Parece segura —coincidió Lockwood—. Venga, salgamos.

—¿Qué piensas de la teoría de Kipps? —preguntó George mientras bajábamos los escalones—. ¿Crees que los ladrones pasaron delante del campamento de la patrulla? ¿Crees que los niños tienen algo que ver?

Lockwood se tocó la nariz larga y recta.

—Lo dudo mucho. Es mucho más probable que…

Se detuvo. Oímos un alarido de dolor.

El campamento estaba más en silencio que antes de entrar a la capilla. Saunders, Joplin y los trabajadores habían seguido a lo suyo y no se veía a Kipps por ninguna parte. Solo quedaban el último

chico de la patrulla nocturna y cuatro agentes de Fittes corpulentos que formaban un muro frente a él. Estaba recogiendo del suelo su gorra de cuadros amarillos. Al levantarse, le reconocí como el niño antipático que había estado junto a la puerta el día anterior. El crío volvió a ponerse la gorra. Entonces, el agente más grande, Ned Shaw, se acercó y le pegó en un lado de la cabeza. La gorra volvió a caerse, el chico tropezó y casi perdió el equilibrio. Seis zancadas rápidas y Lockwood llegó a la escena. Le dio un golpecito en el hombro a Shaw.

—Deja de hacer eso, por favor. Eres el doble de grande que él.

Shaw se dio la vuelta. Tenía unos quince años, era robusto e igual de alto que Lockwood. Tenía un rostro aburrido y de mandíbula fuerte. No era feo, excepto porque tenía los ojos demasiado juntos. Como el resto de agentes de Fittes, su uniforme estaba inmaculado, pero su mata de pelo marrón le restaba autoridad. Parecía como si una cría de yak se le hubiera caído encima desde el cielo.

Shaw pestañeó. Su rostro estaba lleno de dudas.

—Piérdete, Lockwood. Esto no te incumbe.

—Entiendo tus ganas de darle un guantazo a este crío —respondió Lockwood—. Yo también he querido. Pero no es justo. Si quieres ir por ahí empujando a la gente, elige a alguien más alto.

El labio de Shaw se curvó, como si alguien lo enrollara en un lápiz.

—Empujaré a quien me dé la gana.

—¿A niños pequeños? Entonces eres un cobarde.

Shaw sonrió un segundo y luego observó la niebla del cementerio. Parecía estar pensando en algo tranquilo y lejano. Luego dio media vuelta y le pegó un puñetazo fuerte a Lockwood en un lado de la cara. O, al menos, eso intentó, porque Lockwood dio un paso atrás y esquivó el golpe. El impulso de Shaw le lanzó hacia delante. Lockwood le agarró del brazo que había usado para pegarle y se lo retorció bruscamente sobre un costado y la espalda. Al mismo tiempo, puso una bota detrás de uno de los tobillos de Shaw. Este gritó, perdió el equilibrio, tropezó con sus propios pies y cayó, llevándose por delante a los otros agentes y tirándolos al suelo.

La cara de Shaw se puso morada. Intentó levantarse de inmediato, pero se encontró con la punta de mi estoque, que

descansaba cuidadosamente sobre su pecho.

—Nuestra norma de no provocar es sorprendentemente flexible —comentó George—. ¿Yo también puedo darle una patada?

En silencio, Shaw volvió a ponerse en pie. Lockwood le observó, impasible. Yo bajé el brazo del estoque, pero lo mantuve preparado. Ninguno de los otros agentes de Fittes hizo nada.

—Podemos seguir con esto cuando quieras —dijo Lockwood—. Solo tienes que poner fecha y hora.

—Claro que seguiremos, eso ni lo dudes —asintió Ned Shaw. Retorció los dedos, miró a Lockwood y luego a mí.

—Vamos, Ned —le llamó uno de sus acompañantes—. Tampoco es que este enano sepa nada.

Ned Shaw dudó y le lanzó una mirada estrecha y evaluadora al crío de la patrulla nocturna. Al fin, asintió y le hizo una señal a los demás. Sin mediar más palabra, se alejaron dando zancadas entre las lápidas. El chico observó cómo se marchaban con los ojos húmedos y brillantes.

—No les hagas caso —dijo Lockwood—. No pueden hacerte daño.

El chico se incorporó hasta alcanzar su completa y no muy considerable estatura. Se ajustó la gorra con un gesto de enfado.

—Ya lo sé. Claro que no pueden.

—No son más que abusones intentando mangonear. Me temo que algunos agentes son así.

El chico escupió sobre la hierba del cementerio.

—Ya. Agentes… La mayoría son unos pijos estirados. ¿A quién le importan los agentes? A mí no.

Se hizo el silencio.

—Bueno, en realidad nosotros también somos agentes —puntualicé—, pero no somos como Ned Shaw. No usamos sus métodos. Nosotros respetamos a la patrulla nocturna. Si te hacemos algunas preguntas, lo haríamos de otra manera. Para empezar, no te pegaríamos.

Le dediqué una sonrisa encantadora al chico. Él me devolvió la mirada.

—Lo que quiero decir es que no vamos a darte una paliza.

El chico resopló.

—Qué chiste más bueno. Me gustaría veros intentarlo.

Las fosas nasales de Lockwood se tensaron levemente.

—Está bien —dijo—. Mira, anoche robaron un artefacto peligroso. Si cae en manos equivocadas, podrían pasar cosas terribles en toda la ciudad.

El chico parecía aburrido. Tenía la vista fija en un trozo del suelo.

—El robo ocurrió mientras tu equipo vigilaba. Uno de tus amigos acabó gravemente herido, ¿no es así?

—¿Terry Morgan? —El niño puso los ojos en blanco—. ¿Ese pelota? No es mi amigo.

Los tres le miramos.

—Ya —contestó George—. Eso me lo creo.

—Anoche estuviste en la puerta oeste —continuó Lockwood con voz dura—. Si viste algo, si sabes algo que pueda ayudarnos, sería genial que nos lo dijeras. Cualquier cosa que nos dé una pista de lo que buscamos.

El chico se encogió de hombros.

—¿Hemos terminado? Genial, porque me estoy perdiendo la hora del almuerzo. —Señaló con un pulgar la caseta prefabricada—. Todavía quedarán sándwiches. Hasta luego.

Empezó a alejarse mientras se pavoneaba.

Lockwood se apartó. Contempló el cementerio. Nadie se acercaba. Cogió al chico por el cogote y lo elevó sobre la hierba mientras este gritaba.

—Como decía, no somos como los de Fittes —empezó—. No vamos por ahí pegando a la gente. Sin embargo, tenemos otros métodos que son igual de efectivos. ¿Ves esa capilla? Hay un ataúd de hierro dentro. Estaba lleno, pero ahora está vacío. Pues volverá a estar ocupado en un minuto si no empiezas a responder a mis amables preguntas.

El niño se pasó la lengua por los labios secos.

—Pírate. Menudo farol.

—¿Eso crees? ¿Conoces al pequeño Bill Jones, de la patrulla nocturna de Putney?

—¡No! ¡Nunca le he visto!

—Exacto. Él también se metió en nuestro camino. Lucy, George, cogedle de las piernas. Nos lo llevamos dentro.

El chico pataleó y gritó, sin éxito. Avanzamos hacia la capilla.

—¿Qué os parece? —preguntó Lockwood—. ¿Cinco minutos en el ataúd y vemos si desembucha?

Lo medité.

—Que sean diez.

—¡Está bien, está bien! —De pronto, el niño estaba desesperado —. ¡Colaboraré! ¡Bajadme!

Volvimos a dejarlo en el suelo.

—Esto está mejor —dijo Lockwood—. ¿Entonces qué?

El chico hizo una pausa para recolocarse la gorra, que le cubría la mitad de la cara.

—Sigo pensando que es un farol —jadeó—, pero me estoy perdiendo los sándwiches, así que… —Giró los hombros, como si quisiera coger carrerilla—. Sí, anoche estuve en la puerta oeste. No vi nada. Después de que os fuerais, no pasó nadie por allí.

—¿Te quedaste hasta después de que amaneciera?

—Hasta después de que sonara la alarma.

—Excelente. —Lockwood sacó de la nada una moneda y se la lanzó al chico—. Tengo más de esas si me ayudas. ¿Te ves capaz? El chico contempló la moneda.

—Puede.

—Entonces sigue hablando. ¡Venga! ¡No tenemos tiempo que perder! —Sin previo aviso, Lockwood dio un salto y se apartó de los escalones sombríos de la capilla y se sumergió entre los arbustos—. ¡Vamos! —repitió—. ¡Por aquí!

Tras un instante de duda, la avaricia del chico pudo con él. Le siguió, muy a su pesar. George y yo hicimos lo mismo.

Lockwood se movía con rapidez, agachándose bajo las ramas, esquivando lápidas ocultas tras las espinas y siguiendo un camino que solo él podía ver. Dejó atrás la capilla, se adentró en un sendero, lo cruzó y se metió en otra parte del cementerio cubierta de maleza.

—¡Has confirmado exactamente lo que pensaba! —gritó sobre su hombro—. Los ladrones encontraron otra forma de entrar. Llegaron y se fueron de la capilla pasando por las zonas poco frecuentadas, como este camino, por ejemplo, que lleva justo hasta el muro trasero.

Dio un salto enorme, aterrizó sobre un sepulcro y se aferró al ángel que lo decoraba para observar el terreno en la lejanía.

—En esa dirección, los matorrales son demasiado densos —musitó—. ¿Y por allí…? ¡Ajá! Sí… Veo un camino. ¡Vamos a intentarlo! —Pegó un brinco para bajar y le sonrió al chico de la patrulla nocturna—. Ayer no pasó nadie cerca de la caseta, pero ¿y otras noches? Siempre estás pendiente. ¿Has visto a algún extraño? ¿A saqueadores de reliquias?

El chico había estado corriendo para alcanzarnos sin dejar de sujetarse la gorra. Estaba fascinado por la velocidad y la resolución de los movimientos de Lockwood. Su hostilidad había desaparecido por completo y apretaba con fuerza la moneda con la mano mugrienta.

—He visto a algunos —respondió, respirando con dificultad al retomar la marcha—. Siempre hay unos cuantos merodeando por los cementerios.

—¿A alguno en particular?

—A un par. Son muy conocidos y siempre van juntos. Los vi hace una o dos semanas. Vinieron mientras estaba abierto al público. Los trabajadores tuvieron que perseguirlos desde el campamento.

—¡Perfecto! —exclamó Lockwood, que corría por un pasillo cubierto de hierba entre grandes lápidas—. ¿Dos juntos? Bien. ¿Podrías describirlos?

—A uno no mucho —contestó el chico—. Un tipo rechoncho, con el pelo rubio y un bigote sucio. Es joven y va de negro. Su nombre es Duane Neddles.

George hizo un ruido escéptico que sonó como un rinoceronte al que se le ha escapado un pedo.

—¿Duane Neddles? Vaya, qué miedo… ¿Seguro que no se te acaba de ocurrir?

—¿Y el otro? —preguntó Lockwood.

El niño vaciló.

—Ese tiene cierta reputación. Es un asesino. Dicen que el año pasado se cargó a un rival durante un encargo. Quizá no debería…

Lockwood se detuvo de repente.

—Anoche fueron dos los que pegaron a tu compañero. Digamos que uno fue Neddles. ¿Quién era el otro?

El chico se acercó y habló en voz baja:

—Le llaman Jack Carver.

Una bandada de cuervos graznó y se alejó entre las lápidas. Agitando las alas, dibujaron círculos en el cielo y se marcharon por encima de los árboles.

Lockwood asintió. Rebuscó en el interior de su abrigo, sacó un billete y se lo tendió al crío, que estaba atónito.

—Siempre que me des información útil, haré que tu tiempo valga la pena. Si encontramos a Neddles y a Carver, te daré el doble de eso. ¿Me entiendes? Ahora quiero que describas a Jack Carver.

—¿A Carver? —El niño se rascó la barbilla—. Es un hombre joven, de unos veintitantos, tan alto como tú, pero con los hombros más anchos y la barriga más redonda. Tiene el pelo rojizo, largo y despeinado. La piel pálida y la nariz larga. Los ojos estrechos, aunque no recuerdo de qué color. Va de negro, con vaqueros negros y una chaqueta de motorista negra. Lleva un cinturón de trabajo parecido al vuestro y una mochila naranja. Ah, sí, y botas negras con cordones, como las que llevan los tíos de la cabeza rapada.

—Gracias —respondió Lockwood—. Creo que vamos a llevarnos bien.

Volvió a emprender el camino. Delante de nosotros se alzaba el muro, oculto tras una hilera de tilos.

El niño trotaba a nuestro lado mientras se ocupaba de meter el dinero en alguna parte sudorosa y oculta de su ropa. George sacudió la cabeza.

—Si estás dispuesto a regalar el dinero así de fácil, Lockwood, al menos no se lo des a un niño cualquiera. Yo también sé inventarme nombres ridículos. Duane Neddles, Jack Carver… Eso es como decir Duane Agujas y Jack Cuchillos.

Pero Lockwood se había detenido tan de golpe que casi nos chocamos contra él.

—¡Mirad! —gritó—. ¡Lo sabía! ¡Vamos bien!

Señaló hacia delante. Allí, tendido en la sombra junto a un árbol, había algo que ya había visto antes durante un microsegundo en el puño del cadáver. Un paño blanco raído y arrugado yacía sobre la hierba.

—Nos acercamos. Como era de esperar, el espejo que contenía no estaba.

—No lo entiendo —dije—. ¿Por qué lo tiran aquí?

—Es una mortaja apestosa —respondió Lockwood—. Yo no me

aferraría demasiado a ella. Y ya había amanecido entonces. Los objetos psíquicos pierden su poder cuando sale el sol. Sabían que no sería peligroso tocar el espejo. Quizá lo metieran en la mochila para prepararse para escalar…

Señaló las copas de los árboles moteadas. Al alzar la mirada, vimos las grandes ramas de un tilo y la silueta de una de las ramas más largas que destacaba contra el brillo del cielo. La recorrimos con la mirada: se extendía más allá del muro, donde desaparecía. También se apreciaba la cuerda atada al árbol en el otro lado.

—Ese es el canal Regent —explicó Lockwood—. Bajaron y aterrizaron en el camino de sirga. Luego se alejaron.

George había estado observando la maleza entre las lápidas.

—Bien hecho, Lockwood. Es un gran trabajo de investigación. Pero te equivocas en algo.

Lockwood parecía ligeramente ofendido.

—Ah, ¿sí? ¿En qué?

—Los dos no treparon por el árbol.

—¿Cómo lo sabes?

—Uno de los dos sigue aquí.

Le miramos. George se echó a un lado. Detrás, entre dos lápidas, había un cuerpo bocarriba. Era un hombre joven vestido de negro: vaqueros negros, botas y una sudadera con capucha. Un joven rellenito con una pelusa atroz a modo de bigote y la piel pálida cubierta de granos. Estaba muerto, de eso no había duda. Se encontraba en las primeras fases del rigor mortis. Las manos estaban alzadas a la altura del cuello y los dedos congelados en forma de garra buscaban defenderse. Eso no era lo peor. Tenía los ojos completamente abiertos y la cara retorcida a causa de un horror extremo que hasta hizo que Lockwood se pusiera blanco y yo tuviese que apartar la mirada.

El crío de la patrulla nocturna soltó un ruido ahogado.

—Puede que te deba una disculpa, chico —dijo George—. Por tu descripción, este podría ser Duane Neddles.

—¿Le petrificaron? —pregunté—. ¡No puede ser! ¡Ya había amanecido!

—No puede ser petrificación fantasmal, porque no está hinchado ni lívido. Pero algo le mató, de una forma rápida y terrible.

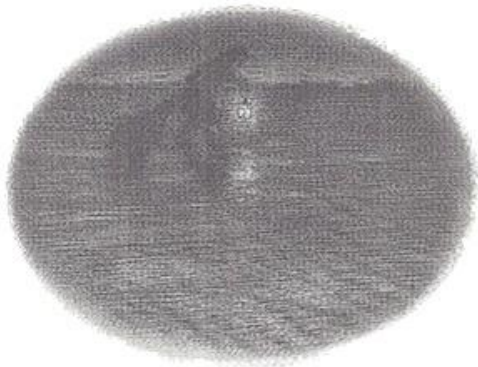
Pensé en el supuesto espejo y en el pequeño círculo de cristal

oscuro. Pensé en cómo George lo había mirado y había sentido que se le iban a salir las entrañas.

—¿Entonces cómo? —murmuré.

Para mi sorpresa, George habló con voz firme y prosaica.

—Por el aspecto que tiene, Luce, diría que murió de miedo.



11

En los cincuenta años que habían transcurrido desde los inicios del Problema, la sociedad había sufrido muchos cambios y no todos eran los que te esperarías. Cuando los grandes Tom Rotwell y Marissa Fittes hicieron públicos sus descubrimientos hacía tanto tiempo, la reacción general fue de incredulidad y pánico. Su primer artículo, «¿Qué une a los difuntos con nuestro mundo?», sugería que ciertos objetos relacionados con muertes violentas u otros traumas podrían tener «carga psíquica» y, por tanto, actuar como «origen» o «entrada» para la actividad sobrenatural. Los restos humanos, las pertenencias valiosas o cualquier otro objeto de deseo podría formar parte de esta categoría, al igual que la ubicación exacta en la que tuvo lugar un asesinato o un accidente. La idea causó sensación y dio, paso a la histeria colectiva. Durante una temporada, cualquier objeto que presuntamente tuviera algún tipo de residuo psíquico remoto se trató con terror y repulsión. Se quemaron muebles viejos y se rompieron o lanzaron al Támesis antigüedades al azar. Un vicario tiró al suelo un cuadro de inestimable valor de la Galería Nacional de Retratos de Londres y lo pisoteó porque, según

él, «le miraba de una forma extraña». Se consideraba sospechoso todo lo que tuviera una fuerte conexión con el pasado y aumentó el culto por los objetos modernos, interés que continúa incluso ahora. La idea de que alguien pudiera tener curiosidad por los orígenes era ridícula. Eran peligrosos y debían ser destruidos. Las agencias tenían que encargarse de ellos.

Sin embargo, al poco tiempo, resultó que varios tipos de clientes se interesaron por las cosas prohibidas. Y donde hay clientes, aparecerán proveedores que les vendan. Pronto surgió un mercado negro de artefactos psíquicos, dirigido por una nueva categoría de delincuentes: los llamados «saqueadores de reliquias».

Durante mis prácticas con Jacobs en el norte de Inglaterra, me enseñaron que los perversos saqueadores de reliquias iban totalmente en contra de la moral que debía seguir un agente. Ambos buscan orígenes: a los saqueadores les motiva el deseo de obtener beneficios, mientras que los agentes quieren hacer el bien. Ambos tienen dones psíquicos, pero, mientras que un agente los usa para proteger a la sociedad de los visitantes, los saqueadores ni siquiera se lo plantean. Un agente se deshace de los artefactos peligrosos con cuidado. Primero los encierra con plata o hierro y luego los lleva a los hornos de Fittes en Clerkenwell para que los incineren. Por el contrario, un saqueador vende sus premios al mejor postor. Circulaban muchos rumores sobre coleccionistas siniestros, sectarios con los ojos desorbitados y gente peor, que escondían orígenes letales con propósitos que las personas corrientes ni se atreverían a imaginar. Los saqueadores de reliquias eran ladrones y, en resumidas cuentas, unos carroñeros que merodeaban por los cementerios y los osarios en busca de restos morbosos con los que comerciar. Como era de esperar, solían acabar mal.

Pocos finales, si es que esa es la expresión adecuada, fueron tan malos como el que le había ocurrido al desafortunado Duane Neddles. El descubrimiento de su cuerpo armó un gran revuelo en Kensal Green. En cuestión de una hora, el inspector Barnes llegó y el cementerio no tardó en llenarse de científicos forenses del DICM, con Kipps y sus ayudantes rondando a su alrededor. Por supuesto, Kipps reaccionó a nuestro hallazgo con inquietud y se mostró desesperado por no perderse ninguna prueba que pudiéramos haber

encontrado. No dejaba de entrometerse en el trabajo del equipo forense, hasta que Barnes le dijo directamente que se fuera de allí. Siendo sincera, tampoco es que quedara mucho más por descubrir. Inspeccionaron las orillas del canal al otro lado del muro y no encontraron indicios del socio de Duane o del espejo perdido, y la causa exacta de la muerte del saqueador de reliquias siguió siendo un misterio.

Con todo ese alboroto, era la última hora de la tarde cuando pudimos dividirnos y continuar con nuestras misiones. Lockwood y yo nos subimos en un taxi hacia el sur, en dirección al centro de la ciudad. George, chispeando de tanta emoción reprimida, se fue hacia el polvoriento archivo. Al chico de la patrulla nocturna (que se veía a sí mismo como un agente honorario y se pavoneaba con aire de importancia y la gorra colocada en un ángulo elegante) le ordenaron continuar con sus obligaciones, además de tener instrucciones estrictas de llamarnos a Portland Row si veía u oía cualquier cosa interesante. Aceptó el trato sin pensárselo, no sé si por la energía y el carisma de Lockwood, la oportunidad de vivir una aventura con nosotros o (lo que era más probable) el dinero que tenía en el bolsillo. Todavía no sabíamos su nombre.

Cinco minutos después, cuando el taxi continuaba su marcha por Edgware Road, le pregunté a Lockwood:

—¿Entonces no vas a decirme adónde vamos?

Las sombras de la calle eran alargadas y estaban bañadas de dorado. Las tiendas habían comenzado la última oleada frenética de actividad antes de la larga, lenta y sensual llegada del crepúsculo. Los agentes lo llamábamos el «tiempo prestado», es decir, las horas extra de sol que hay a mediados de verano. Durante esas horas, mucha gente parece llenarse de una extraña y febril energía, una especie de desafío contra la oscuridad que se avecina. Comen, beben y gastan, así que las tiendas están radiantes y alegres, y las aceras abarrotadas. Las farolas protectoras estaban empezando a encenderse.

Las hileras de sol marchito iluminaban el rostro de Lockwood. Este había estado inexplicablemente callado y perdido en sus pensamientos, pero cuando se giró hacia mí, los ojos le brillaban por la emoción de la persecución. Como siempre, aquello despertó en mí un entusiasmo parecido.

—Vamos a visitar a un contacto que tengo —dijo—. Alguien que podría ayudarnos a encontrar al hombre desaparecido.

—¿Quién es? ¿Un policía? ¿Otro agente?

—No. Un saqueador de reliquias. Bueno, en realidad, una saqueadora. Se llama Flo Bones.

Me quedé mirándolo y mi entusiasmo disminuyó.

—¿Una saqueadora de reliquias?

—Sí. Una chica que conozco. Nos encontraremos con ella junto al río, una vez haya anochecido.

Con indiferencia, volvió a mirar por la ventanilla, como si hubiera sugerido que nos fuéramos de tiendas o algo así de cotidiano. Y, de nuevo, tuve esa sensación de estar inclinada y sentir que la sangre se derramaba dentro de mi cabeza. Era la misma impresión que tenía cuando la calavera me susurraba. Era la sensación de parámetros que cambian y de viejas certezas que se desalinean. «Mentiroso, reservado». Eso es lo que había dicho la calavera. Como era obvio, no me lo creí ni por un segundo. Sin embargo, llevaba un año viviendo con Lockwood y esta era la primera vez que mencionaba a Flo Bones.

—Esta saqueadora… —empecé—. ¿Cómo la conociste? Nunca te había oído hablar de ella.

—¿A Flo? La conocí hace mucho tiempo. Cuando yo estaba empezando en esto.

—Pero los saqueadores de reliquias son… Bueno, operan al margen de la ley, ¿no? Es ilegal que los agentes fraternicen con ellos.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan tiquismiquis con las normas del DICM, Luce? Da igual. La verdad es que necesitamos toda la ayuda posible. Nos enfrentamos a Kipps en una carrera contrarreloj. Además, este encargo es más peligroso y misterioso de lo que pensaba.

—Te refieres al espejo, claro.

Todavía veía el cuerpo en el cementerio: los ojos salidos de las cuencas y la boca echada hacia atrás en una mueca de terror.

—Sí, el espejo, pero hay algo más. Barnes no nos lo ha contado todo. No es un origen antiguo cualquiera y por eso el trabajo de George es tan crucial. —Aburrido, Lockwood se estiró—. Volviendo al tema: Flo es buena gente. No es tan antisocial como el resto de

saqueadores. Hablará contigo, aunque es una cascarrabias. Solo hay que saber cómo… Eso me recuerda a… —Se dio la vuelta en su asiento, levantó el crucifijo colgante de lavanda y habló a través de la rejilla—: Si pudiéramos parar junto a la estación de Blackfriars, señor… ¿Conoce el pequeño quiosco que hay allí?… Sí.

Se volvió hacia mí y sonrió.

—Tenemos que comprar regaliz.

El río Támesis se desvía poco a poco hacia el sureste entre los puentes de Blackfriars y Southwark, que conectan la ciudad de Londres con el antiguo distrito de Southwark. Aquí la corriente se ralentiza y cuando baja la marea se puede ver una amplia extensión de lodazales bajo el lado sur del puente de Southwark, donde los sedimentos del río se han acumulado en la curva. Lockwood me lo explicó mientras cruzábamos el puente, con el brillo del sol casi extinto aún en el cielo.

—Seguramente vendrá por allí —dijo—. A menos que haya cambiado de costumbres, lo cual es tan probable como que se cambie de ropa interior. Empieza la noche en el tramo de Southwark, donde la marea arrastra las cosas. Después va río abajo, siguiendo la corriente.

—¿Y qué busca? —pregunté, aunque ya lo había supuesto.

—Todo lo que se te ocurra. Huesos, reliquias, objetos que se hayan hundido y cosas que saca del barro del río.

—Parece un encanto —comenté—. Qué ganas de conocerla.

Ajusté el estoque con tristeza.

—No seas demasiado dura con Flo —me advirtió Lockwood—. De hecho, es mejor que me dejes hablar a mí. Podemos bajar por aquí.

Nos metimos por un hueco en el terraplén y descendimos por unos escalones de piedra que abrazaban el enladrillado del puente. El arco se elevaba sobre nosotros y un profundo olor a barro y descomposición inundaba el ambiente. Descendimos por un carril empedrado que corría a lo largo del dique y bajamos un poco por él. Una farola oxidada colgaba como un árbol muerto sobre el muro bajo que daba al río. Detrás había unos almacenes oscuros y con aspecto de acantilados. Una leve esfera de luz de color rosa amelocotonado brillaba alrededor de la farola, y lo único que iluminaba era un estrecho tramo de escalones que se extendía más

abajo del muro.

Por encima y a nuestro alrededor estaban el espacio, la niebla del río y el comienzo de la noche. Lockwood dijo:

—Ahora hay que moverse con cuidado. No queremos asustarla.

Los escalones descendían de forma abrupta hacia el río. Desde el muro podíamos ver la ribera norte: una serpiente rota de luces con el gran caos gris de los capiteles de Londres de fondo. La marea había bajado por completo y el sombrío resplandor del río flotaba bajo y lejano.

Todo estaba en silencio.

Lockwood me dio un codazo y señaló. Un farol se movía en los barrizales y una luz naranja brillaba cerca del suelo. Su reflejo, que revoloteaba justo debajo y era tan tenue como una sombra, se abalanzó húmedo y pálido sobre la ribera, iluminando las piedras, la maleza y todos los restos que flotaban en el río: la madera, los plásticos, los fragmentos de metal, las botellas y los objetos hundidos y podridos. Una figura encorvada y lenta caminaba bajo la luz del farol, resguardándola como si la ocultara celosamente para que nadie la viese. Decidida, se movía de forma metódica y se paraba de vez en cuando para recoger algo de entre los escombros. Arrastraba un pesado saco, que formaba un surco intermitente en el barro. No sé si era por el rastro que dejaba o por la forma jorobada y redondeada que tenía, pero esta criatura parecía más un caracol gigante salido de las profundidades del Támesis que un ser humano.

—¿Quieres hablar con eso? —murmuré.

Como toda respuesta, Lockwood bajó las escaleras del río. Le seguí. A medio camino, los escalones se volvieron suaves y húmedos por el musgo. Lockwood llegó al último peldaño, pero no avanzó. Levantó una mano y llamó a la extensión de oscuridad.

—¡Hola, Flo!

En mitad del barro, la figura se quedó paralizada. Sentí (porque no la vi realmente) cómo un rostro pálido nos miraba desde lejos.

Lockwood volvió a alzar la voz.

—¡Flo!

—¿Qué pasa? ¡No he hecho nada!

La respuesta, algo fuerte y seca, no llegó bien. Lo natural habría sido acercarnos más, pero Lockwood estaba siendo precavido. Permaneció en el último escalón.

—¡Hola, Flo! ¡Soy Lockwood!

Silencio. La figura se irguió de pronto. Por un instante, pensé que iba a darse la vuelta y echar a correr. Pero entonces volvió la voz: débil, hostil y cauta.

—¿Tú? ¿Qué demonios quieres tú?

—Ah, qué bien —susurró Lockwood—. Está de buen humor. —Se aclaró la garganta y volvió a llamarla—. ¿Puedes hablar?

En la lejanía, la persona se lo pensó y durante unos segundos solo oímos el oleaje y el chapoteo del río a lo largo de la orilla.

—No. ¡Estoy ocupada! Vete.

—¡Te he traído regaliz!

—¿Ahora estás intentando sobornarme? ¡Tráeme dinero!

Más silencio, solo interrumpido por la succión del agua. A lo lejos, en la bruma, una cabeza se inclinó hacia un lado.

—¿Qué tipo de regaliz?

—¡Ven y lo verás!

Observé cómo la figura se abría paso entre los lodazales y se dirigía rápidamente hacia nosotros. Parecía una bruja coja, una arpía salida de los sueños febriles de un niño. Me latía rápido el corazón.

—Mm… ¿Y qué habría pasado si no estuviera de buen humor? —pregunté.

—Mejor que no lo sepas —respondió Lockwood—. Una vez la vi arrojar a una agente al río —siguió, pensativo—. La cogió de la pierna y la metió en el agua. Casualmente, ese día Flo también estaba de buen humor. Pero tú le gustarás, estoy casi seguro. No hables demasiado y aléjate para que no te apuñale. Yo me ocupo.

La figura se acercó, tambaleándose, arrastrando el saco y alzando el farol frente a ella. Atisbé una mano pálida y sucia y la corona de un sombrero de paja raído. El barro y la grava absorbían unas botas pesadas y se hundían bajo su peso. De forma instintiva, Lockwood y yo dimos un paso hacia atrás. Con un quejido y un insulto repentino, el saco se balanceó y aterrizó sobre la piedra. Al fin, la figura se enderezó y se detuvo en el barro bajo la escalera para mirarnos. Bajo la luz del farol, pude verla bien por primera vez.

Lo primero que me impresionó, ahora que se había deshecho de su carga, era lo alta que era. Medía una cabeza más que yo. Era

difícil saber más sobre su cuerpo (a mí me parecía bien, porque nadie en su sano juicio querría mirar debajo de esas ropas). Vestía una chaqueta acolchada azul increíblemente sucia que le llegaba casi hasta las rodillas. La humedad había oscurecido la parte baja y estaba cubierta de barro del río. No había cerrado la cremallera, así que entreví una garganta pálida y sucia, una camisa con el cuello mugriento y un jersey remendado y deforme que caía sobre unos vaqueros viejos y descoloridos. O tenía los pies de mujer más grandes que había visto en mi vida o calzaba botas de agua de hombre, o las dos cosas. Las botas, que acababan en las rodillas, estaban manchadas de basura y agua. Los pies estaban separados hacia afuera, como las patas de un pato.

Una cuerda larga le daba dos vueltas alrededor de la cintura y hacía las veces de cinturón improvisado. De los huecos del abrigo colgaba algo. Pensé que podría ser una espada, lo que es ilegal para quienes no son agentes.

Por su cojera y su figura sin forma, podría haber sido muy mayor. Lo segundo que me impactó llegó cuando se echó hacia atrás el sombrero de ala ancha. Este escondía una mata de pelo del color y la rigidez de la paja vieja, que salía hacia afuera y le cubría la frente ancha y mugrienta. La suciedad se acumulaba en los pliegues y en las arrugas bajo sus ojos. En esto no era diferente de cualquier vagabundo que hace cola para encontrar un lugar seguro en el que pasar la noche. Pero era joven, aún adolescente. Tenía una nariz pequeña y respingona, la cara ancha, las mejillas rosadas manchadas de gris y unos ojos azules claros que brillaban bajo la luz del farol. Su boca era grande y mostraba un gesto de desdén. La cabeza le sobresalía hacia delante de forma agresiva. Me echó un vistazo rápido y luego centró su atención en Lockwood.

—Pues tú no has cambiado —dijo—. Sigues tan presuntuoso como siempre.

Lockwood sonrió.

—Hola, Flo. Bueno, ya sabes cómo soy.

—Ya. Veo que todavía no puedes permitirte un traje de tu talla. Te aconsejo que no te agaches muy rápido con esos pantalones. Pensé que te había dicho que no quería volver a verte.

—Ah, ¿sí? No lo recuerdo. ¿He dicho que he traído tiras de regaliz?

—Como si eso cambiara algo. Dámelas. —Una bolsa de papel llegó hasta sus manos, similares a garras, y estas la guardaron en algún hueco inmencionable bajo el abrigo. La chica se sorbió la nariz—. ¿Y quién es esta caradura?

—Esta es Lucy Carlyle, mi socia —me presentó Lockwood—. Debo dejar claro que no se relaciona con el DICM ni con la policía o la agencia Rotwell. Es una agente independiente que trabaja para mí y a la que le confiaría mi vida. Lucy, esta es Flo.

—Hola, Flo —saludé.

—Para ti seré Florence Bonnard —replicó la chica con voz pretenciosa—. Veo que tienes a otra estirada, Lockwood.

Parpadeé, indignada.

—Perdona, pero soy de clase obrera del norte. Y cuando dices «otra»…

—Escucha, Flo, sé que estás ocupada… —Hablaba con un tono suave, el que usaba en situaciones difíciles, con clientes irascibles y con acreedores enfadados que llamaban a nuestra puerta. Pronto le seguiría la gran sonrisa de gigavatios; eso estaba más claro que el agua—. No quiero molestarte, pero necesito tu ayuda. Solo busco algo de información y luego me iré. Se ha cometido un crimen y hay un chico herido. Tenemos una pista sobre el saqueador de reliquias que lo hizo, pero no sabemos dónde encontrarle. Y nos preguntábamos si podrías echarnos una mano.

Entrecerró sus ojos azules y las arrugas de las ojeras desaparecieron bajo la suciedad.

—No me ciegues con esa sonrisa. ¿Ese saqueador tiene nombre?

—Jack Carver.

Una brisa fría sopló desde el río y onduló los mechones enmarañados del pelo de Flo Bones.

—Lo siento. Hay un código de silencio entre los nuestros. No nos delatamos los unos a los otros. Así funcionan las cosas por aquí.

—La primera vez que lo oigo —contestó Lockwood—. Pensé que erais famosos por vuestra despiadada rivalidad y que os alegrabais por vender los trapos sucios de los demás por seis peniques.

La chica se encogió de hombros.

—Las dos cosas no se excluyen mutuamente, si es que quieres mantenerte sana. —Agarró el cuello de la bolsa de cáñamo—. Y no quiero que me lleve la corriente de la mañana, así que lo dejamos

aquí. Adiós.

—Flo, te he dado las tiras de regaliz.

—No es suficiente.

—No servirá de nada, Lockwood —repliqué—. Está asustada. Vámonos.

Le toqué el brazo e hice el amago de subir por las escaleras. De pronto, el rostro de la chica se había transformado en un óvalo blanco que me miraba fijamente.

—¿Qué has dicho?

—Lucy, quizá no sea inteligente…

Pero estaba harta de quedarme callada. Flo Bones me irritaba e iba a dejárselo claro. A veces la amabilidad no te lleva a ningún sitio.

—No pasa nada —continué—. Que vuelva a escarbar en el barro mientras nosotros vamos a buscar al tipo que le dio una paliza a un niño, robó una tumba y ahora tiene un artefacto peligroso que seguramente amenace a la ciudad. Cada uno a lo suyo. Venga.

Dos saltos y un hedor que hizo que se me rizaran las uñas de los pies. Una chaqueta acolchada crujió contra mi abrigo y un rostro se acercó al mío. Me empujó contra las piedras de los escalones.

—No me gusta lo que dices —soltó Flo Bones.

—No te preocupes —le hablé con voz dulce—. Tú no tienes la culpa. La gente tiene que ser consciente de sus limitaciones. La mayoría evita el peligro a toda costa. Así son las cosas. Bueno, no quiero que te estropees el abrigo…

—¿Crees que evito el peligro? ¿Crees que lo que hago no es arriesgado?

En ese momento, una serie de emociones atravesaron el rostro de la chica: enfado, rabia y luego un largo y lento albor de astuto entendimiento. Pero, con toda la oscuridad, la suciedad y la simple proximidad nauseabunda de su presencia, era difícil estar segura.

—¿Sabes qué? —dijo y, de pronto, se alejó de mí y danzó escaleras abajo, rápida y veloz con sus enormes botas y abrigo—. ¿Sabes qué? Haremos un trato. Hacéis algo por mí y yo hago algo por vosotros. —Aterrizó con un crujido sobre los guijarros y alzó el farol—. Venid conmigo al cauce, a menos que os asuste mojaros los pies. Después os contaré todo lo que sé de él.

—¿Entonces sí conoces a Jack Carver? —preguntó Lockwood—.

¿Nos hablarás de él?

—Sí. —Le brillaban los ojos y sonreía con la boca abierta—. Pero antes os toca escarbar un poco en el barro. Hay algo en lo que me podéis ayudar, porque yo no puedo sola.

Lockwood y yo nos miramos. La sonrisa loca de la chica no me inspiraba gran confianza, sinceramente. Aunque si queríamos avanzar con esta línea de la investigación, no nos quedaba otra opción. Llegamos a la arena de un salto.

Veinte minutos después, tenía las botas empapadas y las medias caladas a la altura de los gemelos. Me había tropezado tres veces, así que tenía parte de un brazo cubierto de barro y arena. Lockwood estaba en una situación parecida, pero la soportaba sin quejarse. Seguimos la linterna de Flo Bones, que saltaba y se balanceaba a cierta distancia como un fuego fatuo. Se movía de lado a lado mientras ella cruzaba el lodazal. Avanzamos bajo el puente, cubierto de oscuridad húmeda, y continuamos hasta el cauce de Southwark, donde la ola de la corriente que chocaba contra el dique se alejaba de nosotros hacia la derecha. La niebla del río había hecho su aparición. En la otra orilla, los embarcaderos se erguían sobre el agua como acantilados negros y en descomposición, suaves y deformes. En las puntas de los mástiles de las grúas y en los extremos de los brazos brillaban unas luces rojas y naranjas tenues.

—Ya hemos llegado —anunció Flo Bones mientras alzaba el farol.

Dos hileras de grandes postes negros de madera emergían del fango. Medían tres metros o más, y dibujaban la silueta de un embarcadero o un muelle perdido hacía mucho. Los laterales estaban cubiertos de maleza, la mayoría de color negro y en algunas zonas ligeramente brillante. Los percebes y las conchas también se aferraban a ellos, elevándose por encima de nuestras cabezas hasta la parte más alta de la marea. En otras zonas, los mástiles podridos aún se extendían entre los postes. A nuestra izquierda, postes más alejados salían del agua. Sin embargo, donde nosotros estábamos el barro era suave y granuloso, formado por millones de piedras diminutas.

Flo Bones parecía haber recuperado la energía. Dejó el saco a un lado y se acercó a nosotros.

—Aquí —repitió—. Hay algo aquí que quiero, pero nunca he podido conseguirlo.

Lockwood sacó su antorcha y alumbró a su alrededor.

—Dinos dónde. Tengo una cuerda en la mochila si pesa.

Flo rio.

—No, no pesa. Estoy segura de que es muy pequeño. Pero ahora tenéis que esperar. No os mováis. No tardaremos mucho.

Después saltó hacia el poste más cercano, lo rodeó y se movió en zigzag hacia otro, riéndose a carcajadas mientras tanto.

Me acerqué a Lockwood.

—¿Te das cuenta de que está completamente pirada? —susurré.

—Está claro que es un poco rara.

—Y muy asquerosa. ¡Puaaaaj! ¿Te has acercado a ella? Ese olor…

—Lo sé —respondió Lockwood en voz baja—. Es un poco intenso.

—¿Intenso? Noto cómo se me arrugan los pelos de la nariz. Y si…

Me detuve de pronto, alerta.

—¿Qué pasa, Lucy?

—¿Sientes eso? —pregunté—. Algo se está despertando.

Me subí la manga: tenía la piel de gallina. El corazón me latió dos veces y sentí un cosquilleo en la nuca. Los agentes aprendemos a prestar atención a estas señales, que son los primeros avisos de una manifestación.

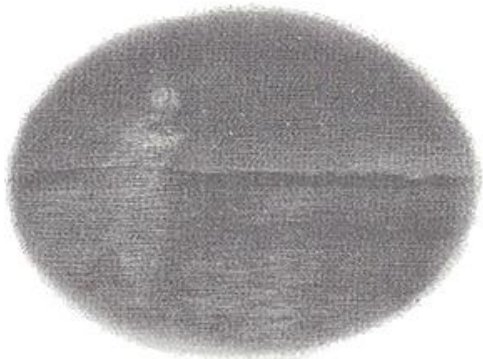
—Miedo atroz y frío —expliqué—. Y, ¿hueles eso? —dije, arrugando la nariz—. La miasma ha empezado a propagarse.

Lockwood olfateó.

—Si te soy sincero, pensaba que era Flo.

—No. Son visitantes…

Al unísono, desenvainamos los estoques y observamos, muy atentos. Entre los postes lejanos, la luz saltarina de Flo se quedó quieta. Oímos su canturreo preocupado. La niebla dio vueltas a nuestro alrededor y la noche se oscureció. Entonces llegaron los fantasmas.



12

Lockwood vio primero al espectro, porque su visión es más buena que la mía.

—Está ahí —me indicó con la respiración entrecortada—. ¿Ves ese poste en el otro lado? ¿El segundo?

Entrecerré los ojos para atravesar la oscuridad y la espiral de niebla. Si miraba directamente el lugar que me había indicado, no veía nada. Si apartaba un poco la vista y me concentraba en el río, podía vislumbrar algo blanquecino elevándose en el aire detrás del poste. Era extremadamente débil. Su presencia allí me molestaba, como si fuera un borrón en una lente o los ojos me estuvieran jugando una mala pasada.

—Lo veo —dije—. Creo que es una sombra.

—Yo también lo pienso, —contestó. Luego hizo un ruido que denotaba perplejidad—. Aunque es raro. Estamos en el mismísimo Támesis… ¿Cuánta corriente de agua se necesita?

El Problema, el gran misterio, está formado por infinitos misterios más pequeños y uno de los más extraños es el hecho indiscutible de que los visitantes (sin importar su tipo o su carácter)

odian las corrientes de agua fresca. No pueden soportarlas, incluso en pequeñas cantidades, así que no cruzan por allí. Es un hecho muy valioso y algo en lo que los agentes han confiado en algún momento. George afirma que una vez escapó de un espectro encendiendo una manguera de jardín y quedándose detrás del pequeño chorro de agua. También es la razón por la que muchas tiendas en el centro de Londres tienen túneles de agua cerca y el motivo por el que se hagan tantos negocios en barcos que suben y bajan por el Támesis.

Sin embargo, ahora estábamos a dieciocho metros del río y nos acompañaba una neblina brillante.

—Marea baja —comenté—. El agua ha retrocedido. El origen debe estar seco.

—Seguro. —Lockwood silbó—. Pues esto no me lo esperaba.

—Flo sí —dije—. Nos ha engañado. Es una especie de trampa.

—No lo es.

La voz gritó en mi oído. Pegué un salto, me choqué con Lockwood y di vueltas con el estoque hasta toparme con Flo Bones mirándome con malicia. Había bajado la tapa del farol y su cabeza parecía flotar en la oscuridad como una cara incorpórea y mugrienta.

—¿Una trampa? —siseó—. Es vuestra parte del trato. Estamos los tres rebuscando en el barro tan felices. ¿Qué pasa? Eres una agente. Tú no te asustas.

—¿De esto? ¿De una sombra?

—Ah, que solo ves una, ¿no? —Frunció la boca, que parecía apretada y arrugada, y luego resopló con desaprobación—. Muy bien. Buen trabajo. Fúmate un puro y únete a una agencia de verdad. Hay dos, pedazo de tonta. Hay una pequeña detrás de la otra.

Recorrí la oscuridad con los ojos entrecerrados.

—No la veo. Te lo estás inventando.

—No, tiene razón… —Las manos de Lockwood formaban un círculo sobre sus ojos. Era obvio lo mucho que se estaba concentrando—. Es tenue y deforme, como una nube. La alta es una mujer, lleva un sombrero o un chal y… una falda con aros. Puede que sea de la época victoriana o eduardiana.

—Eso es cierto: es vieja, pero vieja de verdad —respondió Flo

Bones—. Imagino que son una madre y una hija, que se tiraron juntas al Támesis. Suicidio y asesinato, una antigua tragedia. Creo que sus huesos estarán debajo de ese embarcadero. ¿Y tú no lo ves? —me preguntó—. Vaya, vaya.

—La visión no es mi don más fuerte —respondí con frialdad.

—¿Ah, no? Una pena. —Acercó la cabeza—. Bueno, basta de cháchara. Ahora quiero que me ayudéis. Esto es lo que haremos. Nos arrastramos hacia el poste, despacio y en silencio, sin hacer movimientos precipitados que pudieran alertarlas. Luego viene lo fácil. Vosotros vigiláis y os aseguráis de que no se alteren. Mientras yo iré a husmear con mi fiel cuchillo de desuello. —Se apartó el abrigo apestoso y vi la hoja en su cinturón por primera vez. Era un arma corta y muy curvada con una extraña doble punta, como la de un abrelatas gigante o esos tenedores pequeños de madera que te dan cuando pides anguilas en gelatina—. Cubridme las espaldas. Eso es lo único que tenéis que hacer. No será profundo. Tardaré poco.

Solté una exclamación de asco.

—¿Así que la idea es que hagamos guardia mientras tú cavas en busca de los huesos de un niño muerto? ¿Y todo porque planeas venderlos en el mercado negro?

Flo asintió.

—Eso sería todo, sí.

—De eso nada. Lockwood…

Me agarró del brazo y lo apretó.

—Venga, Lucy. Flo es lista. Flo es inteligente. Tiene información. Si la queremos, tenemos que ayudarla. Así de simple.

Otro apretón fuerte.

Una sonrisa tierna y algo ridícula apareció en el rostro de Flo.

—Ah, Lockwood, siempre has tenido mucha labia. Una de tus mejores cualidades. No como esta tipa rancia. Pues vamos allá. ¡Hacia delante y a por ellos! ¡Busquemos la gloria y acabemos con esto!

Sin mediar más palabras, Lockwood y yo comprobamos nuestros cinturones. Preparamos los estoques. Las sombras suelen ser muy pasivas e indiferentes. Están tan absortas en la repetición o el recuerdo del pasado que no prestan atención a los vivos. Pero esto no es algo que haya que dar por hecho y Flo tenía motivos obvios

para andarse con cuidado. Despacio, poniendo las botas con la más absoluta precaución sobre la grava, nos acercamos al poste negro y alto.

Sobre nosotros, algo blanco se elevaba en el cielo nocturno. Podría tratarse de una ráfaga de humo, enmarcada contra las estrellas.

—¿Por qué está ahí arriba? —pregunté en un susurro. Flo estaba justo delante, tarareando alegremente para sí misma.

—El antiguo embarcadero llegaba hasta ahí. Allí es donde se quedó antes de saltar. ¿Oyes algo?

—No sabría decirte. Podría ser el suspiro de una mujer o el viento. ¿Y tú?

—No hay brillos mortales. Tampoco es que esperáramos verlos, porque la corriente de agua se los habría llevado. Pero sí noto un peso enorme que me aplasta —contestó Lockwood respirando profundamente para calmarse—. ¿Tú lo notas? Duele mucho…

—Sí, yo también lo siento. Es un malestar muy intenso para tratarse de una sombra.

Él se detuvo de pronto.

—Espera. ¿Has visto cómo se movía, Lucy? Me ha parecido ver que se estremecía.

—No. Me lo he perdido. Puaj, ¡mira a Flo! ¿Es que no se respeta a sí misma?

La saqueadora de reliquias había llegado a la base del poste. Dejó el farol, se puso en cuclillas y comenzó a sacar trozos de barro y piedras con su cuchillo largo y curvo.

Lockwood me indicó que retrocediera un poco. Con los ojos fijos en la sombra que se cernía sobre nosotros, se detuvo detrás de la figura agachada de Flo.

Ahora que estábamos más cerca, el malestar era más fuerte. Una terrible melancolía se apoderó de mí. Sentí cómo se me hundían los hombros y las rodillas empezaban a ceder. Las lágrimas me pinchaban los ojos y una desesperación repugnante daba vueltas en mi estómago. La aparté; no era una emoción de verdad. Abrí un bolsillo del cinturón y saqué algo de chicle, que masqué frenéticamente para distraerme. Una vez, hace mucho tiempo, aquello había sido real y la tristeza de una persona se convirtió en locura o desesperanza. Ahora no era más que un eco: una fuerza

vacía y sin sentido que se abalanzaba sobre cualquiera que estuviese cerca.

No es que Flo Bones pareciera particularmente afectada. Cavaba a una velocidad feroz, echando a un lado grandes montones de lodo. Cada cierto tiempo, paraba para observar algún fragmento que había desenterrado y luego lo tiraba.

Una onda de sonido llegó hasta mis oídos, como un temblor en el aire. El suspiro que había oído era más fuerte. Junto a la punta del poste, la mancha blanca se hizo más intensa, como si la sustancia hubiera sido atraída hasta ella.

Lockwood también se había dado cuenta.

—Hay movimiento sobre nosotros, Flo.

El culo de la saqueadora estaba arriba y su cabeza se escondía prácticamente en el agujero. No levantó la mirada.

—Bien. Eso significa que estoy acercándome.

La presión del aire se volvió más pesada. Cualquier rastro de la brisa del río había desaparecido. Me dolía aquella carga sobre el corazón, que me aprisionaba como una piedra. El chicle giraba en mi boca mientras yo escuchaba el cuchillo rascar en la tierra húmeda y repugnante, y observaba la blancura flotante. Incluso de reojo, permanecía obstinada y sin formar, aunque por primera vez me pareció ver una mancha más pequeña. Era la silueta borrosa de un niño.

Un escalofrío atravesó la nube más grande. Mi mirada se dirigió hacia allí. Lockwood dio un paso lento para alejarse.

—Me estoy acercando —repitió Flo—. Lo noto.

—Se mueve, Flo. Hay signos de agitación

—Me estoy acercando…

Un chillido, seguido de un repentino chasquido en el aire. Me eché para atrás rápidamente y me tragué la bola de chicle. La forma blanca se abalanzó en dirección al poste, directamente sobre la cabeza de Flo. Lockwood se lanzó hacia delante, abriéndose camino a base de estocadas. La figura se elevó y esquivó la fulminante hoja revestida de plata. Durante un breve instante, dio una voltereta silenciosa por encima de nuestras cabezas y se detuvo a escasos metros de mí, flotando justo encima del suelo. Entonces atisbé una falda ancha y ondulada, y una espiral de cabello humeante.

La rabia le había otorgado a la aparición una apariencia sólida.

Era una mujer alta, delgada y con un vestido antiguo, estrecho en el pecho y con una falda ancha de crinolina. Llevaba un tocado pálido y dos mechones de pelo negro le oscurecían la mitad de la cara. Un collar de flores primaverales le decoraba el cuello. Espirales de luz fantasmagórica flotaban a su alrededor, como la vegetación de un río que se mueve con la corriente. A su lado, una figura diminuta no se separaba de su falda. Se daban la mano.

Con la garganta seca, me eché hacia atrás e intenté recordar la postura que había usado con Esmeralda en la sala de los estoques. No era una sombra, sino una dama fría: una mujer fantasma que se aparece por una vieja pérdida. La mayoría de las damas frías son seres melancólicos y pasivos que no suelen dar mucha guerra mientras buscas su origen. Pero este no era el caso.

Tomó impulso y se lanzó hacia mí. Se le revolvió el cabello, dejando ver un rostro espeluznante tan blanco como los huesos, una máscara congelada de ojos negros y locura frustrada. Desesperada por defenderme, hice girar el estoque. Durante un segundo, me pareció estar rodeada de unas manos pálidas y en forma de garra. Un chillido palpitaba en mis oídos. Pero mantuve la estocada firme y la hoja del arma me protegió. De pronto, el aire se despejó y dos figuras traslúcidas y apenas visibles a través del barro se alejaban: un niño diminuto y una mujer llorando con un vestido de cola.

—¡Vuelve al poste, Lucy! —gritó Lockwood—. Tú ve por un lado y yo iré por el otro. ¡Flo! ¡Dinos algo! ¿Cómo va por allí?

—Si vuelves a decir «me estoy acercando», yo misma te enterraré en ese agujero —gruñí mientras avanzaba.

—Me estoy acercando más —respondió Flo de inmediato—. Algo más cerca. Podría decirse que casi me quemo. Tengo un par de trozos que podrían ser importantes. Pero ¿cuáles? ¿Cuál es el origen?

Contemplé el cauce de Southwark, a donde los visitantes se dirigían a toda velocidad, iluminados por su propio brillo tenue. Ahora, sin romper el ritmo, se elevaron y dieron media vuelta, corriendo hacia nosotros.

—Sea cual sea, de verdad que no querrías llevártelo —dije—. Por favor, date prisa, Flo.

Ella estaba agachada junto al hoyo y sostenía objetos pequeños en las manos.

—¿Serán estos los huesos? Si es así, ¿cuál de estos dos? ¿O no son los huesos? ¿Será esta cosa pequeña? ¿Este extraño caballo metálico?

—Te propongo algo —sugirió Lockwood—. ¿Por qué no te lo llevas todo?

Las figuras brillantes estaban acercándose cada vez más y sobrevolaban las rocas.

—No quiero llevarme cualquier porquería vieja —respondió Flo con tono de enfado—. Tengo caché. Mis clientes esperan calidad.

Movidas por el odio y la furia, las formas avanzaron. Volví a ver el rostro de la mujer: la boca fina y oscura, y los ojos abiertos.

—Flo…

—Anda, qué bien.

Cogió el saco, lo abrió y un aroma dulce y limpio salió despedido del interior. Flo metió los trozos dentro. Sin previo aviso, las figuras brillantes parpadearon y una ráfaga de viento inofensivo chocó contra nosotros. Los bajos del abrigo de Lockwood se movieron hacia atrás y luego volvieron suavemente a su sitio. Era una noche oscura. Cuando miré a la parte alta del poste, lo único que vi fueron las estrellas.

Flo tiró con fuerza de la cuerda. Yo me hundí en la arena y dejé que el estoque descansara sobre mis rodillas.

—En el saco… —dijo Lockwood. Se había apoyado contra el poste—. ¿Hay…?

—Lavanda. Sí. Lleno hasta arriba. Mientras su fragancia dure, la lavanda es más potente que la plata. Los mantendrá callados un rato. —Me sonrió—. ¿Acaba de pasar algo? Estaba ocupada y no podía echar un vistazo.

—Sabías que iban a atacar, ¿verdad? —pregunté—. Ya lo habías intentado antes.

Flo Bones se quitó el sombrero y se rascó la mata de pelo rubio.

—Veo que no eres tan tonta como pareces… Pues supongo que hemos acabado.

—La verdad es que no —respondió Lockwood con voz sombría—. Esa era nuestra parte del trato. Ahora falta la tuya.

Pocos restaurantes están abiertos por la noche en Londres y muchos menos a altas horas de la madrugada, cuando todavía falta para que amanezca. No obstante, sí había algunos sitios donde los agentes o

los niños de la patrulla nocturna rompían el ayuno. Parecía que los saqueadores de reliquias también tenían sus rincones favoritos. La Liebre y el Látigo, una taberna situada en el callejón más sucio de Southwark, era la primera opción de Flo, así que nos dirigimos rápidamente hacia allí.

Pronto descubrimos que no era un buen sitio para nosotros esa noche. Tres furgonetas grises y plateadas, con la cría de unicornio pintada, estaban aparcadas en ángulos dramáticos en la puerta. Una veintena de agentes adultos de Fittes, acompañados por policías armados y miembros del DICM con perros, sacaban a la gente del bar y los metían en los furgones. Se habían producido altercados. Algunos hombres intentaron huir, pero los perros los persiguieron, los atraparon y los tiraron al suelo. Desde donde observábamos en un extremo de la calle, solo podíamos atisbar a Kipps, Ned Shaw y Kat Godwin, que permanecían junto a la puerta, alejados de la escena.

Lockwood nos arrastró a la oscuridad.

—Están haciendo una redada de saqueadores de reliquias —murmuró—. Kipps está yendo a por todas.

—¿Crees que sabe lo de Jack Carver? —pregunté—. Es imposible que el niño se lo haya dicho.

—Puede que alguien conociera la relación entre Carver y Neddles. Bueno, tampoco es que podamos hacer nada. ¿Nos vamos a otro sitio, Flo?

La saqueadora estaba extrañamente callada.

—Sí —susurró—. No queda lejos.

Su segunda opción resultó ser una cafetería cerca de la estación de Limehouse donde servían comida de madrugada, sobre todo para las patrullas nocturnas que habían terminado su turno. Las puertas y las ventanas estaban cubiertas con rejillas de hierro e iluminadas por viejas farolas protectoras. Dentro, una hilera de envases de plásticos exhibía los dulces y caramelos favoritos de los jóvenes clientes. En un tablón de corcho cerca de la puerta habían pegado anuncios, ofertas de trabajo, avisos de objetos perdidos y encontrados, y otros trozos de papel. Unas cuantas revistas manchadas y cómics se esparcían sobre las mesas de fórmica. Cinco chicos con la cara cubierta de gris estaban sentados en mesas separadas, comiendo y bebiendo con la mirada perdida en el

horizonte. Sus bastones les esperaban en las estanterías de armas junto a la puerta.

Lockwood y yo pedimos huevos revueltos, arenques ahumados y té. Flo quiso café y una tostada con mermelada. Encontramos una mesa en la esquina y nos concentramos.

Bajo la intensa luz de la cafetería, Flo parecía incluso más sucia. Aceptó el café (negro) y empezó a llenar la taza, despacio y de forma metódica, con ocho cucharadas de azúcar.

—Entonces, Flo, háblanos de Jack Carver —dijo mientras ella removía el brebaje.

Esta asintió, resopló y agarró la taza con los dedos sucios.

—Sí, conozco a Jack Carver.

—Excelente. ¿Y sabes dónde vive?

Sacudió la cabeza brevemente.

—No.

—¿Y dónde suele estar?

—No.

—¿Y con qué gente se junta?

—No. Solo a Duane Neddles, pero decís que está muerto.

—¿Y sus aficiones, las cosas que le gusta hacer en su tiempo libre?

—No.

—Pero ¿sabes dónde podríamos encontrarle?

Se le encendieron los ojos. Le dio un sorbo al café, frunció el ceño y vació otra cuchara llena de azúcar en el sirope negro. Lo removió frenéticamente mientras nosotros la mirábamos y esperábamos. Al fin, terminó el ritual. Entonces, nos observó sin ninguna emoción.

—No.

Moví la mano en dirección a mi estoque. Lockwood recolocó una servilleta sobre la mesa.

—Vale —dijo él—. Entonces, cuando dices que le conoces, ¿te refieres a que lo conoces de forma general, limitada y, por qué no decirlo, completamente inútil?

Flo Bones alzó su taza y se bebió la mezcla de un trago.

—Conozco su reputación, sé lo que hace con los artefactos que roba y sé cómo podría llegarle un mensaje, cosas que podrían interesaros.

Lockwood se echó hacia atrás y dejó las manos sobre la mesa.

—Ah, sí. Si fuera cierto, nos interesaría. Pero ¿cómo vamos a enviarle un mensaje si no le conoces de nada?

—Déjame que lo adivine —espeté—. Lo meterás en una calavera mohosa y la dejarás en una tumba abierta a medianoche.

—No. Pondría un aviso allí. —Señaló al tablón de corcho de la puerta—. Así es como los de mi profesión se mantienen en contacto. Aunque no lo hacemos a menudo, porque solemos ir por libre. Pero hay varios tablones como ese que cumplen cierta función. —Se limpió la nariz con los dedos y luego los dedos en el abrigo—. La Liebre y el Látigo tiene uno, pero no podemos usarlo.

La miré, extrañada, aunque Lockwood parecía estar considerándolo.

—Interesante. Puede que lo haga. ¿A quién debo dirigirme?

—Pon que va a la atención de la «Hermandad del Cementerio». Entre nosotros, esos son los saqueadores de reliquias. Puede que Carver no lo vea, pero otra persona sí y le pase el mensaje.

—Esto no nos sirve —exclamé—. Necesitamos algo concreto. ¿Qué hace Carver con las reliquias después de robarlas?

—Se las lleva a Winkman. ¿Me puedo tomar otro café?

—No te lo crees ni tú. No hasta que nos des más detalles. Luego te tomas todos los cafés que quieras.

—O podríamos darte un bol de azúcar y lo aliñas con una cucharadita de café por encima —propuso Lockwood—. Quizá así sea más simple.

—Me parto —dijo Flo sin sonreír—. Siempre fuiste un cómico del montón. Está bien, os contaré lo que sé de él. Hay dos tipos de coleccionistas de reliquias. Los que, como la menda, vamos por ahí a nuestra bola, buscando objetos psíquicos importantes y olvidados. No nos metemos en problemas y tampoco los buscamos. Luego están los demás. Son demasiado impacientes como para molestarse en rebuscar en la orilla. Les gustan las cosas que les den beneficios inmediatos, a pesar de que no sean de su propiedad. Esos tíos se meten en los cementerios, roban lo que pueden y no les importa saquear a los vivos, incluso si eso significa…

La miré.

—¿Qué significa?

—Que se los cargan. —Nos dirigió una mirada despectiva y

satisfecha—. Les parten la cabeza, les rajan el cuello de oreja a oreja o los estrangulan con mucha paciencia, si les apetece. Luego se lo mangan todo. Esa es su estrategia. Imagino que os impactará, con esas manos suaves y caras pálidas que tenéis. —Nos sonrió—. Bueno, pues este tío es uno de los delgaduchos con ganas de comer. Es un asesino. Le he visto en sitios como este y os aseguro que lleva las ganas de usar la violencia escritas en la cara.

—¿Ganas de usar la violencia? —preguntó Lockwood—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Es difícil de explicar. Puede que sea el brillo de sus ojos, la cruel delgadez de sus labios o incluso su postura. Además, una vez casi le vi acabar con un tipo solo porque le había mirado raro.

Lo asimilamos en silencio.

—Nos han dicho que es pelirrojo, que tiene la piel clara y que siempre va de negro —dije.

—Sí. Y dicen que lleva tatuajes. Tatuajes llamativos y todo eso.

Parpadeé.

—¿Por qué llamativos? ¿De qué son?

—No os lo puedo decir. Sois demasiado jóvenes.

—Pero si nos enfrentamos a espectros letales cada noche, ¿cómo vamos a ser demasiado jóvenes?

—Si no te lo imaginas, está claro que no sois lo bastante mayores —respondió Flo—. Mirad, aquí están vuestros arenques. Otro café, gracias, corazón, y habría que rellenar este cuenco de azúcar.

—¿Entonces son todos ladrones, chatarreros y matones? —pregunté después de que la camarera se marchara—. Parece que encontrar reliquias es un negocio realmente apetecible.

Flo Bones no apartaba la vista de mí.

—¿En serio? ¿A caso es peor de lo que haces tú? ¿Preferirías que buscara un trabajo legal como esos críos de ahí? —Saludó a los niños de la patrulla nocturna con la cabeza. Todos estaban desplomados en varias posturas de cansancio y abatimiento—. No, gracias. ¿Que se aprovechen de mí las grandes empresas? ¿Que me paguen cacahuetes, me den un asqueroso bastón y me manden a esperar toda la noche a la intemperie a ver si aparece algún espectro? Prefiero meterme en el río. Me rasco el culo, miro las estrellas y sigo mis propias reglas.

—Sé exactamente lo que quieres decir —intervino Lockwood—. Al menos con lo de las estrellas.

—Ya, porque tú eras el chico de Sykes el Asaltatumbas. A ti te enseñaron bien. No dejes de ir por tu cuenta. Sé un inconformista. Baila al ritmo que te dé la gana.

—¿Conoces al antiguo maestro de Lockwood? —pregunté. La sorpresa (y cierto resentimiento) era evidente en mi voz. Era obvio que Flo sabía mucho más que yo sobre el pasado y la formación de Lockwood.

—Sí —contestó Flo—. Me informo. Me gusta leer el periódico, antes de usarlo para limpiarme.

El tenedor con los arenques se detuvo a medio camino hacia mi boca. La tostada de Lockwood se marchitó visiblemente en su mano.

—Una pena que el pobre Sykes acabara de esa manera —siguió Flo sin perturbarse—. Aunque, por lo que he oído, el éxito de vuestra agencia está poniendo de los nervios al DICM. Por eso estoy dispuesta a ayudaros esta noche.

—¿Entonces nos habrías ayudado de todas formas? —recalqué—. ¿Sin que nos metiéramos en el fango?

—Sí, claro.

—Bueno, está bien saberlo.

—Háblanos de ese tal Winkman —pidió Lockwood—. He oído rumores de ese nombre, pero…

Flo cogió su segunda taza de café y otro cuenco de azúcar.

—Winkman, Julius Winkman. Es uno de los compradores de objetos robados más importantes de Londres, y un hombre muy peligroso. Tiene una tiendecita en Bloomsbury. Por fuera es muy respetable, pero si has encontrado algo excavando en un cementerio, has mangado algo de un adosado de Mayfair o te ha llegado algo por un intermediario confidencial, él es tu hombre. Las mejores ofertas, la venta más rápida y la mayor popularidad. Tiene clientela por toda la ciudad, gente con dinero en efectivo que no hace preguntas. Si Jack Carver tiene ese objeto que buscáis, Winkman será el primero con el que hable. Y si Winkman lo compra, organizará una subasta secreta en la que reúna a sus mejores clientes. No creo que lo haya hecho ya. Querrá conseguir el mayor beneficio posible.

Lockwood había terminado su plato.

—Vale. Ahora vamos teniendo algo. ¿Dónde está esta tienda de Bloomsbury?

Flo se encogió de hombros.

—Oye, Locky, no quieres meterte con Winkman, es mucho peor que Carver. La gente que ha intentado traicionarle… Digamos que sus restos nunca se han encontrado. Su mujer es casi tan mala como él y su hijo es un auténtico horror. Mi consejo es que te alejes de esa familia.

—Aun así, necesito la dirección. —Lockwood tamborileó en la mesa con los dedos—. ¿Dónde se celebran estas subastas secretas?

—No lo sé. Son secretas, ¿no? Cambian cada vez. Pero quizá pueda enterarme, si es que tus colegas de Fittes han dejado a algún saqueador en las calles.

—Eso sería maravilloso. Gracias, Flo. Estamos orgullosos de ti. Luce, tú siempre llevas dinero. ¿Te importa acercarte a la barra y pagar? Y, mientras estás allí, pregunta si nos dejan un trozo de papel y un lápiz —dijo mientras observaba el tablón de corcho.

13

El Emporio de Antigüedades de Bloomsbury, que también recibe el nombre de Tiendas Winkman, se encuentra en Owl Place, una estrecha carretera secundaria entre las calles Coptic y Museum, en el centro de Londres. Es un camino pequeño, irregular y sucio, en el que solo hay tres comercios: una pizzería en la esquina con la calle Coptic; el negocio de un sanador psíquico chino, cuyos toldos de bambú y papel oscurecen la estrecha puerta de cristal; y un edificio de fachada ancha con dos ventanas miradores, que corresponde al Emporio de Antigüedades de Bloomsbury.

Las ventanas de la tienda son bajas y los cristales tienen forma de diamante. El interior siempre está oscuro. No obstante, se pueden entrever algunos objetos, como una estatua ecuestre de estilo griego con una pezuña delantera rota, un jarrón romano, un armario de caoba roja y una máscara japonesa que imita a un fantasma sonriendo de oreja a oreja. Las pegatinas de la puerta anuncian que se aceptan tres tipos de tarjeta de crédito y el horario de apertura, que continúa después del toque de queda. La puerta no tiene verjas de hierro ni otra defensa evidente. El señor y la señora

Winkman, que viven encima de la tienda, parecen no necesitarlas.

A las tres y cuarto de la tarde, tras nuestro encuentro con Flo Bones, dos turistas adolescentes salieron de la calurosa y soleada calle Museum bebiendo granizados de cola en vasos de cartón gigantes y se adentraron en el sombrío callejón. La chica llevaba una camiseta de *Las apariciones ocultas*, una falda de vuelo a la altura de las rodillas y sandalias. El chico vestía una camisa azul de algodón, un par de pantalones cortos increíblemente anchos y zapatillas de deporte. Ambos tenían gafas de sol y se reían y bromeaban en voz alta mientras caminaban.

Tres puertas después, se detuvieron como por impulso junto al escaparate del Emporio de Antigüedades de Bloomsbury y pasaron un rato mirando la variedad de piezas polvorientas ahí expuestas. Él le dio un codazo amistoso en las costillas a la chica y señaló la tienda. Ella asintió. Avanzaron hacia la puerta y entraron.

Lockwood y yo sabíamos lo mucho que nos arriesgábamos al emprender esta investigación encubierta. Flo nos lo había dejado muy claro. La noche anterior, como su último favor, nos había mostrado el camino hasta la tienda y nos había indicado cuál era desde la esquina. Luego se perdió en la oscuridad, dejando un leve hedor a suciedad. Era lo más cerca que quería estar de Winkman.

Al contrario que ella, nosotros sí nos habíamos acercado, hasta que descubrimos un farol de gas encendido en el ventanal izquierdo, donde la máscara fantasmal levitaba como la grotesca cabeza de una novia flotante. Lockwood supuso que la luz era algún tipo de señal y había estado muy tentado de seguir con la guardia, pero los dos estábamos muy cansados. La noche casi había terminado y apenas habíamos dormido el día anterior. Nos alejamos de Bloomsbury y volvimos andando a casa, donde dormimos hasta tarde. Nos encontramos en el piso de abajo cuando la luz del sol entraba en diagonal por las ventanas.

George ya había salido. En la cocina encontramos una nota pintarrajeada sobre el mantel de papel blanco de la mesa. Era nuestro mantel de pensar. Siempre teníamos bolígrafos cerca y lo usábamos para dejarnos notas, apuntar la lista de la compra, escribir mensajes y dibujar, además de hacer bocetos de los visitantes que habíamos visto. En un hueco entre una bandeja vacía de dónuts, la caja de una hamburguesa y dos tazas de té sucias,

habían escrito la siguiente nota:

¡He salido de caza! ¡Hay novedades! Vuelvo luego. G

Cerca había unos garabatos ilegibles:

80°C
100°C
120°
150°C

15 minutos Sin respuesta
15 minutos No
15 minutos No
16 minutos El plasma se mueve Se forma la cara
12 minutos La boca se mueve y gesticula (maleducado)

COMPRAD MÁS PATATAS

Sopesamos el enigmático mensaje en silencio durante unos minutos. Luego Lockwood se acercó al horno. Lo abrió despacio y dejó ver el frasco sellado dentro. La superficie del cristal se había oscurecido en algunas partes. El plasma era casi traslúcido y dejaba ver la calavera en el centro. Se veían las pequeñas grietas en los huesos y las manchas marrones en los dientes.

Era la primera vez que veíamos la calavera desde la discusión que habíamos tenido por sus comentarios hacía dos noches. Nerviosa, miré a Lockwood, que durante un segundo se esforzó por sacar el frasco del horno, pero él no me devolvió la mirada. En lugar de eso, se alejó y se pasó la mano por la cara.

—No tengo fuerzas para pensar en esto ahora —dijo—. Los experimentos de George están fuera de control. Recuérdame que lo hable con él esta noche.

Pero antes teníamos otras cosas que hacer y Lockwood ya había tomado una decisión. No podíamos avanzar demasiado en la búsqueda de Jack Carver. La noche anterior dejamos una nota en la cafetería, dirigida cuidadosamente a la «Hermandad del Cementerio». En ella le pedíamos a cualquiera que tuviera información sobre «un reciente incidente» en el cementerio de Kensal Green que se pusiera en contacto con nosotros y ofrecimos una pequeña recompensa. Jack Carver no iba a responder, estaba claro, pero como parecía que los saqueadores de reliquias están

deseando lanzarse al cuello de sus compañeros de profesión, era posible que alguien nos diera lo que buscábamos. Mientras tanto, Flo había prometido avisarnos si se hablaba de una subasta especial en el mercado negro en los próximos días. También nos enteraríamos luego de los resultados de la investigación de George. En otras palabras: todo estaba controlado.

Solo nos quedaban las Tiendas Winkman.

Como era probable que el saqueador ya le hubiera dado el espejo a Winkman, Lockwood concluyó que merecía la pena investigar la tienda de antigüedades. Lo mejor que podría pasar era que consiguiéramos alguna pista sobre el paradero del espejo. Lo peor era que… Bueno, dada la reputación del contrabandista, lo cierto es que era más astuto no pensar en ello. Pero iríamos de incógnito y no intentaríamos hacer nada demasiado peligroso. Todo saldría bien. Nos vestimos como turistas en verano y cogimos el metro hacia Bloomsbury.

Una campanita que colgaba de una estructura en forma de D sobre la puerta se contoneó y tintineó con fuerza en cuanto entramos a la tienda. El interior era tenue, frío y olía a polvo y a abrillantador de hierbas. El techo era bajo. A nuestras espaldas, la luz del sol brillaba sobre los cristales de diamantes, atravesaba los visillos manchados y se estiraba como esquirlas rotas sobre el suelo viejo y arañado.

La estancia era un bosque de mesas apiladas, vitrinas, sillas y objetos extraños. Justo delante había un mostrador, donde se encontraba una mujer tan grande, alta y amenazante como una estatua de un dios olvidado. Estaba sacándole brillo a una figurita de cristal con un paño diminuto. La parte de arriba de su peinado ahuecado rozó el techo cuando se enderezó para mirarnos.

—¿Puedo ayudaros?

—Solo estábamos mirando, gracias —contesté.

La evalué con un vistazo rápido: era una persona fuerte y corpulenta de cincuenta y pocos años. Su tamaño y su piel rosada me recordaron a mi madre. Tenía el pelo largo y teñido de rubio platino, las cejas depiladas, los labios finos y los ojos azul grisáceo. Llevaba un vestido escotado de flores con un cinturón a juego. A primera vista, parecía tierna y rolliza. A segunda vista, era evidente el aura de fuerte autoridad que irradiaba.

Sabíamos quién era. Flo nos la había descrito. Era la señora

Adelaide Winkman. Ella y su marido eran los propietarios de la tienda desde hacía veinte años, desde que su antiguo dueño había sufrido un accidente, en el que había sido aplastado por una estatua erótica india.

—Tiene una tienda muy chula —comentó Lockwood. Hizo una pompa con el chicle rosa. Explotó con fuerza. Volvió a metérselo en la boca y sonrió.

La mujer dijo:

—Será mejor que os quitéis las gafas de sol. Mantenemos la luz tenue para cuidar los artefactos. Son muy delicados.

—Claro —respondió Lockwood—. Gracias.

Ninguno de los dos se quitó las gafas.

—¿Todo esto se vende?

—A quienes tengan dinero —replicó la mujer. Volvió a bajar la vista y sus grandes dedos rosados frotaron despacio el contorno de la figurita con el trapo.

Lockwood y yo dimos varias vueltas por la tienda absorbiendo los detalles e intentando parecer inofensivos. Encontramos una extraña variedad de parafernalia: cosas de valor y objetos que no eran más que basura. Un balancín de caballo apalusa con los flancos manchados de amarillo por el paso del tiempo, un maniquí con la cabeza y los hombros de tela apolillada y sentado sobre un poste de madera lleno de gusanos, una antigua bañera doble de metal con la manguera enrollada alrededor del grifo, una radio de baquelita y tres extrañas muñecas victorianas con ojos saltones de cristal. Aquellas muñecas hicieron que me estremeciera. Imagino que hasta a los niños de la época victoriana se les habrían puesto los pelos de punta.

A la izquierda, una cortina negra plegada en forma de acordeón tapaba la mitad de una puerta. Detrás había una especie de anexo o habitación más pequeña. Entreví un sillón, del que sobresalía la coronilla de la cabeza oscura y brillante de una persona.

—Oiga, ¿están malditas?

Lockwood señaló a las muñecas. La mujer grandota no alzó la vista.

—No…

—Tío, seguro que lo están.

—En la calle Coptic hay tiendas con una amplia selección de

regalos baratos —dijo la mujer—. Quizá encontréis algo más adecuado para vuestro bolsillo que…

Dejó que la última frase se apagara.

—Gracias. Pero no queremos comprar, ¿verdad, Luse?

—No —respondí entre risas y un sonoro sorbo a la bebida.

Dimos varias vueltas durante un rato más mientras mirábamos los objetos y vigilábamos la tienda. En una inspección rápida descubrí que había dos salidas en la planta de la tienda: una puerta abierta detrás del mostrador que llevaba a los apartamentos privados (vi un pasillo estrecho con una alfombra persa descolorida y fotografías de color sepia en la pared) y la sala tras la cortina negra. Seguía ocupada, porque escuché el crujido de unos papeles y el soplido repentino del hombre. Como siempre hago, también oí utilizando mi don. Había algo allí. No era fuerte ni tampoco exactamente un ruido. Quizá el más leve de los zumbidos, enroscado y a la espera de ser liberado. ¿Sería el espejo? Recordé el sonido que había oído en el cementerio: el zumbido de una infinidad de moscas. No sonaba como eso. Fuera lo que fuese, estaba muy cerca.

Lockwood y yo nos vimos en la esquina de la sala más alejada de la cortina. Nuestros ojos se encontraron. No dijimos nada, pero Lockwood levantó los dedos hacia mí, asegurándose de que su cuerpo los tapara y la mujer no pudiera verle desde el mostrador. Habíamos acordado el código de antemano. Un dedo: nos íbamos. Dos dedos: había encontrado algo. Tres dedos: necesitaba una distracción.

¿No te imaginas cuál iba a ser? Tres. Me tocaba montar un espectáculo. Él me guiñó un ojo y se alejó hacia el extremo contrario de la tienda.

Miré a la mujer. El paño se movía en pequeños círculos, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda.

Con indiferencia, me llevé la mano al bolsillo de la falda.

Es increíble el ruido que pueden hacer una docena de monedas que se caen a un suelo de madera. El estruendo repentino, el eco que se dispersa… Incluso a mí me pilló por sorpresa. Las monedas rodaron bajo las mesas, entre las patas de las sillas y a lo lejos, detrás de la base de las estatuas. En el mostrador, la mujer levantó de golpe la cabeza.

—¿Qué está ocurriendo?

—¡Mi cambio! ¡Se me ha roto el bolsillo!

Sin esperar ni un segundo, me agaché y me escondí bajo la mesa más cercana. Lo hice con torpeza, chocando con el mueble para que las joyas que estaban encima se movieran y tintinearan. Alejando un par de monedas, me apretujé entre dos esculturas de pájaros africanos. Eran flamencos o algo así: altos, picudos y algo cabezones. Sobre mí, las cabezas se balanceaban peligrosamente de un lado a otro.

—¡Ya basta! ¡Vete ahora mismo!

La mujer había abandonado el mostrador. Desde detrás de las mesas, vi sus gemelos gordos y rosados y sus pesados zapatos acercándose a toda velocidad.

—Sí, en un segundo. Solo estoy recogiendo mi dinero.

Delante había un farol de papel oriental. Parecía antiguo, frágil y posiblemente bastante valioso. Como era teóricamente posible que una moneda se hubiera caído dentro, lo agité con fuerza mientras ignoraba los jadeos de la señora Winkman, que se movía nerviosa más allá de las mesas, tratando de acercarse a mí. Después de dejar el farol, me di la vuelta tan rápido que mi culo chocó con una columna de yeso en la que había una especie de jarrón romano. El jarrón se movió y empezó a caerse. La señora Winkman, demostrando más destreza de la que habría imaginado para alguien de su tamaño, alargó una mano rosada y lo agarró en el aire.

—¡Julius! —chilló—, ¡Leopold!

Al otro lado de la estancia, alguien descorrió las cortinas. Una persona salió y se movió con pasos majestuosos por los pasillos. Vi un par de piernas cortas y fornidas, ceñidas a unos pantalones de algodón. Vi unas sandalias viejas de cuero en los pies. No vi calcetines, lo que dejaba a la vista los pies peludos y las uñas largas, amarillentas y agrietadas.

Un momento después, un segundo par de piernas (bastante más pequeñas que las primeras, pero idénticas en cuanto a forma y vestimenta) salió de la habitación trasera y corrió hacia mí.

Hice el amago de seguir rebuscando debajo de la mesa y recogí unas cuantas monedas con las manos temblorosas, pero sabía que la partida se había acabado. Ya estaba retrocediendo hacia el pasillo cuando oí una voz profunda y suave.

—¿Qué es todo esto, Adelaide? ¿Unos niños haciendo tonterías?

—No quiere salir —respondió la señora Winkman.

—Seguro que podemos persuadirla —dijo la voz.

—Ya voy —exclamé—. Solo tenía que guardar las monedas.

Salí, con la cara roja, polvorienta e hinchada. Me puse de pie y di media vuelta. La mujer tenía los brazos enormes cruzados y me miraba con una expresión que normalmente habría bastado para convertir mis entrañas en agua. Pero esta vez no. Lo que tenía que preocuparme era el hombre que estaba a su lado. Julius Winkman.

Mi primera impresión fue la de un hombre grande que se había quedado pequeño por algún capricho de la genética o porque se le había caído un ascensor encima, o por ambas cosas. Tenía un cuerpo gordo y encorvado, con una cabeza enorme, un cuello grueso y hombros fuertes que descansaban sobre su pecho en forma de tonel. Sus brazos eran grandes y peludos, y las piernas, regordetas y arqueadas. Llevaba el pelo negro muy corto y engominado hacia atrás sobre el cuero cabelludo. Vestía un traje gris con las mangas remangadas hasta los codos y una camisa blanca sin corbata. Unos pelos gruesos le sobresalían del cuello de la camisa. Tenía una nariz ancha y una boca grande y expresiva. Un par de quevedos dorados hacían equilibrio en su nariz. Aunque era claramente una persona bastante fuerte, no era mucho más alto que yo. Podía mirarle directamente a los ojos, que eran grandes y negros, con pestañas largas y sensuales. El resto de la cara era pesada y morena, y la barbilla dentada y oscura por la barba incipiente.

A su lado había un chico que, por muchos motivos, parecía una réplica más pequeña de aquel hombre. Él también tenía la constitución de una pera invertida, el pelo peinado hacia atrás y la boca de sapo. Vestía unos pantalones grises parecidos y una camisa blanca ceñida. Había algunas diferencias: le faltaban los quevedos y, afortunadamente, tenía menos vello corporal. Sus ojos eran como los de su madre, azules y penetrantes. Permaneció junto al hombro de su padre, mirándome con frialdad.

—¿Qué crees que estás haciendo, gateando por mi tienda? —preguntó Julius Winkman.

A lo lejos, al otro lado de la estancia y detrás de ellos, la cortina que conducía a la parte trasera se movió una vez durante un breve

instante y luego volvió a su posición.

—No quería hacer nada malo —expliqué—. Se me ha caído el dinero. —Con una floritura, mostré las pruebas sobre la palma de la mano—. Pero no pasa nada. He encontrado casi todo. Pueden quedarse el resto… —Bajo la mirada compartida, mi sonrisa débil se volvió enfermiza y desapareció para morir—. Mm, es una tienda bonita. Hay muchas cosas chulas. Pero seguro que es cara, ¿no? Ese caballo balancín… ¿cuánto cuesta? ¿Unos doscientos? Es precioso. —Lo importante era que siguieran hablando y se centraran en mí—. ¿Y ese jarrón de allí? ¿Cuánto me costaría si lo quisiera? Y… ¿es griego? ¿Romano? ¿De imitación?

—No. Pero te diré una cosa. —Julius Winkman se acercó de pronto y levantó un dedo peludo, como si fuera a golpearme en el pecho. Sus dedos de la mano, como los de los pies, tenían uñas largas y agrietadas. El aliento le olía a menta—. Deja que te diga una cosa. Este es un establecimiento respetable. Tenemos clientes respetables. Los críos delincuentes que van por ahí armando líos y dando problemas no son bienvenidos.

—Lo entiendo perfectamente —me apresuré a responder. Maldito Lockwood. La próxima vez él sería la distracción. Me moví hacia la salida—. Adiós.

—Espera —me detuvo la señora Winkman—. Eran dos. ¿Dónde está el otro?

—Ah, supongo que se habrá ido —contesté—. Pasa mucha vergüenza cuando se me caen las cosas.

—Yo no he oído la puerta.

Julius Winkman echó un vistazo a la estancia. Tenía el cuello tan grueso que tuvo que ponerse de lado para hacerlo, girando el torso con las caderas. Sonrió ligeramente. Había algo sorprendentemente femenino en sus ojos y en su boca que encajaba a la perfección con su cuerpo peludo. Dijo:

—Treinta segundos, o quizá cuarenta. Luego veremos.

Dudé.

—Perdone, pero no le entiendo.

—Mira su mano, papá, —le pidió el chico entusiasmado—. Mira su mano derecha.

Aquello me desconcertó.

—¿Quieren ver las monedas?

—Las monedas no —respondió Julius Winkman—. Tu mano. Buen chico, Leopold. Enséñamela, niñata mentirosa, o te rompo la muñeca.

Se me erizó la piel. Extendí la mano sin decir nada. La agarró y la sostuvo. La suavidad de su roce me horrorizó. Se ajustó ligeramente los quevedos y se acercó. Usó la mano que le quedaba libre para recorrer mi palma con los dedos.

—Lo que pensaba —afirmó—. Una agente.

—¿No te lo había dicho, papá? —exclamó el chico—. ¿A que sí?

Sentí cómo se me saltaban las lágrimas. Furiosa, pestañeé para evitar que cayeran. Sí, era una agente. No me dejaría intimidar. Aparté la mano.

—No sé de qué están hablando. Solo he venido a echar una ojeada a su estúpida tienda y no están siendo nada amables conmigo. Déjenme en paz.

—Eres una actriz pésima —replicó Winkman—. Pero aunque fueras una genio del teatro, tu mano seguiría traicionándote. Solo los agentes tienen esos dos callos en la palma. Yo los llamo «marcas del estoque». Os salen por todo ese entrenamiento que hacéis, esas peleas tontas con espadas. ¿No es cierto? Tendrías que haber pensado en eso. Y ahora solo nos falta esperar a que tu amiguito salga. —Miró el reloj que llevaba en la muñeca peluda—. Imagino que en cualquier momento… Ahora.

Un destello de luz emergió tras la cortina, seguido de un grito de dolor. Pasó un momento y luego la cortina se abrió hacia un lado. Lockwood salió, con la cara blanca, una mueca y los dedos de la mano derecha apretados. Respiró hondo e intentó controlarse. Recorrió despacio el pasillo y se detuvo ante la expectante familia Winkman.

—Debo decir que el servicio de este sitio no es muy bueno —criticó Lockwood—. Estaba mirando esa sala de exposición que tienen cuando algo me electrocutó…

—Niños estúpidos haciendo tonterías —le interrumpió Julius Winkman con su voz suave y profunda—. ¿Qué has tocado, chico? ¿El escritorio o la caja fuerte?

Lockwood se alisó el pelo hacia atrás.

—La caja fuerte.

—Está diseñada para dar un leve castigo eléctrico a cualquiera

que no pueda desactivar el circuito antes de tocar la puerta. El escritorio tiene un mecanismo parecido. Pero estabas perdiendo el tiempo, porque ninguno de esos muebles contiene algo que pudiera interesarte. ¿Quiénes sois y para quién trabajáis?

No dije nada. Lockwood mostró todo el desprecio y el desdén que le permitía llevar un colorido par de pantalones cortos de verano y tener una mano que echaba humo.

La señora Winkman sacudió la cabeza. Frente a las ventanas con parteluces, parecía más alta que nunca. Su figura amenazante bloqueaba la luz.

—¿Julius? Podría cerrar la puerta con llave.

—Hazlos pedazos, papá —dijo el niño.

—No es necesario, queridos. —Winkman nos miró. Seguía sonriendo, pero la mirada bajo las onduladas pestañas era tan dura como una piedra—. No necesito saber quiénes sois. No importa. Imagino lo que queréis, pero no vais a conseguirlo. Os diré una cosa. Todas mis tiendas disponen de ciertas protecciones para ocuparse de quienes no son bienvenidos. El calambrazo es solo la menos importante. Es rudimentaria, pero útil durante el día. Por la noche tengo otros métodos, si es que alguien es lo bastante estúpido para colarse. Son más efectivos. A veces, mis enemigos mueren incluso antes de que baje las escaleras. ¿Lo entendéis?

Lockwood asintió.

—Lo ha dejado muy claro. Vámonos, Luse.

—No —dijo Julius Winkman—. Así no. No podéis iros así como así.

Unas manos de oso aparecieron y nos sujetaron, a mí del antebrazo y a Lockwood por el cuello de la camisa. Sin esfuerzo, nos acercó hacia él y luego nos levantó del suelo. Me había agarrado tan fuerte que grité de dolor. Lockwood forcejeó, pero no sirvió de nada.

—Miraos —rio Winkman—. No sois más que unos niños sin esos uniformes tontos y espadas de engreídos. ¡Niños! Esta es la primera vez, así que os vais a librar. La próxima no me contendré tanto. ¡Leopold, la puerta!

El chico saltó y la abrió. Los rayos de luz entraron y la campana tintineó con suavidad. Julius Winkman me movió hacia arriba y hacia atrás. Luego me arrojó con fuerza en dirección al sol. Los

músculos del brazo se me tensaron, aterricé de golpe y caí hacia delante de rodillas. Lockwood cayó a mi lado un segundo más tarde, rebotó una vez sobre el trasero y frenó, cubierto de polvo. Detrás, oímos cómo la puerta del Emporio de Antigüedades de Bloomsbury se cerraba con suavidad pero firmeza.

14

Una hora después, dos jóvenes turistas llenos de moratones llegaron a casa. Cruzamos la verja y recorrimos el sendero, dejando atrás la campana y la hilera de baldosas de hierro rotas que, por falta de tiempo, yo aún no había podido arreglar. Me apoyé contra la pared mientras Lockwood buscaba las llaves.

—¿Cómo tienes la mano? —pregunté.

—Me duele.

—¿Y el culo?

—Eso me duele más.

—No ha ido muy bien, ¿no?

Lockwood abrió la puerta.

—Tenía que ver lo que guardaban en la habitación privada. Había una mínima posibilidad de que el espejo estuviera allí. Pero lo único que tenían eran formularios de carreras y libros de cuentas, además de un rompecabezas a medio terminar que el asqueroso de su hijo habría estado haciendo. Winkman guarda lo importante en otra parte, no hay duda. —Suspiró, se subió las bermudas enormes y atravesó el pasillo—. Aunque supongo que la tarde no ha sido una

pérdida de tiempo total. Hemos visto con nuestros propios ojos cómo es ese señor Winkman y no volveremos a subestimarle. Me pregunto si George habrá tenido más suerte.

—¡Pues claro que sí! —La puerta de la cocina se abrió de golpe. George estaba sentado en la mesa, radiante de vitalidad, con un lápiz y un colín sobresaliéndole de la boca. Abrió los ojos de par en par al ver nuestra ropa—. Hala. Lockwood, ¿llevas pantalones o querías emprender el vuelo?

Este no respondió, sino que permaneció junto a la puerta lanzando miradas sombrías a los paquetes de patatas, las tazas, las hojas fotocopiadas y los cuadernos abiertos que ocupaban la mesa. Entré y puse la tetera.

—Son pantalones cortos —dije—. Íbamos de incógnito, pero no hemos tenido un día muy bueno. Veo que tú has estado ocupado. ¿Algún avance?

—Sí, por fin he dado con algo —respondió George—. Calor. El calor adecuado podría ser la respuesta. Pero no el calor solar, que solo hace que el plasma se contraiga. Hablo del térmico. Anoche metí la calavera en el horno y, os lo prometo, el fantasma no tardó en formarse. El plasma empezó a retorcerse y girar a los 150 grados. Resulta que ese es el número mágico. El rostro apareció y de verdad pienso que empezó a hablar. No pude oírlo, claro, para eso te necesito a ti, Luce, pero si se me da bien leer los labios, diría que tiene un vocabulario muy maduro. Bueno, es un gran avance y estoy bastante satisfecho conmigo mismo.

Triunfante, George se recostó en su silla.

Noté un destello de rabia. La calavera me había hablado hacía poco y a temperatura ambiente, por increíble que parezca. De pronto, los interminables experimentos me parecieron aburridos.

Lockwood solo le miraba a él. Sentí cómo la presión se formaba a nuestro alrededor. Dije:

—Sí, esta mañana encontramos el frasco sellado en el horno. Nos sorprendimos un poco… Yo me refería a todo ese asunto de Bickerstaff.

—Ah, no te preocupes, también tengo noticias sobre eso. —Satisfecho, George le dio un mordisco al colín—. A los hornos les pasa una cosa. No los hacen lo bastante grandes. Casi no pude meter el frasco, ¡y ahora está atascado! Menudo espectáculo cutre.

¿Y si hubiera estado preparando toda la cena de Navidad?

—Ya —respondí con frialdad—. Eso sí que habría sido raro.

Encontré algunas tazas con bolsas de té dentro.

—Ah, pero esto podría ser todo un descubrimiento —decía George—. Pensadlo. Podríamos conseguir que los muertos nos hablaran cuando queramos. Joplin me contó que ese ha sido el sueño de los investigadores durante años y si de verdad solo se necesitaran un par de hornos grandes y…

De pronto, Lockwood soltó un grito e irrumpió en la cocina dando zancadas.

—¿Puedes dejar ya de hablar de esa estúpida calavera? No es nuestra prioridad, George. ¿Nos pagan por eso? ¡No! ¿Supone un peligro inminente para los londinenses? ¡No! ¿Estamos centrándonos en resolver este misterio para vencer a Quill Kipps y a su equipo y evitar una humillación pública? ¡Tampoco! ¡Pero todo eso pasa mientras tú juegas con frascos y hornos! Hoy Lucy y yo hemos puesto nuestras vidas en peligro, si es que te interesa. —Respiró hondo. George le miraba como si estuviera hipnotizado—. Lo único que pido es que, por favor, intentes centrarte en el encargo que nos traemos entre manos. ¿Y bien? ¿Qué dices?

George se subió las gafas.

—Perdona, ¿podrías repetirlo? Es por los pantalones. No podía prestar atención a lo que decías.

La tetera silbó con fuerza y ahogó la breve respuesta de Lockwood. Rápidamente, preparé tres tazas de té, soltando las cucharas de golpe y haciendo ruido con la puerta de la nevera para intentar llenar el silencio. No funcionó. El ambiente no mejoró. Como una camarera silenciosa, repartí las bebidas y subí a cambiarme.

También me tomé mi tiempo en hacerlo. Había sido una tarde difícil y nuestro encuentro con los Winkman me había dejado más alterada de lo que le había confesado a Lockwood. El suave tacto de la mano del hombre, la violencia implícita en sus movimientos… De pronto, mi ridículo disfraz de turista me desagradaba profundamente. En mi habitación de la buhardilla, me puse lo de siempre: una camiseta oscura, una falda, medias tupidas e incluso las botas resistentes. La ropa de una agente. Ropa con la que te respetan. Fue un gesto pequeño, pero me hizo sentir mucho mejor. Me detuve frente a la ventana y contemplé el anochecer y el

silencio de Portland Row.

Yo no era la única que parecía inquieta. La irritabilidad de Lockwood era inusual. El deseo urgente de ganar a Kipps con el espejo no dejaba de rondarle la cabeza.

¿Sería eso? Puede que le preocupara otra cosa. Puede que fuera la calavera. La calavera y sus susurros insinuantes…

De camino al piso de abajo, me detuve en el rellano de la primera planta. Los rastreadores de espíritus polinesios y los protectores antifantasmas proyectaban sombras en las paredes. Estaba sola y podía oír las voces de Lockwood y George abajo en la cocina.

Sí, ahí estaba: la puerta que no debía ser abierta.

«En esta casa hay otras cosas a las que temer, además de a mí».

Un impulso se apoderó de mi cuerpo. Caminé de puntillas y coloqué las manos y la oreja sobre la puerta de madera. Dejé que mis sentidos internos tomaran el control y escucharan de verdad.

No. No había nada. Lo que de verdad debería hacer es abrir la puerta y echar un vistazo. No estaba cerrada con llave. ¿Qué es lo que podría pasar?

¡O también podría meterme donde sí me llaman y olvidarme de las mentiras y los halagos de esa cosa asquerosa del frasco! Me obligué a alejarme y bajé las escaleras. Claro que quería indagar más en el pasado de Lockwood, pero había otras formas de hacerlo que no incluían husmear. Flo había mencionado a un antiguo maestro de Lockwood, que parecía haber tenido un final desagradable. Quizá podría seguir el ejemplo de George y visitar el archivo algún día…

Ellos seguían en la cocina, en la mesa, con las manos entrelazadas alrededor de las tazas de té. Algo debió pasar mientras yo no estaba, porque había sándwiches de jamón y mostaza apilados en el centro de la mesa, junto a cuencos de tomates cherri, pepinillos y lechuga arrugada. Y patatas fritas. Tenía buena pinta. Me senté. Comimos.

—¿Ahora mejor? —pregunté al cabo de un rato.

Lockwood gruñó.

—Me he disculpado.

—Lockwood ha dibujado el objeto perdido del ataúd de Bickerstaff —añadió George—. Ya sabes, lo que vio en la foto. ¿Qué

te parece?

Miré el mantel de pensar. Como a Lockwood no se le daba muy bien dibujar, no era un boceto bueno. Eran tres o cuatro líneas paralelas con puntas afiladas.

—Parece un manojo de lápices —dije.

—Más grandes que los lápices —puntualizó Lockwood—. Eran más bien palos. Me recordaban a uno de esos trípodes plegables que usaron los fotógrafos de *The Times* cuando hicieron fotos en la tumba de la señora Barrett. —Le dio un bocado a su sándwich—. Aunque eso no explica cómo desaparecieron. Bueno, volvamos a lo que importa. Ya he puesto a George al día, más o menos, de lo que hemos hecho en las últimas veinticuatro horas. Y no está contento.

George asintió.

—Muy cierto. No puedo creerme que metierais la pata en la tienda de Winkman de esa manera. Si es como decís que es, habéis sido muy impulsivos.

—Teníamos que tomar una decisión rápida —dijo Lockwood con la boca llena—. Vale, no salió bien, pero podría haberlo hecho. George, a veces hay que improvisar. La vida no es para pasar el tiempo holgazaneando con frascos sellados y papeleo. Oye, no te enfades conmigo otra vez. Era una forma de hablar.

—Yo también me arriesgo —protestó George—. ¿Quién salió mal parado por ese espejo encantado la otra noche? Todavía noto los síntomas. Es como algo que me persigue y me llama. Creo que no estuve muy lejos de acabar como ese saqueador de reliquias que encontramos, y no es una sensación agradable. —Se le encendieron las mejillas y apartó la mirada—. Pues gracias a que he «holgazaneado» he dado con algo bueno, y no creo que os decepcione. Estoy seguro de que ahora hemos avanzado más que Kipps y Bobby Vernon.

Se había hecho de noche. Lockwood se levantó y cerró las persianas de la cocina, tapando la oscuridad del jardín. Encendió una segunda lámpara y se hundió en la silla.

—George tiene razón —dijo—. Luce, mientras estabas arriba llamé a Barnes y a Kipps no le está yendo bien. No tiene ninguna pista sobre Jack Carver ni sobre el espejo. Los calabozos del DICM están a reventar con la mitad de los saqueadores de Londres, pero Carver no está entre ellos. No tienen ni idea de dónde se encuentra.

Barnes está un poco frustrado. Le dije que estábamos detrás de una posible señal.

—¿Le hablaste de Winkman? —pregunté.

—No. No quiero que Kipps se meta en eso. La subasta secreta es la esperanza que nos queda para ganar, siempre que Flo nos avise a tiempo.

—¿Dónde habías escondido a esa Flo Bones? —dijo George—. Parece un contacto útil. ¿Cómo es?

—Respetuosa, amable y con voz dulce —respondí—. Elegante. Lo típico. Creo que te llevarías bien con ella.

George se subió las gafas.

—¿En serio? Bien.

—Lo que iba diciendo, George —continuó Lockwood—. Ahora te toca. ¿Qué has descubierto sobre Bickerstaff y el espejo?

George ordenó sus papeles y los amontonó con cuidado junto a los sándwiches que quedaban. Ya no estaba tan molesto y ahora le rodeaba un aire entusiasta y formal.

—Vale —empezó—. Como cabría esperar, el Archivo Nacional no me decepcionó. Mi primera parada fue el artículo de *El Diario de Hampstead* que nos enseñó Albert Joplin, el que hablaba de las ratas. Lo encontré e hice una copia. Aquí está. Bueno, seguro que recordáis lo básico. Nuestro Edmund Bickerstaff trabajaba en un sanatorio, esos hospitales para gente con enfermedades crónicas, en Hampstead Heath. Tenía mala reputación, aunque los detalles no son claros. Una noche, celebró una fiesta privada con amigos. Cuando descubrieron su cuerpo, este había sido devorado casi por completo por las ratas. Uf, solo de pensarlo se me quitan las ganas de darle un bocado a esos tomates cherri. Pero me los voy a comer igualmente.

—¿Entonces no menciona que le dispararan? —pregunté, recordando el cadáver dentro del féretro de hierro y el agujero redondo que tenía en la frente—. ¿No que le dispararon y después lo devoraron?

—Sobre eso no hay nada de nada. Pero es posible que el periódico no publicara toda la información. Puede que no se percataran de ciertas cosas o que las omitieran.

Lockwood asintió.

—A mí lo de las ratas me parece una chorrada. ¿Encontraste la

versión de otros periódicos?

—No tantos como esperaba. Cualquiera pensaría que lo de las ratas saldría en todas las portadas, pero apenas aparece.

Es como si hubieran censurado la historia a propósito. Pero sí encontré unos cuantos artículos con otros detalles. Un tema que mencionan varias veces es que Bickerstaff tenía la desagradable costumbre de merodear por los cementerios por la noche.

—No es algo de lo que haya que avergonzarse —comenté mientras mordisqueaba un pepinillo—. Nosotros también lo hacemos.

—A nosotros no nos pillan volviendo a casa después de medianoche con una bolsa enorme sobre los hombros y barro goteando de nuestras palas. Un periódico dice que a veces le acompañaba un criado y que el pobre chico arrastraba vete a saber el qué en sacos pesados.

—Me cuesta creer que no le arrestaran —dije—. Si había testigos…

—Quizá tuviera amigos con cargos importantes —continuó George—. A eso llegaré en un minuto. Bueno, pues un par de años después, *El Diario de Hampstead* afirma que alguien había entrado en la casa de Bickerstaff. Estaba vacía, porque imagino que nadie quiso comprarla. Descubrieron un tablón secreto en el salón. Detrás de la tabla encontraron… —Rio e hizo una pausa dramática—. Nunca lo adivinaríais.

—Un cadáver —probé.

—Huesos.

Lockwood cogió unas patatas.

A George se le descompuso la cara.

—Sí. Bueno, supongo que ya os había dado pistas. Pues encontraron todo tipo de partes del cuerpo escondidas en una habitación oculta. Algunas parecían muy antiguas. Aquello confirmaba que el buen médico había estado excavando lo que no debía, pero el por qué lo hacía no quedaba muy claro.

—¿Y eso tampoco salió en las portadas? —pregunto Lockwood —. Debo admitir que es extraño.

—¿Y qué hay de los amigos de Bickerstaff? —dije con el ceño fruncido—. ¿Joplin no comentó que tenía muchos?

George hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Sí, y eso también lo he averiguado. Un artículo me dio los nombres de dos de sus supuestos socios, gente que debió haber estado en la última reunión en su casa. Eran unos jóvenes aristócratas llamados lady Mary Dulac y el ilustre Simón Wilberforce —leyó tras consultar un segundo sus notas—. Los dos eran ricos y se rumoreaba que estaban interesados en ideas extrañas. Mirad esto. —A George le brillaban los ojos—. Gracias a otras fuentes, descubrí que Bickerstaff no fue el único que desapareció en 1877. Dulac y Wilberforce también se esfumaron de la faz de la tierra en esa época.

—¿Desaparecieron y no se los volvió a ver? —pregunté.

—Exacto. Bueno, al menos en el caso de Wilberforce. —Nos sonrió—. Por supuesto, ofrecieron recompensas y pidieron ayuda al Parlamento, pero parece que nadie vio la conexión con Bickerstaff. Seguro que había gente que lo sabía. Creo que los silenciaron. Bueno, pues ahora nos adelantamos diez años, hasta la repentina reaparición de Mary Dulac… —Rebuscó entre la pila de papeles—. ¿Dónde está? Sé que lo tenía. Ah, ya lo veo. Os lo voy a leer. Es del *Daily Telegraph*, del verano de 1886, mucho tiempo después del asunto de Bickerstaff.

Luego recitó:

«Detienen a una loca. La llamada “loca del bosque de Chertsey”, una esquelética vagabunda cuyos alaridos dementes llevan causando consternación en este distrito boscoso durante varias semanas, ha sido al fin arrestada por la policía. Tras un interrogatorio en el ayuntamiento, la lunática, que se identificó como Mary o May Dulac, afirmó llevar muchos años viviendo como una bestia. Sus delirios, pelo enmarañado y apariencia espantosa asustaron a varios de los caballeros presentes, por lo que fue trasladada de inmediato al psiquiátrico de Chertsey».

Después del relato de George se hizo el silencio.

—¿Me lo parece a mí o a todo el que tenía algo que ver con Bickerstaff le pasaban cosas malas? —preguntó Lockwood.

—Esperemos que eso no nos incluya a nosotros —comenté.

—Todavía no he terminado con el asunto de Dulac —añadió George—. Quiero ir a Chertsey y consultar allí los archivos. El manicomio lo cerraron en 1904. De entre los objetos que se llevaron de su biblioteca y de los archivos de ese año hay algo llamado *Las*

confesiones de Mary Dulac. A mí me parece que merece la pena leerlo.

—Desde luego que sí —coincidió Lockwood—. Aunque supongo que si son las confesiones de una loca, podrían ser sobre comer gusanos y cosas del bosque. Nunca se sabe. Buen trabajo, George. Esto es magnífico.

—Es una pena que no haya nada sobre ese espejo —comentó George—. Mató a ese tipo en el cementerio y a mí me hizo algo raro. No puedo evitar preguntarme si también está relacionado con la muerte de Bickerstaff. Seguiré investigando. La única otra cosa interesante que he encontrado es sobre ese hospital en el que trabajaba, el sanatorio Green Gates en Hampstead Heath.

—Joplin dijo que se había incendiado, ¿no? —recordé.

—Sí. En 1908 y hubo muchas muertes. El sitio permaneció igual durante más de cincuenta años, hasta que alguien intentó construir allí una urbanización.

Lockwood silbó.

—¿En qué pensaban? ¿Quién construye casas donde había estado un antiguo hospital Victoriano que se incendió en trágicas circunstancias?

George asintió.

—Lo sé. Es casi la primera norma del urbanismo. Como os imaginaréis, había tantas anomalías sobrenaturales que tuvieron que abandonar el proyecto. Pero cuando consulté los planos, descubrí algo. La mayor parte del terreno no es más que vegetación salvaje, unas cuantas paredes y ruinas cubiertas de plantas. Sin embargo, queda un edificio.

Le miramos.

—¿Quieres decir que…?

—Resulta que la casa de Bickerstaff estaba algo apartada del ala principal del hospital. El fuego no la alcanzó. Sigue allí.

—¿Y para qué se usa? —quise saber.

—Para nada. Creo que está abandonada.

—Lo normal, dada su historia. ¿Quién en su sano juicio iba a entrar? —Lockwood se recostó en su silla—. Gran trabajo, George. Mañana te acercas a Chertsey. Lucy y yo intentaremos seguir el rastro de Jack Carver, aunque ni idea de cómo daremos con él. Ha desaparecido por completo. Bueno, voy a subir. Estoy hecho polvo

y, además, ya es hora de que me quite estos pantalones.

Hizo el ademán de levantarse. En ese instante, alguien llamó a la puerta. Dos golpes. Un toc, toc rápido.

Nos miramos. De uno en uno, arrastramos despacio las sillas y salimos al pasillo.

Volvieron a llamar.

—¿Qué hora es, George?

En realidad, Lockwood no necesitaba preguntarlo. Había un reloj de mesa sobre la repisa de la chimenea, un reloj de pie en la esquina y, de la colección de sus padres, un atrapasueños africano que daba la hora con plumas de avestruz, huesos de guepardo y una concha de nautilo giratoria. De una forma u otra, sabíamos qué hora era.

—Faltan veinte minutos para la medianoche —respondió George—. Es tarde.

Demasiado tarde para cualquier visita mortal. En realidad nadie pronunció aquellas palabras en voz alta, pero estaba claro que todos pensábamos lo mismo.

—Al final sí que cambiaste la baldosa suelta de la línea de hierro, Lucy —dijo Lockwood mientras mirábamos más allá de los abrigos y la mesa con el farol de cristal. La única luz del pasillo era el tenue resplandor amarillento que llegaba desde la cocina. Varios tótems tribales flotaban en la borrosa penumbra y la puerta no podía verse.

—Casi —respondí.

—¿Casi acabaste?

—Casi encontré el tiempo para ponerme a ello.

Otros dos golpeteos sonaron al final del pasillo.

—¿Por qué no tocan la campana? —preguntó George—. El cartel dice claramente que hay que tocar la campana.

—No va a ser un llamador de piedra —murmuré despacio—. O un Tom McSombra. Incluso si pasan de la línea de hierro, no son lo bastante poderosos para…

—Tienes razón —me apoyó Lockwood—. No va a ser un fantasma. Seguramente sean Barnes o Flo.

—¡Eso es! ¡Claro! Flo. Tiene que ser Flo. Ella sale por la noche.

—Claro. Deberíamos abrirle.

—Sí.

Ninguno se movió de su sitio.

—¿Dónde ocurrió ese último caso de estrangulamiento? —preguntó George—. En el que el fantasma llamó a la ventana y mató a la mujer mayor.

—¡George, eso fue una ventana! ¡Esto es una puerta!

—¿Y qué? ¡Son aperturas rectangulares! A mí también me pueden estrangular.

Otro golpe. Solo uno, seguido de la vibración de la madera.

—¡A la porra! —saltó Lockwood. Recorrió el pasillo, encendió el farol de cristal y sacó un estoque del paragüero que había junto a los abrigos. Se acercó a la puerta y habló con claridad desde detrás del tablón—. ¿Hola? ¿Quién es?

No hubo respuesta.

Lockwood se pasó las manos por el pelo. Apartó las cadenas y quitó el pestillo. Antes de abrir la puerta, nos miró a George y a mí.

—Hay que hacerlo —afirmó—. Podría ser alguien que necesite nuestra…

La puerta se abrió de golpe y empujó a Lockwood, que aterrizó contra las estanterías. Las máscaras y las calabazas se desplomaron y cayeron al suelo. Una forma encorvada y negra irrumpió en el vestíbulo. Atisbé un rostro retorcido y blanco, y una mirada penetrante y demente. Lockwood intentó hacer girar el estoque, pero la figura se cernía sobre él y le agarraba. George y yo corrimos a toda velocidad por el pasillo. Un horrible grito gutural. La figura cayó hacia atrás, lejos de Lockwood y sobre la luz del farol. Era un hombre vivo, con la boca abierta y boqueando como un pez. Su pelo largo y rojizo estaba cubierto de sudor. Iba de negro, con vaqueros, una chaqueta y una camiseta manchada. Unas botas con cordones tropezaron en el suelo.

George se quedó sin aliento. Yo también me había dado cuenta.

—Es Jack —murmuré—. Es Jack Carver. El que robó…

El hombre se arañaba el cuello con los dedos, como si tratara de arrancarse las palabras de la garganta. Dio un paso en nuestra dirección y luego otro. Entonces, como si hubiera perdido los huesos, sus piernas cedieron. Se desplomó hacia delante sobre el suelo de parqué y se golpeó con fuerza la cara. Lockwood se apartó de los estantes, y George y yo nos detuvimos sin apartar la mirada. Los tres contemplamos el cuerpo que yacía en el pasillo, frente a

nosotros: los dedos retorcidos, la mancha oscura que se extendía por debajo de él y, sobre todo, la larga daga curva clavada en su espalda.

15

Como siempre, Lockwood fue el primero en reaccionar.

—Lucy, coge el estoque —dijo mientras me lo tendía—. Ve a la puerta. Echa un vistazo rápido y luego bloquéala.

El frío de la noche se arremolinó a mi alrededor en cuanto pasé entre el cuerpo y el aparador. Crucé el umbral y observé la calle. El camino de baldosas estaba vacío y, al fondo, la verja seguía abierta. Fuera del número treinta y cinco, la farola proyectaba su luz rosa amelocotonada en forma de cono sobre la acera. El porche de la casa de enfrente estaba iluminado y en otra vivienda habían encendido la lámpara del baño. El resto de las casas permanecían en la oscuridad. Desde un extremo de la carretera, podía oír el zumbido ensordecedor de la farola protectora. Estaba apagada. Volvería a encenderse en menos de dos minutos. No vi a nadie. Nada se movía.

Con el estoque en guardia, avancé un poco más y dejé atrás la línea de baldosas de hierro. Miré hacia el jardín del sótano. Vacío. Escuché. El silencio recorría la ciudad. Londres dormía. Y mientras lo hacía, los fantasmas y los asesinos caminaban libremente.

Regresé a la casa y cerré la puerta con los pestillos y las cadenas.

Lockwood y George estaban agachados junto al cuerpo caído. George se movía de lado, intentando no pisar el charco de sangre que no dejaba de crecer. Lockwood tenía los dedos sobre el cuello del hombre.

—Está vivo —afirmó—. Lucy, llama a una ambulancia nocturna. Y al DICM también. George, ayúdame a ponerlo de lado.

El aludido frunció el ceño.

—¿No deberíamos dejarlo como está? Si lo movemos…

—Mírale, no le queda mucho. Pongámoslo sobre un costado.

Mientras ellos se concentraban en lo suyo, yo me dirigí a la biblioteca para hacer las llamadas.

Cuando terminé, el hombre ya estaba frente a las estanterías. Yacía con un brazo extendido bajo la cabeza y los ojos medio abiertos. El charco de sangre no había menguado. Lockwood, en cuclillas, se acercó a la altura de su cara. George, con un lápiz y un papel en la mano, estaba de rodillas detrás de él.

Me detuve junto a ellos, cerca de George.

—Está intentando decir algo —explicó este—. Pero es apenas un murmullo. Dice algo sobre un poseso.

—¡Shhh! —chistó Lockwood—. Te digo que no lo has oído bien. Ha dicho claramente «espejo de hueso». Se refiere a lo que robó. Jack, Jack, ¿puedes oírme?

—¿Espejo de hueso?

De pronto recordé el pequeño espejo, abrazado sobre el pecho del cadáver. Tenía los bordes irregulares, lisos y marrones. Asumí que estaban hechos de madera. ¿Y si fueran de hueso? Si fuera así, ¿con qué tipo de hueso? ¿O con los huesos de quién?

George se acercó.

—A mí me ha parecido que decía «poseso».

—¡Cállate, George! —exclamó Lockwood—. Jack, ¿quién te ha hecho esto? ¿Puedes decírmelo?

El hombre moribundo permaneció tumbado y en silencio. Era raro verle allí, después de lo mucho que le habíamos buscado. Jack Carver, el temido y despiadado saqueador de reliquias. Flo había dicho que llevaba las ganas de usar la violencia escritas en la cara. Que era un asesino. Puede que lo fuera, pero ahora habían usado la violencia contra él, y no era para nada como me había imaginado.

Para empezar, era más joven y más escuálido. Tenía un aspecto demacrado y los pómulos marcados. Algo en él reflejaba una innegable malnutrición y una mirada de constante desesperanza. La chaqueta le quedaba ancha en la zona del cuello blanco y delgado, donde tenía un sarpullido de haberse afeitado bajo la mandíbula. La camiseta estaba sucia y la cazadora olía mal, como si el cuero no se hubiera tratado correctamente.

—¿Quién te lo ha hecho? —repitió Lockwood.

Un movimiento espasmódico, estremecedor e inesperado. Alzó la cabeza y abrió y cerró la boca. Los ojos blanquecinos miraban ciegamente a la nada. George y yo nos sobresaltamos y a él se le cayó el lápiz. Unos ruidos salieron de la boca del hombre, como una serie de sonidos.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté con la voz entrecortada—. ¿Qué ha dicho?

—Ya lo tengo —dijo Lockwood apremiándonos con un gesto—. Escríbelo.

George rebuscaba a su alrededor.

—El lápiz… No me lo creo, ha rodado debajo del cuerpo.

—Ha dicho esto: «Siete de ellos. Siete, no uno». ¿Lo has anotado? Espera, que hay más.

—Yo no voy a meter la mano ahí abajo.

—Lo siguiente: «Se ven cosas. Cosas tan terribles…».

—¿Podrías coger tú el lápiz, Luce?

—¡Que alguien lo escriba! —gritó Lockwood.

En un frenesí de pánico, George recuperó el lápiz y garabateó las palabras. Los tres permanecimos cerca. El hombre seguía muy quieto y su respiración era como un reyezuelo: minúscula, débil y rápida.

—¿Dónde está el espejo de hueso, Jack? —le preguntó Lockwood—. ¿Lo tiene alguien?

Sus labios secos volvieron a balbucear.

George se alejó con un grito.

—¡Hummus! ¡Quiere hummus! ¿Podemos dárselo? ¿Le vendrá bien comerlo? —dudó con una mueca—. ¿Nos queda hummus?

—¡Julius! —exclamó Lockwood—. Ha dicho Julius, George. Como Julius Winkman. En serio, estás sordo. —Se acercó de nuevo —. ¿Winkman tiene el espejo de hueso, Jack?

Una inclinación de cabeza muy leve.

—¿Winkman te ha hecho esto?

Esperamos durante un segundo incierto. El hombre habló de nuevo.

—Apúntalo, George —le pedí.

Él me miró. Lockwood alzó la vista, ceñudo.

—¿Que apunte el qué, Luce?

—Lo que acaba de decir.

—Yo no he oído nada.

—Ha dicho: «Por favor, venid conmigo». Estaba clarísimo.

Lockwood titubeó.

—Yo no lo he oído. Anótalo de todas formas, George. Y aléjate un poco. Le estoy leyendo los labios y me estás tapando la luz.

Nos echamos hacia un lado y esperamos. Esperamos mucho rato.

—Lockwood —le llamé.

—¿Qué?

—Creo que ya está.

Ninguno dijo nada. Ninguno se movió.

La muerte es efímera. Incluso cuando buscas verla, el momento exacto se te escapa entre los dedos. La cabeza no se cae de repente como se ve en las películas. En vez de eso, te quedas ahí sentada, esperando a que pase algo y entonces te das cuenta de que te lo has perdido. Ahora tocaba seguir adelante; no había nada que ver. Ya nunca más habría algo que ver.

Nos arrodillamos junto al inmóvil saqueador de reliquias, aguantando la respiración y compartiendo el momento de transición. Era como si intentáramos quedarnos con él durante esos primeros segundos, dondequiera que estuviera y a dondequiera que se dirigiera.

No podíamos hacer otra cosa.

Cuando era obvio que se había marchado de verdad, la vida nos reclamó. De uno en uno, nos sentamos, respiramos hondo, tosimos, nos restregamos la cara, nos rascamos e hicimos cosas triviales para demostrarnos que todavía podíamos y que estábamos vivos.

Entre nosotros yacía un objeto, una cosa vacía y hueca.

—¡Mirad cómo está la alfombra! —comentó George—. Acababa de limpiar la mancha del chocolate que se nos cayó la otra noche.

—¿Qué han dicho los de la ambulancia, Lucy? —preguntó

Lockwood.

—Lo de siempre. Esperan las protecciones. Barnes se está encargando de eso.

—Vale. Entonces tenemos unos diez o quince minutos. El tiempo suficiente para lo que George va a hacer.

El aludido pestañeó.

—¿A qué te refieres?

—A revisarle los bolsillos.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Eres el que tiene las manos más largas.

—Pero las de Lucy son más pequeñas.

—Y es la que dibuja mejor. Lucy, coge el cuaderno. Quiero que hagas un boceto del arma homicida. Sé todo lo precisa que puedas.

Mientras George, con la cara pálida, se encargaba de rebuscar en los bolsillos del hombre muerto, Lockwood y yo nos acercamos a la daga que le sobresalía por la espalda. Las manos me temblaban un poco al dibujar la forma aproximada de la empuñadura y tuve que concentrarme para mantener firme el lápiz. Es curioso lo mucho que te afecta siempre una muerte. Sí, los visitantes son más terroríficos, pero no tienen la capacidad de provocar esa impresión. Lockwood parecía tan tranquilo y preparado como siempre. Quizá la muerte no le afectaba de la misma forma.

—Es una daga mogola —decía—. De India, puede que del siglo XVI. La empuñadura curva tiene incrustaciones de marfil y oro. El agarre está hecho de cuerda negra, enrollada firmemente alrededor del metal. En el pomo y en el extremo del guardamanos hay muchas piezas decorativas. Piedras blancas lechosas, pero no estoy seguro de qué tipo. Lucy, ¿crees que son ópalos?

—No tengo ni idea. ¿Cómo puedes saber que es una daga mogola?

—Mis padres estudiaban las tradiciones orientales. Tenían libros enteros sobre eso. Creo que es un objeto ceremonial. ¿La hoja es delgada y curva?

—No puedo ver casi nada. La tiene dentro.

—Es extraño utilizar un objeto así para matar a alguien —murmuró Lockwood—. ¿Quién tiene una de esas? Además de los museos.

—Quizá un traficante de antigüedades —dije—. Como

Winkman.

Él asintió.

—Eso es muy cierto. Termina el dibujo. ¿Qué has encontrado, George?

—Sobre todo dinero, mucho dinero. Fíjate.

Nos tendió un sobre marrón estrecho, lleno casi a reventar con un fajo enorme de billetes. Lockwood le echó un vistazo rápido.

—Son todos de veinte y están usados —observó—. Debe haber cerca de mil libras. ¿Ves algo más?

—Monedas, papel de fumar y tabaco, un mechero y una nota arrugada con tu letra dirigida a la Hermandad del Cementerio. También algunos tatuajes, que me han dado mucho en lo que pensar.

—La nota que dejamos en la cafetería ha funcionado mejor de lo que esperaba —respondió Lockwood—. Déjamela. El resto puedes devolvérselo. Sí, el dinero también. Luego le volveremos a poner bocarriba. Barnes no tardará en llegar. Por cierto, que no se nos escape nada de lo que hemos descubierto hasta ahora. No quiero que Kipps se entere.

De pronto, George soltó una palabrota.

—¡Barnes! ¡El frasco sellado! Le dije a Barnes que me había deshecho de él.

—¡Oh, por favor! Ve a cerrar la puerta del horno, rápido. No tenemos mucho tiempo.

Lockwood tenía razón. Estábamos bajando a Jack Carver cuando oímos al personal de la ambulancia acercarse a la puerta.

Nunca es un placer que el inspector Barnes y su equipo de forenses del DICM irrumpan en tu casa, sobre todo cuando hay un hombre muerto en tu vestíbulo. Durante horas, entraron y salieron con sus botas con clavos, hicieron fotos del cuerpo, el cuchillo y el charco de sangre desde todos los ángulos, vaciaron los bolsillos del cadáver, fotografiaron el contenido y se lo llevaron en bolsas pequeñas, todo ello después de habernos confinado en el salón para que no molestáramos.

Lo que lo hizo especialmente irritante es que Kipps también hubiera aparecido, seguido de varios de sus agentes. A Barnes no parecía importarle que ellos se metieran en todo. Ned Shaw, alto y con el pelo enmarañado, acechaba en la planta baja, interrogando a

los médicos, discutiendo con el personal de limpieza y, en general, siendo un grosero. El diminuto de Bobby Vernon merodeaba junto al cuerpo con su carpeta para dibujar la daga, justo como habíamos hecho nosotros. Observó atentamente cómo le vaciaban los bolsillos, sacudiendo la cabeza y regalándonos miradas frías a través de la puerta del salón. Mientras, Kat Godwin, que no tenía gracia alguna, intentaba oír restos psíquicos que pudiera haber dejado el hombre asesinado. Permaneció tanto rato en una esquina del vestíbulo, con los ojos cerrados y con la barbilla afilada apretada en un gesto de concentración, que estuve tentada de acercarme sigilosamente con una de las chaquetas de George y usarla como perchero.

Finalmente, metieron el cuerpo en una bolsa y lo trasladaron a la furgoneta aparcada fuera. Enrollaron la alfombra y se la llevaron. Los forenses usaron pistolas de sal para limpiar el pasillo. Uno de los trabajadores asomó la cabeza por la puerta del salón mientras mascaba metódicamente un chicle.

—Ya está todo —anunció—. ¿Queréis que esparzamos hierro?

—No, gracias —respondió Lockwood—. Podemos hacerlo nosotros.

El hombre hizo una mueca.

—Es la víctima de un asesinato. Hay un sesenta y cinco por ciento de probabilidad de que las víctimas de asesinato regresen el primer año. Un treinta y cinco después de ese tiempo.

—Es un hecho.

—Sí, lo sabemos. No pasa nada. Podemos sellar la zona nosotros. Somos agentes.

—El primer agente que veo con unos pantalones como esos —dijo el hombre antes de marcharse.

—Yo también —comentó Barnes—. Y llevo treinta años en este negocio.

Tamborileó en el brazo del sofá con los dedos y nos miró por enésima vez. Llevaba media hora ahí sentado, interrogándonos. Nos hizo repetir una y otra vez lo que había pasado esa noche, desde el momento en el que llamaron a la puerta hasta que llegaron los sanitarios en la ambulancia. Hasta ahora, habíamos sido razonablemente sinceros, aunque no confesamos lo que Jack Carver había dicho. Según nuestra versión, entró tambaleándose y murió

sin murmurar nada. Tampoco mencionamos la nota de Lockwood.

A su lado, Quill Kipps estaba apoyado sobre un aparador, con los brazos cruzados y los ojos entrecerrados puestos en nosotros. Godwin y Vernon estaban sentados en unas sillas de repuesto. Ned Shaw se escondía entre las sombras como una hiena que acababa de aprender a levantarse sobre sus patas traseras mientras fulminaba a Lockwood con la mirada. No era una de nuestras reuniones alegres en el salón. No les ofrecimos una taza de té.

—Lo que todavía no logro comprender es por qué Jack Carver vino a verlos aquí —dijo Barnes. Su bigote se movía al hablar y su rostro estaba cargado de sospecha.

Lockwood, sentado en su silla, se remangó una manga, despreocupado. Era difícil parecer elegante con la ropa que llevaba, pero se esforzaba por conseguirlo.

—Imagino que se enteró de algún modo de que estábamos investigando el robo. Quizá quería hablar con alguien competente, inteligente y capaz, por lo que nosotros seríamos claramente la única opción que tenía.

Kipps puso los ojos en blanco. Barnes soltó una exclamación impaciente.

—Pero ¿por qué vendría? ¿Por qué revelarse? ¡Le estaban buscando!

—Solo se me ocurre que tuviera algo que ver con el espejo de Bickerstaff —respondió Lockwood—. Creo que sus poderes le paralizaron. No olvide que mató a su amigo Neddles antes de que salieran del cementerio. Quién sabe qué más hizo. Quizá quisiera confesar la verdad y decirnos lo que podía hacer.

El gruñido de Barnes recorrió la estancia.

—¡Ese espejo desapareció hace menos de cuarenta y ocho horas y los hombres que lo robaron ya están muertos! Piénsenlo. Podría haber matado a Cubbins si no lo hubieran tapado con la red.

—Eso suponiendo que su cara no hubiera roto antes el cristal —añadió Kipps.

—¡Hay que encontrarlo! —Barnes se golpeó la palma de la mano con el puño—. De lo contrario, este no será el final. ¡Es un artefacto letal! ¡Mata dondequiera que vaya!

—El espejo no mató a Jack Carver —murmuró Lockwood.

—Sí que lo hizo. Porque hay gente dispuesta a cometer asesinato

para conseguirlo.

Lockwood sacudió la cabeza.

—Puede, pero quien le apuñaló no tiene el espejo.

—¿Cómo lo sabe?

—Por el dinero que llevaba. Ya lo había vendido.

—Eso no demuestra nada. Podrían haberle matado para que mantuviera la boca cerrada.

—Si yo le hubiera dado a Jack Carver mil libras por el espejo y luego le hubiera asesinado, me habría llevado el dinero —teorizó Lockwood—. No, ha sido otra persona. Alguien que tiene acceso a dagas extrañas. Si yo fuera usted, inspector, empezaría por ahí.

Barnes gimió.

—Me da igual quién fuera, sigo pensando lo mismo —replicó—. Ese espejo es un peligro. Nadie puede sentirse a salvo hasta que aparezca. Y por ahora no confío en ninguna de sus investigaciones. Los torpes arrestos de Kipps han llenado todos los calabozos de Londres y, aun así, no se ha conseguido nada. ¡Y además, la mejor pista que teníamos ha aparecido muerta en la alfombra de Lockwood! —Su voz se elevó varios tonos y el bigote sobresalió como una manga de viento en un vendaval—. ¡Con eso no basta! ¡Necesito acción! ¡Necesito resultados!

Bobby Vernon habló por primera vez desde la silla en la que estaba encaramado como un estudiante impaciente.

—Yo estoy consiguiendo excelentes avances en el archivo, señor —dijo con voz cantarina—. Confío en que descubriré algo muy pronto.

George estaba recostado en las profundidades del sofá.

—Sí, nosotros también estamos en ello.

Kat Godwin llevaba un rato observándonos, cada vez más irritada.

—Inspector —dijo de pronto—, está claro que Lockwood no nos ha contado todo lo que ha ocurrido esta noche. Mire lo esquivo que está Cubbins. ¡Y los ojos de la chica están llenos de culpa!

—Pensaba que siempre tenían ese aspecto —comentó Barnes. En ese momento, un agente del DICM de rostro delgado apareció en el pasillo y el inspector alzó la cabeza—. ¿Y bien?

—Acaban de informarnos de Portland Mews, señor, justo en la esquina. El número siete afirma que oyeron un altercado en la calle

sobre las once y media. Unos hombres que gritaban muy enfadados. Hubo una especie de discusión. Como cabría esperar, los adoquines están cubiertos de sangre. Ahí es donde ocurrió.

—Muchas gracias, Dobbs. Vale, nos vamos. —Barnes se levantó con dificultad—. Debo advertirles que es un delito ocultar información a otros agentes de la investigación. Espero que ambos equipos cooperen. Quiero resultados. Lockwood, Cubbins, no olviden esparcir hierro en el pasillo.

La fiesta se disolvió. Barnes y su ayudante se fueron los primeros, seguidos por el equipo de Kipps, a los que acompañé a la salida. Quill Kipps fue el último en marcharse.

Se detuvo junto a la puerta.

—Señorita Carlyle —dijo—, me gustaría hablar contigo…

—Así que sí te sabes mi nombre —respondí.

Kipps sonrió levemente, dejando ver sus dientes blancos y limpios.

—Dejemos las bromas. Me gustaría que fuéramos serios un momento —continuó—. No te preocupes, no quiero saber qué secretito nos está ocultando Lockwood. Es justo. Al fin y al cabo, es una competición. Aunque, por cierto —añadió, inclinándose un poco hacia mí, tanto que pude aspirar un fuerte aroma floral—, ¿crees que Lockwood fue justo cuando tumbó al pobre Ned Shaw el otro día? ¿Eso no iba un poco contra las reglas?

—Fue Shaw quien empezó —contesté—. Y Lockwood no le tumbó. Solo…

Kipps hizo un gesto despectivo.

—Sea como fuere, señorita Carlyle, está claro que eres la más inteligente de tu equipo. Y, si lo que he oído es cierto, tienes un don muy útil. Seguro que no quieres seguir con estos perdedores. Tienes que pensar en tu carrera. Sé que hiciste una entrevista en Fittes hace tiempo y sé que no la pasaste, pero, en mi opinión, cometieron un gran error. —Sonrió—. Yo tengo cierta influencia en la agencia. Puedo mover unos hilos y conseguirte un puesto en la empresa. Piensa en esto: en vez de subsistir a duras penas aquí, podrías vivir en la Casa Fittes, donde tendrías acceso a todo.

—Gracias —respondí, intentando que mi voz sonara tranquila. No recordaba cuándo había estado tan enfadada—. Estoy bastante feliz donde estoy.

—Bueno, piénsalo. La oferta sigue en pie.

—Y debes saber que nosotros ya tenemos cierta influencia en la agencia —añadí mientras cerraba la puerta—. Penelope Fittes nos ha invitado a su fiesta de aniversario en un par de días. Quizá nos veamos allí, si es que te han invitado. Buenas noches.

Le cerré la puerta en las narices y me quedé allí, apoyada contra la madera, con la respiración entrecortada e intentando relajarme. Crucé el pasillo con la suela de las botas crujiendo al pisar la sal y llegué hasta la cocina. Lockwood y George estaban observando los restos olvidados de la cena. Parecía que había pasado una eternidad desde entonces.

—¿Todo bien, Luce? —preguntó George.

—Sí. Acabo de acordarme de la fiesta de Fittes a la que nos invitaron. ¿Al final vamos a ir?

Lockwood asintió.

—Por supuesto. Espero que hayamos terminado con el caso para entonces. Estábamos hablando de Barnes. Está muy desesperado por recuperar el espejo. Lo digo en serio, sabe lo que hace o algo importante.

—Bueno, nosotros también sabemos cosas —opinó George—. ¿Qué ha dicho Jack Carver? «Se ven cosas, cosas tan terribles…». Hablaba de mirar el espejo. Hacedme caso.

Lockwood cogió un sándwich seco, lo inspeccionó y luego volvió a dejarlo en el plato.

—Si es que es un espejo —dijo—. Carver lo llamó «espejo de hueso». Si está hecho de los huesos que Bickerstaff cogía de los cementerios, entonces debe haber un visitante encerrado en él, lo que le otorga poder psíquico. ¿Quizá sea eso lo que se ve cuando miras el reflejo? El fantasma.

—O fantasmas —puntualicé—. «Siete de ellos, no uno».

—Pues yo vi algo —susurró George—. Era terrible, pero quería ver más…

Apartó la mirada hacia la ventana.

—Sea lo que sea, es lo suficientemente horrible para matarte de miedo si lo miras bien —dije yo—. Como le pasó a Duane Neddles. Pienso que Bickerstaff también lo miró. Puede que lo que viera hizo que se volviera loco y se pegara un tiro.

Lockwood se encogió de hombros.

—Podría ser.

—No. Eso no fue lo que pasó —murmuró alguien.

Lockwood se estiró.

—Deberíamos ponernos a sellar el pasillo. No tardará en amanecer.

Me miró. Me levanté de golpe. El corazón me iba muy rápido y tenía la piel fría como el hielo. Observé a mi alrededor.

—¿Lucy?

—Me ha parecido oír algo. Una voz…

—Seguro que no ha sido Carver. Han limpiado bien el vestíbulo.

Miré hacia el pasillo.

—No sé. Puede que…

—¿Ahora tenemos un fantasma rondando por la casa? —se quejó George—. Fantástico. Una noche magnífica.

—Bueno, acabemos con él.

Lockwood fue al estante que había detrás de la puerta, donde encontró un paquete de virutas de hierro. Lo abrió y George le imitó. Yo me quedé quieta, helada e incrédula. Una voz acababa de susurrarme al oído.

—¿Bickerstaff? No. Eso no fue lo que pasó, en absoluto.

Me pasé la lengua por los labios secos.

—¿Y eso cómo lo sabes? —pregunté.

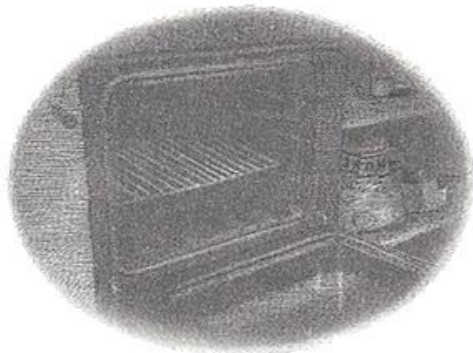
Moviéndome como una sonámbula, pasé entre Lockwood y George, rodeé la mesa de la cocina y llegué hasta el horno. Puse la mano en la puerta.

Lockwood me dijo algo. Su voz sonaba nítida y confundida. En lugar de responderle, abrí la puerta del horno. Un resplandor verde inundó la estancia. El frasco sellado brillaba en las sombras. El rostro era una máscara borrosa y malvada en las profundidades de la oscuridad. Estaba inmóvil, mirándome. Los ojos no eran más que unas hendiduras estrechas.

—¿Cómo puedes decir eso? —repetí—. ¿Cómo lo sabes?

Su risa fantasmagórica gorgoteó en mi cabeza.

—Muy simple. Yo estaba allí.



16

Detengamos la escena un segundo. Ahí estaba yo, frente al horno, observando el frasco. El fantasma me sonreía. Lockwood me miraba, al igual que George. Cuatro pares de ojos desorbitados y cuatro bocas abiertas. Vale, el rostro del fantasma era lo más grotesco, pero durante un segundo, aquella imagen fue una dura competidora. También era precisamente lo que había estado esperando durante todos esos largos y frustrantes meses: el momento para defenderme.

—¡Está hablando! —exclamé con la voz entrecortada—. ¡Puedo oírlo! ¡Acaba de hablar!

—¿Ahora mismo?

Lo preguntó George o Lockwood. Uno de los dos o ambos, no podía diferenciarlos. Los dos se apiñaban a mi lado.

—¡Pero eso no es todo! Asegura que sabe lo de Bickerstaff. ¡Dice que estuvo allí! ¡Que sabe cómo murió!

—¿Que dice el qué? —La cara de Lockwood se había vuelto pálida y seria, y le brillaban los ojos. Pasó a mi lado y se agachó junto al horno. El esplendor verdoso le iluminó mientras él miraba el frasco. El rostro le devolvió una mirada horrible—. No. Eso es

imposible…

—Tú no eres el único que tiene secretos —dijo el fantasma.

Lockwood me miró.

—¿Ha hablado? No he oído lo que decía, pero sí he sentido… algo. Una especie de conexión. Se me ha puesto la piel de gallina. ¿Qué te ha dicho?

Me aclaré la garganta.

—Ha dicho… que no eres el único que tiene secretos. Lo siento.

Me miró fijamente y por un instante pensé que iba a enfadarse. En lugar de eso, se levantó con una energía repentina.

—Pongámoslo en la mesa —propuso—. Venga, échame una mano con esto, George.

Juntos consiguieron liberarlo. Cuando George agarró el frasco, la cara del fantasma se transformó en una serie de muecas de asco, cada una más amenazante que la anterior.

—Torturador… Te quitaré la vida que tengas en los huesos —susurró.

—¿Algo más?

Lockwood había vuelto a notar la anomalía psíquica, pero no los detalles.

—Pues… Básicamente, no le gusta George.

—¿Y quién puede culparle? Haz sitio, Luce. Sí, aparta los platos. Venga, George, déjalo ahí. Perfecto.

Nos apartamos y observamos el frasco sellado. El plasma espumaba por todas partes, como una violenta tormenta verde contenida en las paredes de cristal. Y el rostro cabalgaba sobre ella, subiendo y bajando, girando y a veces poniéndose bocabajo, pero siempre con la mirada horrible fija en nosotros. Sus ojos eran agujeros en el humo y la nariz, un caño ondulado. Los labios eran unos pliegues retorcidos y horizontales de sustancia vertiginosa que se dividían, se separaban y se volvían a unir. No dejaban de moverse. Oí la risa fantasmagórica de nuevo, amortiguada y distorsionada, como si el sonido llegara desde las profundidades del océano y yo, indefensa, me hundiera para reunirme con ella. Se me revolvió el estómago.

—¿Crees que podemos hablarle? —dudó Lockwood—. ¿Y hacerle preguntas?

Respiré hondo.

—No lo sé. Nunca ha hecho algo así.

—Tenemos que intentarlo. —George estaba rígido de la emoción. Se acercó al cristal y miró con los ojos entrecerrados tras las gafas al fantasma, que, como respuesta, puso los globos oculares del revés, quizá en un gesto de desdén—. Lucy, ¿sabes lo increíble que eres? Eres la primera persona desde Marissa Fittes en descubrir un auténtico fantasma de tipo tres. Esto es espectacular. Tenemos que comunicarnos con él. Quién sabe lo que podríamos aprender sobre los secretos de la muerte, del más allá…

—También sobre Bickerstaff —dije—. Suponiendo que no esté mintiendo.

Lockwood asintió.

—Y casi seguro que lo está.

El rostro del frasco nos miró boquiabierto, fingiendo estar indignado. Un susurro sibilante llegó hasta mi oído:

—Qué irónico viniendo de ti.

—¿Lucy?

De nuevo, Lockwood había sentido la conexión. George no notó nada de nada.

—Ha dicho: «Qué irónico viniendo de ti». —Les hice un gesto para que me miraran—. Oye, ¿puedo deciros algo?

Nos retiramos al otro extremo de la estancia, donde el frasco no podía oírnos.

—Si vamos a hablarle, tenemos que estar atentos —jadeé—. No podemos ser bordes entre nosotros. Intentará darnos problemas. Lo sé. Será grosero con los dos, como antes. Oiréis las palabras de mi boca, pero recordad que no soy yo la que os insulta.

Lockwood inclinó la cabeza con un gesto afirmativo.

—Vale. Iremos con cuidado.

—Lo mismo si vuelve a llamar gordo a George.

—Claro.

—O cuatro ojos o algo así.

—Vale, vale —refunfuñó George—. Gracias. Lo hemos pillado.

—Solo digo que no os enfadéis conmigo. Entonces, ¿estáis listos? Vamos.

La habitación estaba a oscuras. Atenuamos las luces de las lámparas colocadas en las encimeras y cerramos rápidamente las persianas para ocultar la llegada del amanecer. Los muebles de la cocina se

alzaban como columnas en las sombras y el aire estaba impregnado de los olores del horror de la noche: hierro, sal y manchas de sangre. Un resplandor verde recorría la estancia. En el centro, sobre la mesa de la cocina, estaba el frasco sellado, como un terrible ídolo en un altar, brillando con su fuerza espectral. Espirales de icor palpitaban y fluían en su interior, pero el abominable rostro de ojos huecos permanecía inamovible tras el cristal. George había encontrado unas patatas de sal y vinagre y nos tendió una bolsa a cada uno. Nos sentamos en unas sillas alrededor de la mesa.

Lockwood estaba calmado e impasible, y tenía las manos cruzadas tranquilamente sobre el regazo. Estudió el frasco sellado con una mirada fría y escéptica. George llevaba su cuaderno y se sentó hacia delante, casi doblado por el entusiasmo. ¿Y yo? Como siempre, intenté seguir el ejemplo de Lockwood, pero no era fácil. El corazón me iba demasiado rápido.

¿Qué había recomendado Marissa Fittes en este tipo de circunstancias? Sé educada. Mantén la calma. Ten cuidado. Los espíritus eran engañosos, peligrosos y astutos, y no tenían precisamente buenas intenciones. Podía dar fe de ello. Miré de reojo a Lockwood. La última vez que este fantasma había hablado, había conseguido meterme todo tipo de dudas estúpidas en la cabeza. ¿Y ahora queríamos hablarle juntos? De pronto fui consciente de lo arriesgado que era.

Marissa Fittes también había advertido que la comunicación prolongada con los visitantes podría enloquecer a cualquiera.

—Hola, espíritu —saludé. El fantasma del frasco abrió los ojos y me miró—. ¿Quieres hablar con nosotros?

—Qué educados, ¿no? —susurró la voz—. ¿Hoy no pensáis asarme a cien grados?

Repetí sus palabras exactas.

—En realidad, a ciento cincuenta grados —respondió George alegremente mientras garabateaba la respuesta.

Los ojos del fantasma parpadearon en su dirección y oí un hambriento rechinar de dientes.

—En nombre de la agencia Lockwood, quiero pedir disculpas amablemente por nuestra descortesía y agradecemos la oportunidad de hablar con un visitante del más allá —dijo Lockwood—. Díselo, Luce.

Yo sabía perfectamente que el fantasma podía oír a Lockwood, igual que me oía a mí. La razón era la válvula abierta del tapón del frasco, que, por algún motivo, permitía que el sonido penetrara en el interior. Aun así, yo era la intermediaria oficial. Abrí la boca para hablar, pero, antes de que pudiera hacerlo, el espectro respondió. Fue una respuesta breve, sarcástica y directa.

La repetí.

Lockwood contestó.

—¡Qué encantador! Espera, ¿eso lo has dicho tú o el fantasma?

—El fantasma, claro.

George silbó.

—No estoy seguro de si debo escribir eso.

—Ser educados no servirá de nada —opiné—. Confiad en mí. Es un ser repugnante y no tiene sentido fingir que no lo es. Entonces, conocías a Bickerstaff, ¿no es cierto? —le dije al frasco—. ¿Por qué deberíamos creerte?

—Sí —murmuró—. Le conocía.

—Dice que le conocía. ¿Cómo? ¿Eras su amigo?

—Era mi maestro.

—Era su maestro.

—Igual que Lockwood es el tuyo.

—Igual… —me detuve—. Bueno, eso tampoco tiene importancia.

—Venga, Luce —me animó Lockwood—. Suéltalo.

El lápiz de George flotaba sobre el papel.

—Sí, tengo que anotarlo.

—Igual que Lockwood es mi maestro. ¿Contentos? Esta calavera es idiota, en serio. —Los miré con el ceño fruncido. Lockwood se rascaba la nariz, como si no lo hubiera oído, y George sonreía mientras lo escribía—. George, refréscame la memoria —dije con voz áspera—. ¿Cómo se llamaban los acompañantes de Bickerstaff? Simón Wilberforce y…

—Dulac. Mary Dulac.

—¡Espíritu! ¿Eres Mary Dulac? ¿O Simón Wilberforce? ¿Cuál es tu nombre?

Un repentino estallido de energía psíquica me empujó hacia atrás en la silla. El plasma se volvió espuma y la luz verde atravesó la habitación. La boca se le retorció.

—¿Acaso piensas que podría ser una chica? —saltó la voz—. Menuda desfachatez. ¡No! No soy ninguno de esos idiotas.

—Al parecer, ninguno de esos idiotas —repetí—. ¿Entonces quién?

Esperé. La voz permaneció en silencio. En el frasco, la aparición se había vuelto menos nítida y los contornos de la cara, cada vez más tenues, se fundían con el remolino de plasma.

George cogió un puñado de patatas.

—Si se ha vuelto tímido de repente, pregúntale por el espejo de hueso y por lo que hacía Bickerstaff. Eso es lo importante.

—Sí. Por ejemplo, si de verdad era un ladrón de tumbas —sugirió Lockwood—. Y de ser así, ¿por qué? ¿Y cómo murió exactamente?

Me restregué la cara con las manos.

—Dadme un momento. No puedo preguntarle todo eso. Vayamos paso a…

—¡No! —La voz sonó urgente e íntima, como si me susurrara directamente al oído—. ¡Bickerstaff no era un ladrón de tumbas! Era un gran hombre. ¡Un visionario! Tuvo un final triste.

—¿Qué final? ¿Las ratas?

—Espera, Lucy… —Lockwood me tocó el brazo—. No hemos oído lo que decía.

—Ay, perdón. Era un gran hombre que tuvo un final triste.

—También he dicho que era un visionario. Te has dejado esa parte.

—Ah, sí. Y un visionario. Lo siento. —Parpadeé, molesta, y luego miré a la calavera—. ¿Por qué me estoy disculpando contigo? Estás afirmando cosas muy serias sobre un hombre que guardaba sacos con huesos humanos en el sótano.

—En el sótano no. En un taller tras una pared secreta.

—No era en el sótano. Era en un taller tras una pared secreta… —Miré a los demás—. ¿Eso lo sabíamos?

—Sí —respondió Lockwood—. Lo sabíamos. Ha oído a George contárnoslo esta tarde. En otras palabras: no nos está diciendo nada nuevo u original. Se lo está inventando.

—¿Sabes que la puerta del rellano de Lockwood está revestida de tiras de hierro? —preguntó la voz de pronto—. Por dentro. ¿Por qué crees que será, Lucy? ¿Qué crees que tiene ahí dentro?

Hubo un momento de silencio, durante el que sentí la sangre bombeándome en los oídos y la habitación pareció inclinarse. Me di cuenta de que Lockwood y George me miraban, expectantes.

—Nada —me apresuré a decir—. No ha dicho nada.

—Oh, qué mentirosilla. Venga, diles lo que he dicho.

Permanecí callada. La risa del fantasma sonó en mis oídos.

—Parece que todos mentimos un poco, ¿no? —susurró la voz—. Bueno, creerme o no es cosa tuya, pero sí, vi el espejo de hueso, aunque nunca vi cómo lo usaban. El maestro nunca me lo enseñó. Decía que no era para mis ojos. Yo lloré, puesto que era un objeto maravilloso.

Se lo repetí a los otros lo mejor que pude. Era difícil, porque la voz se había vuelto suave y melancólica y me costaba oírla.

—Todo eso está muy bien —dijo Lockwood—, pero ¿qué es lo que hace el espejo?

—Aporta conocimiento —respondió la voz—. Ilumina. Ah, la de veces que pude haberle espiado. Sabía dónde guardaba sus preciadas notas, ocultas bajo la tarima de su estudio. ¿Ves cómo tenía sus secretos en la palma de mi mano? Podría haberlos descubierto todos. Él era un gran hombre. Confiaba en mí. Estuve tentado, pero nunca miré. —Sus ojos me observaban desde las profundidades del frasco—. Tú también sabes lo que es eso, ¿verdad, Lucy?

No repetí esa última parte. Así era más sencillo recordar el resto sin distraerme con detalles innecesarios.

—Era un gran hombre —susurró el fantasma—. Y su legado sigue aquí con vosotros, pero estáis demasiado ciegos para verlo. Todos estáis demasiado ciegos…

—Vuelve a preguntarle su nombre —pidió Lockwood después de que transmitiera su intervención—. Esto no sirve de nada, a menos que tengamos datos concretos.

Le hice la pregunta. No hubo respuesta y la presión de mi cabeza parecía de pronto menos intensa. El rostro del frasco apenas era visible. El plasma se movía con más lentitud y la luz fantasmagórica se desvanecía.

—Se marcha —dije.

—Su nombre —repitió Lockwood.

—No —intervino George—. ¡Pregúntale por el más allá! Rápido,

Luce.

—Demasiado ciegos…

El suspiro se disipó. El cristal se volvió transparente y el fantasma desapareció.

Una vieja calavera marrón yacía en el fondo del frasco. George maldijo entre dientes, se quitó las gafas y se restregó los ojos. Lockwood se puso las manos en las rodillas y giró el cuello como si le molestara. Me di cuenta de que a mí también me dolía toda la espalda. Tenía una contractura de la tensión. Permanecimos sentados, mirando el frasco.

—Bueno, hagamos recuento: una víctima de asesinato, un interrogatorio policial y una conversación con un fantasma —dijo George—. A eso sí que lo llamo una noche completa.

Lockwood asintió.

—Y pensar que hay gente que no hace más que ver la televisión.

El encuentro con la calavera hizo que trasnocháramos, claro. No podíamos irnos a dormir directamente después de aquello. Pese a la frustración que sentíamos por su falta de colaboración, estábamos demasiado emocionados para descansar y la rareza de lo sucedido nos revitalizó. Según George, este era el primer fantasma de tipo tres confirmado desde que Marissa Fittes había fallecido. Había habido constancia de otros a lo largo de los años, pero los agentes involucrados en esos casos o habían muerto poco después o les habían diagnosticado demencia, o a veces ambas cosas. Sin duda, nadie había podido actuar como verdadero testigo, a diferencia de Lockwood y George. Yo era única y mi don era algo que premiar, y nos haría ricos si jugábamos bien nuestras cartas. Lockwood estaba más que emocionado. Nos preparó a todos una ronda de sándwiches de beicon (algo tan raro como hablar con fantasmas de tipo tres) y, mientras nos los comíamos, habló de cómo podríamos avanzar. La duda era si informar ya a la prensa o intentar que la calavera volviera a hablar, quizá delante de otros testigos que no fuéramos nosotros. Estaba seguro de que a muchos de nuestros rivales les costaría creerse nuestra historia.

Yo no participé demasiado en el debate. Estaba contenta con mi logro, claro, pero, con todos los elogios que estaba recibiendo, me sentía exhausta. El esfuerzo de escuchar a la calavera también me había agotado. Solo quería irme a la cama. Dejé que ellos dos

hablaran y, cuando Lockwood comentó la única información clave que pensaba que nos había dado el fantasma, tampoco me uní a la conversación. Pero los dos leyeron y releyeron las notas garabateadas de George y, cuanto más las leían, más energía y ganas de hablar tenían.

Ciertamente, la calavera había mencionado algo que nadie más sabía. Que Bickerstaff escondía documentos bajo la tarima de su estudio. Documentos secretos.

Documentos que podrían resolver el enigma del espejo de hueso.

Documentos que posiblemente siguieran allí, en la casa abandonada junto a Hampstead Heath.

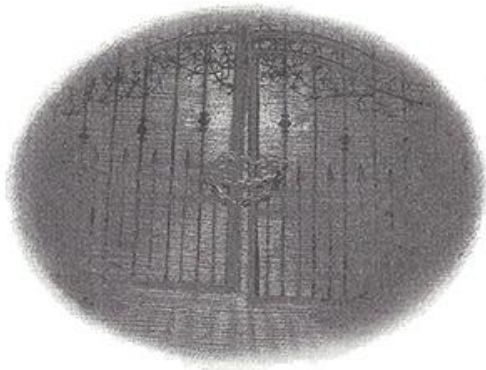
Eso sí que era interesante.

Como Lockwood había dicho, era casi seguro que el fantasma mentía. Las posibilidades de que tuviera una conexión cercana con Bickerstaff y el espejo de hueso no eran altas. Incluso si estuviera diciendo la verdad, puede que esos documentos se hubieran desintegrado o que se los hubieran comido las ratas (qué gracia nos hizo pensar en esto). Pero sí había una posibilidad. Puede que estuvieran allí. Lockwood se preguntó si merecía la pena comprobarlo. George pensaba que sí y yo estaba demasiado cansada como para llevarle la contraria. Antes de irnos a la cama (ya había amanecido), elaboramos un plan. Al día siguiente, siempre y cuando no hubiera más novedades, organizaríamos una expedición.

Cuando al fin salí de la cocina, los pájaros cantaban tras la ventana. Iba a ser otra bonita mañana.

Antes de cerrar la puerta, eché un último vistazo a la habitación. El frasco sellado seguía donde lo habíamos dejado, en la mesa, tranquilo y en silencio, con el plasma casi traslúcido.

La calavera me sonreía, como de costumbre.



17

Cuando visitas una propiedad con una historia tan escabrosa como las ruinas de Bickerstaff, es normal pensar que sería más seguro ir durante el día. Por desgracia, esto (la opción sensata) nos resultaba poco práctico por varios motivos. El primero era que, después de la noche que habíamos pasado, no nos levantamos hasta el mediodía y dedicamos gran parte de la tarde a preparar el equipo y llamar a las autoridades pertinentes para conseguir el acceso a la casa abandonada. El segundo era lo mucho que insistió George en ir a los archivos de Chertsey en busca de *Las confesiones de Mary Dulac*, el viejo escrito de una de los socios de Bickerstaff. George quería hacerlo lo antes posible, porque esperaba que nos diera una idea del horror que había ocurrido en la casa de Bickerstaff hacia tantos años. También supuso que era cuestión de tiempo que Bobby Vernon leyera el mismo periódico antiguo que él había encontrado y llegara a las mismas conclusiones.

El último motivo (y el más importante) por el que no fuimos hasta el atardecer era yo o, más bien, mis extraños dones. Después de haber hablado con la calavera, la fe de Lockwood en mis

habilidades estaba por las nubes. Me lo dijo mientras trabajábamos juntos en el despacho recogiendo el equipo necesario para el caso.

—No tengo ninguna duda, Luce —aseguró mientras colocaba una ordenada fila de bombas de sal en el suelo—. Tu sensibilidad es extraordinaria y tenemos que aprovechar todas las oportunidades que surjan para usarla. Quién sabe qué podrías detectar en la casa de Bickerstaff después de que anochezca. Y no hablo solo de oír, sino también de usar la reminiscencia.

—Sí —respondí con voz pesada—. Puede.

Quizá te hayas fijado en que no contesté con demasiado entusiasmo. Es cierto que a veces puedo captar impresiones del pasado al tocar objetos que tienen residuos psíquicos, pero eso no significa que sea algo agradable. Era bastante obvio que la casa de Bickerstaff no iba a transmitirme muchas experiencias alegres, por muy contento que Lockwood estuviera.

En resumen: esa tarde no compartí su buen humor. De nuevo, la luz solar disminuía la emoción de los susurros de la calavera y cada vez me resultaba más incómodo que siguiéramos el camino que nos había marcado. Lo primero que hice cuando bajé las escaleras fue cerrar la válvula de la tapa y cubrir el frasco con un trapo. No quería que el fantasma nos oyera o nos viera a menos que quisiéramos. Incluso así, no podía evitar pensar que el daño ya estaba hecho.

Terminé de vaciar los cinturones de trabajo sobre la mesa y empecé a ordenar los termómetros, las antorchas, las velas, las cerillas, los viales de agua de lavanda y todo lo demás, asegurándome de que todo funcionara. Lockwood tarareaba para sí mismo a la vez que reponía nuestros suministros de hierro. Eso era la segunda cosa que había dicho la calavera. Casi en la misma frase en la que mencionó los documentos secretos de Bickerstaff, volvió a insinuar algo sobre la habitación de Lockwood en el piso de arriba.

Me giré para mirar por la ventana del despacho, que daba al jardín del sótano. ¿Franjas de hierro dentro de una puerta? Solo había un motivo para colocarlas… No. La afirmación era claramente ridícula. Pero ¿cómo iba a confiar en un comentario del fantasma y obviar otro?

—Lucy —dijo Lockwood, como si me hubiera leído el pensamiento—, he estado pensando en nuestra amiga la calavera.

Tú eres la que le habla. Notas cómo es su personalidad. ¿Por qué crees que ha empezado a hablar de repente?

Hice una pausa antes de responder.

—En realidad no lo sé. Si te soy sincera, no me fío de nada de lo que dice, pero sí pienso que hay algo en el caso de Bickerstaff que llama su atención. ¿Recuerdas cuándo habló, la primera noche después de que volviéramos del cementerio? Creo que estábamos hablando de Bickerstaff, igual que anoche. Nos ha escuchado hablar sobre decenas de casos en los últimos meses y nunca antes se había involucrado. Ahora lo ha hecho dos veces en tres días. No creo que sea una coincidencia.

Lockwood estaba llenando un proyectil con virutas de hierro. Asintió lentamente.

—Tienes razón. Hay que ir con cuidado hasta que entendamos lo que quiere. Y también dijo otra cosa. Afirmó que el espejo de Bickerstaff, el de los huesos, te da conocimiento e iluminación. ¿Qué crees que significa?

—No tengo ni idea.

—Es que George sí miró el espejo. Solo unos segundos, claro, pero aun así… —Sus ojos se posaron en mí—. ¿Cómo crees que está, Lucy? ¿Te parece que esté bien?

—A veces parece algo distraído, pero eso no es nada nuevo.

—Bueno, seguiremos observándole. —Sonrió. Era la sonrisa cálida que hacía que todo fuera más fácil y que las cosas encajaran perfectamente en su sitio—. Con suerte, hoy nos traerá algo de información sobre Bickerstaff. También espero que Flo nos llame pronto. Si nos enteramos de cuándo va a ser la subasta de Winkman, sabremos que vamos en la dirección correcta.

Pero el optimismo de Lockwood no eran más que falsas esperanzas. Flo Bones no apareció aquel día y tuvimos que esperar casi hasta las cinco para que George volviera, agotado y de mal humor.

—Están pasando cosas extrañas en Chertsey —dijo mientras se dejaba caer sobre una silla—. He ido a la oficina de registros y me han confirmado que *Las confesiones de Mary Dulac* era un documento real guardado en sus archivos. Pero adivinad qué pasó cuando fueron a por él. Ya no estaba. Robado. No saben cuándo ni hace cuánto tiempo. Y tampoco saben si existen otras copias. ¡Ah!

¡Es muy frustrante!

—¿Habrá sido el pequeño Bobby Vernon? —pregunté—. Quizá se nos haya adelantado.

George gruñó.

—Te equivocas. Yo le he adelantado a él. Ha pedido cita en Chertsey para mañana. No, alguien más pensó que valía la pena robarlo… Bueno, ya veremos. De camino a casa llamé a Albert Joplin y le pregunté si tenía alguna idea sobre dónde encontrar otra copia. Es un excelente investigador. A lo mejor puede ayudarnos con eso.

Lockwood frunció el ceño.

—¿Joplin? No deberías contarle a nadie lo que hemos descubierto. ¿Y si se lo dice a Kipps?

—No, Albert es un buen tipo. Le caigo bien. Aunque te diré algo: se ha peleado con el señor Saunders. Saunders está tan cabreado por lo que pasó en Kensal Green que ha suspendido todas las excavaciones y ha mandado a casa a casi toda la patrulla nocturna, sin pagarles. Joplin está muy molesto… —Se ajustó las gafas y nos miró—. Pues esas son mis novedades. ¿Qué habéis estado haciendo aquí?

—He hablado con las autoridades de Hampstead —contestó Lockwood—. El terreno del sanatorio Green Gates sigue en ruinas y está acordonado, separándolo de las otras zonas. Se puede acceder por una calle llamada Whitestone Lane. Luce, búscalo en la guía. Cogeremos el último autobús antes del toque de queda. La casa de Bickerstaff está en un extremo del terreno, abierta. No se necesita ninguna llave porque, al parecer, nadie en su sano juicio entraría.

—Parece el tipo de sitio que nos gusta —comenté.

Lockwood se levantó y se estiró con pereza.

—Bueno, ha llegado ese momento de la tarde. Voy a clavarle una espada a una mujer de paja. Luego me iré a descansar. Si la mitad de las historias que hemos oído sobre la casa son ciertas, va a ser una noche movidita.

Hampstead Hill, un frondoso barrio situado en el norte de Londres, es un lugar bastante elegante, al menos durante el día. Si algo descubrimos en ese paseo nocturno es que las calles del extremo occidental de Hampstead Heath son las más acogedoras.

Las avenidas anchas, flanqueadas por árboles e hileras de farolas

protectoras, se ondulaban ligeramente en torno a la colina. Inmensos chalés independientes y elegantes se acurrucaban en enormes jardines. Incluso el crepúsculo que se había instalado rápidamente a nuestro alrededor tenía un aire próspero y nutrido.

Esta impresión duró casi todo el recorrido de Whitestone Lane, un callejón sin salida corto y estrecho lleno de villas de mediados de la época victoriana construidas en los límites de la zona boscosa. Las primeras casas cumplían los estándares de Hampstead a la perfección: césped bien cortado, parterres verdes y rododendros tan poblados y tupidos como la barba de un mendigo. Sin embargo, hacia el final de la calle, el paisaje parecía más abandonado y las dos últimas viviendas estaban vacías y desocupadas. Detrás, la carretera terminaba en un par de verjas de hierro, altas, oxidadas y cubiertas de rollos de alambre de púas. Unos carteles triangulares de advertencia del DICM con los bordes naranjas fluorescentes la señalaban como una zona peligrosa. Era la entrada del terreno donde se encontraba el sanatorio Green Gates, que se había quemado en un incendio hacía un siglo y seguía abandonado desde entonces.

Habían asegurado la verja con una cadena oxidada. No tenía cerradura. Tampoco es que hiciera falta.

Con las manos enguantadas, Lockwood empezó a desatar la cadena, cuyos eslabones se habían agarrotado y fusionado.

—George, nos contaste que una vez intentaron construir una urbanización aquí —dijo—. Pero que tuvieron que dejar el proyecto por las «anomalías». ¿Qué es lo que pasó?

George contemplaba la oscuridad del bosque a través de las barras de la verja. Pese a ser una noche cálida, llevaba un gorro de lana y un par de mitones. También iba ataviado con su chaqueta oscura de noche, vaqueros, botas de trabajo y una correa de repuesto atada en el torso, cargada de proyectiles y bombas de sal. Para mi sorpresa, había elegido una mochila extragrande, distinta a la que yo le había preparado. Se notaba que pesaba, porque le sudaba la cara.

—Lo típico —respondió él—. Ya sabes, lo que solemos encontrar.

Lockwood liberó la cadena y empujó con fuerza el metal. Con un crujido parecido al que hacen los huesos al romperse, las verjas se

abrieron. Uno detrás del otro, entramos. George y yo encendimos las antorchas. Casi directamente bajo nuestros pies, el asfalto agrietado de la carretera desaparecía tras una capa de hierba larga y ondulada. Nuestras luces bailaron y revolotearon sobre el suelo irregular y lleno de bultos. Hayas altas y grupos de robles jóvenes y abedules se alzaban por todas partes. La carretera se curvaba hacia la izquierda entre los árboles.

—Tenemos que seguir el camino hasta llegar al sanatorio —explicó George—. Son unos ochocientos metros con algo de pendiente.

Lockwood asintió.

—Vale. Te seguimos.

Caminamos en silencio en fila de a uno y atravesamos los matorrales. La tierra todavía irradiaba el último calor del día. Había salido la luna y un haz de luz fría y plateada bañaba el páramo ondulado. Un cúmulo de nubes blancas se alzaba en el cielo como castillos.

—George, cuando dices «lo típico», ¿te refieres a sombras? —pregunté al fin.

—Sí, sobre todo sombras y trémulos. Presencias medio ocultas y luces tenues que flotan en el aire. Recuerda que el sanatorio estaba en la colina, apartado de todo. Nadie quería quedarse allí.

—Entonces nada demasiado peligroso, ¿no?

—En el sanatorio no. Quizá la casa de Bickerstaff sea distinta.

Habíamos subido un poco por el contorno de la colina. Las luces de Londres se alargaban bajo nosotros como un océano brillante de neón. Estaba en completo silencio. Ya se había anunciado el toque de queda y la ciudad se había encerrado en sí misma, alejándose de la noche.

—¿Os importa si paramos un segundo? —pidió George—. Necesito respirar.

Dejó sus cosas a un lado y se tiró al suelo. Parecía una auténtica mochila monstruosa y la forma era extraña: bastante dura y curvada, no deforme como cuando llevas cadenas.

—¿Qué es lo que llevas guardado ahí exactamente, George? —pregunté.

—Ah, solo algo de equipo extra. No te preocupes por mí. Me vendrá bien el ejercicio.

La contemplé con gesto de sospecha.

—¿Desde cuándo te importa…?

Y entonces lo supe. Reconocí la forma. Me acerqué, aflojé el cordón y abrí la parte superior de la mochila. Iluminé el tapón de plástico con la antorcha. Ahí estaban: los lados lisos y curvos de un frasco de cristal de plata que ya conocía.

—¿La calavera? —exclamé—. ¡Te has traído la calavera! ¡Nos lo has ocultado!

George parecía dolido.

—«Ocultar» hace que parezca fácil. En realidad he tenido que esforzarme mucho. Sé que técnicamente el ectoplasma no pesa nada, pero cualquiera lo diría llevando esto. Mi pobre y vieja espalda…

—¿Y cuándo pensabas decírmelo?

—Con suerte, nunca. Es solo que no sabemos exactamente dónde está el estudio de Bickerstaff, ¿no? Pero la calavera sí. Y si no podíamos averiguarlo, Lockwood pensó…

—¿Cómo? —Me giré hacia nuestro líder, que había estado imitando perfectamente a una persona a la que le fascinaba un terreno de ortigas cercano—. ¡Lockwood! ¿Tú lo sabías?

Se aclaró la garganta.

—Pues…

—Lo sugirió él —saltó George—. Fue su idea. Lo que me hace pensar que debería transportarla también, ahora que hablamos del tema. Llevo arrastrándola desde Marylebone y mi pobre y vieja espalda…

—¿Puedes dejar de quejarte del dolor de espalda? ¡Esto es una locura! ¿Queréis que hable con un peligroso fantasma de tipo tres dentro de otra zona encantada, con a saber cuántos visitantes más? ¿Es que habéis perdido la cabeza? ¿Esperabais que me pareciera bien?

—No —respondió George—. La verdad es que no. Por eso no te lo dijimos.

Dejé escapar un grito de rabia.

—¡De eso nada! ¿Qué ha pasado con lo de tener cuidado, Lockwood? Me entran ganas de volver a casa.

—Por favor, Lucy —replicó Lockwood—. No exageres. No es peligroso. Hemos guardado el frasco en la mochila y la válvula está

cerrada. El fantasma no puede hacerte nada ni comunicarse contigo de ninguna manera. Solo lo tenemos como plan b, por si nos quedamos atascados y no podemos encontrar los documentos.

—Documentos que casi seguro que no existen —bramé—. No olvides que seguimos la pista que nos ha dado una calavera malvada atrapada en un frasco. ¡No podemos fiarnos de ella!

—Yo no digo lo contrario. Pero como afirmó que había trabajado con Bickerstaff, quizá traerlo a su casa sea un buen incentivo para que hable más.

No lo miré. Si lo hubiera hecho, me habría dedicado su sonrisa y yo no estaba de humor.

—Me estás subestimando —le acusé—. A mí y a esta casa.

—Aquí han pasado cosas horribles —dijo Lockwood—, pero eso no significa que el lugar siga encantado. El fantasma de Bickerstaff estaba en el cementerio, ¿recuerdas? No está aquí. El espejo de hueso no está aquí. ¿Y entonces? ¿Qué podría hacernos daño?

Él sabía que no era así. Todos lo sabíamos. Nada era nunca así de simple. En lugar de responder, me llevé la mochila al hombro y eché a caminar hacia el sendero, dejando que ellos me siguieran.

El camino atravesaba los árboles y ocultaba las luces de Londres a nuestras espaldas. Los montículos bajo la hierba se hicieron más grandes, hasta que de pronto se elevaron y se transformaron en una pared derruida, en su mayoría baja y enredada con musgo y hierba que llegaban hasta el segundo piso. Eran los restos del sanatorio quemado. Mis instintos se agudizaron al sentir la presencia de algo desagradable. Grandes polillas pálidas revoloteaban perezosamente entre las ruinas. Las miré con recelo, pero parecían bastante normales. Seguimos andando, precavidos.

—Veo brillos mortales —anunció Lockwood—. Unos tenues en las ruinas.

Durante un segundo, me pareció oír el chisporroteo muy leve de unas llamas, chillidos y gritos lejanos… Luego el sonido se disipó. Lo único perceptible era el suspiro suave del viento entre las ramas.

Avanzamos un poco más. Cuando nos acercamos a los restos de la pared más alta, una tenue figura gris (solamente visible si la mirabas de reojo) apareció entre las sombras de una puerta rota y permaneció allí, observándonos. Sentí una oleada de frío.

—De tipo uno —afirmó Lockwood—. Una sombra o un

acechador. Nada de lo que preocuparse. ¿Qué es eso de ahí?

Se detuvo y señaló hacia la cima de la colina.

—Tiene que ser eso —respondió George—. La casa de Bickerstaff.

El inhóspito y oscuro edificio se alzaba contra el cielo plateado, alejado de las ruinas cubiertas de hiedras. Estaba situado dentro de sus propios muros: una construcción grande, fea y desnuda hecha de ladrillos extraños que, por algún motivo, parecían desproporcionados. Supuse que durante el día serían de color gris oscuro. El tejado tenía muchas chimeneas y muchos planos de pizarra inclinados, aunque algunos se habían desprendido. Podía ver las vigas del techo, que sobresalían como costillas. Había bastantes ventanas grandes, todas vacías, negras y vigilantes; los típicos ojos de una casa abandonada. Un camino de gravilla llevaba directamente desde la colina a la puerta. El jardín estaba descuidado y la hierba era tan alta que nos llegaba a los muslos.

Permanecimos junto a la verja, considerando fríamente con las manos en las empuñaduras de los estoques. George sacó un paquete de caramelos de menta de su bolsillo y nos lo tendió.

—Bueno, debo admitir que tiene muy mala pinta —dijo Lockwood, chupando el caramelo—. Pero tampoco es que nunca nos haya importado la apariencia de una casa. ¿Recordáis aquel matadero en Deptford? Aquel sitio tenía un aspecto horrible y luego no pasó nada.

—No te pasó nada a ti —le corregí—. Porque tú estabas arriba charlando con el dueño. Fue a George y a mí a quienes se nos echó encima un mutilado en el sótano.

—Ah, sí. Quizá estaba pensando en otra cosa. Lo que quiero decir es que no tenemos por qué tener problemas aquí. A pesar de su historial de muertes violentas. ¿Podrías pasarme otro caramelo, George?

En lo que se refiere a discursos tranquilizadores, los había oído mejores. Sin embargo, la agencia Lockwood no se había ganado su reputación en toda la ciudad por perder el tiempo frente a casas encantadas. Ese no era el motivo por el que Barnes nos había encargado el caso ni la razón por la que íbamos a resolverlo antes que Kipps. Si lo piensas, tampoco era el motivo por el que Penelope Fittes nos había invitado a su fiesta. Nos enderezamos y

emprendimos el camino.

—Recordad que tenemos dos objetivos —dijo Lockwood con una voz alegre que rompió el silencio de la noche y alejó nuestros pensamientos macabros—. Buscamos los documentos que mencionó la calavera. Intentamos detectar cualquier rastro psíquico que dejaran Bickerstaff y sus amigos. Sencillo, claro y eficiente. Entramos y salimos directamente. Fácil. No habrá ningún problema.

Nos detuvimos al final del sendero. Contemplé los peldaños podridos, la puerta torcida, los postigos doblados contra las ventanas rotas y los pequeños demonios erosionados que habían tallado en los pilares en espiral a ambos lados del porche. Tenía que decirlo: yo no compartía su misma confianza.

Un fuerte aroma dulce flotaba desde un arbusto trepador que ahogaba una pared. El aire era cálido y sofocante. George había subido los escalones y miraba con los ojos entornados a través de la mugrienta ventana hecha con cristales circulares que había junto a la puerta.

—No veo nada —dijo—. ¿Quién va primero?

—Lucy —respondió Lockwood.

Puse una mueca.

—¿Otra vez? Siempre me toca a mí.

—Eso no es cierto. Yo fui primero en el caso de la señora Barrett, ¿no? Y George con el ataúd de hierro.

—Sí, pero antes de eso yo…

—Sin excusas, Luce. Esta noche te toca a ti. No te preocupes, estaremos justo detrás. Además, como ya he dicho, con suerte no encontraremos nada peligroso. Solo recuerdos y rastros psíquicos.

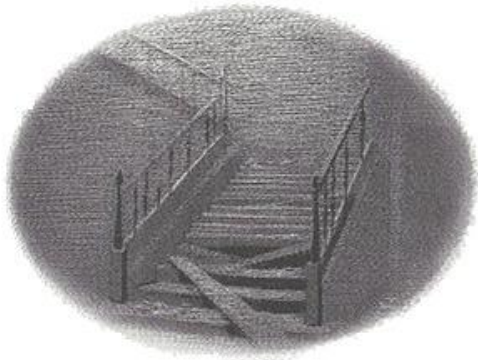
—La definición exacta de un visitante, Lockwood. Un recuerdo psíquico agresivo… Bueno, está bien. ¿Por qué nunca hacemos esto en un momento más sensato, como a mediodía?

Yo sabía la respuesta a eso, claro. Solo cuando oscurece pueden detectarse las cosas más tenues y ocultas. Solo cuando oscurece empiezan a despertarse los recuerdos de una casa.

Empujé la puerta, esperando que estuviera cerrada porque el calor la había deformado, por una cerradura o por ambas cosas. Ninguna de las opciones resultó ser cierta. La puerta se abrió sin hacer ruido y liberó el aire rancio y un penetrante olor a putrefacción.

No podía negarlo: la piel se me erizó un poco en ese momento y los pelos de la nuca se me pusieron de punta. Puede que Lockwood tuviera razón. Puede que no hubiera ningún fantasma. Pero era una casa cuyo antiguo propietario había pasado años investigando las ciencias ocultas siniestras, donde seguramente intentó invocar a los espíritus de los muertos mediante una serie de experimentos desagradables y donde le había llegado una muerte misteriosa y solitaria. Afrontémoslo. Hablábamos de los restos de unos recuerdos que no iban a desaparecer con un poco de ambientador.

Aun así, soy una agente, etcétera, etcétera. Ya nos sabemos la historia. Sin dudar (demasiado), entré.



18

La buena noticia es que nada muerto ni malvado atravesó el pasillo oscuro y salió corriendo hacia mí. En nuestra profesión, eso es un logro. Cuando me dispuse a escuchar, como suelo hacer nada más empezar, no oí gritos ni voces psíquicas. Todo estaba en silencio. Lo único que sonaba eran los rasguños y las pisadas de Lockwood y George, que avanzaban a mi espalda y dejaban las bolsas en el suelo.

Una cámara vacía, cavernosa y de techos altos. Un fuerte olor a moho y a mosto. Mantuve la antorcha apagada, lo que se recomienda hacer, pero no estaba tan oscuro como me había esperado, así que mis ojos empezaron a ver cosas. La luz de la luna se colaba a través de unos agujeros en el tejado y llegaba hasta una escalera situada al fondo del pasillo. Era una escalera curva, oscura por la humedad y arruinada por los años, de lluvia. Los escombros bloqueaban algunas zonas y en otras, la madera se había caído. De la balaustrada brotaban manojos pálidos de poliporos, y entre el zócalo y la pared crecían finas briznas de hierba. Costras blancas de moho florecían en el techo. El pasillo estaba cubierto de grandes

pilas de hojas marrones y viejas, arrastradas por las innumerables tormentas de otoño. Eran finas y esqueléticas, y crujían cuando nos movíamos.

No vi ningún grafiti, algo que te esperarías en una casa que lleva tanto tiempo abandonada y que demostraría claramente su dudosa reputación. Ni muebles ni elementos decorativos. Un riel de caoba recorría las paredes y llegaba casi al techo. La corriente de aire cálida que habíamos dejado entrar hizo añicos las motas de papel pintado. No había lámparas en ninguna parte y, en su lugar, unos agujeros irregulares mostraban de dónde las habían arrancado.

En algún rincón de aquel lugar abandonado y podrido, el doctor Bickerstaff había trabajado con objetos que robaba de los cementerios de la ciudad.

Había muerto aquí, en alguna parte. Y luego las ratas…

No. No servía de nada pensar en aquella historia. Sentía cómo se me aceleraba el corazón. A los visitantes les gusta alimentarse de emociones como la preocupación y el estrés. Sacudí la cabeza para despejarme y centré mi atención en lo que teníamos entre manos.

—¿Lockwood? —le llamé. Había estado callado y contemplaba la oscuridad.

—Aquí no hay brillos mortales. ¿Y tú?

—Todo muy tranquilo.

Asintió.

—Vale. ¿Y tú, George?

—La temperatura es de dieciséis grados, lo que es bastante agradable y normal. Todo bien por ahora.

—Bien. —Lockwood se adentró un poco más en la habitación, rozando las hojas secas y muertas con los zapatos—. Trabajamos rápido y en silencio. Buscamos el estudio de Bickerstaff y su laboratorio o taller, donde hacía los experimentos. El periódico decía que se accedía a él desde un salón, así que quizá esté abajo. No sabemos nada sobre el estudio. Si buscamos un foco psíquico, Lucy podría anotar los datos, pero ella decide. Y no sacamos la calavera a menos que ella lo diga.

—Así es —respondí.

—Seguramente el foco principal esté arriba —opinó George. Su voz sonaba extrañamente plana. Quizá algo en el ambiente de la casa le había afectado—. La habitación de las ratas.

—Si es que hubo ratas —dijo Lockwood—. Bueno, será mejor que intentemos evitarla.

Atravesamos el pasillo y entramos en la sala más cercana. También estaba bastante vacía. Solo quedaban tablones y yeso, iluminados por la luna plateada. El techo estaba entero y la habitación, seca. Recorrí las paredes con la mano mientras avanzaba por la estancia en busca de corrientes psíquicas. Pero no encontré nada. Solo era una sala muerta y limpia.

Lo intentamos con la habitación justo detrás de aquella, que también estaba en silencio. No había cambios de temperatura ni miasma o miedo atroz. Probamos con una tercera, en el lado opuesto del pasillo. Por su posición y por las molduras decoradas del techo, cualquiera pensaría que había sido una elegante sala de visitas en la que Bickerstaff y sus invitados tomaban el té. Allí el papel de pared había desaparecido, al igual que parte de los rodapiés. Lo único que había eran la luz de la luna, los tablones y el yeso. Entonces tuve un pensamiento incómodo. A la casa le había ocurrido lo mismo que a Bickerstaff. Todo el edificio era un esqueleto al que solo le quedaban los huesos.

Cuando volvimos al pasillo, sentí una vibración tenue: amortiguada y, por algún motivo, conocida.

—Lockwood, George —susurré—, ¿alguno nota eso?

Escucharon. Lockwood sacudió la cabeza. George se encogió de hombros.

—Yo casi nunca puedo, ¿recuerdas? —dijo con tono pesado—. Mis sentidos no son tan agudos como los… —De pronto soltó un grito de miedo—. ¿Qué es eso?

Yo también lo había visto. Una hendidura de oscuridad en movimiento, una figura alargada, baja y ágil que atravesaba las sombras en un extremo de la habitación. Avanzaba justo debajo de la pared, cerca de la ventana, pero alejada de la borrosa pirámide de luz lunar. Giró a nuestro alrededor recorriendo los rodapiés.

Un golpe metálico anunció que Lockwood había desenvainado el estoque. Con la otra mano sacó un bolígrafo linterna del cinturón. Lo encendió e iluminó un pequeño cuerpo marrón negruzco con el círculo de luz penetrante.

—Solo era un ratón —dije con la voz entrecortada—. Uno diminuto. Pensé que…

George espiró con fuerza.

—Yo también. Pensé que era más grande. Pensé que era una rata.

Lockwood apagó la antorcha portátil. El ratón, como si le hubieran liberado de un hechizo, ya no estaba. En lugar de ver cómo se iba, sentimos sus pasos apresurados.

—No dejemos que las ratas nos jueguen una mala pasada —nos aconsejó con indiferencia—. ¿Todos bien? ¿Subimos?

Pero yo miraba el extremo de la sala con el ceño fruncido.

—Esperad. Cuando encendiste la antorcha, me pareció ver…

Saqué la mía y alumbré con ella la pared. Sí, el círculo claro y brillante mostró una fina línea negra que atravesaba el yeso hacia arriba. El contorno que revelaba una puerta.

Al acercarnos pudimos ver las bisagras incrustadas en la pared y un agujero pequeño y rudimentario donde habría habido una llave o un pomo.

—Buen trabajo, Lucy —jadeó Lockwood—. Quizá lo tapara el papel de pared o puede que una falsa estantería. Habría sido muy difícil encontrarlo.

—¿Crees que es la entrada al taller de Bickerstaff?

—Debe serlo. Se ve dónde la forzaron hace años. Ahora está suelta. Creo que podemos entrar.

Parte de la bisagra superior se había podrido, así que, cuando tiramos de la puerta, esta se inclinó hacia delante en diagonal. En el interior había un pasadizo estrecho que se adentraba más en la casa. La luz no llegaba hasta allí. Lockwood encendió su bolígrafo linterna y echó un vistazo rápido. El pasillo era estrecho, estaba vacío y acababa en otra puerta. El olor a humedad y moho era muy fuerte. Debíamos tomar todas las debidas precauciones. Antes de entrar, hicimos las comprobaciones sistemáticas y anotamos los resultados. Después, nos agachamos (la parte superior de la puerta quedaba por debajo de la cabeza de Lockwood) y nos adentramos en el pequeño pasillo. Avanzamos despacio y con cuidado, deteniéndonos cada pocos metros para usar nuestros dones y volver a analizar la atmósfera. No ocurrió nada alarmante. La temperatura bajó, aunque solo un poco. Lockwood no vio brillos mortales. Pequeñas oleadas de ruido latían en los límites de mis oídos, pero no lograba entender nada. Había arañas por todas partes: en el

techo y en el polvo que cubría el suelo. No obstante, eran tan pocas que no les dimos importancia. El tacto no me produjo ninguna sensación.

George parecía apagado. Se movía despacio y apenas hablaba. Perdió varias oportunidades perfectas para hacer algún comentario o insulto sarcástico, lo que, sinceramente, era raro en él. Cuando se arrastraba tras nosotros en el pasadizo, se lo mencioné a Lockwood. Él también se había fijado.

—¿Qué te parece? —pregunté—. ¿Malestar?

—Puede ser. Pero es la primera vez que entra en un sitio con carga psíquica desde que vio ese espejo de hueso. Será mejor que le observemos detenidamente.

De los cuatro indicios comunes de una manifestación inminente, el malestar es el más engañoso (los otros son el frío, la miasma y el miedo atroz). Es una sensación de pesadez en el alma y melancolía que puede instalarse en ti tan despacio que no eres consciente de ello hasta que te acecha un fantasma y te das cuenta de que no tienes la fuerza de voluntad suficiente para correr o alzar el estoque. Llegados a ese punto, se ha convertido en bloqueo fantasmal. El bloqueo fantasmal, que es lo contrario a la vida, la felicidad y la risa, suele ser mortal. Por eso los buenos agentes siempre se cuidan entre ellos y trabajan en equipo. Sutilmente, sin llamar la atención, Lockwood y yo nos movimos para que George quedase entre los dos. Le protegimos desde ambos lados. Llegamos a la puerta al final del pasadizo. Coloqué los dedos en el pomo. Una sensación de frío extremo se abalanzó sobre mi mano y brazo, y capté voces intermitentes de hombres que hablaban acaloradamente. Olí el humo de un puro y algo más intenso, un olor químico punzante. Casi de inmediato, el eco desapareció.

—Noto rastros —anuncié.

La voz de Lockwood sonó a mi espalda.

—Quedaos muy quietos. Seguid mirando y escuchando. No abras la puerta.

Esperamos en silencio durante un minuto, o quizá más. Al fin, Lockwood nos dio luz verde.

—Vale —dijo—. Estamos listos cuando tú lo estés, Luce.

Esa era mi señal. Respiré hondo, agarré el pomo de nuevo y entré en la habitación.

La oscuridad total me envolvió. Percibí al instante que estaba en una sala más grande. Como siempre, estuve tentada de encender la antorcha, pero resistí el impulso y permanecí quieta, dejando la mente abierta. Pude oír cómo se cerraba la puerta detrás de mí. Ninguno habló, pero escuchaba los silenciosos movimientos de sus pies y sentía sus presencias mientras se apretujaban a mi lado en la oscuridad. Permanecían muy cerca, más de lo habitual, pero no podía culparlos. De hecho, lo agradecí. Allí dentro estaba muy muy oscuro.

Miré, pero no vi nada. Escuché, pero solo oí un sonido que avanzaba muy tenue y que se disipó rápidamente. Esperé a que Lockwood nos indicara que encendiéramos las antorchas.

Y esperé. Se estaba tomando su tiempo.

—¿Estáis listos? —pregunté al cabo de un rato—. No percibo nada. ¿Y vosotros?

De pronto me percaté de que ya no sentía a nadie más a mi lado.

—¿Estás listo, Lockwood? —dije, alzando un poco la voz.

Nada.

La tos profunda de un hombre sonó en algún rincón de la estancia.

Una oleada de miedo, intensa y muy sutil, se apoderó de mí. Escarbé en el cinturón, encendí la antorcha e iluminé rápidamente todo a mi alrededor.

Solo era una habitación, otro espacio vacío: paredes desnudas y tarimas polvorientas. Un único orificio a modo de ventana, bloqueado con ladrillos. En el centro de la sala, una inmensa mesa con un tablero metálico.

Nada de eso me interesaba, porque estaba sola.

Lockwood y George no estaban allí.

Me di la vuelta y abrí la puerta de golpe. La antorcha temblorosa dio con ellos a unos pasos de distancia. Me apuntaban con la suya y tenían los estoques preparados mientras observaban el pasadizo.

—¿Qué demonios hacéis? —pregunté.

—¿No lo has oído, Luce? —susurró Lockwood—. ¿El repiqueteo?

—Como de unas ratas —murmuró George—. Creía que se acercaban a nosotros, pero… —Pareció fijarse por primera vez en que yo estaba en el umbral de la puerta—. Ah, has entrado.

—Pues claro que sí. —Un dedo frío me recorrió la espalda—.

Vosotros también, ¿no? Estabais conmigo en la habitación.

—No. Cuidado con lo que iluminas con la antorcha. La luz está apuntándome a los ojos.

—Pensábamos que estabas aquí con nosotros, Luce —respondió Lockwood.

—No, crucé el umbral, como… ¿Estáis seguros de que no me habéis seguido? —Recordé las suaves pisadas y las presencias invisibles apretujándose contra mí. Mi voz sonó tensa y forzada—. Os sentí a mi lado…

—No nos dimos cuenta de que habías entrado, Luce. Nos distrajo el repiqueteo.

—Me sorprende que no lo oyeras —apuntó George.

—¡Claro que no lo oí! —exclamé—. ¿Crees que si lo hubiera oído os habría dejado atrás y hubiera entrado?

Lockwood me tocó el brazo.

—No pasa nada. Tranquilízate. Tienes que calmarte y contarnos lo que ha pasado.

Respiré hondo, intentando dejar de temblar.

—Venid aquí y os lo contaré. De ahora en adelante, tenemos que permanecer muy juntos. Y, por favor, que nadie vuelva a distraerse.

La cámara secreta, que supusimos que se trataba del taller de Bickerstaff, no mostró restos psíquicos inmediatos cuando entramos. Lockwood colocó un farol en el alféizar debajo de la ventana enladrillada. Guiado por su luz, George caminó por el perímetro e inspeccionó la pared. No había otra salida. Viejas lámparas de gas oxidadas y hundidas se extendían a lo largo del yeso desnudo. La mesa del centro era el único mueble y sus patas de acero estaban atornilladas al suelo. El tablero de hierro estaba cubierto de polvo y trozos de yeso. Unas profundas muescas recorrían los bordes y se abrían en forma de caños que llegaban al suelo.

Lockwood recorrió una muesca con un dedo.

—Unos canales interesantes para los chorros de sangre —señaló—. Es una mesa diseñada para diseccionar. De mediados del siglo XIX. He visto ejemplos en el Colegio Oficial de Cirujanos. Parece que era aquí donde el viejo doctor Bickerstaff experimentaba con las partes del cuerpo de los muertos. Una pena que esté hecha de hierro, Luce, porque podrías haber descubierto información psíquica interesante.

Yo estaba bebiendo agua de mi mochila y ahora masticaba con violencia una chocolatina. Seguía alterada por lo que había pasado junto a la puerta, pero el miedo se había transformado en algo más fuerte. Si los espectros querían mantenerme alejada, tendrían que hacerlo mucho mejor. Tiré el envoltorio del chocolate.

—Se reunían en esta sala —dije—. Era un grupo de hombres, fumando y hablando de los experimentos. Eso ya lo sé, pero quizá descubra algo más. Daos prisa. Quiero intentar una cosa.

Me acerqué a la pared del fondo, muy alejada de la superficie de hierro de la mesa. Allí había habido una chimenea, que ahora estaba atascada con nidos de pájaros, escombros, trozos de madera y yeso. En mi opinión, parecía el centro de la habitación, donde Bickerstaff y sus acompañantes se habían reunido, fumado y discutido sobre qué poner sobre la mesa. De haber rastros, allí serían intensos.

Toqué la pared de yeso con las yemas de los dedos. Era fría, húmeda e incluso grasienta. Cerré los ojos y me dejé ir. Escuché…

El sonido brotó del pasado. Traté de aferrarme a él, pero se alejó. Es extraño cómo funcionan los ecos psíquicos. Van y vienen, primero fuertes y luego débiles, creciendo y luego apagándose, como si fueran un latido o un pulso rítmico oculto en la esencia de la casa. Eso hace que la reminiscencia sea un don complicado y poco fiable. Puedes tocar el mismo sitio cinco veces y no obtener nada, pero a la sexta el poder del recuerdo psíquico te deja sin aliento. Recorrí las paredes con la mano. Probé con la chimenea y la ventana bloqueada, pero lo único que conseguí fue mancharme los dedos.

Pasó el tiempo. Oí a Lockwood arrastrando los pies y a George rascándose una zona innombrable. Por lo demás, permanecían en silencio. Los tenía bien entrenados.

Estaba a punto de sacar de la bolsa un paquete de tamaño bolsillo de Toallitas para Agentes™ («perfectas para limpiar hollín, barro de cementerio y manchas de ectoplasma»), cuando intenté rozar la pared que había junto a la puerta. Una ligera pero fuerte descarga crujió como un relámpago en el dorso de mi mano. Me aparté con un respingo y después, puesto que sabía a qué se debía aquella sensación, volví a colocar los dedos sobre el yeso frío y áspero.

De pronto, como si hubiera encendido una radio, oí voces en la sala, a mi alrededor. Cerré los ojos, me di la vuelta para observar la estancia y dejé que mi mente captara la imagen que los sonidos sugerían.

Un grupo numeroso de hombres rodeaba la mesa de disección. Capté el murmullo de una conversación, la risa y el olor intenso a tabaco. Había algo en el centro de la habitación, algo que yacía sobre la mesa. Una voz se elevó por encima de las demás, más fuerte y segura. El alboroto se acalló, sustituido por una ronda solemne de vasos brindando. El eco se disipó.

Y volvió a crecer. Esta vez el sonido provenía de una única garganta. Era un silbido ocupado y absorto, como el de alguien que está concentrado en una tarea agradable. Decía algo. Oí el chirrido del cuchillo. Se hizo el silencio y entonces había algo más en la habitación. Sentí la presencia como un frío espectral y horrible, un temor repentino que hizo que mis dientes chirriaran bajo las encías. También capté un horrible sonido que ya había oído antes: el zumbido de las alas de multitud de moscas.

Una voz sonó en la oscuridad.

—Inténtalo con Wilberforce. Está ansioso. Él lo hará.

De pronto, el silbido y el serrucho desaparecieron. Pero el zumbido se hizo más intenso y el gélido frío se elevó para envolverme, igual que hacía tres noches, cuando me había acercado a la tumba de Bickerstaff. Dolorida, abrí la boca. Mientras lo hacía, un único grito de muchas gargantas llegó directamente a mi oído.

¡Devuélvenos los huesos!

Aparté la mano de la pared. Al instante, como el agua que desaparece en un desagüe, el frío mortal se alejó y volví a sentir el calor húmedo de la habitación vacía.

George y Lockwood estaban junto a la mesa, mirándome.

Saqué el termómetro de la bolsa y bebí un sorbo de té caliente antes de contarles lo que había oído.

—El sonido de las moscas —dije, al fin—, el frío apremiante… Ha sido igual que en el cementerio. Creo que ambas cosas tienen algo que ver con el espejo de hueso. Seguro que Bickerstaff lo creó aquí.

Lockwood tamborileó en la mesa con los dedos.

—Pero ¿para hacer qué? Esa es la cuestión. Miras el espejo de

hueso, ¿y qué es lo que ves?

—No lo sé. Ese idiota hizo algo muy malo.

—La voz que has oído… ¿Crees que era la de Bickerstaff? —preguntó George.

—Puede. Pero en realidad sonaba más como…

No es bueno que uno de nosotros se detenga así, en mitad de una frase. Siempre trae malas noticias. Normalmente, significa que algo ha pasado o que está a punto de pasar, de modo que tenemos que dejar de hablar o morir.

—¿Oís eso?

Más allá de la puerta entrecerrada: el sutil ruido de unos rasguños. Una cojera, unos pies arrastrándose y algo deslizándose por el pasadizo y acercándose cada vez más.

—Atenúa el farol —susurró Lockwood.

George tocó el interruptor y la estancia se volvió casi negra. Lo bastante iluminado para ver y lo suficiente oscuro para que nuestros sentidos psíquicos siguieran alerta. Sin mediar palabra, nos dispersamos siguiendo la antigua posición del Plan D: yo a la derecha de la puerta y apretada contra la pared, y George a la izquierda, algo alejado para que pudiera huir si las fuerzas espectrales abrían de golpe la puerta. Lockwood se colocó justo en el centro, listo para enfrentarse a un ataque. Los tres desenvainamos los estoques. Me limpié la mano izquierda en las medias para eliminar el sudor repentino. Esta es la peor parte: cuando el visitante todavía está oculto. Cuando sabes que se acerca, pero el verdadero terror aún no te ha alcanzado. Es el momento en el que tu mente juega contigo y el miedo te paraliza. Para distraerme, recorrí los bolsillos del cinturón con las manos, contando, memorizando y asegurándome de que todo estuviera listo.

Los sonidos suaves se acercaron. Una luz pálida y cada vez más grande atravesó el hueco de la puerta. En el centro, una sombra se formó y agrandó.

El brazo de Lockwood retrocedió y el metal centelleó. Alcé el estoque.

19

Una fuerza oculta golpeó la puerta, la lanzó con violencia hacia atrás y le dio a George en la cara. Con un crujido, una figura oscura irrumpió en la habitación. Lockwood danzó hacia delante con el estoque en alto. Hubo un grito ahogado de alarma.

Durante un instante, nada se movió y Lockwood parecía estar congelado. Mi estoque también se quedó flotando a medio camino. Mis músculos se habían paralizado en cuanto oí cómo se rompía el proyectil y olí la sal y el hierro en el suelo, esparcidos a mi alrededor.

Saqué la antorcha, la encendí e iluminé a Lockwood, bloqueado en una media posición de ataque y con la punta de su estoque a centímetros de la garganta de Quill Kipps. Kipps tenía una pierna ligeramente levantada y estaba inclinado hacia atrás con los ojos desorbitados y sin parar de jadear. La punta de su estoque se tambaleaba en el aire, a poca distancia del estómago de Lockwood.

Apretujados detrás de la puerta estaban Kat Godwin, con una linterna nocturna en la mano, y Ned Shaw, que sujetaba otra bomba de sal. Los ojos sorprendidos del pequeño Bobby Vernon salieron de

la oscuridad desde algún punto al sur de la axila izquierda de Shaw. Cada uno de los rostros feos mostraba una mezcla de desconcierto y miedo.

Reinaba el silencio, salvo por las palabrotas amortiguadas de George tras la puerta.

A la vez, Lockwood y Kipps se alejaron el uno del otro con un salto y un grito de asco.

—¿Qué demonios estás haciendo? —graznó Kipps.

—Yo podría preguntar lo mismo.

—Eso no es asunto tuyo.

—Es precisamente asunto mío —respondió Lockwood. Enfadado, se pasó las manos por el pelo—. Te estás metiendo en mi asunto. Cómo te va el peligro, Kipps. Casi tenías un estoque en el cuello.

—¿Yo? Pensábamos que eras un fantasma. Si no fuera porque mis reflejos van a la velocidad de la luz, te habría destripado por completo.

Lockwood enarcó una ceja.

—Difícilmente. Ya había visto que me habías reconocido, así que me detuve y desvié el pomo de tu espada bruscamente hacia tu abdomen utilizando la maniobra de golpe de revés Baedecker-Flynn. Tienes suerte de que lo hiciera y que no terminase la estocada.

Hubo una pausa.

—Bueno —contestó Kipps—, si entendiera lo que has dicho, sin duda tendría una respuesta ingeniosa.

Guardó el estoque en su cinturón. Lockwood hizo lo mismo. Ned Shaw, Bobby Vernon y Kat Godwin entraron en la habitación con mala cara. George salió de detrás de la puerta, restregándose una nariz que parecía incluso más pequeña y rechoncha que antes. Nadie dijo nada durante un rato, pero hubo un gran estruendo mientras guardábamos a regañadientes los estoques y las otras armas.

—Entonces habéis recurrido al simple truco de seguirnos, ¿no? —dijo Lockwood—. Eso es caer bajo.

—¿Siguiéndoos? —Kipps soltó una carcajada burlona—. Amigo mío, nosotros seguimos las pistas que el joven Bobby Vernon descubrió en el archivo. No me sorprendería si tú nos siguieras a nosotros.

—No tenemos por qué. Con la investigación de George nos va bien.

Bobby Vernon dejó escapar una risa nerviosa.

—¿En serio? Después de lo que pasó en Wimbledon, me sorprende que Cubbins siga teniendo trabajo.

Lockwood frunció el ceño.

—Será un placer ganar esta competición, Quill. Por cierto, tu anuncio en *The Times* no tiene que ser muy largo. Con una media página en la que admitas la derrota nos basta.

—Eso asumiendo que Kipps sepa leer y escribir —apuntó George.

Ned Shaw se agitó.

—Cuidado con lo que dices, Cubbins.

—Lo siento. Usaré otras palabras. Estoy seguro de que hay simios en las selvas de Borneo menos analfabetos que él.

Los ojos de Shaw se hincharon mientras rebuscaba en su cinturón.

—Vale, ya está…

Lockwood apartó su abrigo y se llevó una mano al estoque. A la vez, Kipps, George y Godwin le imitaron.

—¡Basta! —grité—. ¡Dejaos de tonterías, todos!

Seis rostros se giraron hacia mí.

Había alzado la voz. Había apretado los puños. Puede que incluso hubiera pataleado. Hice lo necesario para que pararan. Su rabia aumentaba y estaba fuera de control, lo que hizo que el peligro que nos acechaba se volviera más oscuro y palpable. Las emociones negativas en los lugares encantados nunca son una buena idea; y la ira quizá sea la peor de todas.

—¿Es que no lo notáis? —susurré—. La atmósfera ha cambiado. Estáis despertando a las energías de la casa. Tenéis que callaros, ahora mismo.

Se hizo el silencio. Todos estaban preocupados, disgustados y avergonzados, pero hicieron lo que les pedí.

Lockwood respiró hondo.

—Gracias, Luce —dijo—. Tienes razón.

Los demás asintieron.

—Sé que la rabia está prohibida —comentó George—. Pero ¿qué hay del sarcasmo? ¿Eso tampoco se puede?

—Cállate.

Esperamos. Se palpaba la tensión en el aire.

—¿Creéis que lo hemos detenido? —preguntó al fin Quill Kipps—. ¿Creéis que hemos parado justo a tiempo?

Mientras hablaba, el haz de la linterna de Kat Godwin titiló, menguó y volvió a encenderse. George sacó el termómetro y encendió la esfera.

—La temperatura está bajando. Ahora hay diez grados. Hacía catorce cuando entramos.

—El aire es más denso —murmuró Bobby Vernon—. Se está formando la miasma.

Asentí.

—Noto un fenómeno extraño. Un crujido.

Kat Godwin también lo oía. Tenía la cara gris y ojerosa.

—Suena como… como…

Como si una multitud de cosas diminutas con colas y patas escamosas atravesaran rápidamente la casa y se dirigieran hacia nosotros. Rozando las paredes, apretujándose bajo las puertas, correteando por las tuberías y debajo de la tarima hasta acercarse aún más a esa espantosa habitación sin aire. Siendo sincera, así era como sonaba. Kat Godwin no lo dijo, ni tampoco usó la palabra fatídica. No tenía que hacerlo. Todos lo sabíamos.

—Sacad las cadenas —ordenó Lockwood—. Pensemos en cosas felices.

—Hacedlo —indicó Kipps.

Puede que tuvieran la educación de chacales hambrientos, pero había que reconocerlo: los agentes de Fittes están bien formados. Abrieron las bolsas antes que nosotros y colocaron un doble círculo decente de cadenas en veinte segundos exactos. Ned Shaw seguía mirándonos con mala cara, pero los demás estaban tranquilos y centrados. La prioridad era sobrevivir. Todos nos metimos dentro.

—Qué íntimo —comentó George—. Me gusta tu colonia, Kipps. Lo digo en serio.

—Gracias.

—Ahora callaos —dije—. Tenemos que escuchar.

Permanecimos allí en silencio, siete agentes apretujados dentro del círculo. La luz del farol siguió parpadeando salvajemente. No veía nada, pero los crujidos, los arañazos y los pasos apresurados

sonaban cada vez más y más cerca… Ahora nos rodeaban en la oscuridad, justo fuera de nuestro campo de visión, como si de una persecución terrible y confusa se tratase. Por la respiración ahogada de Kat Godwin, supe que ella lo había oído, aunque no sabía si los demás también. El alboroto se elevó a mi alrededor. Era como si la carrera desesperada continuara por las paredes. Siguió subiendo hasta que llegó al techo. Las patas huyeron y se deslizaron por el yeso que había sobre nuestras cabezas. Siguió aumentando. El sonido se adentró en el techo y el terrible crujido desapareció en la estructura de la casa.

—Ya no está —comentó Kat Godwin—. Se ha alejado. Lucy, ¿tú piensas lo mismo?

—Sí, el aire se está despejando… Oye, tú también te sabes mi nombre.

—La temperatura ha subido a los doce grados —anunció George.

A continuación, la tensión disminuyó. Todos fuimos conscientes de lo cerca que estábamos los unos de los otros. Salimos del círculo y apartamos las cadenas.

Los dos grupos volvieron a mirarse.

—Oye, Quill —dijo Lockwood—. Tengo una sugerencia. Está claro que este no es un buen sitio para discutir. Sigamos con esto luego, en otra parte. Y como no podemos ni vernos, ¿por qué no nos separamos por la casa? Todos buscamos donde queramos y no molestamos a los demás. ¿Os parece justo?

Kipps estaba tirándose de los puños y sacudiéndose la chaqueta, como si nuestra proximidad obligada hubiera hecho que se preocupara por coger pulgas.

—De acuerdo, pero no aparecemos sin avisar. La próxima vez quizá te corte la cabeza.

Dimos por finalizada la conversación, los dejamos atrás y recorrimos el pasadizo. Cuando llegamos a la puerta exterior, volvimos sobre nuestros pasos en dirección al vestíbulo principal. Lockwood se detuvo.

—Que haya aparecido Kipps complica las cosas —murmuró—. Puede que pasen un rato en el taller anotando datos, pero no tardarán en volver a perseguirnos. Y si esos documentos están aquí, quiero encontrarlos sin que nadie nos interrumpa. Lucy, sé que no quieres usarla, pero quizá este sea un buen momento para consultar

con nuestra amiga la calavera.

Observé con asco la mochila abultada de George.

—Me sigue pareciendo una mala idea —respondí—. Pero como nos estamos quedando sin tiempo… —Abrí la mochila, toqué el frasco y abrí la palanca de la tapa. Luego me incliné hacia el fantasma—. Espíritu, ¿reconoces este sitio? ¿Dónde está el estudio de tu maestro? ¿Puedes decírnoslo?

El cristal permaneció frío y oscuro.

—Quizá tengas que ponerte más cerca —sugirió Lockwood.

—Como me acerque más le voy a hacer cosquillas a George en el cuello. Espíritu, ¿me oyes? ¿Me oyes? Me siento como una idiota total haciendo esto. Es una pérdida de tiempo…

—Arriba…

Salté hacia atrás, puesto que un breve resplandor verde había brillado en el corazón del frasco. Ahora había desaparecido, junto con la voz jadeante.

—Ha dicho que arriba —repetí, despacio—. Sin duda, ha dicho arriba. Pero ¿de verdad vamos a…?

Lockwood ya había atravesado medio vestíbulo.

—¿Y a qué estamos esperando? ¡Rápido! ¡No tenemos mucho tiempo!

Sin embargo, sortear esas escaleras no era algo que pudiéramos hacer con demasiada velocidad. Muchos peldaños estaban podridos y no habrían aguantado nuestro peso. Tuvimos que pasar por encima de baldosas pringosas y astillas de madera caídas. En lo alto, parches desiguales de estrellas brillaban donde había estado el tejado. También tuvimos que ir con cuidado a la hora de anotar datos (y ser mucho más rápidos que de costumbre, porque esperábamos que nuestros rivales volvieran a aparecer a nuestras espaldas), lo que nos retrasó aún más. Detectamos una leve bajada de temperatura, así como ruidos flojos (un crujido distante y unos silbidos). Lockwood también vio restos plásmicos flotando en la oscuridad. Cuando llegamos al final de la escalera, encontramos otra cosa.

—Mirad los rodapiés —dije—. ¿Qué son esas marcas oscuras?

George se acercó y las iluminó con su bolígrafo linterna.

—Manchurrones y restos de grasa, hechos por miles de cerdas —explicó—. Es el tipo de manchas que… —dudó—. Que hacen las

ratas.

Impaciente, Lockwood nos adelantó y saltó los últimos escalones con una única zancada enérgica.

—Olvidaos de eso. Vamos.

Era un descansillo grande y cuadrado, ruinoso y medio abierto al cielo. Hojas marrones y pequeñas ramas se escondían entre el barro y los escombros que cubrían el suelo de madera. La luz brillaba con frialdad a través de las aberturas del tejado. A nuestras espaldas, un pasillo llevaba a las profundidades de la casa, pero estaba medio bloqueado por las piedras caídas. Según avanzaban, las escaleras giraban sobre sí mismas, así que ahora volvíamos a estar frente a la parte delantera de la casa. Delante estaban las puertas abiertas de las tres habitaciones.

—Sí… —susurró la voz del fantasma en mis oídos—. Allí…

—Estamos cerca —anuncié—. El estudio de Bickerstaff es una de esas habitaciones.

En cuando pronuncié el nombre, los ruidos psíquicos aumentaron y el distante crujido sonó tan alto que hizo que me encogiera de dolor. Una ligera brisa atravesó la casa vacía, moviendo las hojas y los trozos de papel del suelo. Unos cuantos fragmentos cayeron entre las barandillas y se adentraron en la oscuridad y el vacío que había debajo.

—Aquí quizá haya que tener cuidado con ese nombre —dijo Lockwood—. ¿Cuál es la temperatura, George?

—Ocho grados. Permanece estable.

—Quédate aquí y vigila la escalera por si aparece Kipps. Lucy, ven conmigo.

Cruzamos el descansillo sin hacer ruido. Me di la vuelta para mirar a George, que se había colocado junto a la balaustrada, desde donde podía ver bien la curva de la escalera y parte del vestíbulo inferior. Su humor parecía constante y su lenguaje corporal estaba bien. A mi parecer, el malestar no había empeorado.

Tenía la mochila abierta. Podía ver el tapón del frasco sellado, iluminado por un tenue brillo verde.

—Sí… —dijo la voz—. Buena chica… Te estás acercando…

Ahora el susurro sonaba impaciente.

—La habitación del medio… Bajo el suelo…

—La del medio. Dice que está ahí.

Lockwood se acercó a la puerta central, se dispuso a entrar y salió disparado de un salto.

—Un punto gélido —explicó—. Te atraviesa por completo.

Saqué el termómetro y lo sostuve más allá de la puerta. De pronto, sentí la dureza del aire en la mano.

—Cinco grados dentro y ocho fuera —comenté—. Es frío de verdad.

—Y no solo eso. —Lockwood había sacado las gafas de sol del abrigo y se apresuró a ponérselas—. Hay arañas. Y un brillo mortal, uno enorme. Allí, bajo la ventana.

Lo vi, aunque no esperaba poder hacerlo. Para mí era una cámara cuadrada de tamaño decente, cuyo protagonista era el hueco grande y vacío de la ventana. Como en el resto de la casa en ruinas, no había muebles ni decoración. Intenté imaginarme cómo habría sido en la época de Bickerstaff: el escritorio y la silla, los retratos en la pared, quizá una estantería o dos, un reloj de mesa sobre la repisa… No. No podía soportarlo. Había pasado muchísimo tiempo y la sensación de vacío amenazador era demasiado intensa.

Un torrente de luz lunar iluminaba el espacio y lo envolvía todo con un brillo plateado, borroso y aletargado. El ruido estático de mi cabeza volvió a zumbar un par de veces, para luego desaparecer de golpe, como si el pesado silencio de la habitación lo aplastara.

Gruesas capas de telarañas polvorientas colgaban de las esquinas del techo.

Era allí: el epicentro encantado de la casa. El corazón me latía dolorosamente en el pecho y sentía cómo me castañeteaban los dientes. Me obligué a alejar el pánico. ¿Qué nos había dicho Joplin? Que los hombres estaban fuera y vieron movimientos en la ventana.

—Lockwood —susurré—. Es la habitación de las ratas. Es donde murió Bickerstaff. No debemos entrar.

—Oh, no te asustes —respondió el susurro en mi mente—. ¿Queréis los documentos? Están bajo un tablón en el centro del suelo. Venga, entrad.

—Solo le echaremos un vistazo rápido y luego nos iremos —dijo Lockwood.

No le veía los ojos tras las gafas, pero sentía su desconfianza. Permaneció junto a la puerta, sin dar un paso más.

—Eso es lo que la calavera quiere que hagamos —declaré—. No

podemos fiarnos, sabes que no. Dejémoslo estar, Lockwood. Vámonos de aquí.

—¿Después de todo? No lo creo. Además, Kipps estará aquí arriba en un minuto.

Se subió los guantes hasta las muñecas y atravesó el umbral. Le seguí, apretando los dientes.

La diferencia de temperatura era brutal. Incluso con el abrigo puesto, me estremecí. El sonido estático también aumentó de golpe, como si alguien hubiera girado el dial en cuanto entré. El aire estaba cargado con un raro aroma dulce, no muy distinto al del arbusto trepador al otro lado de la ventana. Era denso, empalagoso y extrañamente asqueroso. No estaba claro de dónde salía.

No era una estancia en la que debías permanecer mucho rato.

Caminamos despacio, iluminados por los rayos de luz lunar, con las manos en los cinturones y examinando el suelo. La mayoría de las tablas parecían estar sujetas, rígidas y fuertes.

—Está en el centro, en alguna parte —dije—. Según la calavera.

—Qué calavera tan útil… Ah, este ha cedido un poco. Vigila, Lucy.

Sin pensárselo dos veces, se arrodilló y se puso en cuclillas sobre la tarima de madera, estudiando los bordes con sus dedos largos. Saqué el estoque del cinturón y recorrí despacio la sala. No quería quedarme quieta allí. Por algún motivo, necesitaba moverme.

Crucé la puerta y atravesé el descansillo. George me miró desde su sitio junto a la barandilla. Me saludó con la mano. La parte de atrás de su mochila estaba iluminada por el tenue brillo verde. Llegué hasta la ventana, desde donde se veían las tejas del porche de la entrada, el camino que llevaba a la colina y las copas de los árboles muertos. Pasé junto a una chimenea vacía. Por instinto, dejé que mis dedos tocaran los azulejos ennegrecidos.

Capté el sonido del pasado, cuando la habitación era cálida y el fuego crepitaba bajo la repisa.

—Aquí, mi querido amigo. El chico lo ha preparado todo para ti. Te hemos elegido para este gran propósito. ¡Tú serás el pionero!

Otra voz:

—Quédate ante él y levanta la tela. Dinos qué ves.

—¿Tú no lo has mirado aún, Bickerstaff? —La persona protestaba, muerta de miedo—. Debería recaer en ti…

—Será tu honor, mi buen Wilberforce. Es lo que tu corazón desea, ¿no es cierto? ¡Venga, hombre! Tómate un trago de vino para animarte. ¡Eso es! Estoy listo para anotar tus palabras. Ahora… Quitamos el velo… ¡Mira, Wilberforce! Mira y cuéntanos…

Un terrible frío, un alarido de miedo y, después, el zumbido de las moscas.

—¡No! ¡No puedo!

—¡Te aseguro que sí! ¡Rápido, agarradle! ¡Cogedle por los brazos! Mira, maldito seas… ¡Mira! ¡Y dínoslo! ¡Háblanos de las maravillas que ves!

Pero la única respuesta fue un grito cada vez más y más fuerte, hasta que cesó de pronto.

Mi mano se desprendió de la pared. Permanecí allí, rígida, con los ojos desorbitados y congelada por la impresión de lo que acababa de oír. La habitación seguía en silencio, como si todo el edificio estuviera aguantando la respiración. No podía moverme. El eco del miedo de un hombre muerto me había envuelto. El terror se apagó. Parpadeé, jadeé y recordé dónde estaba. En el centro de la sala, Lockwood estaba agachado junto a un tablón arrancado. Me miraba con una amplia sonrisa. Tenía varios papeles amarillentos y arrugados en la mano.

—¿Qué te parece? —Sonrió—. ¡La calavera decía la verdad!

—No. —Me acerqué a él dando tumbos y le agarré del brazo—. No sobre todo. ¡Escúchame! No fue Bickerstaff quien murió aquí. Fue Wilberforce. Bickerstaff le obligó a mirar a través del espejo de hueso, ¡justo en esta habitación! El espejo de hueso le mató, Lockwood. Fue Wilberforce el que murió en esta casa y creo que su espíritu sigue aquí ahora. Tenemos que salir. No digas nada. Vámonos.

Lockwood tenía la cara pálida. Se levantó y, en ese mismo momento, George apareció a nuestro lado. Le brillaban los ojos.

—¿Los habéis encontrado? ¿Tenéis los documentos? ¿Qué dicen?

—Luego te lo contamos —respondió Lockwood—. Pensaba que te había dicho que vigilaras las escaleras.

—Ah, si no pasa nada. Abajo está todo tranquilo. Anda, si está manuscrito y también tiene fotografías. Esto es fascinante…

—¡Salid! —grité.

Una presión cada vez más intensa palpitaba en mi oído.

La luz de la luna me parecía más densa que antes.

—Sí —dijo Lockwood—. Vamos.

Nos dimos la vuelta y vimos la figura enorme de Ned Shaw, de pie en el umbral de la puerta. Bloqueaba el hueco. Si le hubieras puesto una bisagra en la espalda y otra en el hombro, habría hecho las veces de una puerta de vaivén fea pero efectiva.

—George, ¿cuánto rato has estado exactamente sin vigilar las escaleras? —le pregunté.

—Pues puede que saliera corriendo hace un momento o dos para ver qué hacíais.

Los pequeños ojos de Shaw brillaban por el éxito y la sospecha.

—¿Qué es eso de ahí, Lockwood? —exclamó—. ¿Qué tienes en la mano?

—Todavía no lo sé —respondió él con tono triunfal. Se agachó y guardó los documentos en su bolsa.

—Tráemelos —ordenó Shaw.

—No. Déjanos pasar, por favor.

Ned Shaw soltó una carcajada y, con indiferencia, se inclinó sobre la jamba.

—No hasta que vea lo que tienes.

—Este no es un buen sitio para discutir —repliqué.

La temperatura había descendido y la luz de la luna se arremolinaba y se desplazaba por la habitación muy lento, como si el movimiento le diera vida.

—Quizá no sepas que esta habitación… —empezó Lockwood.

Shaw volvió a reírse.

—No, si ya lo veo. Hay brillos mortales y la miasma se está condensando. Incluso hay un poco de niebla fantasmagórica. Sí, no es un sitio en el que pasar el rato.

Lockwood entrecerró los ojos.

—En ese caso, coincidirás en que tenemos que salir ahora mismo —dijo, sacando el estoque.

Dio un paso hacia él. Shaw dudó y luego se echó hacia atrás (casi como si una de las bisagras que he mencionado estuviera bien colocada y engrasada) y nos dejó pasar.

—Gracias —respondió Lockwood.

Puede que fuera por cómo lo dijo (sin importancia, pero divertido y con desdén), por mi aspecto de desprecio absoluto, por

la sonrisa en el rostro de George o, simplemente, por una presión interna que no pudo contener, pero Ned Shaw explotó de pronto. Desenvainó su estoque y, con el mismo movimiento, le dio una estocada a Lockwood en la espalda. Reconocí la táctica. Era el giro Komiyama y se usaba para los espectros, los guardianes y los dobles. No para las personas. Mi grito ahogado, pronunciado cuando la espada aún estaba a medio camino, alertó a Lockwood.

Se dispuso a darse la vuelta, pero la punta del estoque rozó en horizontal la tela del abrigo, cortó los hilos y penetró en el tejido. Llegó justo debajo de su brazo izquierdo. Chilló y se alejó de un salto.

Con la cara roja y la respiración entrecortada, Shaw se precipitó hacia él como un toro enfurecido. Al llegar al centro del descansillo, Lockwood giró sobre sí mismo, apartó el estoque extendido de su enemigo e hizo dos cortes paralelos en el brazo de la espada de Shaw, de modo que la manga colgara suelta y flácida. Shaw soltó un bramido de rabia.

Pasos en la escalera. Kipps bajaba los peldaños de dos en dos. Kat Godwin y el pequeño Bobby Vernon le seguían. Todos tenían los estoques en la mano.

—¡Lockwood! —chilló Kipps—. ¿Qué está pasando?

—¡Ha empezado él! —gritó Shaw, esquivando desesperadamente una serie de golpes implacables mientras se alejaba por el rellano—. ¡Me atacó! ¡Ayuda!

—¡Eso es mentira! —clamé.

Pero Kipps ya se había lanzado para atacar. Avanzó hacia el costado de Lockwood. Era una posición desde la que él no podría verle. Astuta y afectiva, la estrategia típica de Fittes. Y entonces mi propia ira, que había estado acumulándose desde el ataque traicionero de Shaw y quizá incluso desde aquella noche en Wimbledon, me abrumó. Con el estoque alzado, embestí hacia delante.

Antes de que pudiera alcanzar a Kipps, Kat Godwin se abalanzó sobre mí. Nuestras espadas se encontraron con un choque débil y grave. La fuerza de su primer golpe casi me arrebata el estoque, pero volví a ajustar el agarre, aguanté el impacto y me mantuve firme. Permanecimos unidas durante unos segundos. Pude oler el tufo alimonado de su perfume y ver las nítidas puntadas de su

elegante chaqueta gris. Nos separamos caminando en círculo. El polvo de nuestras pisadas flotaba y brillaba en el aire plateado. Hacía mucho frío. Me zumbaban los oídos.

George también iba directo a Lockwood para defenderle de Kipps y de Vernon en el otro lado. Lockwood le había quitado parte de la segunda manga a Shaw. Trozos de tela raída se esparcían por el suelo iluminado por la luna.

Godwin se apartó un mechón de pelo de los ojos. Tenía la cara tan dura e inmóvil que podría haber sido de mármol. Puede que yo tuviera el mismo aspecto. Parte de mi mente me gritaba y me instaba a parar y calmarme. Pero eso es difícil cuando estás en una casa encantada, porque las emociones se desvían y se distorsionan. Estaba furiosa, sí, como todos, pero también me preguntaba hasta qué punto la atmósfera de la casa nos estaba llevando a los extremos: George alejó a Vernon con varias estocadas feroces y luego se apartó cuando Kipps le dio en el muslo con un oportuno empujón, y Lockwood, con su fría y sistemática precisión, redujo la chaqueta de Shaw a aún más jirones. Godwin…

El siguiente ataque de Kat Godwin fue el doble de rápido que los anteriores. Pálida y con la mirada penetrante, me dio un espadazo en el brazo. La punta del estoque acertó de lleno en la piel desprotegida entre los huesos de la muñeca, justo detrás del guardamano. Me atravesó la piel y me hizo gritar. Me agarré la muñeca. Gotas de sangre aparecieron entre los dedos.

Impactada, la miré a ella y luego a su espalda. Abrí la boca. Me alejé.

—¿Te rindes? —preguntó Godwin.

Sacudí la cabeza mientras señalaba hacia el estudio vacío.

En el centro del haz de luz lunar, en el foco iluminado bajo la ventana, una figura oscura se elevaba del suelo.

Un violento silencio la acompañaba. La luz se retorcía y se espesaba. Columnas de niebla fantasmagórica se agitaban y se sacudían junto a la puerta. Una oleada de aire helado salió de la habitación, nos bañó y nos empujó escaleras abajo. Aquella miasma repugnante y aquel dulzor empalagoso e insoportable se incrementaron hasta ahogar nuestros pulmones.

Kat Godwin hizo un ruido incoherente. Se había dado la vuelta y ahora permanecía a mi lado con la boca abierta. Los demás habían

bajado las armas y se quedaron igual de paralizados.

La figura se alzó.

—Madre mía —dijo alguien—. Bickerstaff.

No era Bickerstaff. Ahora lo sabía. No era Bickerstaff, sino Wilberforce, el hombre que había mirado el espejo. Sin embargo, aquella no era toda la espeluznante verdad de la aparición que vimos.

Lo que estaba claro es que se trataba de una vaga figura humana, pero algo había salido mal. Giraba y se retorcía y, desde ciertos ángulos, tenía la apariencia de un caballero alto que quizá llevara una especie de levita. El contorno de la cabeza era bastante visible y se inclinaba como si soportara un gran peso. No lograba ver bien el resto. Tenía los brazos hinchados, y el pecho y el estómago se ondulaban de forma extraña. Todo permanecía oculto en las sombras, así que no vi ningún detalle.

La figura se elevó hasta la luz, balanceándose y temblando, como si respondiera a una música frenética interna. El movimiento era horroroso e irradiaba pánico a través del aire helado. El bloqueo fantasmal se apoderó de mis músculos. Sentí que mis entrañas se aflojaban y el estoque se estremecía en mi mano.

Bamboleándose como un hombre borracho, con la cabeza colgando, el cuerpo vacilante y retorciéndose con una horrenda gracia fluida, la figura se elevó, perfilada contra la luna. Pequeñas redes de hielo se extendieron y se fusionaron con los cristales que había tras la ventana. La cabeza seguía inclinada. Las torsiones del cuerpo, insignificantes y a la vez frenéticas, aumentaron, como si quisiera romperse en pedazos. Alzó la cabeza y nos miró; era un vacío negro que absorbía la luz.

Una voz desesperada gritó en mi mente.

—¡Bickerstaff! ¡No! ¡No me muestres el espejo!

Alguien, creo que Godwin, empezó a chillar.

No la culpaba. La figura se rompía con cada sacudida.

Se movía de un lado a otro como un perro mojado. Conforme lo hacía, trozos de sustancia se separaban de ella. Era como si trozos de carne se desprendieran y cayeran al suelo.

Cuando aterrizaban, los bultos se alargaban y se convertían en formas negras y bajas que saltaban y recorrían la habitación, antes de dar vueltas en círculo hacia la puerta.

—¡Ratas! —gritó Lockwood—. ¡Volved a la escalera! ¡Salid!

Su voz rompió el bloqueo fantasmal y, uno a uno, recordamos que éramos agentes. Justo en el momento perfecto, pues las primeras formas negras ya habían llegado hasta nosotros. Tres figuras brillantes, negras como el carbón y con los ojos enfurecidos, atravesaron corriendo la puerta. Una se lanzó hacia George, que la saludó con un increíble movimiento de estoque.

La rata explotó y una lluvia de ectoplasma azul manchó la chaqueta de Vernon, que gritó. Lockwood lanzó una bomba de sal y prendió otra rata, que ardió con una llama airada. La tercera utilizó sus patas para subir por la pared.

En la ventana lejana, rodeada de un halo de fuego azul, la figura infernal saltó y brincó, como si disfrutase de un baile. Sus costillas brillaban y los huesos de sus brazos sobresalían del torbellino de carne que se deshacía. Nuevos trozos y pedazos se desprendieron y las ratas fantasmales se dispersaron por las paredes y el techo. Más roedores cruzaron la puerta.

—¡Atrás! —volvió a gritar Lockwood.

Caminaba de espaldas lentamente y con cuidado, cortando las formas que se acercaban con las garras preparadas. George y yo hicimos lo mismo. De los agentes de Fittes, Shaw y Godwin fueron los que se retiraron de forma más ordenada. Shaw formó un amplio círculo esparciendo virutas de hierro, haciendo que las ratas que se acercaban burbujearan, saltaran y giraran. Godwin tiraba bombas de sal a diestro y siniestro.

¿Kipps? Él ya había huido. Oí sus botas armando un jaleo acobardado en las escaleras. Pero Bobby Vernon parecía aturdido por el pánico. No atacaba ni se apartaba, sino que su estoque colgaba sin fuerzas y sus ojos estaban clavados en la cosa huesuda y danzante.

Esta sintió su debilidad. Los visitantes siempre lo hacen.

Las ratas se dirigieron hasta él desde las paredes y el techo. Una se lanzó sobre su cabeza. Lockwood corrió, con el abrigo sacudiéndose. Alzó la espada e, interrumpiendo la caída, partió la rata en dos. El plasma cayó como una llovizna de líquido fundido.

Vernon gimió y Lockwood le agarró por el cuello de la camisa y le arrastró hasta las escaleras. Las veloces formas negras corrían por todas partes. Lancé una bomba de sal, que las alejó con un alarido.

El rellano estaba cubierto de sal y de hierro, y unas ratas en llamas se retorcían y menguaban en las esquinas.

Alcanzamos los peldaños. Lockwood lanzó a Vernon por delante, saltó por encima de una rata que se revolvió, chocó con el rodapié y se estrelló contra el suelo. Yo era la última. Observé la habitación vacía a mi espalda. Envuelto en una llama ardiente, el espectro junto a la ventana casi estaba reducido a huesos. Mientras lo miraba, vi cómo caía, se desintegraba por completo y de él salían decenas de formas fugaces que daban más y más vueltas a su alrededor.

—Te lo suplico —clamó la voz desesperada y lejana—. ¡No me muestres el espejo!

Me arrojé sobre la curva de las escaleras, por el pasillo y hacia la puerta abierta.

—¡El espejo no…!

Atravesé la puerta principal, crucé el porche y caí sobre la hierba crecida, húmeda e iluminada por la luna. La noche veraniega me envolvió y, por primera vez, me di cuenta del frío que había pasado. Shaw y Godwin ya habían aterrizado en el suelo. Vernon se había desplomado contra uno de los pilares del porche. George y Kipps habían tirado sus estoques y estaban casi doblados, jadeando y con las manos apretadas contra las rodillas.

A Lockwood apenas le faltaba el aliento. Alcé la vista hacia la ventana del piso de arriba donde, iluminada por la luz fantasmagórica azul, la figura delgada y las ratas que bailaban y danzaban todavía podían verse. Las ratas saltaban y brincaban mientras subían y bajaban por las paredes y el techo. Salían y entraban de la figura, dándole la apariencia momentánea de un caballero Victoriano con una bata de cola oscilante y luego volviéndola a dejar en los huesos.

La luz se apagó. La casa permaneció a oscuras bajo la luna.

Me di la vuelta y, justo en ese momento, una risa breve y malvada sonó en mi mente. Una tenue luz verde brilló una sola vez en la parte de atrás de la mochila de George y luego se apagó.

Lo único que quedaba eran siete agentes agotados y faltos de aire tirados sobre la tranquila colina.

20

—¡Destrúyela! —grité—. Es la única opción. La llevamos a la incineradora y que la quemen ahora mismo.

—Ya, pero ¿de verdad sería práctico? —murmuró Lockwood.

—Por supuesto que no —respondió George—. No podemos hacer eso, de ninguna manera. Es demasiado importante para nosotros y para la ciencia psíquica en general. Y, Luce, tirarme mermelada de naranja a la cabeza no es un argumento válido, la verdad. Tienes que calmarte.

—Me calmaré cuando esta maldita calavera se haya ido —mascullé.

Le lancé la cuchara de la mermelada al frasco. Chocó con el lateral del cristal, botó con un ruido metálico y aterrizó sobre la mantequilla.

—Pobrecita… —Un susurro burlón sonó en mi cabeza—. Cuánto genio… Menudo espectáculo estás dando.

—¡Y tú puedes callarte! —bramé—. No necesito que te metas tú también.

Ya era de día, lo que significaba que el cielo estaba mucho más

despejado, podíamos volver a desayunar y, en mi caso, me quedaba mucha rabia acumulada que soltar. No había salido en el largo camino de vuelta a casa desde Hampstead, ni en mi sueño intermitente. Ni siquiera se había despertado cuando llegué a la cocina y vi el frasco sellado en la encimera. Pero entonces, mientras hablábamos de lo que había pasado la noche anterior, oí la risa ronca del fantasma penetrando en mi mente y el control que tenía desapareció. Me abalancé sobre el frasco y Lockwood evitó a duras penas que lo rompiera allí mismo.

—¡Ya os lo he dicho, nos engañó para que fuéramos a la casa! —grité—. ¡Sabía lo que había pasado en esa sala! ¡Sabía que el fantasma de Wilberforce estaría allí! Por eso soltó lo de los documentos y luego nos llevó al piso de arriba. Es vengativo y malvado, y somos tontos por escucharle. Tendríais que haber oído cómo se rio anoche de nosotros y ahora lo ha vuelto a hacer.

—Aun así, tenemos los documentos —dijo Lockwood con voz suave—. En eso no mentía.

—¿No ves que solo lo hizo para atraparnos? Se aprovecha de nuestras debilidades. ¡Y se mete en mi cabeza para conseguirlo! A vosotros os da igual, porque no oís sus horribles susurros.

—Vaya, qué mezquina —dijo la voz de la calavera—. Ya podrías ser coherente. Lo último que oí era a ti suplicándome que hablara. Y tampoco sé por qué estás siendo tan desagradecida. Os conseguí los documentos y también una buena sesión de ejercicio. Un espiritucho patético como el de Wilberforce nunca os habría dado problemas serios. —Soltó una risa dulce—. ¿Y bien? Estoy esperando a que me des las gracias.

Miré al frasco. La luz del sol bailaba en silencio sobre los laterales del cristal y no había ni rastro del rostro espectral. Pero una puerta se abrió de golpe en mi mente y rescató un recuerdo nítido. Era de anoche, cuando estábamos en la casa. Uno de los ecos del pasado había hablado. «Inténtalo con Wilberforce. Está ansioso. Él lo hará…», había dicho la voz.

El tono me resultaba familiar. Lo conocía muy bien.

—¡Era él! —Señalé a la calavera—. ¡Era él quien hablaba con Bickerstaff en el taller! Menos mal que no sabía nada del espejo… ¡Estuvo allí cuando lo hicieron! Y no solo eso, sino que sugirió que fuera Wilberforce quien mirara.

La calavera me sonrió desde el centro del plasma.

—Impresionante —susurró—. Tienes un don. Sí, y fue una pena que el pobre Wilberforce no tuviera la fuerza para soportar lo que vio. Pero ahora el espejo de mi maestro ha regresado. Quizá alguien más lo use y le ilumine.

Transmití sus palabras a los demás. Lockwood se inclinó hacia delante.

—Genial, hoy está hablador. Pregúntale qué hace exactamente el espejo, Luce.

—No quiero preguntarle nada a esa criatura asquerosa. Además, es imposible que nos lo diga.

—Espera —replicó el fantasma—. Intenta preguntármelo de buenas maneras. Un poco de cortesía podría servir.

Lo miré.

—Por favor, dinos qué hace el espejo.

—¡Piérdete! Hoy no has sido muy educada, así que podéis iros a meter las cabezas en agua hirviendo.

Sentí cómo desaparecía la presencia. El plasma se nubló y ocultó la calavera.

Apretando los dientes, lo repetí todo. Lockwood rio.

—Está claro que se ha aprendido unas cuantas frases de tanto escuchar a escondidas.

—A mí me gustaría que oyera otras cosas… —bramé.

—Ya. Tenemos que distanciarnos de él —dijo Lockwood—. Sobre todo tú, Lucy. No podemos dejar que nos tome el pelo. —Se acercó al frasco y cerró la palanca de la tapa de plástico para impedir cualquier conexión con el fantasma. Luego lo cubrió con un paño—. Poco a poco nos está dando lo que queremos, pero creo que a todos nos vendría bien algo de privacidad. Dejemos que esté callado un rato.

Sonó el teléfono y Lockwood fue a cogerlo. Yo también salí de la cocina. Tenía la cabeza adormecida y los ecos de los susurros fantasmales aún estaban en mis oídos. Aunque agradecía tener algo de paz sin la calavera, aquello no me hizo sentir mucho mejor. Solo era un respiro temporal. Pronto querrían que volviera hablar con el fantasma.

Fui al salón para descansar. Me acerqué a la ventana y observé la calle.

Había un espía.

Se trataba de nuestro viejo amigo, Ned Shaw. Con el rostro gris, sucio y pálido, parecía un feo buzón de correos colocado en el lado contrario de la calle que observaba impasible nuestra puerta principal. Resultaba más que evidente que no había pasado por casa, puesto que llevaba la misma chaqueta que la noche anterior, medio destrozada por el estoque de Lockwood. Sujetaba un café para llevar en una mano y tenía un aspecto totalmente miserable.

Volví a la cocina, donde acababa de entrar Lockwood. George estaba liado lavando los platos.

—Siguen vigilando la casa —dije.

Lockwood asintió.

—Bien. Eso demuestra lo desesperados que están. Así responde Kipps a que hayamos descubierto los documentos. Sabe que tenemos algo importante y le aterra perderse nuestro siguiente paso.

—Ned Shaw lleva ahí toda la mañana. Casi me siento mal por él.

—Yo no. Todavía me duele el pinchazo. ¿Cómo va tu corte, Lucy?

Una pequeña tirita tapaba la zona donde me había golpeado el estoque de Kat Godwin.

—Bien.

—Hablando de objetos afilados, el que llamaba era Barnes —nos contó Lockwood—. El DICM ha analizado el cuchillo que mató a Jack Carver. ¿Recuerdas que te dije que era una daga mogola? Tenía razón, aunque me equivoqué en el siglo. Al parecer es de principios del siglo XVIII. Toda una sorpresa.

—¿Y de dónde la robaron? —preguntó George—. ¿De qué museo?

—Aunque suene extraño, ningún museo la ha reclamado. No sabemos de dónde ha salido. Hay una casi idéntica en el Museo de Londres. La encontraron en la tumba de un soldado británico en el cementerio de Maida Vale hace un par de años. Habían destinado al tipo a la India y le enterraron con todo tipo de objetos raros. Los sacaron de la tumba, el DICM los revisó y los exhibieron. Pero esa sigue guardada en una vitrina, así que la procedencia de la otra daga es un misterio.

—Yo sigo pensando que ha salido del Emporio de Antigüedades

de Bloomsbury —dije—. Y de nuestro amigo Winkman.

—Él es el sospechoso más obvio —coincidió Lockwood—. Pero ¿por qué no recuperaría el dinero? Date prisa con los platos, George. Quiero mirar los papeles que encontramos.

—Pues podrías echarme una mano —sugirió George—. Así será más rápido.

—Ah, pero si ya casi has acabado. —Con indiferencia, Lockwood se apoyó sobre la encimera y contempló el viejo manzano del jardín —. ¿Qué sabemos? ¿Qué sabemos realmente después de lo de anoche? ¿Hemos avanzado algo en el caso o no?

—Tenemos tan poco que Barnes apenas nos pagaría —respondí —. Winkman tiene el espejo de hueso y aún no sabemos para qué sirve.

—Sabemos más de lo que crees —opinó Lockwood—. Así lo veo yo. Edmund Bickerstaff, y, al parecer, también el tipo del frasco, hizo un espejo que producía unos efectos espantosos en todo aquel que mirara a través de él. Se suponía que haría otra cosa —la calavera habló de que aportaba conocimiento—, pero estaban dispuestos a dejar que los demás asumieran el riesgo. Wilberforce lo miró y pagó las consecuencias. Por motivos que desconocemos, quizá porque Bickerstaff entró en pánico y huyó, dejaron el cuerpo de Wilberforce en la casa y, cuando lo descubrieron, las ratas ya habían hecho su trabajo. Pero ¿qué le pasó a Bickerstaff? Nunca volvieron a verle, pero alguien le enterró a él y al espejo en Kensal Green, dejando órdenes urgentes de que nadie lo moviese de allí.

—Creo que esa persona fue Mary Dulac —añadió George—. Por eso estoy deseando que encontremos sus confesiones.

Lockwood hizo un gesto afirmativo.

—Fuera quien fuera, enterró a Bickerstaff. Nosotros abrimos su tumba. El fantasma salió y por poco ataca a George.

—Y el espejo también estuvo a punto de atraparle —dije—. Lo habría hecho, si no lo hubiéramos bloqueado tan rápido.

—Eso piensas tú —contestó George. Estaba contemplando el jardín—. Pero ¿quién sabe? Puede que no me hubiera pasado nada. Puede que hubiera tenido la fuerza suficiente para aguantar el peligro y ver lo que había dentro del espejo… —Suspiró—. En fin, ya he terminado. Pásame ese paño.

Lockwood se lo tendió.

—El misterio que nos atañe —empezó— es el siguiente: alguien informó a Carver y a Neddles sobre el espejo. Carver organizó el asalto, pero Neddles murió. Carver se lo vendió a alguien por mucho dinero (asumimos que a Julius Winkman) y luego le asesinaron. No sabemos quién lo hizo. Lo que pensamos que sabemos es que Winkman tiene el espejo de hueso y ese dato es esencial para que ganemos a Kipps y a su estúpida pandilla con este caso. —Dio una palmada—. Eso es todo. ¿Qué os parece el resumen?

—Muy bien. —George y yo estábamos sentados junto a la mesa con aire expectante—. Creo que ahora deberíamos leer los documentos de Bickerstaff.

—Cierto.

Lockwood se colocó detrás de nosotros y sacó de su chaqueta los papeles arrugados que se había llevado de la casa encantada la noche anterior. Eran tres páginas: grandes hojas de pergamino con manchas de décadas de secretismo, humedad, suciedad y mordiscos de gusano. Cada hoja estaba cubierta por ambas caras con garabatos manuscritos y entintados, la mayoría muy juntos, pero separados con algunos dibujos pequeños repartidos.

Con el ceño fruncido, Lockwood inclinó los papeles hacia la ventana.

—Vaya —dijo—. Está en latín. ¿O es griego antiguo?

George entornó los ojos y observó el escrito tras sus gafas.

—Obviamente no es griego. Quizá sea algún dialecto medieval del latín… Aunque parece un poco raro.

—¿Por qué los documentos misteriosos y las inscripciones siempre tienen que estar en algún idioma antiguo y muerto? —gruñí—. Tuvimos el mismo problema con el guardapelo de Fairfax, ¿os acordáis? Y con la lápida de Saint Paneras.

—Imagino que no entiendes nada de esto, ¿no, George? —preguntó Lockwood.

George sacudió la cabeza.

—No. Pero sí sé de alguien que puede que sepa. A Albert Joplin se le dan bien todo este tipo de cosas históricas. Me habló de una biblia del siglo XVI que encontró en una de sus excavaciones en un cementerio. Creo que también estaba en latín. Podría enseñarle los documentos y ver si los traduce. Bajo juramento de

confidencialidad, claro.

Lockwood apretó los labios y tamborileó en la mesa con los dedos, indeciso.

—En el DICM hay expertos en idiomas, pero se lo contarían todo a Barnes y Kipps se enteraría por él. Vale, no me gusta mucho, pero no tenemos otra opción. Puedes ir y ver a Joplin. No, mejor, pídele que venga aquí. No queremos que Ned Shaw se te eche encima y te robe los papeles en cuanto pongas un pie en la calle.

—¿Y qué hay de los dibujos? —pregunté—. Para eso no necesitamos a un experto, ¿no?

Desplegamos los pergaminos sobre la mesa y nos acercamos para analizar las pequeñas imágenes. Había varias, todas hechas con acuarelas. Ilustraban distintos momentos dentro de una narración. El arte era bastante tosco, pero muy detallado. El estilo de las figuras, la ropa que llevaban y las escenas que representaban dejaban claro que las imágenes eran muy antiguas.

—No son de la época victoriana —apuntó George—. Apuesto a que originalmente eran de un manuscrito de la Edad Media. Quizá el texto también lo sea. Bickerstaff lo encontró en alguna parte y lo copió todo. Creo que esto fue lo que inspiró sus ideas.

La primera ilustración mostraba a un hombre con una túnica larga encorvado junto a un agujero. Era de noche, ya que había una luna en el cielo e indicios de árboles en el fondo. Dentro del agujero había un esqueleto. El hombre parecía inclinarse sobre el hueco y coger un hueso largo y blanco. En la otra mano tenía un delgado crucifijo para ahuyentar a la tenue figura pálida que se alzaba a sus espaldas, medio enterrada en el suelo.

—El robo de una tumba —comentó Lockwood—. Y el uso de hierro o plata para mantener alejados a los fantasmas.

—Es tan tonto como nosotros —dije—. Sería mucho más sencillo hacerlo durante el día.

—Quizá tuviera que hacerlo por la noche —replicó George lentamente—. Sí… Quizá tuviera que ser así. ¿Qué es lo que indica la siguiente imagen?

En la siguiente aparecía otro hombre en túnica —presuntamente la misma persona—, de pie junto a una horca en una colina. La luna volvía a estar en el cielo, esta vez cubierto de masas de nubes. Un cadáver en descomposición colgaba del árbol donde había sido

ahorcado. No era más que huesos y harapos. El hombre parecía estar cortándole uno de los brazos al cuerpo con un cuchillo largo y curvo. También alzaba el crucifijo, pero esta vez para mantener a raya a dos espíritus: uno vaporoso que flotaba tras el cuerpo ahorcado y otro de aspecto siniestro que permanecía tras el vástago de la horca. Junto al hombre había un saco abierto, en el que se veía el hueso del primer dibujo.

—Este tipo no está haciendo muchos amigos —murmuró Lockwood—. Ya ha molestado a dos fantasmas.

—Esa es la cuestión —dijo George con la voz entrecortada—. Está buscando adrede huesos que tengan conexión con un visitante. Busca orígenes. ¿Qué hace luego?

Hacía más de lo mismo, aunque esta vez en una especie de habitación de ladrillo. Los huecos o las estanterías de la pared estaban repletas de pilas de huesos y calaveras. Con el saco abierto a sus pies, el hombre elegía un cráneo del estante más cercano mientras blandía sin mucha preocupación el crucifijo a las tres figuras pálidas que tenía detrás. Las dos primeras eran fantasmas resentidos, pero había otra nueva.

—Es una catacumba o un osario —explicó Lockwood—. Se usaban para guardar los huesos cuando los camposantos estaban muy llenos. Estos tres dibujos muestran los mejores sitios para encontrar un origen. Y el cuarto…

Le dio la vuelta al pergamino y se detuvo.

—Vaya —dije.

La cuarta imagen era distinta a las demás. En ella había un hombre solo en una cámara de piedra. El sol brillaba sobre los campos que se veían tras una puerta abierta. Estaba junto a una mesa de madera, en la que trabajaba para construir algo usando varios trozos de hueso. Parecía estar cosiendo los huesos de alguna forma y uniéndolos alrededor de un pequeño objeto redondo.

Un trozo de cristal.

—Es una guía —comenté—. Te explica cómo hacer el espejo de hueso. Y el idiota de Bickerstaff siguió las instrucciones. ¿Hay una quinta imagen?

Lockwood cogió el último trozo de pergamino y lo giró.

Sí había otra.

En el centro de la ilustración estaba el espejo de hueso, colocado

en vertical sobre una columna baja o pedestal. La hiedra rodeaba el pedestal, que también estaba decorado con grandes flores de colores claros. A la izquierda, el hombre se inclinaba frente al pedestal. Tenía una de las manos ahuecada sobre los ojos, que observaban el espejo con una expresión de intensidad impenetrable. Normal que fuera así, ya que en el lado opuesto de la columna aparecía toda una multitud de personas con túnicas raídas y vestiduras. Todas estaban tan delgadas como un cadáver. Algunas seguían teniendo rostro y mechones de pelo cubrían la parte de atrás de sus cabezas, mientras que otras se habían convertido en esqueletos. Las túnicas dejaban entrever huesos, piernas y pies escuálidos. En resumen: ninguna tenía pinta de estar muy sana. Todas estaban frente al espejo de hueso, como si le devolvieran la mirada al hombre y le estudiaran con el mismo interés que él a ellas.

Contemplamos el pergamino y a la muchedumbre formada por pequeñas figuras en fila. Un profundo silencio inundó la habitación soleada.

—Sigo sin entenderlo —dije al cabo de un rato—. ¿Para qué sirve el espejo?

George se aclaró la garganta con un sonido áspero.

—Para mirar a través.

Lockwood le apoyó.

—No es un espejo. Es una ventana. Una ventana al más allá.

—Toc, toc.

No es habitual que algo nos sobresalte a los tres a la vez. Vale, cuando abrimos la tumba de la señora Barrett superamos un récord personal de saltos, pero aquello fue por la noche. ¿Durante el día? No. Eso nunca pasa. Sin embargo, solo bastó con el sonido de unas uñas arañando un cristal y una sombra acechando a nuestras espaldas en la ventana de la cocina. Nos dimos la vuelta y vimos una mano huesuda y agarrotada que tocaba el cristal. Atisbé un cuello y unos hombros flacuchos, así como un flequillo pálido que cubría una cabeza extraña y deforme. Salté del asiento y la silla de Lockwood se estrelló contra la nevera. George se sobresaltó tanto que se enredó con las fregonas que había detrás de la puerta y empezó a atacarlas, presa del pánico.

Durante un segundo, ninguno pudo hablar. El sentido común se interpuso.

No podía ser algo muerto. Era media mañana. Volví a mirar.

El sol brillaba tras la figura, lo que la teñía casi de negro. Entonces distinguí el espantoso contorno del andrajoso sombrero de paja, la cara sucia y la mirada maliciosa.

—Ah —dijo Lockwood—. Es Flo.

George parpadeó.

—¿Flo Bones? ¿Eso es una chica?

—Eso hemos asumido. Nunca se ha demostrado con certeza.

La cara de la ventana se movía de un lado a otro. Parecía estar hablando o, al menos, su boca se contorsionaba de forma alarmante. Agitaba la mano con violencia, arañando el cristal.

George parecía absorto e impaciente.

—Dijisteis que era tranquila y refinada.

—Ah, ¿sí? No lo recuerdo. —Lockwood le indicó mediante gestos que fuera a la parte de atrás de la casa. Cuando la cara se alejó de la ventana, él se encaminó hacia la puerta de la cocina—. ¡Seguro que es por Winkman! ¡Perfecto! Es justo lo que necesitamos. Voy a dejar que pase. Luce, esconde los papeles. George, busca azúcar y pon la tetera.

Él estudió las manchas grasientas que había dejado en la ventana.

—¿Creéis que querrá té? Parece más bien el tipo de chica al que le gusta el alcohol desnaturalizado.

—Mejor café —opiné—. Y un consejo rápido. No hagas comentarios fáciles sobre ella. Se ofende rápido y probablemente te destriparía.

—La historia de mi vida —respondió George.

Fuera, los pájaros de verano enmudecieron, quizá estupefactos por la figura que zapateaba sobre los peldaños del jardín. Lockwood salió y, un momento después, Flo Bones irrumpió en la cocina con sus enormes botas de agua, acompañada de su saco de cáñamo, el ceño fruncido y el olor a marea baja. Permaneció en el umbral y nos observó a todos en silencio.

Durante el día, su chaqueta acolchada parecía lacia y casi descolorida, y era difícil decir dónde acababa su pelo y empezaba el sombrero de paja. Una mancha enorme de barro grisáceo recorría sus vaqueros y siete tonalidades de tierra le decoraban el rostro redondo. En otras palabras: todas las horribles insinuaciones de la

noche se habían hecho realidad. Los ojos azules parecían estar llenos de duda y casi nerviosismo. Se comportaba con menos fanfarronería que antes, como si la luz del día —y quizá lo que la rodeaba— la intimidara un poco.

—Bienvenida —dijo Lockwood cerrando la puerta—. Qué bien que hayas venido.

La saqueadora de reliquias no respondió. Permaneció callada mientras observaba la cocina y analizaba los muebles, los montones de comida y el equipo apilado. De pronto, me pregunté dónde comía y dormía cuando no estaba trabajando en la orilla del río… Me aclaré la garganta.

—Hola, Flo —la saludé—. Te prepararemos una taza de café.

—Sí, me vendría bien un café… No estoy acostumbrada a estar despierta a estas horas. —Su voz sonaba más callada y pensativa de lo que recordaba—. Menuda casa tienes, Locky. Una buena choza. Hasta veo que tienes un escolta personal ahí fuera.

—Ah, ¿Ned Shaw? —preguntó Lockwood—. ¿Le has conocido?

—Le he visto, pero él a mí no. Estaba echando una cabezadita detrás de un periódico. Aun así, fui por detrás y llegué al jardín, para no levantar sospechas. No quiero que vayan diciendo por ahí que socializo con gente como vosotros.

Sonrió, mostrando unos dientes sorprendentemente blancos.

—Eso está genial —contestó Lockwood—. Bien hecho.

George estaba preparando el café y carraspeó con fuerza.

Lockwood frunció el ceño.

—Ah, perdona. Tengo que presentaros. Flo, este es George. George, esta es Flo. Y bien, Flo, ¿qué nos has traído? ¿Te has enterado de algo sobre Julius Winkman?

—Pues sí —respondió Flo—. Dicen que va a celebrar una subasta mañana por la noche. —Hizo una pausa para que asimiláramos de verdad la información—. Eso es rápido hasta para Winkman. Solo tiene esa cosa desde hace un par de días y ya ha organizado algo. Claro que quizá es porque es muy valiosa o puede que intente deshacerse de ella lo antes posible. ¿Por qué? Porque es repugnante. No sabéis lo que se rumorea…

—¿Alguno de esos rumores dice que Winkman mató a Jack Carver? —pregunté.

—He oído hablar de ese pequeño incidente —contestó Flo—. Por

lo que entendí, murió justo aquí, en tu casa. ¿Qué te pasa, Locky? Vas a conseguir una reputación. No, no dicen que fuera Winkman, aunque estoy segura de que podría haberlo hecho. Lo que sí dicen es que cualquiera que tenga algo que ver con el espejo tiene mala suerte. Uno de los hombres de Winkman se miró en él. No había nadie para detenerle. Y la palmó. Sí, tomaré un poco de azúcar, gracias.

George le había tendido una taza de café y un plato en una bandeja pequeña.

—Dale una cuchara sopera —le sugerí—. Será más rápido.

Sus ojos azules se posaron en mí, pero Flo no dijo nada mientras se ocupaba de su bebida.

—Pues lo de la subasta —continuó—. Hay un sitio cerca de Blackfriars, en la orilla norte del Támesis. Allí solían trabajar empresas de transporte, así que casi todos los edificios son almacenes viejos. Ahora muchos están vacíos y nadie va allí por la noche, excepto los nómadas, como yo. Winkman usará uno de esos mañana. El viejo almacén de la pescadería Rostock, justo en la ribera. Va, instala a sus hombres, completa la venta y se pira. Todo eso en una hora o dos. Pasa muy rápido.

Lockwood la miraba fijamente.

—¿A qué hora es la subasta?

—A medianoche. Es solo para clientes exclusivos.

—¿Habrá seguridad?

—Claro. Pondrá a unos gorilas a vigilar.

—¿Y tú conoces el sitio, Flo?

—Sí, lo conozco. A veces me peino allí.

—¿A qué altura estará el río mañana a medianoche?

—Profundo. Algo más que cuando hay marea alta. —Resoplé y ella me miró con la frente arrugada—. ¿Y a ti qué mosca te ha picado?

—Que acabo de acordarme de algo —respondí—. ¡Mañana por la noche! Es diecinueve. ¡Sábado diecinueve de junio! ¡Es la gran fiesta de Fittes! Se me había olvidado por completo.

—A mí también —dijo Lockwood—. Bueno, no veo por qué no podemos hacer ambas cosas. Sí… ¿Por qué no? Haremos que sea una noche inolvidable. —Se acercó a la mesa y le dio la vuelta a una silla—. George, la tetera; Lucy, las galletas. Flo, ¿por qué no te

sientas?

Nadie se movió. Todos le mirábamos.

—¿A qué te refieres con «ambas cosas»? —preguntó George.

—En realidad es muy sencillo. —Lockwood sonreía. El brillo de su sonrisa llenaba la habitación—. Mañana por la noche disfrutaremos de la fiesta. Luego iremos a robar el espejo.

21

Si hay algo más estresante que unas ratas fantasmas hambrientas que te atacan es enterarte de que vas a ir a una fiesta elegante y no tienes nada que ponerte. Según Lockwood, que estaba suscrito a una revista llamada *La sociedad londinense*, la etiqueta en este tipo de ocasiones era esmoquin para los hombres y vestido de cóctel para las mujeres. Los agentes también tenían permitido ir con los uniformes de su agencia y sus estoques, pero como nosotros no teníamos, aquello no ayudaba mucho. Era cierto que había varias prendas en mi armario que podrían considerarse «vestidos» si fuera necesario, pero estaba claro que no eran de «cóctel». En la mañana de la gran fiesta de aniversario de Fittes, esto hizo que entrara en pánico. Tras un frenético viaje a los grandes almacenes de la calle Regent, a media mañana había vuelto, sin aliento y cargada con bolsas y cajas de zapatos. Me encontré con Lockwood en la entrada.

—No sé si me servirá algo de esto —dije—, pero no me queda otra. ¿Qué os vais a poner George y tú?

—Yo tengo algo por ahí. George no sabría reconocer un traje ni aunque la ropa caminara y le diera un tortazo en la cabeza. Pero no

se ha preocupado por eso. Su amigo Joplin lleva aquí dos horas. Están mirando el manuscrito.

Ahora que lo mencionaba, oía el murmullo de unas voces en el salón, interrumpiéndose mutuamente a gran velocidad.

—¿Puede traducirlo?

—No lo sé. Dice que es muy arcano. Pero está sumamente emocionado. Él y George se han puesto a ulular como un par de búhos. Ven a verlo. De todas formas, quiero que se vaya. Tenemos que prepararnos para esta noche y necesito salir a ver a Flo.

Habían pasado tres días desde que vimos a Albert Joplin y, sinceramente, casi me había olvidado de su existencia. El pequeño archivista del cementerio era ese tipo de hombre. La última vez que le miré, poco después del robo en Kensal Green, parecía una figura angustiada y enfadada que criticaba en voz alta la falta de seguridad de la excavación. Su estado de ánimo había mejorado claramente. Cuando entramos, George y él estaban sentados junto a la mesita, el uno frente al otro, charlando y riendo a carcajadas mientras observaban los documentos de Bickerstaff que habían colocado delante de ellos. Joplin tenía el mismo aspecto encorvado y erudito de siempre, y una ligera capa de caspa seguía helándole los hombros. Pero hoy le brillaban el rostro y los ojos. Si hubiera tenido la suerte de tener barbilla, sin duda se le saldría de la emoción. Estaba garabateando con rapidez en un cuaderno cuando entramos.

—Ah, hola, señor Lockwood —saludó—. Acabo de terminar de transcribir el texto. Muchas gracias por enseñármelo. Es todo un hallazgo.

—¿Ha avanzado con la traducción? —preguntó Lockwood.

Joplin se pasó una mano por la mata de pelo enmarañado y una pequeña nube gris de partículas flotó en el aire.

—Todavía no, pero haré todo lo que pueda. Parece algún tipo de dialecto del italiano medieval… Es bastante ilegible. Me pondré a ello y le avisaré. El señor Cubbins y yo ya hemos tenido un debate excelente sobre el documento. Este hombre es de los míos. Tiene una mente inteligentísima y curiosa.

George parecía un gato al que no solo le habían dado un tentempié, sino que también había conseguido que le acariciaran por ello.

—El señor Joplin piensa que el espejo podría ser único e importante —dijo.

—Sí, Edmund Bickerstaff fue un hombre adelantado a su tiempo —comentó Joplin, levantándose—. Algo loco, por supuesto, pero un pionero. —Reunió un revoltijo de papeles y los metió en su cartera —. Creo que es una tragedia que hayan robado el espejo. También será trágico que, si se encuentra, se lo entreguen inmediatamente a los científicos del DICM. No comparten nada con quienes trabajamos fuera… Hablando de estos problemas, le he dicho al señor Cubbins que no he podido encontrar el otro volumen que querían, *Las confesiones de Mary Dulac*. No se me ocurre en qué otra biblioteca podría estar, además de, quizá, en la Biblioteca Oscura de Marissa Fittes, que está fuera de nuestro alcance.

—Ah, bueno —contestó Lockwood—. No se preocupe.

—Les deseo suerte en sus investigaciones —comentó Joplin. Nos sonrió, se quitó las gruesas gafas redondas y las limpió con aire pensativo en una esquina de la chaqueta—. Si tuvieran éxito, me preguntaba si quizá me permitieran echarle un vistazo rápido a… No, ya veo que he dicho demasiado. Perdonen mi insolencia.

Lockwood habló con una frialdad estudiada.

—No puedo hacer comentarios sobre nuestro trabajo y confío plenamente en que George tampoco lo hará. Estoy deseando oír qué saca del escrito cuando llegue el momento, señor Joplin. Gracias por su tiempo.

Inclinándose y sonriendo, el pequeño archivista se marchó. Lockwood esperaba a George, que le había acompañado a la salida.

—Hoy Kipps ha colocado a Kat Godwin delante de nuestra casa —anunció George—. Le dije a Joplin que no hablara con ella si le pregunta algo.

—He visto que os lleváis muy bien —comentó Lockwood.

—Sí, Albert habla con buen juicio. Especialmente sobre el DICM. Cuando consiguen algo, ya no se vuelve a ver. Y este espejo podría ser algo especial. En serio, la idea de que pueda tratarse de una especie de ventana es extraordinaria. Sabemos que los orígenes normales actúan como un agujero o pasadizo que los fantasmas atraviesan. Esta cosa es un origen múltiple, hecha de muchos huesos encantados, así que el agujero sería lo suficientemente grande para asomarse… —Nos miró de reojo—. ¿Sabéis qué? Si

conseguimos el espejo esta noche, no habría nada de malo en comprobarlo nosotros mismos antes de entregarlo. Podría traerlo aquí e intentar…

—¡No seas idiota, George! —El grito de Lockwood nos sobresaltó a los dos—. ¿Nada de malo? ¡Ese espejo mata a la gente!

—A mí no me mató —protestó George—. Sí, sí, ya sé que solo lo vi durante un segundo. Pero quizá haya una forma de mirarlo sin que suponga un peligro.

—¿Eso es lo que te ha dicho Joplin? ¡Qué tontería! Es un rarito y tú no eres mucho mejor si te estás planteando jugar con una cosa como esa. No. Conseguimos el espejo y se lo damos a Barnes. Y ya está. ¿Entendido?

George puso los ojos en blanco.

—Sí.

—Otra cosa. ¿Qué le has dicho sobre lo que haremos esta noche?

—Nada. —El rostro de George era tan inexpresivo como siempre, aunque dos pequeñas manchas de color aparecieron en sus mejillas—. No le he contado nada.

Lockwood le miró fijamente.

—Espero que no… Bueno, olvídalo. No estamos listos y hay mucho que hacer.

Sí que lo había. Las siguientes horas fueron un caos de actividad en las que nos preparamos para dos expediciones distintas que se solapaban. Llenamos nuestras bolsas de lona con un inusual y alto número de destellos de magnesio y sacamos las botas de trabajo y el atuendo habitual. Lockwood y George, intentando evitar los ojos vigilantes de Kat Godwin en Portland Row, lo sacaron todo por la puerta de atrás y pasaron varias horas fuera. Mientras, yo le saqué brillo a nuestros mejores estoques y después pasé una eternidad probándome zapatos y vestidos delante del espejo del vestíbulo. Ninguno me gustaba demasiado, pero opté por uno azul oscuro hasta la rodilla con escote redondo. Me hacía los brazos gordos y los pies parecían demasiado grandes. Tampoco me convencía cómo se me ceñía en el estómago. Por lo demás era perfecto. También tenía un cinturón de tela en el que podría enganchar el estoque.

No era la única que tenía dudas sobre mi vestido. Alguien había retirado el trapo del frasco sellado y la cara había vuelto a materializarse. Hacía expresiones extravagantes de horror y asco

cada vez que pasaba a su lado.

Los otros llegaron tarde, cuando casi era de noche. Comimos y ellos se cambiaron. Para mi sorpresa, George sacó como por arte de magia un traje de las entrañas de su dormitorio. Le quedaba algo suelto bajo los brazos y el culo, y parecía que antes había sido de un orangután. Era más o menos aceptable. Lockwood salió de su habitación con el esmoquin y la corbata negra más elegantes y sofisticados que había visto nunca. Llevaba el pelo peinado hacia atrás y el estoque brillante estaba colgado de una cadena de plata en un costado.

—Lucy, estás encantadora —dijo—. George, tú tendrás que conformarte con eso. Ah, tengo algo para ti, Luce. Puede quedar bien con ese excelente vestido.

Me agarró la mano y colocó sobre ella un collar con preciosos eslabones de plata y un pequeño colgante de diamante. Era realmente precioso.

—¿Qué? —lo miré—. ¿De dónde lo has sacado?

—Ya lo tenía. Te sugiero que cierres la boca cuando lo lleves. Así será más elegante. Vale, he oído el claxon del taxi. Tenemos que irnos.

La Casa Fittes, sede de la respetada agencia Fittes, se encuentra en la calle Strand, justo frente a Trafalgar Square. Llegamos poco después de las ocho en punto. Habían cortado el tráfico habitual en ciertas partes de la calle por la fiesta. La multitud se congregaba cerca de la estación de Charing Cross para ver a los invitados.

En la entrada de mármol, unos braseros encendidos decoraban ambos laterales de las puertas. Unos carteles iluminados de dos pisos colgaban de las paredes. Cada uno mostraba la cría de unicornio, que sostenía la radiante Linterna de la Verdad. Debajo, en letras plateadas, habían escrito una frase sencilla e imponente: «50 AÑOS».

Una alfombra morada de hojas de lavanda cubría la acera que separaba las puertas de la carretera. Habían acordonado la zona para alejar a los insistentes grupos de fotógrafos y cazadores de autógrafos, además de las cámaras de televisión y sus largos cables en forma de gusanos. Una cola de limusinas esperaba en el centro de la calle, listas para dejar a sus pasajeros.

Nuestro taxi avanzó, seguido por pequeñas nubes de humo.

Lockwood maldijo entre dientes.

—Sabía que teníamos que haber venido en metro. Bueno, tampoco es que podamos hacer nada. ¿Seguro que llevas la camisa por dentro, George?

—Deja de preocuparte. Hasta me he lavado los dientes.

—Pues sí que te has esforzado. Vale, allá vamos. Todos con nuestros mejores modales.

Fuera del vehículo encontramos lo siguiente: una oleada de *flashes* y obturadores accionándose (que cesaron de inmediato, puesto que nadie sabía quiénes éramos), un par de manos estiradas que tendían un libro de autógrafos, el suave y aromático crujido de la lavanda bajo mis zapatos, el brillo de las grúas iluminadas, el calor del brasero y, por último, los peldaños del frío pórtico, donde un portero ataviado en un traje gris recogió nuestras entradas y nos acompañó en silencio al interior.

Había pasado algo más de un año desde la última vez que estuve en el vestíbulo de la Casa Fittes. Un año desde que no pasé la entrevista. Recordaba bien el revestimiento de madera débilmente iluminado, la tenue luz dorada, los sofás bajos y oscuros y las mesas con pilas de folletos de la agencia. También recordaba el inconfundible aroma a exclusividad y a abrillantador de lavanda. Aquella vez ni siquiera me adentré más allá de la recepción. Acabé ignorada y triste, desplomada bajo un busto de hierro de Marissa Fittes en el extremo de la sala. El busto seguía allí, en el mismo hueco. Con el rostro severo de una profesora, vigilaba a los chicos de Fittes que nos adelantaban junto al mostrador, sobre un suelo de mármol que hacía eco y bajo pinturas al óleo oscuras por el paso del tiempo.

Había más puertas dobles, cada una decorada con la cría de unicornio. Los lacayos de chaquetas plateadas, idénticos incluso en los hoyuelos de las mejillas, nos saludaron con energía. Estaba claro que nuestra llegada había hecho que sus vidas valieran la pena. Con gestos simétricos, abrieron las puertas y un estallido de sonido y esplendor refinado nos envolvió.

Era una sala grande y amplia, iluminada por candelabros brillantes. El techo alto, decorado con espirales de yeso estucadas, tenía tablas en las que habían pintado algunos de los logros psíquicos más famosos de la agencia Fittes: Marissa Fittes

enfrentándose a un guardián de humo en las termas de la calle Bond; Fittes y Tom Rotwell sacando la calavera de entre los ladrillos del terror de Highgate justo cuando el reloj de la pared daba las doce; la trágica muerte de la pobre Grace Peel, la primera mártir de la agencia… Momentos legendarios y heroicos que recordábamos del colegio. Aquella era la casa donde todo había empezado, donde la percepción psíquica se había convertido en una forma de arte y donde la mayor agente de la historia había manuscrito el *Manual de Fittes*, que sentaba las bases de nuestra formación.

Respiré hondo, relajé los hombros y di un paso hacia delante, intentando no tropezar con mis ridículos tacones. Nos ofrecieron bebidas en una bandeja de plata y, más con ansia que con clase, tomé un zumo de naranja y miré a mi alrededor. Aunque era temprano, la estancia ya estaba llena. No necesitaba visión psíquica para darme cuenta de que allí estaban las personas más relevantes de Londres. Hombres con el pelo y los rostros brillantes, vestidos con esmóquines tan negros y lustrosos como la piel de una pantera, charlaban con mujeres seguras, de ojos resplandecientes, maquilladas y enjoyadas. Leí en algún sitio que, desde que había empezado el Problema, la moda femenina se había vuelto más colorida y reveladora, algo que era más que evidente allí. Varias de las telas te habrían cegado si te acercabas demasiado para mirarlas. Lo mismo podría decirse de los escotes pronunciados. Me fijé en que George se frotaba las gafas incluso con más frecuencia de lo normal.

Pese a las apariencias y el glamur, ver a la multitud me produjo cierta confusión y al principio no supe decir por qué. Tardé un rato en darme cuenta de que nunca había visto a tanta gente mayor fuera de sus casas por la noche. Unos jóvenes camareros se movían discretamente entre la muchedumbre y ofrecían canapés de naturaleza incierta. También había unos cuantos agentes jóvenes, la mayoría de Fittes y otros de Rotwell, reconocibles por sus chaquetas de color vino tinto y su aire arrogante. El resto eran adultos. Era, sin duda, una ocasión especial.

Repartidas por la habitación había unas delgadas columnas de cristal de plata que llegaban al techo. Cada una, iluminada por lámparas internas, brillaba con un espeluznante color diferente. Eran las famosas columnas de las reliquias, que los turistas pagaban para ver. Ahora, el contenido quedaba oculto tras la multitud. En

una tarima en la parte más alejada de la estancia, un cuarteto de cuerda tocaba algo alegre, vivaz y enriquecedor. La música melancólica estaba prohibida después del toque de queda, por si atraía a los pensamientos negativos. El parloteo de la gente era claramente optimista y las risas inundaban el aire. Cruzamos un mar de máscaras sonrientes.

Lockwood le dio un sorbo a su bebida. Parecía relajado y perfectamente tranquilo. George (pese a sus esfuerzos) conservaba un aspecto algo arrugado, como si acabaran de pisarle. Yo estaba segura de que tenía la cara roja y el pelo despeinado. Sin duda, iba menos impoluta que las mujeres resplandecientes que me rodeaban.

—Pues aquí estamos —comentó Lockwood—. En el centro de todo.

—Me siento tan fuera de lugar.

—Estás preciosa, Luce. Parece que hayas nacido para esto. No te eches hacia atrás así. Acabas de pincharle el culo a esa señora con el estoque.

—Ay, no. ¿De verdad?

—Y no te gires tan rápido. Por poco abres en canal a ese camarero.

George asintió.

—Básicamente, no te muevas. Ese es mi consejo. —Cogió un canapé de un chico que pasaba y lo inspeccionó, dubitativo—. Y ahora que estamos aquí, ¿qué hacemos? ¿Alguien sabe qué diantres es esto? Yo digo que champiñones con ectoplasma. Está espumoso.

—Es la oportunidad ideal para quitarnos de la cabeza la misión a la que nos enfrentaremos después —dijo Lockwood—. Hemos quedado con Flo a las once y cuarenta y cinco, así que tenemos mucho tiempo para relajarnos y relacionarnos. Aquí habrá gente del Gobierno, de la industria y de muchos grupos y empresas importantes. Son quienes nos encargarán casos en el futuro, si hoy jugamos bien nuestras cartas. Deberíamos dar una vuelta y hablar con alguien.

—Vale… —respondí—. ¿Por dónde empezamos?

Lockwood infló las mejillas y resopló.

—No lo tengo claro…

Estábamos en un lateral de la sala, observando las espaldas de los invitados, la ostentación, las joyas y los cuellos morenos y

esbeltos que bailaban a nuestro alrededor. El sonido de sus risas era un muro que no podíamos atravesar. Nos terminamos las bebidas.

—¿A quién reconoces, Lockwood? —pregunté—. Tú lees las revistas.

—Pues… Ese hombre alto de pelo canoso, barba y dientes grandes es Steve Rotwell, el presidente de la agencia Rotwell, claro. Y creo que ese es Josiah Delawny, el magnate de la lavanda. Está allí. El que tiene la cara roja y patillas. No pienso ir a hablar con él. Se le conoce por haberle dado latigazos a dos agentes de Grimble cuando rompieron una reliquia familiar en un caso en una de sus mansiones. Creo que la mujer que está hablando con él es la nueva jefa de Suministros Herreros Fairfax, Angeline Crawford. Es la sobrina de Fairfax. Otra con la que no deberíamos charlar, sabiendo que matamos a su tío.

—Pero ella no lo sabe, ¿no?

—No, aunque hay algo llamado «tener educación».

—Veo a Barnes —dijo George. En efecto, no muy lejos se encontraba el inspector, acercando una copa de champán a su bigote con aire triste. Como nosotros, estaba solo, apartado de la multitud—. ¡Y a Kipps! ¿Cómo ha entrado? Esta fiesta no es tan exclusiva como nos han hecho creer.

Un grupo de agentes de Fittes, entre los que se encontraba Kipps, pasó a hurtadillas. Kipps nos señaló e hizo un comentario. Los otros soltaron carcajadas dignas de una manada de burros y se marcharon. Enfadada, alcé la vista al candelabro del techo.

—No me creo que hayas trabajado aquí, George.

Él hizo un gesto afirmativo.

—Pues sí. Se ve que encajo perfectamente.

—En vez de una agencia, parece una casa señorial.

—Las salas de reuniones son las más lujosas, igual que la Biblioteca Oscura. Los demás despachos no son tan pijos. Por desgracia, Kipps es muy típico.

Lockwood dejó escapar una exclamación. Cuando le miré, le brillaban los ojos.

—Pensándolo bien, mejor olvidamos mi última sugerencia —dijo—. Pasemos de socializar. ¿A quién le gusta eso? ¡Qué aburrimiento! George, la biblioteca esa. ¿Dónde está?

—Un par de salas más allá. No estará abierta. Solo tienen acceso

a ella los agentes importantes.

—¿Crees que podríamos colarnos?

—¿Por qué?

—Acabo de acordarme de algo que mencionó Joplin sobre esas «confesiones» que estás buscando. Dijo que la Biblioteca Oscura era el único sitio donde podría haber una copia. Me preguntaba si, ya que estamos aquí…

En ese momento, la multitud se separó y Lockwood dejó de hablar. Una mujer muy alta y hermosa caminaba hacia nosotros. Vestía un entallado vestido gris plateado que brillaba sutilmente cuando se movía. Llevaba unos brazaletes de plata en las delgadas muñecas y una gargantilla del mismo material alrededor del cuello. Su pelo era largo, negro y brillante, y le caía sobre el cuello en alegres rizos. Tenía unos pómulos bonitos y atractivos, aunque algo pronunciados, y una boca imponente con los labios carnosos. Mi primera impresión fue que era una persona apenas mayor que yo, pero sus ojos oscuros y serenos tenían el brillo del poder arraigado.

El hombre musculoso con el pelo gris rapado y la piel pálida que la acompañaba anunció su llegada:

—La señora Penelope Fittes.

Sabía quién era. Todos lo sabíamos. Aun así, me sorprendió. A diferencia de su principal rival, Steve Rotwell, la presidenta de Fittes evitaba la publicidad. Siempre la había imaginado como una empresaria corpulenta de mediana edad y con la cara tan afilada como la de su famosa abuela. No así. Su presencia me recordó de inmediato lo incómoda que me sentía con mi vestido improvisado y mis tacones. Pude ver cómo los demás se erguían instintivamente, tratando de parecer más altos y seguros. Incluso Lockwood se había ruborizado. No miré a George, pero casi seguro que tenía la cara como un tomate.

—Anthony Lockwood, señora —se presentó inclinando la cabeza—. Y estos son mis socios…

—Lucy Carlyle y George Cubbins —terminó la mujer—. Sí. Me alegra mucho conocerlos. —Su voz era más grave de lo que esperaba—. Me impresionó cómo se encargaron de las apariciones de Combe Carey y les agradezco que recuperaran el cuerpo de mi amigo. Si alguna vez puedo ayudarlos, no duden en hacérmelo saber.

Sus ojos oscuros se posaron en cada uno de nosotros. Le respondí con una sonrisa y George emitió una especie de chillido.

—Qué honor que nos haya invitado esta noche —dijo Lockwood—. Es una sala extraordinaria.

—Sí, alberga muchos tesoros de la colección de Fittes. Orígenes muy poderosos, aunque todos inofensivos, claro, puesto que nuestras columnas están hechas de cristal de plata de Sunrise y el frontón y los cimientos son de hierro. Vengan, se los enseñaré.

Se abrió paso entre el gentío, que se apartó para nosotros. En la columna de cristal más cercana, iluminada por una tenue luz verde, un maltratado esqueleto colgaba de una estructura metálica.

—Quizá este sea el objeto más famoso de todos —explicó Penelope Fittes—. Los restos del difunto Hugh Hennratty, el bandolero cuyo fantasma se conoce como el ánima de Mud Lane. Mi abuela y Tom Rotwell hallaron el cuerpo la medianoche de la víspera del solsticio de verano de 1962. Rotwell lo desenterró mientras Marissa contenía al fantasma moviendo frenéticamente su espada de hierro. —Nuestra anfitriona soltó una risita ronca—. Siempre he dicho que le vino bien ser tan buena tenista. ¿Cómo si no habría tenido ese aguante o esa puntería? En aquella época, la investigación psíquica estaba en sus primeros comienzos. No sabían lo que hacían.

El esqueleto estaba manchado de marrón, el cráneo tenía pocos dientes y le faltaba la mandíbula inferior. Medio fémur pendía bajo la pelvis, pero no había ni rastro de las piernas ni de los pies.

—Hugh Hennratty parece estar en baja forma —comenté.

Penelope Fittes asintió.

—Dicen que unos perros salvajes desenterraron el cuerpo y se comieron las piernas. Quizá eso explique la rabia del fantasma.

—¿Les apetece un pinchito de pollo?

Un joven camarero apareció a nuestro lado con aperitivos sobre una bandeja dorada. George cogió uno y Lockwood y yo lo rechazamos amablemente.

—Tendrán que perdonarme —dijo Penelope Fittes—. La circulación es la perdición de una anfitriona. Nunca puedes pasar demasiado tiempo con una persona, por muy fascinante que sea…

Le dedicó una brillante sonrisa a Lockwood, nos hizo un gesto distraído con la cabeza a George y a mí y se alejó. La multitud se

abrió para recibirla a ella y al hombre pálido para luego volver a cerrarse con rapidez y dejarnos apartados.

—Bueno. Es mucho más agradable de lo que esperaba —opinó Lockwood.

—No está mal —comenté.

George, que mordisqueaba su pinchito de pollo, se encogió de hombros.

—No era tan amable cuando yo trabajaba aquí. Los agentes normales nunca la ven porque no baja de sus apartamentos. Aunque ese hombre canoso, su asistente personal, sí solía involucrarse. —Le brillaban los ojos tras las gafas por el rencor—. Fue él quien me echó.

Miré hacia la gente, pero Penelope Fittes y su acompañante habían desaparecido.

—No parecía recordarte.

—Ya, no pasa nada. Seguramente se haya olvidado de mí. —George metió el palo en la maceta de un helecho que había cerca y se subió los pantalones caídos. Una repentina llamarada de indignación ardía en sus ojos—. Acababas de mencionar la Biblioteca Oscura, Lockwood. ¿Sabes qué? No sé por qué no deberíamos dar un paseo y ver si podemos echar un vistazo.

Nos guio lentamente por los bordes de la sala. Más allá de las ventanas, el atardecer veraniego estaba oscureciéndose. Los focos de colores proyectaban extraños efectos de luces y sombras sobre la multitud en movimiento. Unas peculiares luces brillaban en el interior de las columnas malvas, azules y verdes espectrales. En algunas, los fantasmas podían verse tras el cristal, mirando con sus ojos ciegos y sin cesar de dar vueltas.

—¿Estamos seguros de esto? —pregunté.

Estábamos escondidos en las sombras, cerca de una puerta, observando a la multitud y esperando el momento para salir.

No muy lejos, Penelope Fittes mantenía una animada conversación con un hombre joven y guapo que tenía un cuidado bigote rubio. Una mujer con un increíble cardado se rio de la broma de alguien. En el escenario, un grupo de jazz empezó a tocar una melodía de *bluegrass* sostenida pero quejumbrosa. Una constante corriente de camareros entraba por las puertas laterales, con platos cada vez más maravillosos.

—Nadie nos presta atención —respondió George—. Ahora…

Le seguimos, cruzamos la puerta y llegamos a un vestíbulo de mármol donde reinaba el eco. Dentro encontramos las puertas de seis ascensores, cinco de color bronce y una plateada. Las paredes estaban decoradas con pinturas al óleo de agentes jóvenes —chicos, chicas, unos sonrientes y otros tristes y serios—, todos retratados a la perfección con sus chaquetas gris plateadas. Bajo cada cuadro había un pedestal con una bandeja con estoques y coronas de flores.

—La Sala de los Héroes Caídos —murmuró George—. Nunca he querido acabar aquí. ¿Veis ese ascensor de plata? Lleva directamente a los aposentos de Penelope Fittes.

George nos condujo a través de varios pasadizos interconectados, cada vez más estrechos y oscuros. Nos deteníamos de vez en cuando para escuchar. El sonido de la fiesta era cada vez más débil. Lockwood aún tenía la copa en la mano. Con el traje de gala, se movía tan grácilmente como siempre. Yo trotaba a su lado con mis estúpidos vestido y zapatos.

Al fin, George frenó junto a una puerta de madera que parecía pesada.

—Hemos ido por el camino largo porque no quería que nos cruzáramos con nadie —dijo—. Esta es la puerta de servicio de la Biblioteca Oscura. Puede que esté abierta. La puerta principal casi seguro que está cerrada con llave a estas horas. Esconde la colección personal de libros sobre visitantes de Marissa Fittes, unos ejemplares muy raros. ¿Sois conscientes de que está totalmente prohibido que entremos? Si nos pillan, nos detendrán y podemos despedirnos de nuestra agencia.

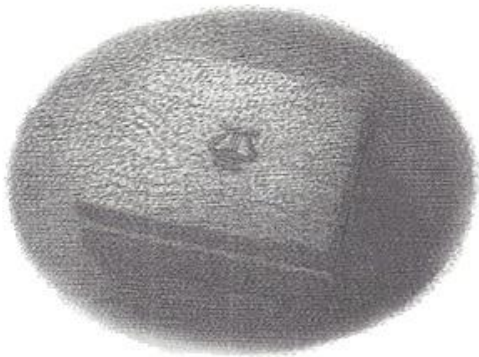
Lockwood dio un sorbo a su bebida.

—¿Qué probabilidad hay de que entre alguien?

—Cuando trabajaba aquí, lo único que se me permitió fue echar un vistazo a través de la puerta. Solo vienen los altos cargos y estarán en la fiesta. No es un mal momento. Pero no deberíamos quedarnos mucho rato.

—Me vale —respondió Lockwood—. Echamos un vistazo rápido y nos vamos. Siempre digo que robar es más divertido que socializar. Además, seguro que la puerta está cerrada.

Pero no lo estaba y, un segundo después, ya habíamos entrado.



22

La Biblioteca Oscura de la Casa Fittes resultó ser una amplia sala octogonal, con techos de dos pisos de altura y una cúpula de cristal. Como era de noche, la superficie de la cúpula estaba oscura, pero los faroles situados debajo proyectaban una cálida luz sobre el centro de la biblioteca. Las paredes eran estanterías, una tras otra, con un balcón metálico que las rodeaba a la altura del suelo del primer piso. Dos escaleras de caracol descendían hasta la planta baja, donde estábamos nosotros. El suelo era de tablones de madera, la mayoría de caoba oscuro. Sin embargo, un diseño de tablas más claras que representaba a una cría de unicornio plateado presidía la sala. El centro de la biblioteca apenas estaba amueblado. Había unas cuantas mesas de lectura y armarios con puertas de cristal en los que guardaban libros y otros objetos. Justo frente a nosotros se encontraban las puertas dobles, cerradas con llave. En algún rincón sonaba el zumbido de un generador, pero ese era el único ruido en la biblioteca. El aire era frío y la luz, tenue.

Unos apliques colocados sobre cada estantería brillaban como luciérnagas flotantes en la penumbra del perímetro. La cara

encuadernación de los libros era de cuero morado, marrón oscuro y negro. Debía haber varios cientos de ejemplares solo en la planta inferior.

—Impresionante… —dijo Lockwood casi sin aliento.

Cualquiera pensaría que George estaría en su salsa, porque, igual que las patatas fritas y los experimentos extraños, las bibliotecas son lo suyo. Pero estaba nervioso, se mordía el labio y observaba los balcones en busca de alguna señal de movimiento.

—Primero necesitamos encontrar el índice de la colección —indicó—. Seguramente esté sobre una de las mesas de lectura. Ayudadme, venga. No podemos quedarnos mucho rato.

Le seguimos rápidamente hacia el centro iluminado de la sala. Un silencio vigilante nos envolvía. Oí un murmullo más allá de las puertas dobles: ecos de la fiesta, en otra sala del mismo piso.

Sobre la mesa más cercana había un gran libro de cuero. George lo cogió con un grito de entusiasmo.

¡Este es el índice! Ahora hay que comprobar si *Las confesiones de Mary Dulac* están aquí.

Mientras pasaba las páginas, observé las vitrinas más cercanas. Lockwood hacía lo mismo.

—Más reliquias —murmuró—. La colección es infinita. Madre mía, estas son las agujas de coser del caso del agujero de Chatham.

Curioseé la etiqueta entintada en un lateral de mi vitrina.

—Por lo que parece, yo he encontrado unos pulmones encurtidos.

George siseó entre dientes.

—¿Podéis parar de perder el tiempo? Este no es el lugar… —Se detuvo de pronto—. ¡Sí! Sí. ¡No me lo puedo creer! Tienen las confesiones. Lo registraron como el libro C/452. Está en alguna parte de esta habitación.

Con decisión, Lockwood vació su copa.

—Muy bien. ¿Qué buscamos?

—Fijaos en los libros. Todos tendrían que tener unos números escritos en el lomo.

Me apresuré hacia los estantes e inspeccioné los volúmenes. En efecto, cada libro tenía unos números estampados sobre el cuero con láminas de oro.

—Aquí están las aes —dije.

Lockwood corrió hacia la escalera más cercana y subió los peldaños de dos en dos. Sus zapatos tocaban suavemente el balcón metálico.

—B/53, B/54… Solo hay bes. Miraré más lejos.

—¿Puedes repetir el número? —pedí.

—¡Shh! —George se había puesto rígido de repente—. ¡Escuchad!

Voces detrás de las puertas dobles y el traqueteo de una llave en la cerradura.

Me moví. No vi lo que hacían los otros. Me lancé hacia la vitrina que tenía al lado, colocada entre los estantes y la zona iluminada de la estancia. En cuanto la puerta se abrió, me agaché detrás del mueble y me encogí con los tacones y el vestido de fiesta, apretando las rodillas desnudas contra la barbilla.

Una breve oleada del murmullo de la fiesta, interrumpida por el cierre de la puerta.

Luego la voz de una mujer. Era familiar y más grave de lo que cabría esperar.

—Aquí estaremos mejor.

Penelope Fittes.

Cerré los ojos con fuerza y apreté los dientes contra la superficie de la rodilla. ¡Maldito Lockwood! De nuevo, una de sus ideas impulsivas nos había llevado hacia el desastre. Se suponía que esta parte de la noche iba a ser tranquila y que íbamos a dejar el peligro para la subasta de Winkman.

Pasos sobre la madera. Caminaban en el centro de la sala, justo donde George había estado hacía un momento. Esperé al grito inevitable, al estupor de la sorpresa.

—¿Qué es lo que quería decirme, Gabriel? —preguntó Penelope Fittes.

Abrí los ojos. Al mirar de reojo hacia un lado, me dio un vuelco el corazón. Mi estoque sobresalía por un lado de la vitrina. La punta de la hoja de plata brillaba ligeramente en la oscuridad.

Respondió un hombre educado y respetuoso.

—Los miembros están inquietos, señora Fittes. Sienten que no los está ayudando lo suficiente con su trabajo.

La misma risita ronca.

—Les facilito toda mi ayuda. No es mi problema que no estén a

la altura del desafío.

Muy despacio, empecé a mover el estoque hacia mí.

—¿Quiere que se lo diga? —preguntó el hombre.

—Por supuesto que debe decírselo. ¡No soy su niñera!

—No, señora, pero sí una inspiración… ¿Qué ha sido eso?

Me quedé petrificada, mordiéndome el labio. Unas gotas de sudor me caían por la cara y se acumulaban bajo mi barbilla.

—Los pulmones encurtidos del prisionero de Burrage —respondió Penelope Fittes—. A mi abuela le interesaban mucho los crímenes. No se imagina las cosas que coleccionaba. Algunas han sido de inmensa utilidad con los años. Es cierto que estos pulmones no. No tienen carga psíquica alguna.

—Una extraña elección para decorar una biblioteca —comentó el hombre—. Se me quitarían las ganas de leer.

Otra vez la risa.

—Ah, pero no molesta a quienes venimos aquí. Nuestra mente está en cosas más importantes.

La calidad de sus voces cambió y de pronto se volvió más amortiguada. Supuse que se habían dado media vuelta. Me apresuré a guardar el resto de la hoja que quedaba a la vista. Luego, con infinito cuidado, me incliné hacia un lado y miré más allá de la vitrina.

A menos de cuatro metros, vi las espaldas de dos personas: Penelope Fittes charlando con un hombre de mediana edad regordete. Él llevaba la corbata y la chaqueta de esmoquin propias de un invitado a la fiesta. Por lo que podía ver, tenía un cuello bastante grueso y un rostro rosado con las mejillas caídas.

—Hablando de artefactos extraños —continuó Penelope Fittes—, tengo algo que darle. —Se movió de pronto y yo volví a esconderme. Podía oír el contoneo de sus tacones de aguja sobre el suelo de madera oscura—. Considérelo una prueba de mis buenas intenciones.

No estaba segura de a dónde iba, de si se acercaba o se alejaba de mí. Me apretujé aún más contra la parte de atrás de la vitrina.

Algo me hizo alzar la vista. Lockwood estaba tumbado bocabajo sobre la superficie del balcón, casi justo encima. Se esforzaba para intentar mimetizarse con el metal y la oscuridad. La chaqueta oscura era de gran ayuda, al contrario que su rostro pálido. Le hice

una seña para que girara la cabeza.

—¡Lucy! —gesticuló.

—¿Qué?

Al principio no le entendí. Movió la boca varias veces. Sus ojos iban de mí hacia el centro de la sala. Entonces me di cuenta de lo que me decía: «mi copa».

Estiré el cuello hacia el extremo de la vitrina y, en efecto… De nuevo, me dio un vuelco el corazón. Allí estaba su copa de ponche, encima de la pequeña vitrina en el centro de la estancia. Era casi como si el foco la iluminara a propósito. Cuánto brillaba. Hasta se veían los restos de líquido rojo en el fondo.

Penelope Fittes se había acercado a esa misma vitrina. Estaba justo al lado y tenía la copa a la altura del hombro. Abrió un cajón en la parte inferior y sacó algo.

Lo único que tenía que hacer era alzar la vista y fijarse y ya habría visto la copa.

Pero no lo hizo. Estaba pensando en otras cosas. Cerró el cajón y se giró hacia su acompañante.

—Lo hemos arreglado —explicó Penelope Fittes—. Y probado. Vuelve a funcionar perfectamente. Espero que la Sociedad Orfeo le dé mejor uso que hasta ahora.

—Es usted muy amable, señora. Sé que se lo agradecerán. Me aseguraré de transmitirle su gratitud e informarla de cómo progresan los experimentos.

—Muy bien. No le sugiero que vuelva a la fiesta. Es una caja bastante obvia. Pero puede salir por aquí.

El traqueteo de sus zapatos volvió a sonar y, para mi horror, vi que la pequeña puerta por la que habíamos entrado a la biblioteca no estaba lejos de mí. Iban a pasar justo al lado de mi escondite. Tras un instante de indecisión congelada, actué: me quité los zapatos, primero un pie y luego el otro, y después presioné el suelo con los dedos para erguirme un poco, de modo que pudiera arrastrar los dos pies hacia atrás. Ahora ya no estaba sentada, sino en cuclillas sobre las puntas de los pies y con la espalda todavía apoyada contra la vitrina. Con una mano recogí los tacones y con la otra mantuve firme el estoque para que no chocara con nada ni hiciese ruido. Lo hice más rápido de lo que se tarda en explicarlo.

Esperé. Arriba, Lockwood se había girado para estar frente a la

pared. Se había convertido en una sombra. Las pisadas se acercaron y cuando pasaron a mi lado, a pocos metros del mueble, noté una brisa repentina del perfume floral de Penelope Fittes. El hombre llevaba una caja de madera bajo el brazo. No era muy grande. Quizá midiera treinta centímetros de ancho y diez o doce de profundidad. Se detuvieron junto a la puerta y pude ver la caja claramente durante un segundo. Estampado en el centro de la tapa había un extraño símbolo pequeño. Era una especie de arpa diminuta, con tres cuerdas, los lados curvos y una base separada. Incluso en ese momento extremo, aquello me desconcertó. Ya había visto ese símbolo antes.

Entonces la mujer le abrió la puerta a él, lo que me dio la oportunidad de moverme. Con dos gestos rápidos, doblé la esquina de la vitrina y me encorvé de nuevo, por lo que permanecería oculta cuando nuestra anfitriona decidiera darse la vuelta.

La puerta se cerró. El hombre debió haber salido sin decir nada. Penelope Fittes pasó delante de la vitrina y cruzó la sala. Cuando dejó atrás el mueble, me coloqué en la posición original.

Escuché cómo se movía rápidamente por la biblioteca. Cuando llegó al centro, se detuvo de pronto. La imaginé mirando a su alrededor. Pensé en George, en la copa de Lockwood… Cerré los ojos con fuerza. Luego las pisadas regresaron, seguidas de una breve oleada y un reflujo del ruido de la fiesta, y el sonido de unas llaves cerrando la puerta.

Solté todo el aire por primera vez.

—Qué buenos movimientos, Luce —dijo Lockwood mientras se levantaba del balcón—. Parecías un cangrejo ágil. ¿Dónde se ha metido George?

Eso, ¿dónde estaba? Analicé el vacío de la biblioteca.

—¿A alguien le importaría ayudarme? —llamó una vocecita desde debajo de la mesa de lectura—. Me he quedado atascado y creo que se me ha enganchado el culo.

En la sala de reuniones, la fiesta estaba en pleno apogeo. El grupo tocaba de forma escandalosa, los camareros rellenaban copas a una velocidad increíble y los invitados, que bailaban con más entusiasmo que talento, hacían más ruido y estaban más colorados que antes. Encontramos una zona tranquila junto a una fuente de chocolate con forma de unicornio y aceptamos unas muy necesarias

bebidas.

—George, tendrías que unirte a un circo, de verdad —comentó Lockwood—. Hay gente que pagaría una buena suma por ver contorsiones como esa.

—Esa será mi siguiente profesión. —George dio un largo trago al ponche—. Siento que ciertas partes de mí siguen dobladas. ¿Tienes el libro?

Lockwood dio unas palmadas sobre el bolsillo de su chaqueta. Después de una rápida búsqueda de menos de un minuto, encontramos *Las confesiones de Mary Dulac*, un delgado panfleto encuadernado en cuero negro, en una estantería alta del piso superior.

—Sano y salvo —contestó.

George sonrió.

—Bien. Ya ha sido una noche afortunada y ni siquiera ha llegado el evento principal. ¿Podemos escaparnos a algún sitio y leerlo?

—Me temo que no —respondió Lockwood—. Será mejor que te acabes la copa. Son las once menos veinte. Hora de irse.

—¿Se marcha tan pronto, señor Lockwood? —El inspector Barnes se materializó con severidad junto a nosotros. Era difícil decir qué parecía más fuera de lugar: el cóctel rosa que tenía en la mano o la fuente de la que brotaban burbujas de chocolate a su lado —. Esperaba que pudiéramos tener una charla tranquila.

Para nuestro fastidio, Quill Kipps merodeaba detrás de él, como una delgada y malvada sombra.

—Eso sería estupendo —dijo Lockwood—. ¿Ha disfrutado de la fiesta?

—Kipps me cuenta que quizá hayan descubierto unos documentos interesantes en Hampstead —afirmó Barnes—. ¿Qué son y por qué no los han compartido?

—Me encantaría hacer justo eso, inspector. Pero ha sido un día largo y estamos muy cansados. ¿Podríamos verle por la mañana y explicárselo?

—¿Ahora no? Seguro que podrían decírmelo esta noche.

—No es realmente el sitio adecuado. Hay demasiado ruido. Mañana por la mañana en Scotland Yard sería mucho mejor. También podríamos llevarle los documentos.

Lockwood le dedicó una sonrisa cálida y zalamera. George miró

de reojo su reloj.

—Parece tener prisa —comentó Barnes. Sus ojos azules y abolsados nos evaluaron con firmeza—. ¿Se va ya a la cama?

—Sí, nuestro amigo George se convierte en una calabaza si está fuera hasta tarde. Como puede ver, no le falta mucho.

—¿Entonces me enseñarán los documentos mañana?

—Así es.

Está bien, pero los espero a primera hora. Preséntense, sin excusas, o iré yo mismo a buscarlos.

—Gracias, señor Barnes. Esperamos tener buenas noticias para entonces.

—Qué momento menos oportuno —dijo Lockwood mientras cruzábamos la recepción y nos dirigíamos hacia las puertas de salida de la Casa Fittes—. Kipps sabrá que esta noche nos traemos algo entre manos.

Miré detrás de mí, justo a tiempo para ver a una figura esbelta corriendo hacia una columna.

—Ya. Nos está siguiendo ahora mismo.

—Tan sutil como siempre —masculló George.

—Vale. Solo tenemos que ir y recoger el equipo, como acordamos. Habrá que despistarle. Eso significa llamar a un taxi nocturno.

Al salir del edificio, corrimos por la alfombra morada, nos alejamos de las llamaradas de lavanda y fuimos hacia la cola de coches que esperaban en la carretera. Todos tenían rejas de plata y las ostentosas decoraciones de hierro del servicio oficial de taxis nocturnos. A nuestras espaldas, a una distancia discreta, estaba Kipps. Cuando nos vio acercarnos a la cola de taxis, abandonó los intentos de sutileza y nos hizo compañía en la acera.

—No os preocupéis por mí —dijo mientras le fulminábamos con la mirada—. Yo también me voy pronto a casa.

El siguiente taxi avanzó.

—Conductor, a Portland Row, por favor —indicó Lockwood en voz alta. Nos subimos y el coche se alejó. Al darnos media vuelta, vimos a Kipps cogiendo el siguiente vehículo. En ese momento, Lockwood se inclinó hacia delante y se dirigió al taxista—. Voy a pagarle cincuenta libras. Como he dicho, me gustaría que nos llevara a Portland Row. Pero cuando salga de Trafalgar Square,

quiero que se detenga en cuanto llegue a la siguiente esquina. Solo un segundo. Nos bajaremos y no quiero que el coche que va detrás nos vea. ¿Vale?

El taxista nos miró.

—Un momento… No seréis fugitivos, ¿no?

—Somos agentes.

—¿Quién os sigue? ¿La policía?

—No, ellos también son agentes. Mire, es difícil de explicar. ¿Va a hacer lo que le he pedido o quiere que nos marchemos ahora sin las cincuenta libras?

El conductor se frotó la nariz.

—Si quieres, podría esperar a que se acerque mucho y luego frenar para que se estrelle contra la acera. O podría dar marcha atrás y embestirle. Por cincuenta libras podría hacer todo eso.

—No, no. Bastará con que nos deje de forma discreta.

Todo salió bien. El coche ronroneó alrededor de la explanada desierta que era Trafalgar Square. Una limusina había retrasado al taxi de Kipps al salir de la Casa Fittes. Nos separaban quince o quizá veinte segundos. Giramos en la calle Cockspur, en dirección a Haymarket y Piccadilly, y adelantamos farolas protectoras encendidas y hogueras de lavanda ardiente. Cuando giramos la esquina de la calle Pall Mall, el taxi aminoró la marcha. George, Lockwood y yo salimos apresuradamente y corrimos a toda velocidad hacia el pórtico del edificio más cercano. El taxi se alejó y, un instante después, el segundo coche pasó como una flecha, con Kipps encorvado hacia delante en el asiento trasero, sin duda dándole instrucciones al conductor. Observamos cómo ambos desaparecían en la noche. Reinaba el silencio en el centro de Londres.

Nos ajustamos los estoques y deshicimos el camino.

Durante las horas de oscuridad, la estación de Charing Cross estaba desierta, pero el vestíbulo permanecía abierto. Sacamos nuestro equipo de trabajo de las taquillas donde Lockwood y George lo habían dejado aquella tarde, y nos cambiamos de ropa en los baños públicos. Me vino bien deshacerme del estúpido vestido y aún más de los zapatos. Aunque no podía irme con el collar que me había dado Lockwood, me lo dejé puesto, oculto bajo la camiseta y la chaqueta fina negra. Toda nuestra ropa era negra y lo más ligera

posible, porque esta noche necesitábamos movernos rápido y sin ser vistos.

Caminamos con rapidez hacia el este, por el terraplén a orillas del Támesis. La luz de la luna cubría la superficie, la llenaba de escamas de plata y convertía el río en una serpiente que se enroscaba a través de la ciudad junto a nosotros. Como había dicho Flo, era profundo. El agua se alzaba sobre el dique y se estrellaba contra las rocas.

Cambiarnos de ropa también nos había cambiado el ánimo, y permanecimos en silencio casi todo el camino. Era el final difícil de la noche y el peligro era muy real. La repulsiva sensación de la mano de Julius Winkman sobre la mía el día que le habíamos visto en su tienda todavía me perseguía, y sus distraídas expresiones de crueldad no dejaban de sonar en mi mente. No era un hombre con el que querrías cruzarte, y lo que íbamos a hacer era tan arriesgado como cualquier investigación psíquica. Puede que fuese peor, porque necesitábamos la ayuda de otra persona para que nuestra intervención saliera bien.

—Estamos confiando mucho en Flo Bones —dije.

Lockwood asintió.

—No te preocupes. Estará allí.

Dejamos atrás la iglesia del Temple, donde durante el día trabajan los abogados, y continuamos bajo el puente de Blackfriars. Entonces, el sendero de la orilla terminó de forma abrupta en el lateral de un enorme edificio de ladrillo cuyo piso más alto sobresalía por encima del agua. Era el principio del antiguo distrito mercante. Unos gigantescos almacenes abandonados se extendían a lo largo como acantilados en la curva del río, oscuros, vacíos y con poleas industriales y grúas pórtico sobresaliendo como ramas rotas.

Subimos los peldaños que conducían a un camino empedrado detrás del almacén y nos adentramos en la oscuridad. Allí no había farolas protectoras y el aire era frío. Noté visitantes en el callejón, pero la noche permaneció tranquila y no vi nada.

—Quizá yo deba entrar también —dijo George de repente—. Quizá yo tenga que estar dentro con vosotros.

—Ya lo hemos hablado —replicó Lockwood—. Cada uno tiene su papel. Tú debes quedarte fuera con Flo. Tienes el equipo, George, y confío en ti.

Este resopló. Su mochila era muy grande e incluso más abultada que cuando llevó el frasco sellado. Lockwood y yo no llevábamos ninguna bolsa y en nuestros cinturones guardábamos otras provisiones.

—Es que creo que esto es demasiado serio para que lo hagáis solos —insistió—. ¿Y si necesitáis ayuda para desactivar el espejo? ¿Y si Winkman tiene más defensas que un par de gorilas? Puede que…

—Deja ya el tema, George —le cortó Lockwood—. Es demasiado tarde para cambiar el plan.

Caminamos en silencio. El sendero era un hueco oscuro entre edificios, iluminado en el medio por un estrecho haz de luz lunar. Al fin, Lockwood aminoró la marcha y señaló. Delante de nosotros, un callejón se dividía a izquierda y a derecha. En la parte derecha olimos el río. Más adelante, el camino continuaba junto a las silenciosas paredes de otro almacén. La ventana más cercana estaba tapiada y, arriba, unos tejados inclinados y unas chimeneas perforaban el cielo plateado.

Las palabras «pescadería Rostock» estaban pintadas en los ladrillos exteriores del edificio, con letras despellejadas y descoloridas. Lockwood, George y yo nos detuvimos para mirar y escuchar. No había ninguna señal que indicara que la subasta de Winkman fuera a celebrarse allí. No había luz ni movimiento. Como muchas zonas de la ciudad por la noche, todo estaba muerto.

Nos dispusimos a avanzar cuando, de pronto, el olor a barro y agua de la marea se hizo más fuerte. Un delgado brazo blanco emergió de las sombras del callejón, agarró a Lockwood por el abrigo y le apartó hacia un lado en la oscuridad.

—Ni un paso más —siseó una voz—. Ya están aquí.

23

Durante la charla que habíamos tenido con Flo Bones el día anterior fueron varias las veces en las que me encontré dudando de que fuera a aparecer. No solo porque la chica estuviera loca, sino porque lo estaba de un modo irritante y solitario. Lockwood le había prometido distintas recompensas generosas por su ayuda —entre las cuales había dinero, regaliz y la reliquia del sótano que ella escogiera—, pero seguía teniendo la sensación de que trabajar con nosotros en esta peligrosa misión era lo último que quería. Sin embargo, allí estaba, en toda su sucia gloria, guiándonos a través del callejón hacia un rincón oscuro situado entre unos contenedores, lo que, para ser sincera, le pegaba bastante.

—Venid y apretujaos —murmuró—. Eso es… No queremos que se percaten de nada.

—¿Va todo según lo previsto, Flo? —preguntó Lockwood. Comprobó su reloj—. Acaban de dar las once y media.

Los dientes blancos de Flo brillaron en las sombras.

—Sí, Winkman llegó hace quince minutos. Vino en una furgoneta y descargó la mercancía. Ha puesto a dos hombres junto a

las puertas principales. Os habríais topado con ellos si hubierais andado un par de metros más. Ahora ha entrado con otros tres tipos y un crío. Estarán asegurando la planta baja.

—¿Un crío? —pregunté en un susurro—. ¿Te refieres a su hijo?

Flo asintió.

—Sí, era ese renacuajo. Esta noche todos van acompañados de críos con dones psíquicos. Son adultos, ¿no? Necesitan ojos y oídos jóvenes para algo así. —Se enderezó—. Si vas a seguir con esto, Locky, más te vale empezar a escalar.

—Pues enséñanos dónde es, Flo.

La seguimos mientras se alejaba corriendo por el lateral del almacén. Pronto oímos las suaves subidas y bajadas del Támesis, y los adoquines del callejón se inclinaron de golpe hasta bajar hacia la arena y los guijarros. Aquí, donde la esquina del edificio emergía del barro del río, una gruesa cañería negra de hierro estaba atornillada a los ladrillos cubiertos de musgo. Flo señaló hacia arriba.

—Esa es la cañería —explicó—. ¿Ves que llega hasta la ventana? Creo que podrías colarte por ahí.

—Esa ventana parece demasiado pequeña —comenté.

—Estás mirando a la que no es. Me refiero a la que está mucho más arriba, la que casi no se ve.

—Ah…, claro.

—Es la forma de entrar si no quieres que te pillen. No pensarán en el piso de arriba.

Observé la cañería, que se tambaleaba y zigzagueaba con violencia por la pared como una línea trazada por un niño pequeño enfadado. La verdad es que yo también estaba evitando pensar en el piso de arriba.

—Vale —dijo Lockwood—. Nos las apañaremos. ¿Y tú, Flo? ¿Tienes el bote?

Como respuesta, la chica señaló hacia el río, donde una forma negra, alargada y baja se inclinaba medio dentro y medio fuera del agua. Las olas golpeaban con suavidad la popa.

George se acercó.

—¿Ese es su bote de remos? —jadeó—. Pensaba que era un trozo de madera podrido arrastrado por la corriente.

—Casi seguro que es las dos cosas.

Lo había dicho en voz baja, pero Flo tenía un oído muy fino.

—¿Cómo? Esta es la pequeña Matilda. He remado con ella desde la depuradora de Brentford hasta la curtiduría de Dagenham y llegué sana y salva. No toleraré que la insultéis.

Lockwood le dio una palmada en el hombro y, a escondidas, se limpió la mano en la parte de atrás del abrigo.

—Por supuesto. Será un honor navegar con ella. George, ¿comprendes el plan? Creas una distracción y después esperas con Flo en el Matilda. Si todo sale bien, nos reuniremos con vosotros o, como mínimo, os daremos el espejo. Si surge algún contratiempo, pasamos al Plan H: volvemos a casa por separado.

George inclinó la cabeza.

—Buena suerte. A ti también, Luce. Lockwood, aquí están tus cosas. Necesitarás las máscaras y la bolsa.

Dejó la mochila en la arena y sacó una bolsa de cáñamo, parecida a la que usaba Flo, pero más pequeña. Un fuerte olor a lavanda emanó de dentro. Dos pasamontañas negros le siguieron. Nos los guardamos en los cinturones.

—Vale —dijo Lockwood—. Sincronicemos los relojes. La subasta empieza en quince minutos, a las doce en punto. Queremos que la distracción sea a y veinte, antes de que puedan llegar a algún tipo de acuerdo. —Señaló a la tubería—. Lucy, ¿quieres ir tú primera o voy yo?

—Esta vez tengo clarísimo que yo te sigo a ti —respondí.

Sería bonito decir que escalar la cañería me trajo recuerdos felices de mi infancia en el campo, de cuando pasaba los veranos cálidos revoloteando por los árboles con la compañía de otros gráciles amigos. Por desgracia, como las alturas nunca fueron lo mío, lo más alto que había escalado era un rocódromo del parque del pueblo y una vez me caí de esa cosa y me raspé la barbilla. Por eso, los siguientes minutos en los que me abrí paso con dificultad tras Lockwood no fueron los más felices de mi carrera. La cañería de hierro era lo bastante ancha para que la rodeara con los brazos y los enganches circulares fijados a la pared eran unos asideros decentes para las manos y los pies. Por muchos motivos, se parecía bastante a subir por una escalera. Pero también estaba oxidada, de modo que la pintura desconchada podía clavárseme en las manos o desprenderse totalmente a modo de esquirla. Un fuerte viento

procedente del Támesis me llevaba el pelo a la cara y hacía que la tubería se estremeciera. Y estaba muy alta. Cometí el error de mirar hacia abajo, donde vi a Flo acercándose a su cacharro flotante y a George de pie junto a su mochila con la mirada puesta en mí. Eran tan pequeños como las hormigas y aquello hizo que me sudaran las manos y sintiera un tirón en el estómago. Apreté los dientes y cerré los ojos mientras escalaba, y no volví abrirlos hasta que la parte de arriba de mi cabeza chocó con los talones de las botas de Lockwood.

Estaba asomado por encima de la caída fatal, hurgando y golpeando con su navaja un cristal de la ventana que había a nuestro lado. El plomo era viejo y se había ablandado, así que el vidrio no tardó en caer hacia dentro. Lockwood metió la mano y jugueteó con el cierre metálico mientras se quejaba de lo duro que estaba. Con un último tirón, que hizo que algo en la tubería traqueteara de un modo inquietante, la ventana se abrió. Un salto, un meneo y Lockwood alcanzó el interior. Un segundo después, estiró la mano para ayudarme a entrar.

Permanecimos en las sombras durante un momento, bebiendo agua. Yo esperé a que los brazos y las piernas dejaran de temblarme. Un olor a polvo inundaba el edificio. No era el hedor de un lugar en ruinas como la casa de Bickerstaff, sino a alcanfor y desuso.

—¿Hora, Luce?

—Las doce menos cinco.

—Yo diría que ha ido perfecto, ¿no crees? Y George ya estará en su posición, siempre y cuando no se haya hundido.

Encendí mi bolígrafo linterna e iluminé la sala vacía. Puede que hubiera sido el despacho de un gerente. Viejos tablones de anuncios con gráficos y cifras colgaban en silencio sobre las paredes.

—Cuando esto acabe, creo que tienes que hablar con George —dije.

Lockwood estaba junto a la puerta, observando el pasillo desde dentro.

—¿Sobre qué? Está bien.

—Creo que se siente excluido. Siempre somos nosotros los que nos ocupamos de estas cosas y él se queda esperando fuera.

—Cada uno tiene sus dones —respondió Lockwood— y,

sencillamente, George es menos bueno que tú en este tipo de cosas. ¿Te lo imaginas escalando por aquí? Eso no significa que hoy no tenga un papel crucial. Si él y Flo se equivocan de hora, si el bote se vuelca, si no encuentran la ventana correcta o lo que sea, es posible que tú y yo muramos. —Hizo una pausa—. ¿Sabes? Esta conversación me está poniendo algo nervioso. Vamos, tenemos que encontrar la forma de bajar.

Esta planta del almacén era un laberinto de despachos y pasillos interconectados. Tardamos más de lo esperado en descubrir el hueco de la escalera de ladrillo en un rincón del edificio. El tiempo iba en nuestra contra, pero continuamos con cuidado, deteniéndonos para escuchar en cada esquina. Conté los pisos por los que avanzábamos para que pudiéramos deshacer nuestros pasos y volver hasta la ventana abierta. Habíamos bajado seis plantas cuando vimos un leve brillo subiendo por los ladrillos, oímos un murmullo de voces y supimos que nos acercábamos al lugar donde se celebraba la subasta de Winkman.

—Lo primero es lo primero —susurró Lockwood—. Ponte la máscara.

Los pasamontañas eran fundamentales para proteger nuestras identidades de las futuras atenciones de un vengativo Winkman. Daban calor, picaban y era difícil ver con ellos. Además, la lana nos tapaba la boca y nos costaba hablar. Por todo lo demás, me alegraba llevar uno.

Empujamos una puerta de cristal y aparecimos en una pasarela vallada con vistas a un espacio enorme. Era el centro cavernoso del almacén y seguramente ocupaba toda la planta, aunque era imposible calcular las dimensiones. Solo estaba iluminada una zona pequeña, la que quedaba justo debajo de nosotros. Lockwood y yo nos agachamos y nos deslizamos hacia la esquina de la pasarela para ver mejor. Desde donde nos arrodillábamos, una empinada escalera de metal conducía al piso inferior del almacén. De momento estábamos relativamente a salvo, ya que desde el foco de luz nadie podría vernos en la oscuridad.

Al parecer, a Winkman le gustaba respetar el horario. Habíamos llegado exactamente tres minutos después de la medianoche y la subasta ya había empezado.

Habían colocado tres lámparas altas sobre unas plataformas

metálicas en un extremo de la sala. Las luces se unían como las esquinas de un triángulo y la zona iluminada funcionaba como escenario. Justo en un extremo había una hilera con seis sillas que miraban hacia la luz. Tres estaban ocupadas por adultos y tres por niños. Detrás de ellos, en las sombras, dos hombres altos y con semblante serio se erguían como estatuas feas, mirando a la nada.

En el foco entre las lámparas había otras dos sillas y en una se sentaba el chico de la tienda de antigüedades. Llevaba una chaqueta gris y elegante, y su pelo grasiento brillaba bajo la luz artificial. Mecía las piernas cortas y rechonchas hacia delante y hacia atrás, como si le aburriera escuchar a su padre.

Julius Winkman estaba en el centro del escenario.

Esta noche, el contrabandista vestía un traje gris de pechera ancha y una camisa blanca con el cuello abierto. A su espalda había una larga mesa plegable, tapada con un trapo negro y limpio. Su mano peluda ajustó con delicadeza los quevedos dorados que llevaba en la nariz y señaló la vitrina de cristal de plata a su lado.

—Este primer lote, amigos, es bastante elegante —anunció—. Una cigarrera de caballero hecha de platino, de principios del siglo XX. La llevaba el general Horace Snell en el bolsillo del pecho cuando su rival, el sargento Bill Carruthers, le disparó por asuntos del corazón. La fecha: octubre de 1913. Todavía tiene restos de sangre. Creo que contiene carga psíquica de lo que ocurrió. Leopold podrá decirnos más.

De pronto, el hijo habló:

—Residuos psíquicos intensos: ecos de disparos y gritos se manifiestan al tocarlo. No contiene ningún visitante. Nivel de riesgo: bajo.

Volvió a recostarse en la silla y sus piernas se balancearon de nuevo.

—Pues ahí lo tienen —continuó Winkman—. Un pequeño dulce antes del plato principal. ¿Oigo a alguien interesado? La puja empieza en trescientas libras.

Desde nuestra posición en las alturas era imposible ver lo que contenía la caja, pero había otros dos artículos sobre la mesa. El primero, un mueble alto y rectangular de cristal, contenía una espada oxidada y un fantasma. Incluso bajo los focos, pude ver el escalofriante brillo azulado y el suave vaivén del plasma. El

segundo, que era una caja mucho más pequeña, albergaba lo que parecía ser una estatua o icono de cerámica en forma de una bestia de cuatro patas. El destello de la luz fantasmagórica también envolvía la figura, apenas visible tras el cristal de plata.

No nos interesaba ninguno de esos objetos, puesto que al otro lado de Winkman había una mesa pequeña separada, justo donde la luz de las tres lámparas se unía. Brillaba mucho y era la protagonista de toda la sala. Un pesado trapo negro cubría el estuche de cristal que había en la mesa. Bajo esta se apilaban unas cadenas de hierro y círculos de sal y virutas de hierro en un ostentoso despliegue de protección.

Un sonido detestable y conocido llegó a mis oídos: el zumbido de unas moscas.

Le di un codazo a Lockwood y señalé. Él inclinó la cabeza durante una milésima de segundo.

La subasta siguió avanzando. Uno de los clientes, un hombre pulcro y de aspecto estirado con un traje de rayas, comentó algo con una niña pequeña sentada a su lado e hizo una oferta. Un segundo miembro del público, un hombre con barba y un chubasquero algo deforme, superó la cifra al instante y las apuestas iban del uno al otro. El tercero de los tres clientes de Winkman permanecía totalmente inmóvil. Se sentaba medio de espaldas y jugueteaba distraídamente con su bastón negro y brillante. Era un hombre joven y delgado con un bigote rubio y el pelo rizado del mismo color. A veces miraba las cajas brillantes y se flexionaba para hacerle preguntas al crío sentado a su lado, pero la mayor parte del tiempo tenía la mirada fija en el trapo negro sobre la mesa del centro de la estancia.

Algo en el hombre joven me resultaba familiar. Lockwood también había estado mirándole. Se inclinó hacia mí y murmuró algo.

Me acerqué más.

—¿Qué? —susurré—. No entiendo lo que dices.

Se subió la parte inferior de la máscara.

—¿De dónde ha sacado George estas cosas? Seguro que podía permitirse unas con agujeros para la boca… He dicho que el hombre que está más cerca de nosotros estaba en la fiesta de Fittes. Le vimos hablando con Penelope Fittes, ¿te acuerdas?

—Sí, recordaba haberle visto en la sala abarrotada. La corbata negra alrededor de su cuello asomaba debajo del elegante abrigo marrón.

—Los clientes de Winkman deben ser de la alta sociedad —musitó Lockwood—. Me pregunto quién es…

El primer lote de la subasta había terminado. El hombre del traje a rayas se llevó la cigarrera. Con una amplia sonrisa, Winkman movió el armario con la espada oxidada, pero antes de que pudiera decir nada, el joven rubio levantó una mano. Llevaba unos guantes marrón claro, claramente hechos de piel de cordero o del cuero de algo pequeño, bonito y muerto.

—El acontecimiento principal, por favor, señor Winkman. Ya sabe por qué hemos venido.

—¿Tan pronto? —Winkman parecía consternado—. Esta es una espada auténtica de las cruzadas, un estoque francés que creemos que contiene un antiguo espectro o guardián de verdad, quizá de uno de los sarracenos a los que mató. Su rareza…

—No me interesa esta noche —completó el hombre joven—. Tengo piezas parecidas. Enséñenos el espejo del que tanto hemos oído hablar y dejemos esto para después. A menos que los otros caballeros no estén de acuerdo. —Miró a su alrededor. El hombre barbudo asintió y el del traje a rayas hizo un gesto de aprobación con la mano—. ¿Ve, Winkman? —continuó—. ¡Venga! Enséñenos el premio gordo.

La sonrisa del rostro de Julius Winkman no cambió, pero me pareció que había entornado los ojos tras los quevedos.

—¡Por supuesto, por supuesto! Mi señor, siempre puede dar su opinión de forma sincera y abierta. Por eso es usted un cliente tan valioso. Pues aquí está. —Se acercó a la mesa que estaba apartada y agarró la tela negra—. Les presento un objeto incomparable cuya verdadera singularidad tanto ha preocupado a los hombres del DICM en los últimos días. Amigos: ¡el espejo de hueso de Edmund Bickerstaff!

Retiró el pañuelo.

Llevábamos tanto tiempo buscándolo que en mi mente tenía un peso y un temor casi místicos. Aquello era lo que había matado al pobre Wilberforce, había acabado con un saqueador de reliquias incluso antes de salir del cementerio y había asesinado a uno de los

hombres de Winkman. Era el espejo que todos querían: Barnes, Kipps, Joplin, Lockwood, George y yo. Algunos habían matado por él y otros habían muerto por su culpa. Prometía algo extraño y terrible. Solo lo había visto de refilón en el ataúd de Bickerstaff, pero aquella negrura brillante y absorbente seguía grabada en mi memoria.

Y ahora, por fin, estaba allí. Parecía tan pequeño. Winkman lo había colocado como un objeto en un museo, apoyado contra un tablero de terciopelo inclinado. Estaba en el centro de un estuche de cristal de plata grande y cuadrado. Desde nuestro escondite alto y lejano era difícil juzgar las dimensiones exactas, pero supuse que no mediría más de quince centímetros de ancho, casi del tamaño de un cuenco de natillas o de un plato de guarnición. El espejo parecía más grueso de lo que esperaba, era irregular y tenía arañazos. Los bordes eran más o menos circulares, aunque el contorno era marrón y desigual. Habían unido muchas cosas duras y estrechas para hacerlo.

Muchos huesos.

El zumbido me masajeó los oídos. Dos de los niños del público lloriquearon en voz baja. Todos permanecieron atentos y agarrotados, con la mirada fija en el objeto del estuche.

—Debo señalar que lo están viendo desde atrás —indicó Julius Winkman con un hilo de voz—. En el otro lado, el espejo está pulido, mientras que por este es rugoso, como un cristal.

—Necesitamos ver el otro lado —dijo el hombre dejado y barbudo—. ¿Cómo vamos a hacer una oferta sin haberlo visto bien? Está jugando con nosotros, Winkman.

La sonrisa del vendedor se amplió.

—No es así. Como siempre, solo me preocupo por la seguridad de mis clientes. Saben que este objeto tiene cierta reputación. De lo contrario, ¿por qué iban a estar aquí? ¿Por qué iban a pagar el precio mínimo, que les adelanto que es de quince mil libras? Esa reputación implica un peligro. Saben que mirar a través del espejo supone riesgos. Quizá también se lleven una sorpresa, aunque no me corresponde a mí decirlo. No podrán investigarlo hasta que se venda.

—No podemos comprar con esas condiciones —gruñó el tipo barbudo—. ¡Necesitamos ver la parte del espejo que refleja!

—Por supuesto, podrán ver el espejo —afirmó Winkman sonriendo—, pero no antes de pagar.

—¿Qué más puede contarnos? —preguntó el hombre bajo del traje de rayas—. Mis patrocinadores me exigen información más precisa de la que nos ha dado hasta ahora.

Winkman miró a su hijo.

—Leopold, si no te importa…

El chico se levantó de un salto.

—El artículo debe tratarse con extremo cuidado. Además de los peligros que supone el espejo en sí, los fragmentos de huesos parecen ser orígenes de más de una aparición. He llegado a contar al menos seis, quizá siete figuras tenues que guardan conexión con el objeto. Irradian anomalías psíquicas muy potentes: mucha rabia e inquietud. La superficie del espejo provoca un frío intenso y una atracción parecida al mortífero bloqueo fantasmal. Quienes miran a través de él se quedan fascinados y tienen dificultades para alejar la mirada, por no decir que les resulta imposible. Esto puede provocar un estado de confusión permanente. Niveles de riesgo: muy altos.

—Bueno, caballeros —dijo Winkman después de que Leopold se dejara caer en la silla—, ese es el resumen. Por favor, acérquense con sus ayudantes e inspecciónenlo mejor.

Uno a uno, el público se levantó y se aproximó al estuche, los adultos con curiosidad y los niños con miedo y duda. Lo rodearon, susurrándose entre ellos.

Lockwood se levantó el pasamontañas y se acercó a mí.

—Son las doce y veinte. Prepárate y vigila las ventanas.

En lo alto de la pared opuesta, una hilera de ventanales rectangulares dejaban ver la noche. George y Flo estarían ahora en alguna parte bajo las ventanas, mientras George preparaba el contenido de su bolsa. Verían la posición de la luz y sabrían dónde se celebraba la subasta. Pasé el peso de un pie a otro y sentí la fría dureza de la empuñadura del estoque.

En cualquier momento…

Abajo, el grupo se agolpaba alrededor del estuche. El hombre barbudo habló con tono enfadado:

—Esos dos agujeros que atraviesan ese hueso de ahí, el que está cerca de la base. ¿Para qué sirven?

Winkman se encogió de hombros.

—No lo sabemos. Creemos que podría haber estado unido a un soporte. Nadie habría querido sujetarlo, de eso estoy seguro.

A mi lado, Lockwood dejó escapar una exclamación ahogada.

—¡Eso es! —susurró—. ¿Recuerdas los palos que vi en la foto del féretro de Bickerstaff? Tenía razón. Eran una especie de poste, algo sobre lo que colocar el espejo de hueso.

—Entonces Winkman no lo tiene —respondí.

—Claro que no. Jack Carver no se los llevó, ¿no? Alguien más los robó después de que se hiciera la foto. —Me miró de reojo—. Diría que es obvio quién fue.

Así era Lockwood a veces: le gustaba soltar información golosa en los momentos menos apropiados. Le habría preguntado justo entonces (y le habría golpeado si hiciera falta), pero Winkman le había indicado al público que volviera a sus asientos. Parecía que la puja estaba a punto de empezar.

Lockwood comprobó su reloj.

—¿Dónde está George? Ya tendrían que haber empezado.

—Caballeros, caballeros —los llamó Winkman—. ¿Lo han consultado con sus ayudantes psíquicos? Si no tienen más preguntas, el tiempo apremia y debemos centrarnos en lo que nos atañe. Como he dicho, el precio inicial de esta pieza tan única es…

Pero el hombre joven del bigote rubio había vuelto a levantar la mano.

—Espere. Yo sí tengo una duda.

Winkman agrandó más la sonrisa.

—Por supuesto. Adelante.

—Ha mencionado ciertos riesgos sobrenaturales. ¿Qué hay de las consecuencias legales que acarreará el asesinato de Jack Carver? Se dice que Carver le consiguió el espejo y que la daga que le apuñaló por la espalda era suya. No somos muy exigentes con sus métodos, pero este caso parece demasiado público para el bien de cualquiera. El DICM lo está investigando, al igual que algunas agencias.

Las comisuras de la boca de Winkman se inclinaron hacia abajo, como si alguien hubiera accionado un interruptor.

—Caballeros, me gustaría que recordaran los negocios que hemos hecho en el pasado. ¿No he honrado nuestros acuerdos? ¿No están satisfechos con los artículos que les he vendido? Déjenme decirles dos cosas. La primera: yo nunca contraté a Carver. Vino a

verme sin previo aviso. La segunda: compré este objeto con todas las de la ley y le dejé en perfecto estado de salud. Yo no le maté. —Julius Winkman se llevó una mano enorme al pecho—. Puedo jurar todo esto por mi querido hijito Leopold, al que ven aquí tan ágil como un hurón. En cuanto al DICM y a las agencias… —Escupió sobre el suelo del almacén—. Eso es lo que pienso. No obstante, invito a cualquiera que tenga miedo a que se marche ahora, antes de que empiece la puja. —Se detuvo en el centro del escenario con los brazos extendidos—. ¿Y bien?

En ese momento, una luz blanca brilló tras la ventana. Nadie en el almacén se dio cuenta, pero nosotros, en las sombras, vimos cómo se hinchaba y crecía para después volver a apagarse en la oscuridad.

—Esa es nuestra señal —murmuró Lockwood y luego se colocó bien el pasamontañas.

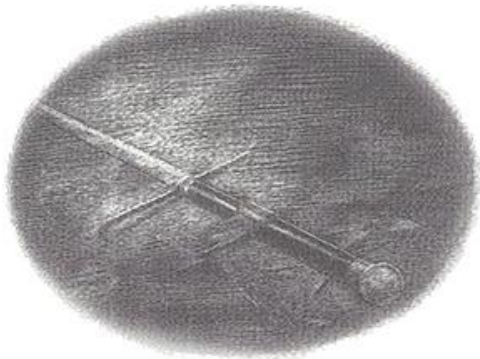
Abajo, nadie había respondido a la pregunta de Winkman. El hombre joven se había limitado a encogerse de hombros y todos permanecieron sentados.

Winkman asintió.

—Exacto. Basta de cháchara. Empecemos con las primeras pujas.

Entonces, el hombre barbudo levantó el brazo.

Y una explosión de fuego incandescente hizo estallar la ventana más cercana.



24

Sabíamos que el primer destello de magnesio explotaría en cuanto chocara contra el cristal y habíamos supuesto que rompería la ventana. Lo que no esperábamos era que la explosión fuera tan fuerte ni que rompiera todos los cristales del enorme ventanal del almacén, además de varias ventanas contiguas. El efecto fue incluso mejor de lo que habíamos anticipado: una pared de esquirlas vítreas cayó con la fuerza y la intensidad de una capa de hielo derretido, cortando directamente a través de una nube de sal, hierro y llamaradas blancas de magnesio.

Incluso antes de que la lluvia de cristales se convirtiese en polvo al llegar al suelo, otros dos destellos giraron por encima del humo y atravesaron el agujero que había hecho el primero.

Y cuando explotaron, Lockwood y yo ya habíamos bajado la mitad de los escalones y corríamos hacia la planta baja del almacén, con los estoques y los proyectiles en la mano.

El ruido de la explosión original y el crujido de los cristales rotos nos había ensordecido, a pesar de llevar los pasamontañas de lana. Y lo esperábamos. El efecto que había provocado en los que estaban

debajo, para quienes había supuesto un impacto total, podía verse en el revoloteo de las figuras que se apiñaban en el acrobático humo plateado.

Los niños con dones psíquicos habían abandonado las sillas y corrían y gritaban en la oscuridad. Los guardias daban tumbos de un lado a otro mientras se protegían la cabeza de la lluvia de sal y cristales. Dos de los clientes de Winkman habían caído hacia delante, arrodillados como si hubiera llegado el día del juicio final. El joven rubio permanecía inmóvil en su asiento, paralizado de la impresión. El hijo de Winkman se había puesto de pie de un salto, farfullando. Winkman miraba a su alrededor como un toro desorientado, con los dedos doblados y las venas del cuello tensadas bajo la piel.

Nos vio bajar la escalera y se le pusieron los ojos como platos.

Entonces, el segundo y tercer destello de George impactaron contra el suelo. Dos estallidos más de fuego blanco y humeante. Winkman salió despedido hacia un lado, aterrizó sobre la mesa en la que estaba el espejo de cristal y cayó pesadamente al suelo. Detrás de él, una de las lámparas se derrumbó, se rompió y se apagó. Partículas de hierro caliente salieron disparadas hacia arriba y una cascada roja brillante descendió haciendo círculos.

Era una escena de muerte y confusión. El hombre del traje a rayas rodó sobre su espalda, gritando mientras hilos de humo salían de su ropa. El hijo de Winkman había caído con tanta fuerza sobre la silla que la había hecho pedazos. El hombre barbudo soltó un grito de terror. Se tropezó y huyó por el pasillo.

El joven rubio todavía permanecía quieto, con la mirada hacia delante.

Lockwood y yo casi llegábamos al final de la escalera. Habíamos calculado que la distracción nos daría varios segundos y, aunque el trabajo de George había superado con creces nuestras mejores expectativas, sabíamos que no sería suficiente. Yo debía encargarme de continuar con la distracción mientras Lockwood robaba el espejo. Preparé un cuarto destello y lo lancé hacia los inquietos guardias. Lockwood tiró otro, pero el suyo buscaba acertar directamente sobre el estuche de cristal de plata.

Dos explosiones más. Una separó a los guardias y la otra rompió la vitrina. Winkman, que estaba intentando ponerse en pie tras la

mesa, desapareció bajo un estallido de fuego plateado.

Lockwood saltó hasta las cadenas protectoras y se sumergió en el humo, arrastrando el aroma de la lavanda que salía del saco de cáñamo que tenía abierto en una mano.

Cuando el estuche de cristal de plata se rompió, el zumbido de mi cabeza aumentó de golpe. Contemplé la niebla y vi la silueta de Lockwood inclinándose sobre la mesa y, encima, unas formas sombrías. Muchas voces huecas hablaron al unísono:

—Devuélvenos los huesos.

Entonces Lockwood abrió la bolsa de lavanda y, con una mano enguantada, metió el espejo de hueso dentro. El zumbido se acalló y las figuras flotantes se desvanecieron. Ya no había voces.

Lockwood se giró, salió del humo y corrió hacia mí.

A unos metros, el joven del bigote rubio se levantó. Estiró el brazo en busca del bastón, que había caído al suelo junto a su silla. Con un movimiento rápido, giró la empuñadura, tiró y sacó una espada larga y delgada. Apartó el bastón y se encaminó en nuestra dirección. Solté otro destello, eché un brazo hacia atrás…

—¡Alto! ¡O disparo!

Winkman había emergido detrás de la mesa, con el rostro oscuro, el pelo echado hacia atrás y los quevedos torcidos. Tenía escamas de sal quemadas incrustadas en la cara, la boca abierta y la chaqueta salpicada de agujeros humeantes. Sujetaba un revólver de cañón corto negro.

Con el brazo todavía en alto, me quedé paralizada. Lockwood, frente a mí, se detuvo casi a mi lado.

—¿Creéis que podéis escapar? —preguntó Winkman—. ¿Creéis que podéis robarme? Os mataré a los dos.

Despacio, Lockwood levantó las manos. Me susurró algo en voz baja. Su pasamontañas amortiguó el sonido y no oí ni una palabra.

—Primero descubriremos quiénes sois y quién os ha enviado —dijo Winkman—. Lo haremos a mi manera. Baja el proyectil, niña. Estáis rodeados.

En efecto, los guardias habían surgido de entre las sombras y cada uno llevaba una pistola. El hombre joven, todavía inmaculado con su abrigo marrón, permanecía a un lado, con el bastón espada brillando bajo la luz.

Lockwood insistió, pero yo seguía sin escucharle.

—¡Baja el destello! —gritó Winkman.

—¿Qué? —murmuré—. No te oigo.

—¡Oh, por favor! —Lockwood se subió la parte inferior de la máscara—. ¡El otro estuche! ¡Donde está el fantasma! ¡Venga!

Tuve la suerte de tener el brazo preparado, aunque ni así fue un lanzamiento fácil. La caja brillante con la espada oxidada estaba a un par de metros, medio bloqueada por la cabeza de Winkman. Probablemente, si lo hubiera pensado, habría fallado cinco tiros de seis. Pero no tenía tiempo para pensar. Giré ligeramente el cuerpo, lancé el proyectil siguiendo la trayectoria de un arco y luego me agaché. Junto a mí, Lockwood también se había agachado, de modo que las balas de Winkman pasaron justo por encima de nosotros. Ninguno vio cómo el proyectil chocaba contra el estuche, pero el sonido del cristal rompiéndose nos avisó de que había sido un lanzamiento certero. Eso y los gritos de alerta en la habitación.

Levanté la cabeza y vi un cambio repentino en el comportamiento de nuestros enemigos. Ahora ninguno nos prestaba atención. Una tenue figura azul había emergido de las ruinas de la vitrina rota, donde la espada yacía en un ángulo imposible, y humeaba y burbujeaba a causa de las últimas salpicaduras de sal y hierro esparcidos. Era un poco más grande que un hombre humano y su imagen era borrosa, como si una silueta fuerte y firme se hubiera disuelto parcialmente. En algunas partes era totalmente transparente y en el centro del torso no había color ni definición alguna. En los bordes podían verse fragmentos de detalles, pequeños nudos y bultos que sugerían ropa y zonas más lisas que parecían piel muerta. Y cerca de la parte superior… ¿dos cabezas de alfiler que brillaban como la escarcha? Eran los ojos.

El alma en pena irradiaba ráfagas de aire frío. No tenía piernas visibles, sino que flotaba hacia los hombres como si estuviera sobre una pista nubosa y ondulada. Los guardias entraron en pánico. Uno disparó una bala en dirección al cuerpo del espectro y el otro dio media vuelta y huyó por el pasillo.

Winkman recogió una esquirla del cristal de plata y se la lanzó al fantasma. Cortó uno de sus brazos estirados y el plasma burbujeó. Oí un suspiro espectral de desaprobación.

El hombre joven alzaba el bastón espada y adoptó una postura defensiva. Despacio, se movió hacia la figura, que cada vez estaba

más cerca.

Lockwood y yo no nos detuvimos para ver más. Corrimos en dirección a las escaleras. Yo llegué primero y las subí estrepitosamente.

Un grito de rabia. Tras el humo que había detrás del hombro de Lockwood, el hijo de Winkman corrió para atacarle con el brazo roto de un sillón en la mano. Lockwood se echó hacia atrás con el estoque. El niño aulló, se aferró a su muñeca y el palo cayó al suelo.

Subimos los peldaños de tres en tres. A mi espalda, oí gritos, palabrotas y el suave suspiro del fantasma. Miré hacia abajo mientras corríamos por la pasarela. El suelo del almacén apenas era visible bajo las capas de humo plateado. Una distante forma azul se doblaba y avanzaba a gran velocidad, intentando alejarse del parpadeo de la espada de plata.

Más cerca, una figura de pecho ancho subía cojeando velozmente los escalones.

Lockwood cruzó las puertas de cristal y las cerró de golpe. Giró dos cerrojos y, precipitándose por la escalera, llegó hasta mí.

Habíamos subido varios pisos cuando empezó el martilleo sobre las puertas.

—Necesitamos que los cerrojos aguanten un poco más —jadeó—. Tenemos que haber avanzado por la cañería antes de que nos vean o seremos presas fáciles.

Un golpe, seguido de un crujido enorme y tintineante, sonó desde abajo.

—La ha abierto de un balazo —dije—. Mirándolo por el lado bueno, eso es una bala menos para nosotros.

—Adoro tu optimismo, Luce. ¿En qué piso estamos ahora?

—Oh, no… He olvidado contar los tramos de las escaleras. Teníamos que subir seis.

—Vale, ¿y cuántas hemos hecho?

—Creo que nos faltan un par más… Sí, esta es la planta. Creo que es por ahí.

Dejamos atrás la escalera y Lockwood comprobó las puertas, pero no había más cerrojos que echar. Nos lanzamos hacia el pasillo.

—¿Qué despacho era?

—Este… No, ese no es. Todos parecen iguales.

—Debe ser el de la esquina del edificio. Aquí. Mira, ahí está la ventana.

—Pero esta no es la habitación correcta. Lockwood, ¿dónde están los tablones de anuncios?

Lockwood había abierto la ventana de par en par y contemplaba la noche. Su pelo caía hacia abajo mientras él estiraba el cuello para asomarse.

—Hemos subido demasiado. Estamos incluso más arriba que antes. La cañería está aquí, pero está torcida justo por debajo y no creo que podamos escalar por ahí.

—¿Podemos bajar?

—No nos queda otra.

Pero cuando corrimos de nuevo hacia la escalera, oímos unas fuertes pisadas un piso o dos por debajo y vimos la primera antorcha tenue en la pared.

—Volvamos otra vez —indicó Lockwood—. Y rápido.

Regresamos al pequeño despacho. Lockwood me pidió que vigilara la puerta. Me coloqué contra la pared, saqué el último proyectil de fuego griego del cinturón y esperé. Lockwood llegó hasta la ventana y se asomó.

—¡George! —gritó—. ¡George! —Escuchó en la noche. Yo escuché en el pasillo, que permanecía en completo silencio, aunque era un silencio expectante—. ¡George! —volvió a llamarle.

Muy por debajo, en la oscuridad del río, la esperada voz respondió:

—¡Aquí!

Lockwood levantó el saco de cáñamo.

—¡Paquete va! ¿Estás listo?

—¡Sí!

—¡Cógelo y luego corre!

—¿Y vosotros?

—No hay tiempo. Nos encontraremos luego. ¡Plan H! ¡Seguimos el Plan H, no lo olvides!

Lockwood tiró la bolsa hacia la oscuridad. En lugar de esperar a que George respondiera, volvió de un salto a la sala y me llamó.

—Escalaremos hacia arriba, Luce. Es la única opción. Llegamos al tejado y luego vemos.

Unos pasos sigilosos y precavidos sonaron en el pasillo. Observé

desde detrás de la puerta. Winkman y otros dos hombres —uno de los guardias y otro al que no reconocí— avanzaban por el corredor. Cuando moví la cabeza hacia atrás, algo pasó con un gemido y penetró en la pared del fondo. Lancé el destello hacia la esquina y corrí para reunirme con Lockwood. El suelo a mi espalda tembló. Hubo una explosión plateada y varios gritos afligidos.

—Pon los pies en el alféizar —me pidió Lockwood—, estira el brazo y súbete. Ahora, rápido.

Era otra de esas ocasiones en las que si piensas demasiado estás perdida. Por eso, ni miré al abismo que tenía debajo ni al río reluciente ni a la inmensidad de cielo iluminado por la luna que amenazaba con inclinarse y caerse ante mis ojos mareados. Simplemente me erguí sobre el alféizar, me levanté y me arrojé hacia la cañería. Me aferré a ella y bajé un poco hasta que mis pies encontraron un agarre y supe que estaba a salvo. Entonces empecé a trepar.

Este segundo ascenso sobre la tubería fue más fácil que el primero por dos motivos. Me jugaba la vida, así que no me preocupaban tanto el viento, la pintura desconchada o siquiera la caída debajo de mí. También era menos distancia. Solo tenía que escalar el equivalente a un piso hasta llegar a una cornisa oxidada de un canalón negro y me encontré subiendo por ella hasta una expansión plana de techo de plomo. En total, todo aquello me llevó poco más de un minuto. Me había detenido cada vez que pensaba haber oído un grito de rabia (o quizá de dolor) bajo mis pies. Pero no podía arriesgarme a mirar y rezaba para que Lockwood estuviera cerca. Y, en efecto, casi de inmediato oí unos arañazos bajo el canalón y le vi arrastrarse hacia arriba y llegar a mi lado.

—¿Estás bien? —pregunté—. Me ha parecido oír…

Lockwood se subió el pasamontañas y se alisó el pelo hacia atrás. Tenía un corte pequeño en una mejilla y respiraba con dificultad.

—Sí. No sé quién era, pero imagino que se lo merecía. Por desgracia, cuando se cayó por la ventana, perdí mi estoque italiano nuevo.

Permanecimos un rato en el tejado, arrodillados el uno junto al otro, hasta que nuestra respiración se ralentizó.

—Lo único bueno de estar aquí arriba —dijo Lockwood al fin—

es que no veo a Winkman trepando para perseguirnos. Aparte de eso… —Se encogió de hombros—. Bueno, veamos qué opciones nos quedan.

En resumidas cuentas, nuestras opciones eran limitadas. Estábamos sobre un tejado plano y alargado sobre el crecido Támesis. A un lado se elevaba una pared de ladrillo vertical, que formaba la estructura de una azotea en la que una vez habrían almacenado las unidades de potencia del almacén. Se extendía a lo ancho del tejado y no podíamos escalarla con facilidad. En el otro lado estaba el río. Muy abajo, la luz de la lima brillaba sobre el agua que bañaba las viguetas y las vigas. Parecía haber mucha distancia.

Miré, pero no pude ver a Flo, a George ni a su pequeño bote de remos.

—Bien —dijo Lockwood—. Eso significa que se han ido pitando. O que se han hundido, claro. Sea como sea, el espejo de hueso ya no está en las manos de Winkman.

Asentí.

—Qué buenas vistas. La ciudad es muy bonita cuando no ves a todos los fantasmas. —Le miré—. Entonces…

Él me sonrió.

—Entonces…

Algo escarbó en el extremo del tejado. Lockwood volvió a taparse la cara con el pasamontañas. Unas manos aparecieron en el parapeto y una figura se empujó rápidamente hacia arriba hasta hacerse visible. Era el hombre joven y rubio. Le faltaba el abrigo marrón y la chaqueta de traje negro estaba algo salpicada de manchas de ectoplasma. Por lo demás, parecía estar en buenas condiciones. Como nosotros, había escalado por la cañería desde la ventana de abajo.

Se puso de pie con agilidad y se sacudió el polvo. Después desabrochó el bastón espada del cinturón.

—Bien hecho —dijo—. Una actuación extremadamente buena. Ha sido una persecución excelente. Llevaba años sin divertirme así. ¿Sabéis? Creo que el último fuego griego casi hace que Winkman atravesara la pared, lo que, sinceramente, no habría sido algo malo. Pero esta parece ser la última parada. ¿Puedo recuperar ahora mi espejo?

—No es suyo —respondió Lockwood con firmeza.

El hombre joven frunció el ceño.

—¿Perdona? No lo he entendido.

Le di un codazo discreto a Lockwood.

—El pasamontañas.

—Ah, sí. —Lockwood se subió la parte inferior de lana—. Lo siento. Decía que, si hablamos con propiedad, no es su espejo. No ha pagado ni pujado por él.

El hombre joven rio. Tenía los ojos muy azules y un semblante agradablemente sincero.

—Aprecio el comentario, pero Julius Winkman está delirando y aullando ahí abajo. Creo que os haría trizas con sus propias manos si pudiera. Yo no soy tan vulgar. De hecho, veo una oportunidad que podría ser ventajosa para los tres. Dadme el espejo ahora y os prometo que os dejaré marchar. Diré que escapasteis con él. Así ganamos todos. Vosotros vivís y yo tengo el espejo sin tener que pagarle a ese asqueroso trol de Winkman.

—Es una buena oferta —respondió Lockwood—. Y muy agradable. Casi deseo que pudiéramos aceptarla. Desgraciadamente, no tengo el espejo.

—¿Por qué no? ¿Dónde está?

—Lo lancé al Támesis.

—Oh —contestó el hombre joven—. Entonces sí que tendré que mataros.

—Podría dejarnos marchar igualmente, en un gesto de buena deportividad —sugirió Lockwood.

Otra carcajada.

—La deportividad tiene unos límites. Ese espejo encantado tiene algo especial y yo lo deseo de todo corazón. Pero tampoco me creo que lo hayáis tirado. Quizá te mate a ti y haga que la chica me diga dónde está.

—Oye —repliqué—, que yo todavía tengo mi estoque.

—Me da igual cómo lo hagamos, pero hagámoslo ya —respondió el joven.

Despacio, caminó hacia nosotros. Nos miramos.

—Uno podría luchar contra él, pero seguiríamos en las mismas —dijo Lockwood. Contempló el río—. Mientras que…

—Sí —contesté—. Pero Lockwood, yo no puedo hacerlo.

—Todo irá bien. Flo es excéntrica, pero hay cosas que podemos confiarle. Las aguas profundas son una de ellas.

—Nos estamos acostumbrando mucho a esto —comenté.

—Lo sé. Pero es la última vez.

—¿Me lo prometes?

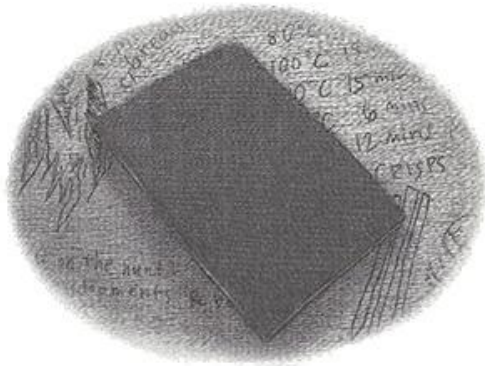
Ya estábamos corriendo por el tejado ondulado, cogiendo toda la carrerilla que podíamos. Entonces saltamos juntos, de la mano.

En algún momento de los siguientes seis segundos, solté a Lockwood. En algún momento entre los gritos y la caída vertiginosa, perdí el estoque. Cerré los ojos con fuerza en el instante en el que salté, así que no vi a las estrellas alzarse en vuelo o a la ciudad saltar para atraparnos, como luego explicó Lockwood.

Después, mucho después, quizá unos cuatro o cinco segundos más tarde en los que no podía creer que no estuviera muerta, abrí los ojos para comprobarlo y vi las brillantes aguas del Támesis extenderse en un saludo silencioso bajo mis veloces botas. Estaba intentando recordar cómo había que chocar contra una superficie imitando a una flecha para no romperse todos los huesos cuando, con el chasquido de un látigo y un grito, estaba a tres metros de profundidad rodeada de un cono de burbujas sin dejar de hundirme.

En algún momento alcancé el equilibrio. Iba cada vez más y más lento… Me quedé suspendida en la oscuridad, sin pensamiento, emoción o algo que me atrajera a la vida o a las cosas vivas. Entonces la corriente me lanzó hacia arriba y hacia los lados. En una oleada de terror, recordé mi vida y mi nombre. Luché, me revolqué y me tragué la mitad del río justo cuando este me vomitó.

Viraba sobre una ola aceitosa en algún rincón del corazón del Támesis. Me recosté, tosiendo y jadeando. Lockwood estaba a mi lado y me agarró de la mano. Con la mirada puesta en la luna, una última visión me mostró a una figura delgada que se perfilaba en un tejado lejano antes de que las aguas negras nos arrastraran a los dos.



25

—Bueno, si juzgamos el éxito por el número de enemigos que hacemos, diría que ha sido una noche muy buena —dijo Lockwood.

A las 2:45 de la madrugada, la pequeña cocina del número treinta y cinco de Portland Row mostraba su verdadero aspecto. Esa noche cocíamos huevos, tostábamos pan y la tetera burbujeaba poco a poco en un lado. Era una escena iluminada y acogedora, estropeada únicamente por la presencia del frasco sellado en la encimera. La calavera estaba activa y la cara repelente nos sonreía y guiñaba un ojo desde el centro del plasma. Sin embargo, dado nuestro estado de ánimo, aquello era fácil de ignorar.

Lockwood y yo volvíamos a sentirnos bien. Era prácticamente un milagro, porque apenas habían pasado dos horas desde que habíamos salido del agua y nos habíamos arrastrado por los sucios guijarros situados al sur del puente de la Torre.

El empapado paseo de vuelta a la estación de Charing Cross parecía haber durado una eternidad, pero la cosa empezó a mejorar en cuanto nos cambiamos y nos pusimos la ropa seca. Por un golpe de buena suerte, conseguimos pillar un taxi nocturno que pasaba

por allí. Ahora, duchados, limpios y calentitos, coincidimos en que habíamos resuelto el caso de forma muy eficiente. De todos modos, habíamos llegado a casa más rápido que George. Él aún no había vuelto.

—Lo mires por donde lo mires, ha sido un triunfo —opiné, llevando una tostada caliente de una mano a otra y lanzándola a un plato—. ¡Hemos ganado a Winkman! ¡Tenemos el espejo de Bickerstaff! Podemos dárselo a Barnes por la mañana y acabar con este asunto. Y Kipps pierde la apuesta, lo que es lo mejor de todo.

Lockwood estaba hojeando el panfleto que habíamos robado de la biblioteca de Fittes hacía unas horas, aunque parecía haber pasado toda una vida. Lo habíamos dejado en las taquillas de Charing Cross, así que se libró de la inmersión en el Támesis.

—Me he fijado en que Kipps y su equipo ya no están merodeando fuera —comentó—. Debe haberse dado por vencido cuando se dio cuenta de que le engañamos en el coche. Aunque ojalá volviera George. Se está tomando su tiempo.

—Seguramente no haya encontrado un taxi que le lleve después de estar en ese bote apestoso de Flo —señalé—. Tendrá que venir andando. Su taquilla en la estación estaba vacía, así que sabemos que salió sano y salvo.

—Cierto. —Lockwood dejó el panfleto y se levantó para ocuparse de los huevos—. Por cierto, yo tenía razón sobre *Las confesiones de Mary Dulac*. Son casi todo chorradas. Mucha palabrería sobre un conocimiento prohibido y la búsqueda de los misterios de la creación. La verdad es que no dejan a la pobre y vieja Mary en buen lugar. Al parecer vivió durante diez años dentro del hueco de un árbol. ¿Quieres que te sirva el huevo en una taza o en el plato?

—En una taza, por favor. Lockwood, ¿quién crees que era ese hombre del tejado?

—No lo sé. Pero Winkman le llamó «mi señor», así que puede que lo averigüemos. —Me pasó el huevo cocido—. Es un coleccionista rico o una versión moderna de Bickerstaff que se mete donde no le llaman. A juzgar por lo que dice Mary Dulac, Bickerstaff parece un monstruo. Míralo, está en la tercera o cuarta página.

Volvió a concentrarse en la cena. Cogí *Las confesiones de Mary*

Dulac. Pese a la encuadernación de cuero de la biblioteca de Fittes, era muy fino y apenas ocupaba unas cuantas hojas. Parecía más una colección de párrafos inconexos que otra cosa. Probablemente alguien habría copiado una selección del documento original y quitado los fragmentos que resultaban aburridos o incoherentes. Como Lockwood había dicho, se centraba mucho en la infeliz vida de la mujer en la naturaleza e incluía muchos comentarios filosóficos sobre la muerte y el más allá que yo no comprendía. Aunque la parte sobre Bickerstaff era más jugosa. Entre trozo y trozo de huevo, leí:

> *¿Quién fue Bickerstaff, cuya sombra maldita se cierne sobre mi desde hace diez años? ¡Ah! ¡Y el hombre más retorcido que conocí jamás! Sí, yo le mate. Sí, le sepultamos bajo tierra y sellamos su cuerpo con hierro, mas sigo viéndole en la oscuridad cada vez que cierro los ojos. Continúo viéndole ante mí, envuelto en su capa aterciopelada y concentrado en sus rituales oscuros. Continúo viéndole saliendo del taller con sus sangrientos cuchillos de carnicero en la mano. Continúo oyendo su terrible voz, ese instrumento relajante y persuasivo que nos convertía a todos en marionetas a su merced. ¡Ah! ¡Qué ilusos fuimos siguiéndole! ¡Nos prometió el mundo, nos prometió la iluminación! Al final nos llevó a la ruina y al borde de la locura. ¡Lo he perdido todo por su culpa!*

A esto le seguía una breve divagación sobre los tipos de corteza y hongos que Mary Dulac se vio obligada a comer durante sus años a la intemperie del bosque de Chertsey. Luego volvió al tema principal.

> *La oscuridad siempre estaba en él: en esos ojos penetrantes de lobezno y en esa rabia salvaje que liberaba con la situación más insignificante. No puedo olvidarlo. La manera en la que le rompió el brazo a Locan cuando se le cayeron las velas y cómo tiró a Mortimer escaleras abajo. No puedo olvidarlo. Sí, le odiábamos y le temíamos. Pero su voz era miel. Nos fascinaba con su discurso sobre el gran proyecto y el asombroso artefacto que podría crear si soportábamos la misión. Con la ayuda de su sirviente, un chico astuto y malvado cuyos ojos veían claramente a las ánimas, emprendimos incursiones a camposantos y recopilamos los materiales para el artefacto. El chico nos protegía de los espíritus vengativos hasta que los atrapábamos en el espejo.*
>
> *Bickerstaff afirmaba que la presencia de todos los espíritus juntos era lo que le daba poder al artefacto. ¡Mas que poder! El espejo debilita las estructuras del mundo y ofrece a los pocos afortunados... ¡Oh, cuanto horror! ¡Qué blasfemia! Un atisbo del cielo.*

Miré a Lockwood.

—No sé lo que se verá a través del espejo de Bickerstaff, pero no creo que sea el cielo —dije en voz baja.

Él sacudió la cabeza.

—Yo tampoco. Teníamos razón, Lucy. Teníamos razón sobre ese espejo de hueso. El grupo de Bickerstaff estaba intentando ver algo que se nos está prohibido a todos. Intentaban mirar más allá de la muerte y descubrir qué ocurre después. Bickerstaff estaba loco, igual que los demás. Incluyendo a nuestro amigo.

Señaló con la cabeza al rostro del frasco. Unos puntos de luz brillaban en las cuencas de los ojos mientras nos miraba. La sonrisa era amplia y cómplice.

—Parece estar de muy buen humor esta noche —observé—. No ha dejado de sonreír desde que llegamos. Oye, acabo de caer en algo… Ese sirviente malvado del que hablaba Dulac… ¿No crees que…?

—Quién sabe. —Lockwood miró a la calavera con el ceño fruncido—. No me sorprendería nada. —Se recostó en su silla—. Bueno, gracias a Dios tenemos el espejo y nadie más podrá ponerle las manos encima. Apuesto a que Bickerstaff nunca intentó mirarlo y solo usaba a los demás. No me extraña que su fantasma fuera tan espeluznante. Me alegro de que le lanzaras una espada a la cabeza.

—Cuando oí su voz en el cementerio —comenté—, era hipnótica, como dice Dulac. Tenía una especie de efecto cautivador. Como si te invitara a hacer cosas, aunque sabes que no deberías. Creo que les afectó a George y Joplin, incluso sin ser conscientes de haber oído la voz. ¿Te acuerdas de cómo se quedaron paralizados junto al féretro?

—Sí. Menudos idiotas. —Lockwood miró su reloj—. Luce, si George no aparece pronto, voy a empezar a preocuparme. Quizá tendríamos que ir a buscar a Flo para preguntarle dónde le dejó.

—Vendrá. Ya sabes lo lento que anda. Ah, mira esto. —Llegué a la última página del panfleto—. Es lo que queríamos. La confesión final de Dulac.

Leí en voz alta:

> *Sí, maté a un hombre. Pero ¿fue asesinato? ¡No! Si algún día tuviera que dictarse sentencia, declararía que fue un acto de defensa propia. Sí, un acto desesperado para salvar mi alma. ¡Edmund Bickerstaff estaba loco! Ansiaba mi vida*

tanto que me puso un cuchillo en el cuello. Su sangre manchaba mis manos, pero no cargo con la culpa.

Wilberforce murió. Todos lo vimos. Miró el artefacto y pereció. Luego nos invadió el pánico. Huimos de aquel lugar maldito en nuestros carruajes, jurando rechazar a Bickerstaff para siempre. Pero el doctor no lo aceptó. En cuestión de una hora, él y su chico silencioso se presentaron en mi casa con el artefacto. Yo los temía, mas los dejé entrar. El doctor estaba inquieto. ¿Guardaría yo silencio sobre el incidente del pobre Wilberforce? ¿Podía él confiar en que yo siguiera mi propio consejo? Pese a mis súplicas, entró en cólera. Entonces me acuso. Para demostrar mi fe, ¡debía mirar a través del espejo! El chico me agarró por detrás y me inmovilizó los brazos. El artefacto emergió del bolsillo del doctor, lo sostuvo frente a mí. Apenas lo vislumbré, unos instantes únicamente, y sentí que mi cordura se zafaba de mí y mis extremidades se enfriaban.

Así habría acabado todo, de no ser por el revólver personal de mi padre que yacía sobre la mesa. Me/liberé y tomé la/pistola. Bickerstaff se abalanzó sobre mí con las manos en forma de garra, gritando, pero yo me cubrí la cara y disparé una bala que le atravesó la frente. También abrí fuego contra el chico, pero esquivó el tiro como una anguila, se arrojó por la ventana escapó. Que Dios me perdone, pero a veces este es mi mayor lamento. Desearía haberle matado a él también.

No contaré cómo nos deshicimos del doctor y de su creación. Basta decir que temíamos que otros imitaran nuestra estupidez y buscaran un conocimiento que no debe alcanzar el hombre. Solo confío en que hayamos reprimido el artefacto lo mejor que pudimos y que ahora yazca para siempre sin perturbación alguna.

Cerré el panfleto y lo aparté.

—Pues ahí está —declaré—. Así es como murió Bickerstaff. Mary Dulac le disparó y luego ella y sus amigos le enterraron en secreto en Kensal Green. Lo hemos resuelto. El caso está cerrado.

Recogí mi plato, lista para llevarlo al fregadero, pero me detuve de pronto mientras contemplaba la mesa.

Frente a mí, Lockwood asentía.

—Puede que Dulac estuviera chiflada —dijo—, pero acertó en todo. Todo el mundo quiere el espejo. Todos están obsesionados con lo que podrían ver, incluso si mata a todo aquel que lo mira. Anoche esos coleccionistas iban a pagar miles de libras. Barnes también está desesperado. Joplin nos persigue para echarle un vistazo y George tampoco es que esté mucho mejor. —Sonrió con aire arrepentido—. George y Joplin son muy parecidos, ¿no? Hasta se limpian las gafas de la misma forma. Por cierto, ¿te dije que creo

que fue Joplin el que robó el soporte original del féretro de Bickerstaff? Solo Saunders y él tenían acceso a la capilla donde lo guardaban. Es el tipo de cosa que… —Hizo una pausa—. ¿Lucy? ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

Yo seguía con la mirada fija en la mesa, en el mantel de pensar y sus notas y garabatos. Lo habíamos tenido delante desde el principio. La verdad es que nunca le prestaba atención a lo que está escrito ahí. Ahora, casi por casualidad, sí me había fijado. Y, si la sangre no había abandonado mi cara, sentí como si lo hubiera hecho.

—Lockwood… —dije.

—¿Qué?

—¿Esto estaba aquí antes?

—Sí. Ese dibujo lleva meses ahí. Me sorprende que no te hayas dado cuenta. No hago más que repetirle a George que no haga estas cosas. Me quita las ganas de desayunar. ¿Por qué? ¿Crees que deberíamos cambiar de mantel?

—El dibujo no. Cállate. Esta frase de aquí. Dice: «He ido a ver a un amigo por lo del espejo. Vuelvo pronto. G».

Nos miramos.

—Eso debe llevar días escrito… —dijo Lockwood.

—¿Desde cuándo?

Lockwood dudó.

—No lo sé.

—Mira, este es el bolígrafo con el que lo escribió. Justo al lado.

—Pero eso significaría… —Me miró—. No puede ser. No lo haría.

—Un «amigo» —repetí—. Y sabes quién podría ser, ¿no?

—No haría algo así.

—Volvió con el espejo de hueso y, en vez de esperarnos, volvió a salir. Para ver a Joplin.

—¡Que no haría algo así! —Lockwood había hecho el amago de levantarse y parecía no tener claro qué hacer—. No puedo creerlo. Le dije expresamente que no lo hiciera.

Una vibración en la sala. Era leve y muy lejana. Miré al frasco. Una malévola luz verde brilló en el interior mientras la cara se reía.

—¡El fantasma lo sabe! —grité—. Por supuesto que sí. ¡Estaba justo aquí!

Aparté la silla y corrí hacia el frasco. Abrí la palanca y, de golpe, las infames carcajadas de la calavera estallaron en mi oído.

—¿Echas de menos a alguien? —se mofó—. ¿Al fin os dais cuenta?

—¡Cuéntanoslo! —exclamé—. ¿Qué has visto?

—Me preguntaba cuánto tardaríais en resolverlo —dijo la voz—. Supuse que veinte minutos. Os ha costado el doble. Dos lirones tontos se habrían percatado más rápido que vosotros.

—¿Qué ha pasado? ¿Adónde ha ido George?

—¿Sabéis? Creo que vuestro pequeño George está metido en un lío —contestó la calavera, regodeándose—. Creo que ha ido a hacer una estupidez. Bueno, después de todo lo que me ha hecho, a mí no me quitará el sueño.

Sentí cómo el pánico se agolpaba en mi pecho y los músculos se me agarrotaban. Con la voz entrecortada, le repetí a Lockwood las palabras del fantasma. De pronto, había corrido hacia mí y levantaba el frasco sellado de la encimera. Lo revolvió y lo soltó con fuerza sobre la mesa, lo que hizo que los platos salieran volando.

El rostro daba vueltas en el interior del frasco y la nariz estaba aplastada contra el cristal.

—Oye, cuidadito. El plasma es delicado.

Lockwood se pasó los dedos por el pelo.

—Dile que hable. Que si no nos cuenta qué le vio hacer a George, nosotros…

—¿Qué? —farfulló el fantasma—. ¿Qué me vais a hacer? Ya estoy muerto.

Repetí el mensaje y luego golpeé el cristal con un dedo.

—Sabemos que no te gusta el calor —salté—. Podemos meterte en una situación muy incómoda.

—Sí —añadió Lockwood—. Y ahora no estamos hablando del horno. Te llevaremos a la incineradora de Clerkenwell.

—¿Y qué? —replicó el espíritu—. Destruidme. ¿Acaso eso os ayudaría? ¿Y cómo sabéis si no es eso lo que deseo exactamente?

Cuando se lo dije a Lockwood, este abrió la boca y volvió a cerrarla. Los deseos y sueños de un fantasma son algo difícil de imaginar, de modo que no supo qué decir. Pero yo sí. En aquel instante, supe perfectamente qué es lo que el fantasma siempre había querido, lo que le había motivado mientras vivía y lo que aún

le impulsaba en la muerte. Lo sentí. Lo sabía como si el anhelo fuera mío. Alguna ventaja tenía que tener compartir espacio mental con un fantasma. No muchas, pero sí algunas.

Acerqué la cabeza al cristal.

—Te gusta ocultarnos secretitos, ¿a que sí? —pregunté—. Tu nombre, por ejemplo, y tu identidad. Bueno, en realidad eso no nos interesa. Ya te conocemos lo suficiente para comprender tus motivaciones. Eras uno de los amigos de Bickerstaff, puede que su sirviente o puede que no, lo que significa que compartías sus sueños. Le ayudaste a construir ese estúpido espejo de hueso. Querías ver cómo lo usaban. ¿Y por qué querrías eso? ¿Por qué tenías ese absurdo deseo de contemplar más allá de la muerte y ver qué hay después? Porque estabas asustado. Querías asegurarte de que ocurriera algo y de que no estarías solo.

El rostro del frasco bostezó dejando ver unos espantosos dientes.

—¿En serio? Fascinante. Prepárame un chocolate caliente y despiértame cuando acabes.

—Sin embargo, no es ese miedo lo que te motiva ahora —seguí, implacable—. Sigues sin soportar la idea de quedarte solo. Por eso siempre estás parloteando conmigo y haciendo muecas. Estás desesperado por interactuar con alguien.

El fantasma puso los ojos en blanco tan rápido que parecían una girándula.

—¿Contigo? ¿Por quién me tomas? Tengo un listón alto. Si quisiera una conversación de verdad, buscaría…

—¿El qué buscarías? —repliqué—. ¿Y cómo? Solo eres una cabeza metida en un frasco. No puedes ir a ninguna parte y nosotros somos todo lo que tienes. Y por eso no vamos a llevarte a la incineradora. No vamos a torturarte. Si no empiezas a cooperar, lo único que haremos será cerrar la palanca, meterte en una bolsa y enterrarte bajo tierra por ahí. A tanta profundidad que nadie te encontrará nunca. Solo estarías tú, sin nadie más, durante toda la eternidad. ¿Qué te parece?

—No haríais eso —contestó el fantasma, pero por primera vez oí incertidumbre en su voz—. No olvides que me necesitáis. Soy un fantasma de tipo tres. Os haré ricos. Os haré famosos.

—Que le den a todo eso. Nuestro amigo es más importante. Último intento, calavera. Desembucha.

—Y yo que pensaba que Cubbins era el cruel. —El rostro se adentró de nuevo en las sombras del plasma, donde brilló con una expresión de malicia que nos heló la sangre—. Está bien —dijo, despacio—. Vale, os lo diré. Pero no te creas que me has chantajeado, eh. Solo quiero disfrutar de lo que os va a pasar.

—Que vaya al grano —interrumpió Lockwood. Le estaba susurrando las palabras del fantasma lo mejor que podía. Él me apretó el brazo—. Bien hecho, Lucy.

—Bueno, casualmente teníais razón —susurró la voz—. Cubbins estuvo aquí. Llegó a casa casi una hora antes que vosotros. Llevaba el espejo del maestro en un saco sucio. Y no pasó mucho tiempo hasta que apareció otra persona. Un tipo pequeño, tímido, con gafas y el pelo enmarañado.

Lo repetí. Lockwood y yo intercambiamos una mirada.

Joplin.

—No se quedaron. Solo hubo una breve discusión y luego se marcharon juntos. Se llevaron el saco. Me pareció que Cubbins estaba preocupado. No tenía claro lo que hacía. En el último momento, regresó y os dejó esa nota. Diría que seguía luchando contra mi maestro, pero el otro tipo no. Él ya se ha perdido.

—¿Contra qué seguía luchando?

Sentí cómo una lanza fría me perforaba el costado.

Los dientes de la calavera brillaban bajo la sonrisa del fantasma.

—Mi maestro ha estado hablándoles. Se les nota en los ojos. Sobre todo al otro. Ansía desesperadamente la iluminación. Pero Cubbins también tiene esa locura. ¿No os habéis fijado? —Una risa susurrada—. Quizá es que nunca le prestáis atención.

No podía hablar. Volví a ver la figura encorvada alzarse en el cementerio y erguirse sobre George. Volví a oír la voz suave y urgente: «Mira… Mira… Te doy lo que tu corazón desea…». Pensé en George y Joplin junto al féretro de hierro, hechizados. Pensé en todos los comentarios que había hecho George desde entonces, en lo mal que se encontraba en la casa de Bickerstaff, en su aire distraído y en el anhelo con el que hablaba del espejo. De uno en uno, los recuerdos me atravesaron. Estaba paralizada. Lockwood tuvo que intentar llamarme varias veces hasta conseguir que le contara lo que había oído.

—Sabíamos que el espejo y el fantasma le habían afectado —dije

con voz ronca—. Nos dimos cuenta, pero no le hicimos caso. Pobre George… Lockwood, ¡qué ciegos hemos estado! Estaba desesperado por investigarlo. Lleva todo este tiempo obsesionado con él. Y tú no dejabas de criticarle y echarle la bronca.

—¡Pues claro que sí! —Si yo había alzado la voz, ahora Lockwood hizo lo propio—. ¡Porque George siempre es así! ¡Siempre está obsesionado con las reliquias y las cosas antiguas! ¡Es su forma de ser! Habría sido imposible percatarse. —El rostro de Lockwood estaba lívido y se le marcaban las ojeras. Dejó caer los hombros—. ¿De verdad crees que le afectó la presencia del fantasma?

—Del fantasma y del espejo. Normalmente él nunca haría algo así. ¿Se marcharía y nos dejaría solos?

—No, por supuesto que no… Pero aun así… Sinceramente, Luce, le voy a matar.

—Eso quizá no sea necesario si uno de esos idiotas mira el espejo.

Lockwood respiró hondo.

—Vale. Pensemos. ¿Dónde estarán? ¿Dónde vive Joplin?

—Ni idea, pero parece pasar casi todo el tiempo en el cementerio de Kensal Green.

Chasqueó los dedos.

—¡Eso es! Y no es que esté en la superficie. ¿Esa cosa gris que le cubre el pelo? Digamos que no es caspa. —Se dirigió a la puerta del sótano y bajó corriendo las escaleras dando zapatazos sobre el hierro—. ¡Venga! —gritó—. Coge todo el equipo que puedas. Espadas, destellos, ¡lo que tengamos! Y pide un taxi nocturno. ¡Tenemos que irnos!

Diez minutos después, habíamos regresado a la cocina y estábamos esperando a que nos recogieran. Teníamos los estoques (los antiguos, sacados del estante de la sala de entrenamiento) y dos cinturones de trabajo extra, tan rasgados y quemados por el plasma que el cierre apenas se mantenía unido. También llevábamos unas cuantas bolsas de hierro, dos bombas de sal y ningún destello de magnesio. Todo lo demás lo habíamos perdido, usado o empapado en el robo a Winkman.

Los dos estábamos nerviosos. Permanecimos sentados a la mesa, comprobando una y otra vez las protecciones. El rostro del frasco

sellado nos observaba. Parecía divertido.

—Personalmente, yo ni me molestaría —dijo—. Me iría a la cama. Llegaréis demasiado tarde para salvarle.

—Cállate —gruñí—, Lockwood, ¿qué acababas de decir sobre Joplin? ¿Sobre lo gris que lleva en el pelo? ¿No te referirás…?

Impaciente, tamborileó sobre la encimera con los dedos.

—Es polvo de las tumbas, Luce. Polvo de las tumbas que hay en las catacumbas bajo la capilla. Joplin ha estado explorando allí abajo, incluso aunque estén cerradas y prohibidas. Se ha estado escabullendo bajo la superficie, toqueteando, fisgando, buscando cosas y siguiendo su obsesión de anticuario. Le gusta quedarse todo lo raro que encuentra. Como el soporte del ataúd de Bickerstaff, por ejemplo. —Se lamentó—. ¿Dónde está ese maldito taxi?

Siguió dando vueltas por la habitación. Yo no. Yo permanecí en silencio. Algo que había dicho formó una conexión horrible en mi cabeza.

«Le gusta quedarse todo lo raro que encuentra».

—Lockwood.

El corazón me latía con fuerza.

—¿Sí?

—Cuando Barnes llamó el otro día, mencionó que un museo tenía una daga mogola parecida a la que hundieron en la espalda de Jack Carver. Tan parecidas que casi podrían haber sido un par a juego. ¿Recuerdas dónde encontraron la daga?

Él asintió.

—En el cementerio de Maida Vale, en el norte de Londres.

—Exacto. Y la primera vez que Saunders y Joplin vinieron a vernos, nos hablaron de otro sitio en el que habían trabajado. ¿Recuerdas cuál era?

Me miró.

—Era… Era el cementerio de Maida Vale… Oh, no.

—Creo que Joplin encontró dos dagas —dije—. Creo que entregó una y se quedó la otra. Y, hace poco, influenciado por Bickerstaff y el espejo —expliqué. Mi mirada atravesó la puerta y se centró en el pasillo sin alfombra, todavía cubierto de sal—, me temo que le dio uso a la segunda daga.

El frasco soltó una carcajada.

—¡Esta es la mejor noche que he tenido desde que vivía!

¡Miraos! ¡Vuestras caras no tienen precio!

—Nunca habría creído que esto fuera posible —susurró Lockwood—. George está en más peligro del que pensábamos.

El claxon del taxi sonó en la calle. Me llevé la bolsa al hombro.

—Que os divirtáis —nos deseó el fantasma—. Saludad a Cubbins de mi parte. O a lo que quede de él. Estará… Espera, ¿qué estás haciendo?

Lockwood había sacado una mochila de un rincón de la cocina y estaba metiendo el frasco dentro.

—No hace falta que seas tan engreído —dijo—. Tú también vienes.

26

En el cementerio de Kensal Green, la puerta oeste estaba abierta, la cabaña de guardia estaba vacía y no vimos ninguna luz al aproximarnos a la capilla anglicana oculta tras los árboles. Nos adentrábamos en las últimas horas de oscuridad. Las estrellas eran más pálidas; pronto el horizonte resplandecería sobre las dársenas orientales y las sombras nocturnas se alejarían de Londres. Pero los pájaros aún no cantaban.

Fuera de la capilla, las casetas de Excavaciones y Limpieza Felices Sueños estaban oscuras y vacías, y las hogueras, frías. Las excavadoras mecánicas permanecían inmóviles, con los brazos doblados e inclinados como los cuellos de unas garzas dormidas. Entonces era cierto. El señor Saunders había suspendido todas las actividades y había dejado morir al cementerio. Pero Lockwood y yo recorrimos rápidamente el campamento abandonado y subimos los peldaños que conducían a la capilla.

Habían arrancado la cinta policial. Un rayo de luz tan fino como una cuchilla brillaba bajo la puerta.

Lockwood se llevó un dedo a los labios. Había estado en silencio

y con el rostro sombrío todo el camino, sin pronunciar apenas palabra. Eso es más de lo que podría decir de mi otro acompañante.

—Llegaréis demasiado tarde —siseó una voz en mi oído—. Cubbins no podrá resistirse a echar un vistazo. Se asomó, se ahogó y ya está muerto: esa es mi predicción.

—Más te vale equivocarte —jadeé—. O te enterarás de lo que pensamos hacer contigo.

En algún rincón de la mochila que llevaba a la espalda, noté el canturreo indignado del plasma revuelto.

Desde que habíamos salido de la casa, el fantasma del frasco había narrado todo en susurros, alternando los comentarios con amenazas violentas, súplicas y expresiones de falsas condolencias. En otras palabras: estaba nervioso. Mi amenaza de abandonarle le había inquietado mucho. Aunque eso no le hacía menos irritante. De buena gana lo habría arrojado a un arbusto, pero no teníamos esa opción. El fantasma conocía a Bickerstaff. El fantasma sabía los secretos del espejo. Quizá necesitáramos su ayuda.

Lockwood me miró para pedirme silencio y luego estiró la mano hacia el gran pomo de metal. Me preparé y entrecerré los ojos para protegerme del paso de la oscuridad a la luz. Con un repentino movimiento ágil, giró la manecilla y empujó. La puerta chirrió y la claridad nos cegó. Los dos entramos.

El interior de la capilla estaba igual que la última vez que la habíamos visto la mañana después del robo: las mesas del señor Saunders y el señor Joplin cubiertas de papeles, las estufas de gas, el gran catafalco negro sobre una placa metálica, el púlpito, el altar y su barandilla larga y brillante. Reinaba el silencio, reinaba la quietud. No había nadie.

Busqué pistas en el zumbido del espejo de hueso, pero no oí nada.

Lockwood tocó la estufa más cercana.

—Está templada —dijo—. No caliente. Ha estado aquí esta noche, pero se fue hace bastante.

Yo estaba observando una figura retorcida y familiar en una esquina cercana, apartada entre pilas de sal sucias y virutas.

—Mira, el ataúd de hierro sigue aquí. Pero el cuerpo de Bickerstaff ya no está.

—Mi maestro anda cerca —susurró de pronto el fantasma—.

Siento su presencia.

—¿Dónde? —pregunté—. ¿Cómo llegamos hasta él?

—¿Cómo iba a saberlo? Es difícil estando dentro del frasco. Si me sueltas, lo captaré mucho mejor.

—Ni hablar.

Lockwood se acercó a la puerta de madera que había tras la barandilla del altar. Empujó y empujó, pero la puerta permaneció intacta.

—El candado está abierto, igual que los pestillos. Alguien la ha cerrado desde dentro.

—¿Estamos seguros de que está en las catacumbas? No es el tipo de sitio al que yo iría —dije, dudosa.

—¡Pero esa es la respuesta! —Lockwood dio un salto y miró a su alrededor con los ojos muy abiertos—. ¿Recuerdas las ilustraciones de los documentos de Bickerstaff? Las catacumbas son exactamente el tipo de sitio en el que los idiotas como Joplin se reúnen. Es donde se encuentran cosas y tienen la atmósfera siniestra perfecta. Y, lo más importante, son privadas. Ahí abajo no te molesta nadie. —Maldijo—. ¡Ah, esto es una pesadilla! ¿Cómo podemos entrar?

—Tan ciegos como unos murciélagos —declaró el fantasma—. Siempre mirando, pero sin ver nada. Incluso si lo tuvierais justo encima de la cabeza.

Mascullé y le di un puñetazo al costado de la mochila.

—Tú, cállate o te juro que… —Me paré en seco, con la mirada fija en el gran pedestal de mármol negro situado en el centro de la habitación. El catafalco. El artilugio Victoriano que baja los ataúdes a las catacumbas—. ¡El catafalco! —exclamé con la voz entrecortada—. ¿No dijo Saunders que todavía funcionaba?

Lockwood se dio con la palma de la mano en la cabeza.

—¡Sí! ¡Lo dijo! ¡Claro! ¡Rápido, Luce! ¡Busca por todos lados! Los armarios, las esquinas, sobre el altar… Debe haber un mecanismo que lo active.

—¿Ah, eso creéis? —se burló la calavera—. En serio, esto es patético. Es como enseñar a leer a unos gatos.

Corrimos de un lado a otro de la capilla, asomándonos por cualquier recoveco y sombra, pero las paredes eran lisas y no veíamos ninguna palanca o botón.

—Estamos pasando por alto algo —murmuró Lockwood. Con el

ceño fruncido, dio media vuelta sobre sus talones—. Tiene que estar cerca.

—¡Pues volvamos a mirar! ¡Date prisa!

Abrí el pequeño armario de la sacristía y tiré pilas de libros de cánticos enmohecidos y hojas de servicio. Allí tampoco estaba la palanca.

—Inútiles —murmuró la calavera—. Me apuesto lo que sea a que un crío de cinco años lo averiguaría.

—Calla ya.

—Tenemos que encontrarlo, Lucy. A saber qué estará haciendo Joplin. —Lockwood estaba rastreando la pared opuesta, mirando arriba y abajo—. ¡Ah, qué tontos hemos sido! Ha estado delante de nosotros todo el tiempo y ni le hemos prestado un segundo de atención. Lleva metiendo las narices en el caso desde antes de que abriéramos el ataúd. Hasta Barnes nos dijo que alguien de la excavación tenía que haber avisado del espejo a los saqueadores de reliquias. No habrían podido aparecer tan rápido si no fuera así. Joplin era uno de los pocos que podría haberlo hecho, pero nunca sospechamos de él.

—No teníamos motivos para hacerlo —protesté—. ¿Recuerdas lo enfadado que estaba por el robo? No creo que estuviera fingiendo.

—No, yo tampoco. Pero nunca se nos ocurrió que Joplin pudiera estar enfadado de verdad y sentirse culpable al mismo tiempo. ¿Sabes qué creo que pasó? Le encargó a Jack Carver que robara el espejo, puesto que Carver ya le había robado muchas otras cosas antes. Saunders dijo que ha habido muchos robos en sus excavaciones en los últimos años. Todos fueron por culpa de Joplin, que mangaba todo lo que le gustaba. Pero esta vez, Carver se la jugó. Se dio cuenta de lo que valía el espejo y se lo llevó a Winkman, que le pagó bien. Joplin estaba furioso.

—Claro —dije. Recorría las paredes, pero eran blancas, desnudas y no tenían ningún rincón en el que esconder una grieta o telaraña, así que mucho menos un interruptor—. Tan furioso que apuñaló al saqueador de reliquias con su sofisticada daga.

—Exacto. En circunstancias normales, apostaría lo que sea a que Joplin sería demasiado débil para hacerle daño a una mosca. Pero si la calavera tiene razón, si el fantasma de Edmund Bickerstaff le había afectado y se estaba volviendo loco…

—Sí —murmuró la calavera—. Eso es lo que hace el maestro. Toma a los débiles y los bobos y los moldea a su voluntad. Así, por ejemplo. Lucy… ¡Te lo ordeno! ¡Rompe mi prisión de cristal y libérame! ¡Libééérame!

—Piérdete —dije—. Lockwood, ¿de verdad crees que Joplin fue tras Carver?

Mi amigo estaba en la esquina más alejada de la capilla y se movía y hablaba deprisa.

—Lo hizo y le alcanzó cuando estaba viniendo a vernos. Discutieron. Cuando Carver confesó haber vendido el espejo, Joplin perdió los estribos. Apuñaló a Carver, que consiguió huir y llegar hasta nosotros. Joplin, por supuesto, pensaría que había perdido el espejo para siempre. Qué equivocado estaba. Desde entonces, nosotros no hemos dejado de buscarlo y le manteníamos amablemente informado. Y ahora George le ha traído el espejo, Joplin ha conseguido lo que su corazón desea y nosotros… ¡Somos tan estúpidos que no encontramos la forma de bajar!

Con un grito de frustración, Lockwood le dio una patada a la pared con una bota. Había recorrido toda la sala sin éxito alguno. Tenía razón. Estábamos bloqueados. No había manera de llegar a las catacumbas.

—¿Y si está fuera? —sugerí—. Quizá haya otra entrada a ras del suelo.

—Supongo, pero no sé cómo vamos a encontrarla a tiempo —dijo Lockwood—. Está bien. Iremos a echar un vistazo. Vamos.

Corrimos hacia las puertas, las abrimos y nos quedamos paralizados. Sobre los peldaños, con el cielo iluminado de fondo, había tres figuras conocidas con chaquetas gris plateadas. Bobby Vernon, Kat Godwin y el gran Ned Shaw: el pequeño, la rubia y el amenazador, todos miembros del equipo de Quill Kipps. Aunque el propio Kipps no estaba allí. Permanecieron inmóviles, con las manos estiradas en busca del pomo de la puerta. Los miramos.

—¿Dónde está Quill? —ladró Kat Godwin—. ¿Qué está pasando?

—¿Qué le habéis hecho? —rugió Ned Shaw, acercándose—. Hoy no estamos para tonterías, Lockwood. Habla ahora mismo.

Él sacudió la cabeza.

—Lo siento, pero no tenemos tiempo para esto. Es una emergencia. Creemos que George está en un aprieto.

Kat Godwin apretó la mandíbula. Sus ojos reflejaban duda y hostilidad. Las palabras salieron de golpe de su boca:

—Nosotros pensamos que Kipps también.

—Nos llamó hace una hora para decirnos que había estado siguiendo a vuestro amigo Cubbins —explicó Bobby Vernon—. Le había visto entrar al cementerio con alguien. Nos pidió que nos reuniéramos aquí con él. Le hemos buscado por todas partes, pero no hay ni rastro de Quill.

—¿Entonces seguía espiándonos? —solté—. Qué lástima.

—Eso es mejor que codearse con criminales, como parece que hacéis vosotros —escupió Godwin.

—Ahora todo eso es irrelevante —dijo Lockwood—. Si Kipps está con George, los dos están en peligro. Kat, Bobby, Ned, necesitamos vuestra ayuda y vosotros la nuestra, así que manos a la obra —habló con tranquilidad y autoridad y, aunque vi cómo Ned Shaw retorcía los dedos, ninguno le cuestionó—. Creemos que están en las catacumbas que hay bajo la capilla. Las puertas de acceso están cerradas y tenemos que bajar. Bobby, tú sabrás de estas cosas. ¿Cómo se activaban los catafalcos Victorianos que se usaban para bajar los cuerpos a la planta inferior de una iglesia? ¿Por arriba o por abajo?

—Por arriba —respondió Vernon—. El sacerdote bajaba el féretro durante la misa.

—Vale, entonces debe haber una palanca. Teníamos razón, Luce. ¿Y dónde…? —Se detuvo, con la mirada perdida en el cementerio crepuscular—. Kat, Ned, ¿habéis traído a alguien más?

—No. —Ned Shaw frunció el ceño—. ¿Por qué?

Lockwood respiró hondo.

—Porque parece que tenemos compañía —respondió.

Su vista era mejor que la mía. Yo no me había percatado de los pequeños movimientos entre las lápidas ni de las veloces figuras oscuras que corrían por los pasillos de hierba. Llegaron al campamento de los excavadores y ahora se adentraban en el espacio grisáceo entre las casetas y las retroexcavadoras. Un grupo de hombres, en silencio y con un propósito. Hombres acostumbrados a salir de noche. Llevaban palos y porras en las manos.

—Oye, esto se pone interesante —susurró la voz del fantasma en

mis oídos—. Cómo estoy disfrutando de la excursión nocturna. Ahora veré cómo os matan a todos. Deberíamos hacer esto más a menudo.

—¿Entonces tampoco son amigos vuestros, Lockwood? —preguntó Kat Godwin—. O quizá conocidos…

Él me miró de reojo.

—Lucy, creo que estos tipos trabajan para Winkman. El del final estaba en la subasta, estoy casi seguro. No sé cómo nos han seguido, pero necesito que hagas algo por mí ahora, sin protestar.

—Vale.

—Vuelve a la capilla, busca la palanca, baja y encuentra a George. Yo iré lo más rápido que pueda.

—Ya, Lockwood, pero…

—Estaría bien que no protestaras.

Cuando usaba ese tono, discutir con él no era una opción. Regresé a la capilla. Los primeros hombres habían llegado a los peldaños. Entre todos reunían una serie de rasgos que no te gustaría ver acercándose en una noche oscura: cabezas calvas, narices rotas, dientes al descubierto y cejas caídas… Los garrotes que sostenían tampoco es que fueran muy apetecibles.

—¿Qué hacemos? —balbuceó Bobby Vernon.

—Bobby, ahora mismo creo que tendrías que desenvainar el estoque —dijo Lockwood. Echó la cabeza hacia atrás para mirarme —. ¡Lucy, vete!

Los hombres se precipitaron sobre las escaleras y yo di un portazo. Desde el exterior llegaron los sonidos del acero, los golpes secos y los choques. Alguien gritó.

Corrí hacia el centro de la capilla y me detuve junto al catafalco de mármol. ¿Qué había dicho Vernon? Los sacerdotes lo bajaban. Vale, ¿y dónde se habría colocado el sacerdote? ¿Dónde demonios estaría?

—Anda, qué difícil —susurró la voz—. Se nota que vas mucho a la iglesia.

Y entonces, de pronto, lo supe. El púlpito. El púlpito liso de madera, con un libro abierto tallado en la parte superior, descansaba a unos centímetros del catafalco, olvidado y en silencio. Troté hasta él, intentando ignorar los ruidos que llegaban de fuera. Me coloqué sobre el reposapiés, miré hacia abajo y vi un corte en el

estante de madera justo bajo el borde.

Allí estaba, sobre el estante: un simple interruptor metálico.

Lo pulsé. Al principio pensé que no había hecho nada, pero luego, con suavidad y casi sin hacer ruido, hubo un único y leve zumbido. El catafalco empezó a hundirse. La base metálica sobre la que se sostenía descendió bajo el suelo. Me bajé del púlpito de un salto, corrí y me abalancé sobre la superficie de piedra negra.

Fuera de la capilla, algo pesado golpeaba las puertas. No alcé la vista. Saqué el estoque y me preparé, con los pies separados y la respiración constante. Más allá de las baldosas y lejos de la luz, me adentré en la oscuridad subterránea.

—No temas. —Un susurro maligno procedente de la mochila me rozó el oído—. No estás sola. Todavía me tienes a mí.

Un hueco de ladrillo se había abierto en un espacio cerrado, y yo seguía bajando. Podía sentir el agujero a mi alrededor y la succión repentina de aire frío y seco. Pero no podía ver nada. Sabía que estaba en el centro de una columna de luz que cegaba mis sentidos y me volvía vulnerable. Podría estar esperándome cualquier cosa, acechándome, y no lo sabría hasta que aterrizara justo a su lado. Se me erizaron los pelos de la nuca y todos mis instintos me dijeron que tenía que salir de allí. La sensación de peligro me abrumaba. Me tensé, lista para saltar.

Y el mecanismo se detuvo.

Salté y trepé para salir del catafalco y alejarme de la columna de luz. Luego me obligué a detenerme. Me quedé muy quieta y permanecí en la oscuridad. Oí los latidos de mi corazón y, más allá, la quietud de aquel lugar.

Pero no estaba en silencio, al menos no para mis sentidos internos. Pequeños sonidos procedían de distancias desconocidas: suaves crujidos, suspiros y tenues carcajadas que terminaban en un inesperado sollozo. También oí fragmentos de susurros y, en alguna parte, el chasqueo más horrible, estúpido y repetitivo de una lengua húmeda.

Ninguno procedía de gargantas humanas. Estaba en el reino de los muertos.

El silencio psíquico quedaba interrumpido por, lo que era más obvio, el alegre canturreo del frasco sellado de la mochila. Se detenía de vez en cuando, pero solo para empezar un silbido banal

y desentonado.

—¿Podrías parar? —pedí—. Necesito escuchar.

—¿Por qué? Estoy feliz. Me siento como un pez en el agua.

—Pues te quedarás aquí para siempre si no cooperas —bramé—. Te encerraré tras una pared de ladrillo.

El silbido cesó de pronto.

Siempre que estás sola y te sientes vulnerable, las emociones intentan debilitarte. Las mías se habían vuelto locas. Pensé en Lockwood y en cómo estaba arriesgando su vida arriba. Pensé en George y en las expresiones de anhelo y aflicción que se dibujaron en su rostro cuando miró el espejo hacía cinco días. Pensé en lo fácil que sería que todo lo que me importaba se destruyera. Pensé en el vacío de mi cinturón de trabajo. Pensé en cómo la luna había dibujado el terrible espectro de Edmund Bickerstaff en el cielo.

Comprimí las emociones. Las empaqueté y las guardé en una taquilla en el ático de mi mente. Ya tendría tiempo de abrir la caja después. Ahora tenía que permanecer alerta y sobrevivir.

El suelo bajo mis pies parecía duro. Noté ladrillos erosionados e irregulares, piedras sueltas y guijarros, e incalculables años de polvo. El frío suave y seco se extendía por todas partes. Seguía sin ver nada. En torno al haz de luz, todo era tan oscuro que podría estar en un estrecho pasillo o en un enorme vacío. Era imposible saber en cuál. Me parecía impensable que alguien decidiera bajar hasta allí a propósito.

Entonces capté el zumbido leve, el sonido de las moscas.

Sí. El espejo de hueso. Estaba cerca, en alguna parte. A regañadientes, puesto que la luz eléctrica entorpece los dones y llama la atención de cualquier mirada vigilante, encendí el bolígrafo linterna y lo ajusté en el nivel más bajo y borroso. Alumbré hacia arriba y hacia los lados en un arco lento y suave, asimilando lo que me rodeaba. Allí estaba el catafalco negro, doblado como las patas de un insecto gigante, descansando sobre un mecanismo expuesto de palancas metálicas enormes. Se encontraba en el centro de un amplio pasillo de techos altos y abovedados y suelos cubiertos de restos. Las paredes de piedra y ladrillo se dividían en estantes de muchas filas.

En la mayoría había un ataúd de plomo, presionado contra el hueco a la espera de la vida eterna. Algunos estantes estaban

tapiados, otros vacíos y otros llenos de piedras y escombros. Cada veinte pasos, unos pasadizos laterales atravesaban el pasillo.

Todo estaba espolvoreado de una fina capa de polvo gris. Pensé en el pelo de Joplin.

Apagué la linterna y usé mi memoria para avanzar en la oscuridad, mirando y escuchando todo el tiempo, intentando calcular la ubicación del zumbido del espejo. No fue fácil, sobre todo porque el fantasma del frasco había vuelto a moverse.

—¿Los sientes? —preguntó la voz—. A los demás. Están por todas partes.

—¿Podrías callarte?

—Oyen tus pisadas. Oyen el frenético latido de tu corazón.

—Ya está. En cuanto encuentre a George te quedas en uno de esos estantes.

Silencio. Me ajusté las correas de la mochila con violencia y avancé sigilosamente.

Cuando llegué al primer cruce, oí el eco de un grito que atravesaba la oscuridad. El sonido estaba distorsionado y rebotaba entrecortado en las paredes. ¿Sería George? ¿Kipps? ¿Joplin? ¿Era la voz de una persona viva? No podía identificarla. Pero supuse que venía de la derecha. Coloqué una mano sobre los ladrillos para guiarme y me dirigí hacia allí.

Instantes después, mi mano tocó algo frío y suave. Me alejé de un salto y encendí la linterna: era una cúpula de cristal, colocada en un estante junto a un ataúd. Bajo la mancha de polvo que acababa de acariciar, atisbé un arreglo de lirios blancos secos. Durante unos segundos, me pregunté cuánto tiempo llevarían aquellas flores funerarias en la oscuridad, una eternidad sin marchitarse. Apagué la linterna y continué.

El pasillo era largo y estrecho y se entrecruzaba con otros caminos casi idénticos, todos bordeados de ataúdes. Me detuve en cada intersección y luego avancé. Caminé a oscuras todo lo que pude, con la esperanza de ver a los visitantes con la misma facilidad que ellos a mí.

Porque, sin duda, allí había visitantes.

A una distancia desconocida en el pasadizo de la izquierda, vi una forma que brillaba débilmente. Era un hombre joven vestido con un traje y una camisa de cuello alto y duro. Flotaba inmóvil, de

espaldas a mí, con un hombro mucho más alto que el otro. Por alguna razón, me alegró mucho que no se diera la vuelta. Desde otro pasillo oí un golpeteo urgente. Cuando miré, vi que uno de los estantes más bajos estaba envuelto en luz fantasmagórica, y el golpeteo procedía claramente del pequeño féretro de plomo que contenía.

—Qué agradable —dijo la calavera—. Pero esto no es nada. Mi maestro también está aquí.

—¿Más adelante?

—Oh, sí. Creo que te estás acercando. —Se rio en voz baja—. ¿Recuerdas el grito que acabas de oír? ¿A cuánto se paga la apuesta de que era Cubbins mirando el espejo?

Con dificultad, me tragué la rabia. Si al fantasma le apetecía hablar, quizá pudiera darme información.

—Háblame del espejo —le pedí—. ¿Cuántos huesos usó Bickerstaff para hacerlo? ¿Cuántos fantasmas necesitó?

—Si recuerdo bien, siete huesos y siete espíritus.

—¿Qué ves cuando miras a través del espejo?

—Oh, me procuré de no hacerlo.

—¿Y Bickerstaff? ¿Alguna vez miró?

—Puede que estuviera loco, pero no era estúpido —respondió el fantasma—. Por supuesto que no lo hizo. Había demasiados riesgos. Dime, ¿no crees que Cubbins estará ocupado muriéndose? ¿No estás perdiendo el tiempo?

Corrí y llegué a lo que parecía ser el pasillo más lejano de la catacumba, donde convergían todos los caminos secundarios. Entonces, otro estallido sonó más adelante: voces enfadadas y gritos de dolor. Apreté el paso y me tropecé con el suelo irregular. Mi bota se había enganchado en un ladrillo suelto. Di un traspiés, extendí el brazo para corregirme y mi mano se topó con un trozo de piedra o mortero del estante de al lado. Se cayó, tintineó y, con un estrépito, despareció en la oscuridad. Permanecí quieta, escuchando.

—No pasa nada. Nadie lo ha oído —dijo el fantasma. Hizo una pausa dramática—. ¿O sí…?

Todo parecía estar en silencio, salvo mi doloroso pulso. Despacio, seguí. El pasadizo no tardó en curvarse hacia la derecha, donde vi el brillo de un farol iluminando los ladrillos y señalando los huecos ennegrecidos de los estantes vacíos. El ruido del espejo

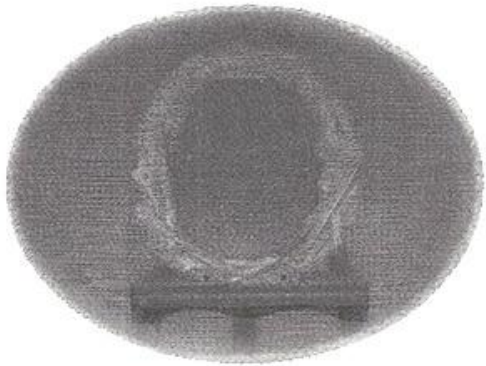
era más intenso y hacía mucho frío. La temperatura descendía a cada paso.

—Cuidado —murmuró la calavera—, cuidado… Bickerstaff anda cerca.

Agachada y apretada contra la piedra, me deslicé cerca del borde de luz y me asomé a la esquina del pasadizo. Después de tanta oscuridad, el brillo tenue me cegó. Mis ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse. Cuando lo hicieron, vi lo que había en la estancia.

Mis piernas se debilitaron. Me apoyé contra la pared.

—Oh, George —jadeé—. Oh, no.



27

Me había equivocado con respecto a la luz. No provenía de un farol. Una lámpara de gas descansaba sobre una mesa, pero su débil rayo apenas llegaba al techo cubierto de telarañas, de modo que no iluminaba el resto de la sala. Pero sí había otras cosas. Cosas que brillaban con un resplandor muy distinto.

Cosas malas.

Habían colocado un círculo angosto de cadenas de hierro en el centro de la cámara y en su interior se alzaba una plataforma delgada con tres patas, un trípode de madera negra. Sobre él, encajado perfectamente sobre una ranura estrecha, yacía algo pequeño y de aspecto circular, cubierto con un pañuelo de seda de caballero. El familiar y oscuro zumbido provenía de allí. Una oleada de frío atroz me dio escalofríos incluso en el rincón en el que estaba agachada. A veces, el pañuelo temblaba, como si unas corrientes de aire invisible soplaran sobre él.

El espejo de hueso, colocado en su soporte original. Listo para usarse.

Pero el espejo no era lo único que había dentro del círculo. Un

grupo de figuras apenas visibles se erguían, rodeadas de una nube vibrante de luz fantasmagórica. Era muy difícil verlas, aunque se volvían más nítidas cuando apartaba la mirada. Tenían forma humana e iban vestidas con cortinas y prendas deformes. Estaban tan cerca las unas de las otras que se superponían. Sus rostros eran borrosos y desdibujados. Unas manchas grises emborronadas sustituían a sus ojos y bocas. Sin necesidad de contar, sabía que había siete, puesto que se trataban de los espíritus atrapados en el interior del espejo. Su rabia y melancolía me golpeó y oí sus incesantes llantos desde la lejanía:

—Nuestros huesos… —suplicaron—. Devuélvenos nuestros huesos…

En otra ocasión, los espíritus y el espejo de cristal habrían conseguido paralizarme de miedo. No habría sido capaz de alejar la mirada.

Pero hoy no. El motivo estaba delante del círculo: George.

Estaba sentado en una silla de madera, justo frente al espejo tapado. Le habían atado las manos con fuerza al respaldo de la silla. Tenía la cabeza gacha, inclinada hacia el torso, y las gafas torcidas. Sus ojos estaban cerrados. Para mi profundo alivio, seguía vivo. Su pecho subía y bajaba.

En la estancia había otra silla, colocada ante George. Para mi breve sorpresa (casi había olvidado el encuentro con el equipo de Fittes), allí estaba Quill Kipps. Como George, tenía las manos atadas a su espalda. Pero estaba despierto, con el pelo manchado de telarañas y el rostro delgado cubierto del polvo de las tumbas. Tenía la chaqueta mal puesta y el cuello de la camisa roto. Parecía haber pasado una mala racha y sufrido unas cuantas humillaciones. Pero, sobre todo, se le veía muy enfadado. Su mirada recorría la sala con los ojos brillantes.

No había ni rastro de Albert Joplin.

Había algo más en la pequeña cámara y, de todas las cosas malas que se encontraban allí, esta era sin duda la peor. Al principio no me di cuenta, puesto que estaba detrás de Kipps y era más tenue que los fantasmas junto al espejo. Entonces mis ojos se centraron en una masa oscura recostada en el suelo y en la sombra que se alzaba sobre ella. Me temblaron las manos y se me secó la boca.

—¡El maestro! —susurró la calavera a mi espalda, y noté el temblor de la emoción y el terror en su voz—. ¡El maestro está aquí!

El fantasma de Edmund Bickerstaff estaba al fondo de la estancia.

Sobre la tierra del suelo yacía el cuerpo del médico: el cadáver repugnante y medio momificado del féretro de hierro, con su traje negro harapiento y un mechón de pelo quebradizo. Estaba tan agarrotado como una rama torcida y tan brillante como una madera de turbera. Su cara de mono arrugado y sin dientes miraba hacia la nada.

Pero del centro de su pecho emergía la misma aparición terrible y tenue que había visto en el cementerio hacía cinco días. Medía dos metros y medio. Una figura de dos metros y medio que se alzaba con una túnica fina y una capucha mustia que le ensombrecía el rostro. Flotaba tan alto que parecía poder atravesar las bóvedas de ladrillo y desaparecer por el suelo de la planta superior. Permanecía allí, casi inmóvil, agitándose minuciosamente de un lado a otro, imitando a una cría de serpiente. Sus ojos estaban ocultos, pero podía verle la barbilla blanca y huesuda, y la boca pesada y tosca.

Durante unos instantes, no logré entender por qué el visitante no se abalanzaba sobre Kipps, que estaba sentado justo delante. Entonces vi otra cadena de hierro extendida en el suelo que acordonaba el cuerpo de Bickerstaff. El fantasma estaba atrapado en el interior.

Incluso así, su malicia llenaba la habitación. Podía sentir la oscura intensidad de su anhelo. Ahora, su atención se centraba en el espejo y en George. No había captado mi presencia. Eso cambiaría en cuanto pusiera un pie en la cámara. Solo de pensarlo me sentía enferma.

Pero tenía que actuar, y rápido. Joplin no estaba en ninguna parte. Este era el momento de rescatar a George, y para eso necesitaba ser sigilosa. Agachada en la oscuridad, tan silenciosamente como me era posible, empecé a quitarme la mochila.

—Como ves, está intentando recrear los experimentos originales —decía la calavera—. Ha colocado el espejo sobre el soporte. Hay siete espíritus, que siguen siendo tan débiles como siempre.

Permanentemente quejándose y sin hacer nada. Incluso tiene al maestro ahí, aguardando. Es casi como volver a los viejos tiempos. Espera…, ¿por qué me bajas?

Metí la mochila en un estante vacío.

—Pesas demasiado —susurré—. Te quedas aquí.

—¡No! —exclamó la calavera con urgencia—. Yo debo ser parte de esto. ¡Deseo ver al maestro! ¡Llévame hasta él!

—Lo siento, pero te quedas donde estás. —Aflojé el cierre de la mochila y bajé un poco la tela, de modo que el frasco sobresaliera unos centímetros. El plasma se había teñido de verde y vi el rostro deforme dando vueltas sin parar—. Si te necesito, vendré a por ti —le dije—. Y más te vale ayudarme cuando te lo pida o te dejaré aquí para siempre.

—¡Te maldigo, Lucy! —siseó la calavera—. ¿Por qué no me obedeces? —De pronto, gritó—: ¡Maestro! ¡Soy yo! ¡Le doy la bienvenida!

En la esquina, la figura encapuchada siguió en silencio. No respondió.

—Maestro… —El lastimero susurro estaba lleno de miedo y anhelo—. ¡Aquí! ¡Soy yo!

La figura permaneció quieta. Centraba toda su atención en el espejo de hueso, y en George.

—Ya —dijo la calavera con voz irritada—. Bueno, no es como era.

Claro que no. Como la mayoría de los fantasmas de tipo uno y tipo dos, el espíritu de Edmund Bickerstaff estaba atrapado en un patrón de comportamiento fijo, repitiendo obsesivamente lo que le había ocurrido en vida. Su consciencia era tan fina como un papel, apenas un fragmento de lo que había sido. Pero no tenía tiempo de explicárselo a la calavera. Como una ladrona de puntillas, me adentré en la cámara y analicé todo lo que me rodeaba. Sombríos pasillos de ladrillo y hormigón se extendían a ambos lados. Todo estaba en silencio y no veía a Joplin.

En cuanto me revelé, Quill Kipps se fijó en mí. Se sobresaltó por la sorpresa y luego empezó a hacer señas frenéticas con pequeños tirones de cabeza. Las muecas eran bastante ridículas y en otras circunstancias me habría pasado horas mirando. En lugar de eso, decidí ignorarlo y me dirigí hacia George.

De cerca, su cara parecía hinchada y tenía una mejilla amoratada.

No sé movió cuando le toqué.

—¡George! —susurré—. ¡George!

—¡No te molestes! ¡Está inconsciente! —Los murmullos de Kipps sonaban desesperados. Su cabeza estaba haciendo horas extra con tanta sacudida—. ¡Ven y libérame!

Crucé con un par de zancadas e intenté no mirar al fantasma que se cernía sobre la hilera de cadenas. Unos gruesos tentáculos de plasma se flexionaron y sondearon los márgenes del círculo. La cabeza encapuchada se torció y sentí una súbita pesadez, un peso frío en el alma. Me había visto. Sabía que estaba allí.

Obvié la sensación.

—Kipps, ¿estás bien?

Puso los ojos en blanco.

—¿Cómo? ¿Yo? ¿Al que ató un loco y le dejaron en una catacumba encantada en la compañía de Cubbins? No, si estoy perfectamente. ¿No se nota?

—Ah, qué bien —respondí con una sonrisa.

—Estaba siendo sarcástico.

Mi sonrisa se transformó en un ceño fruncido.

—Ya, yo también.

Me escondí detrás de él y preparé el estoque. Muy a mi pesar, tenía las manos atadas con unas cadenas que estaban aseguradas con un candado. No podía liberarle.

—Estás encadenado —susurré—. Necesito la llave.

Kipps gruñó.

—La tendrá ese tonto cuatro ojos.

—¿Joplin? ¿Dónde está?

—Se fue a algún sitio. Oyó un ruido y fue a investigar. Volverá en cualquier momento. ¿Qué vas a hacer para sacarme de aquí?

—No lo sé. Cállate.

Me costaba pensar. Los ruidos psíquicos me sacudían: el zumbido del espejo, los lastimeros gritos de los siete espíritus e incluso algunos insultos lejanos de la calavera furiosa. Y, por encima de todo, sentía la presencia de la figura encapuchada aplastándome. ¿Qué haría Lockwood si estuviera aquí? Tenía la mente en blanco. No lo sabía.

—Solo voy a decir que, cuando salgamos de esta, voy a darle tal patada a tu amigo en el culo que llegará hasta Marylebone —ladró Kipps.

—Seamos sinceros: no tendrías que haber estado espiándonos —contesté—. Pero sí, yo también. Espera… ¿Joplin habría dejado la llave en esa mesa?

Corrí hacia allí, rodeando los bordes del círculo del espejo, donde los espíritus blanquecinos se habían girado para seguirme. En la mesa había una pila enorme de objetos confusos: cacerolas polvorientas, adornos, joyas y muchos muchos libros y papeles. Si la llave estaba allí, yo no podía verla. Levanté las manos en un gesto de desesperación. ¿Qué podía hacer? Piensa.

—Cuidado, Lucy…

Era el susurro de la calavera, cuyo eco rebotaba débilmente en el pasillo. Paralizada, bajé los brazos hacia el cinturón. Mientras lo hacía, alguien emergió de la oscuridad, detrás de mí. Un objeto afilado me pinchó la nuca. La calavera soltó una carcajada.

—Ups. Puede que te haya avisado un poco tarde.

—Por favor, no haga nada molesto, señorita Carlyle. —Era la voz quejumbrosa de Albert Joplin—. ¿Nota el cuchillo? Muy bien. Quítese el cinturón y el estoque.

Permanecí inmóvil, tiesa por el pánico. La punta del cuchillo me apremió con suavidad.

—Venga, rápido. Me pongo nervioso cuando estoy enfadado. Se me resbalan las manos. Haga lo que le digo.

No me quedaba otra opción… Me desabroché el cinturón y dejé que cayera al suelo junto al estoque.

—Ahora camine hasta Kipps. No intente nada. Estaré justo detrás.

Despacio y con rigidez, obedecí. En su círculo, el fantasma encapuchado se acercó al hierro. Vi la boca sonriente y los dientes irregulares. Sus sed ansiosa crepitaba en toda la estancia.

Kipps me observaba desolado desde la silla.

—Sí, esta es justa la eficiencia que esperaría de la agencia Lockwood —dijo—. ¿Qué será lo siguiente? ¿Vendrá Lockwood, se tropezará y se atravesará con su propia espada?

Albert Joplin habló:

—Quédese junto a Kipps y ponga las manos en el respaldo de la

silla. Las muñecas juntas. Me queda otro tozo de cuerda, que… No, ¡haga lo que se le ordena! —Había intentado girarme, pero el cuchillo me pinchó y me hizo gritar de dolor—. Eso está mejor.

Con una serie de movimientos rápidos, me ató las manos a la silla y permanecí junto a Kipps con el cuello dolorido mientras se alejaba.

Parecía más arrugado que nunca. Su chaqueta estaba cubierta de polvo de las tumbas y su pelo era un nido de cuervos sacudido por una tempestad. Se movía con la misma postura encorvada, los hombros caídos hacia delante, las piernas larguiruchas y los pies hacia dentro. Se estaba acercando a George. Llevaba un cuchillo corto y grueso en una mano y un cuaderno en la otra. Guardaba un bolígrafo detrás de una oreja. Canturreaba para sus adentros al caminar. Se dio la vuelta y vi que tenía la nariz roja e hinchada y un moratón en la barbilla.

Lo que de verdad me impactó fueron sus ojos. Estaban oscuros y hundidos, con las pupilas muy dilatadas. Parecía tener la vista centrada en algo muy lejano. Inclinaba la cabeza, como si estuviera escuchando.

En su círculo, el fantasma de Bickerstaff se mecía de un lado a otro.

—Sí, sí… En un momento.

Joplin hablaba distraídamente, como si lo hiciera consigo mismo. Cuando llegó hasta George, se inclinó y entrecerró los ojos hacia el espejo tapado, quizá para comparar la altura. Pareció satisfecho con lo que había visto. Se irguió y abofeteó a George con fuerza, dos veces. Él graznó y miró con desesperación a su alrededor.

—Eso es, mi chico. Hora de despertarse. —Joplin le tocó el hombro. Cogió el bolígrafo de la oreja y anotó algo en su cuaderno —. Debemos darnos prisa con nuestro experimento, como acordamos.

Quill Kipps soltó una palabrota.

—¿Un acuerdo? Ni de broma —murmuró—. No sé qué se traía Cubbins entre manos viniendo hasta aquí, pero tuvieron una especie de discusión en la capilla de arriba. Estaban hablando y, al segundo, los dos habían llegado a las manos. —Sacudió la cabeza—. Fue patético. La peor pelea de la historia. Se quitaron las gafas

mutuamente y pasaron la mitad del tiempo gateando para encontrarlas. Me sorprende que no se tiraran del pelo.

—¿Y no fuiste a ayudar a George? —pregunté con frialdad.

Tiré de las cuerdas. Estaban muy tensas, así que apenas podía mover las manos.

—Lo hice y me arrepentiré siempre —respondió—. Siento decirte que Joplin le puso ese cuchillo en el cuello a Cubbins y me obligó a bajar el estoque. Cuando llegamos a las catacumbas, Cubbins intentó escapar y le noqueó por meterse en problemas. Joplin lleva media hora montando este artilugio ridículo. Está loco.

—Sí, lo está. Más de lo que te imaginas.

Un solo vistazo al espejo había bastado para afectar a George. Un breve momento de exposición al fantasma de Bickerstaff y su influencia había permanecido en él. ¿Cuánto tiempo había estado expuesto Joplin a él desde entonces? ¿Cuántas noches había pasado junto al cuerpo en la capilla, con el fantasma en silencio y las energías siniestras acechándole? Seguramente ni siquiera pudiera ver bien el espíritu. Seguramente no sabía lo que le estaba haciendo.

—Señor Joplin —le llamé. Con el cuchillo en la mano, el archivista esperaba junto a George, que, aturdido, estaba levantándose despacio—. No está pensando con claridad. Este experimento nunca funcionará…

Joplin se ajustó las gafas.

—No, no se preocupe. No nos molestarán. Las escaleras de la entrada están bloqueadas y he apagado el mecanismo del catafalco desde abajo. Nadie puede bajar, a menos que salte seis metros por un agujero negro como el carbón. ¿Y quién estaría preparado para hacer eso?

Conocía a una persona que sí podría. Pero estaba ocupado arriba y no podía confiar en que lo hiciera.

—No me refería a eso —insistí—. El espejo es mortal y el fantasma de Bickerstaff le está manipulando. ¡Tenemos que parar esto ahora mismo!

Joplin ladeó la cabeza. Miraba hacia el círculo donde estaba el fantasma. Era como si no me hubiera oído.

—Se trata de una oportunidad extraordinaria —dijo con voz ronca—. El anhelo de mi corazón. Este espejo es una ventana hacia

otro mundo. ¡Allí hay maravillas! ¡Y George tendrá el honor de verlas! Lo único que tengo que hacer es coger el palo…

Arrastrando los pies y encorvando los hombros, vagó hacia la mesa. La cabeza me daba vueltas. Estaba usando casi las mismas palabras que había pronunciado Bickerstaff cuando obligó a Wilberforce a mirar el espejo hacía todos esos años.

Tras las cadenas, el fantasma de la capucha contemplaba los movimientos de Joplin.

—Lucy… —me llamó George—. ¿Eres tú?

—¡George! ¿Estás bien?

Bueno, no tenía la mejor pinta del mundo con la cara hinchada y los ojos rojos. Seguía llevando las gafas torcidas y no me miraba.

—Estoy sorprendentemente cómodo, Luce. La silla es algo dura. Me vendría bien un cojín.

—Estoy tan enfadada contigo que podría explotar.

—Lo sé. Lo siento mucho.

—¿Qué creías que estabas haciendo?

Suspiró y se balanceó hacia delante en la silla.

—Es que parecía… No puedo explicarlo, Luce. Cuando me separé de Flo, cuando sostuve el espejo, simplemente sentí el deseo… Tenía que volver a mirarlo. Parte de mí sabía que estaba mal, sabía que tenía que esperaros. Pero, por algún motivo, todo eso parecía no tener importancia. Si no hubiera querido enseñárselo a Joplin, lo habría sacado del saco en ese mismo momento. Y cuando vino, dijo que teníamos que hacerlo bien. —Sacudió la cabeza—. Yo acepté, pero cuando llegamos a la capilla y vi el ataúd vacío… De golpe fue como si se me hubiera despejado la vista. Me di cuenta de que estaba cometiendo una locura. Luego intenté irme, pero Joplin no me dejó.

—Así es. —Joplin había vuelto. Llevaba un palo largo con un gancho pegado al extremo—. Le he mostrado los errores de sus métodos. Debo decir que me ha decepcionado, Cubbins. Tenía tanto potencial. Aun así, al menos llegamos a un pequeño acuerdo, de hombre a hombre.

Se tocó la nariz entumecida.

—¿De hombre a hombre? Ni en sus sueños —resopló Kipps—. Fue como ver a dos colegialas pelearse por un lápiz perfumado. Tendrías que haber oído cómo chillaban.

—Silencio —dijo Joplin—. Tenemos cosas que hacer. —Se estremeció y su rostro se llenó de preocupación, como si alguien le hubiera hablado con brusquedad—. Ya, ya, lo sé. Hago lo que puedo.

—Pero señor Joplin, ¡mirar el espejo es una sentencia de muerte! —exclamé—. No te enseña maravillas. Si hubiera leído *Las confesiones de Mary Dulac*, entendería perfectamente lo que digo. Ese hombre, Wilberforce, murió en cuanto…

—Ah, ¿también las ha leído? —Durante un segundo, la mirada perdida desapareció y parecía estar muy interesado—. ¿Encontraron otra copia? ¡Qué bien! Debe decirme cómo. Pero claro que he leído sus confesiones. ¿Quién cree que robó el escrito de la biblioteca de Chertsey? Lo tengo aquí, en la mesa. Fue muy interesante, aunque las notas de Bickerstaff que tan amablemente me mostró Cubbins fueron la guinda del pastel. —Señaló al espejo del círculo—. No habría podido reconstruir esta puesta en escena sin ellas.

Forcejeé con las cuerdas que me rodeaban las muñecas. Los nudos me rozaban. A mi derecha, notaba que Kipps estaba haciendo lo mismo.

—Pensaba que esas notas estaban en italiano medieval —dije.

Joplin sonrió, satisfecho de sí mismo.

—Así es. Y lo domino a la perfección. Fue bastante entretenido ver a George tan confundido mientras yo copiaba todo el texto en silencio.

George intentó darle una patada a Joplin, pero falló.

—¡Me ha traicionado! ¡Yo confiaba en usted!

Joplin rio y le dio a una palmada indulgente en el hombro.

—Un consejo: siempre es sensato guardarse un par de ases bajo la manga. ¡La discreción es crucial! No, señorita Carlyle, soy perfectamente consciente de los riesgos que supone mirar el espejo y por eso será mi buen amigo George el que lo haga por mí. Ahora.

Al decirlo, Joplin se giró hacia el círculo del hierro del centro de la sala. Se acercó con el palo e, ignorando a las siete figuras tenues que merodeaban allí, quitó el trapo que cubría la parte superior del soporte.

—¡George! —grité—. ¡No mires!

Desde donde estaba no podía ver la superficie del espejo. Solo veía el dorso rugoso del cristal y el borde de los huesos

entrelazados. Pero el zumbido era tan intenso que hasta los siete espíritus del círculo retrocedieron, como si tuvieran miedo. Tras las cadenas, el fantasma de Bickerstaff se alzó aún más alto. Noté sus ansias y oí su voz fría e hipnótica en mi mente.

—Mira… —decía—. Mira…

Aquello era lo que había deseado en vida. Ahora, en la muerte, su deseo se manifestaba en Joplin.

George apretaba con fuerza los ojos.

Joplin se había cuidado de permanecer de espaldas a la mesa de tres patas. Sus hombros encorvados estaban rígidos a causa del miedo, y su pálido rostro tirante por la tensión.

—Abra los ojos, señor Cubbins —le ordenó—. Sabe que quiere hacerlo.

Y George le obedeció. Parte de él, la parte que había quedado atrapada por el espejo hacía unos días, deseaba desesperadamente mirar. Podía verle temblar y luchar contra sí mismo por resistirse. Había apartado la cabeza y se mordía el labio.

Me retorcí en las cuerdas.

—¡Ignórale, George!

—Mira… Mira…

—Señor Cubbins… —Joplin había sacado el bolígrafo y el cuaderno, listo para anotar lo que había pasado. Irritado, se daba golpecitos con el boli en los dientes. Bajo el manto de locura, parecía irritado. Seguía siendo un meticuloso y pequeño académico, nervioso antes de hacer un experimento que le interesaba. Podría haber estado observando el comportamiento de unas moscas de la fruta o los rituales de apareamiento de los gusanos—. ¡Señor Cubbins, hará lo que le ordene! De lo contrario… —Sentí cómo una oleada de malicia irradiaba de la figura encapuchada dentro del círculo. Joplin volvió a estremecerse y asintió—. De lo contrario, cogeré este cuchillo y le cortaré el cuello a sus amigos —amenazó.

Silencio en las catacumbas.

—Oh. —Era la voz de la calavera, amortiguada por el pasillo—. ¡Qué opciones tan buenas! Yo salgo ganando con todas.

George se irguió de pronto en la silla.

—Vale —dijo—. Vale, lo haré.

—No, George —protesté—. Por supuesto que no vas a hacerlo.

—Bueno, podría echar un vistacito —sugirió Kipps.

—¡No caigas en la tentación! —grité—. ¡Es un farol!

—¿Un farol? —Joplin inspeccionó la punta de su cuchillo—. ¿Sabe? Creo que el pobre Jack Carver pensó exactamente lo mismo…

—No servirá de nada, Luce —contestó George con voz sombría. Es como si el malestar hubiera vuelto. Sus palabras sonaban profundamente cansadas—. Voy a tener que hacerlo. No sé por qué, pero no puedo evitarlo. Tengo que mirar. El espejo tira de mí. No me puedo resistir.

Había abierto los ojos. Su cabeza estaba inclinada y tenía la vista fija en el pecho.

—¡No! —Tiré de las muñecas con tanta fuerza que la silla de Kipps repiqueteó sobre el suelo de ladrillo sucio. Las lágrimas cubrían mis ojos—. Si lo haces, George Cubbins, voy a enfadarme muchísimo.

—No pasa nada, Luce —dijo, sonriendo con tristeza—. Todo este lío es culpa mía. Y, después de todo, es lo que siempre había querido, ¿no? Descubrir misterios y hacer algo que nadie más haya hecho antes.

—¡Bien dicho! —exclamó Joplin—. Estoy orgulloso, jovencito. Ahora estoy listo para anotar sus palabras. No se ponga a pensar. Hable rápido y claro. Dígame qué ve.

Otro eco del pasado. Las palabras de Bickerstaff a Wilberforce, pronunciadas hacía ciento treinta años. Era casi como si hablara la misma persona. Puede que lo fuera… ¿Cuánto había de Bickerstaff y cuánto de Joplin?

—Por favor, George…

Kipps gruñó.

—¡Ella tiene razón, Cubbins! No le des la satisfacción a este loco.

Joplin dio un pisotón.

—¿Podría callarse todo el mundo?

—Lucy… —dijo George de repente—. Sobre todo esto… Sé que he sido débil y que lo que hice estuvo mal. Lo siento. Díselo a Lockwood, ¿vale?

Después, levantó la cabeza y miró al espejo.

—¡George!

—Mira… —murmuró la figura encapuchada—. Te doy lo que tu

corazón desea.

George miró. Tras sus pequeñas gafas redondas, su vista atravesó el espejo. No había nada que pudiera hacer para detenerle.

Con impaciencia, Joplin tragó saliva. Su bolígrafo temblaba sobre la página.

—Dígame, Cubbins. ¿Qué es lo que ve?

—¿George?

—¡Hable, chico!

—Lo que tu corazón desea…

George tenía el rostro tenso y los ojos abiertos de par en par. Brillaba con una terrible felicidad.

—Veo cosas… cosas preciosas…

—¿Sí? ¿De verdad? Continúe.

Entonces, de golpe, sus músculos se aflojaron. Tenía la piel caída y la boca se abrió despacio como un puente levadizo al que habían bajado con cadenas. La alegría extrema que le bañaba el rostro seguía allí, pero toda su inteligencia, toda la chispa vital y su cabezonería empezaron a desvanecerse.

Me sacudí y tiré de las cuerdas hacia delante.

—¡George! —grité—. ¡Ahora mírame a mí!

—¡Hable! —chilló Joplin—. ¡Rápido!

No sirvió de nada. Mientras le observaba, presa del pánico, la mandíbula de George cayó. Dejó escapar un suspiro largo, estridente y silbante. Sus párpados se cerraron y su cuerpo se estremeció una y dos veces antes de permanecer inmóvil. Sacudió la cabeza, que luego resbaló despacio hacia un lado. Se detuvo. Tenía la boca abierta y la mirada perdida.

Un par de mechones de pelo pálido caían sobre su entrecejo encerado.

—Bueno —dijo Albert Joplin, afectado—. Un fastidio infernal. Podría haberme dicho algo útil antes de morir.

28

Observé el cuerpo de George. Yo también parecía haber dejado de respirar.

—Pero ¿de qué me sirve el «cosas preciosas»? —se quejó Joplin—. Eso no es científico, ¿verdad? Y ahora que ya ha amanecido, no estoy seguro de que merezca la pena hacer otra prueba. —Irritado, dio un pisotón—. De verdad, qué fastidio.

Siguió hablando consigo mismo, pero yo apenas le oía. Su voz sonaba muy lejana. Todos los sonidos se acallaron. Estaba sola dentro de mi mente entumecida.

—¡George! —le llamé con voz dulce—. ¡Despierta!

—No servirá de nada, Carlyle… —Era Kipps—. Se ha ido.

—No, si siempre tiene este aspecto… —expliqué—. Deberías verle por las mañanas. Solo tiene un poco de sueño, ¿verdad, George? George, venga…

Él no respondió. Estaba desplomado como un viejo abrigo al que han tirado sobre una silla. Tenía la boca abierta. Sus manos caían sin fuerza. Pensé en Jack Carver, tumbado sobre nuestra alfombra, y en el estúpido vacío de la muerte. Dejé escapar un breve gemido.

Joplin me miró. Había estado estudiando su reloj, pero ahora me observaba con los ojos entrecerrados. ¿Dónde habían quedado la amabilidad y el tonto revoloteo del tímido archivista? Me evaluó con dureza y frialdad.

Algo más me observaba. Cuando George miró el espejo, el fantasma de Edmund Bickerstaff creció hasta llenar el círculo. Yo había sentido la fría satisfacción de su triunfo, su júbilo al ver que George sucumbía. Ahora centraba su atención en una nueva víctima. La figura oculta se dio la vuelta y la cabeza encapuchada se acercó hacia mí. Atisbé el rostro oculto: la boca que sonreía con dientes afilados, la piel blanca como el hueso y los ojos en forma de monedas negras.

Cuando volví la mirada hacia Joplin, sus ojos eran iguales que los del espíritu.

Kipps, como era adulto, no podía ver claramente al fantasma, pero sí sentía su presencia. Noté cómo se encogía en la silla. ¿Y yo? Estiré la espalda. Apreté los puños. Algo se había cerrado de golpe en mi interior, ocultando el dolor tras muros de piedra. Mi mente se calmó. Mi odio era un lago en invierno: cubierto de hielo, transparente e infinito… Me erguí y miré a Joplin.

—Quizá. Quizá sí podríamos intentarlo de nuevo —se decía a sí mismo—. Sí. Lo único que necesitamos es ponerla en la silla. ¿Cuál es el problema? ¿Qué dificultad supone? Puede que sobreviva, aunque el chico haya fallado.

Con los pasos de un pájaro y el cuchillo en la mano, se movió hasta donde yo estaba.

—Aléjese de ella —bramó Kipps.

—Su momento llegará en breve —contestó Joplin—. Mientras tanto, quédese callado o haré que el maestro se abalance sobre usted.

No se acercó de frente, pese a que yo tenía las manos atadas. En vez de eso, caminó tras mi espalda con el cuchillo estirado. Con un único corte, rompió las cuerdas y la hoja regresó a mi nuca. Permanecí en silencio y me masajeé las muñecas irritadas.

—Vaya a la otra silla —me indicó Joplin.

Lo hice. Me forcé a respirar despacio para calmarme.

—Estaría cometiendo un error obligándome a mirar al espejo —dije—. Hablo con los fantasmas. Ellos me hablan. Puedo contarle

muchos secretos. No sería útil que yo muriera.

—Siga caminando. Me temo que no la creo. ¿Quién tiene ese don?

—Yo. Y he traído a un fantasma de tipo tres. Su origen está en mi mochila, aquí cerca. Bickerstaff no es nada a su lado. Déjeme que se lo enseñe.

En la lejana oscuridad, noté que el fantasma del frasco se había sobresaltado.

—Oye, ¿a mí por qué me metes? Será tan malo como Cubbins. Experimentos extraños, costumbres raras… En cuanto me despiste, me meterá con él en la bañera.

Joplin se había detenido, pero la presión del cuchillo continuaba allí.

—Sigo sin creerla.

—¡Bien! —exclamó la voz del frasco.

—Pero si ha traído una reliquia, luego la examinaré de cerca.

—Ah, genial. Gracias por nada —comentó la calavera.

Solo me separaban unos pasos de la silla de George, que emprendí bajo la mirada del fantasma de Bickerstaff. En el círculo central, los siete espíritus del espejo se agrupaban sobre la plataforma de ébano. Como antes, permanecían casi inmóviles mientras el eco de sus voces quejumbrosas flotaba débilmente en el aire. La calavera tenía razón. No hacían demasiado. Parecían bastante pasivos, y lo único que les obsesionaba era el destino de sus huesos perdidos.

Pero el espejo era distinto. Mantuve la mirada apartada del artefacto, aunque aún podía verlo de reojo. El borde de hueso brillaba con una luz sombría, aunque el cristal era un agujero negro azabache. El zumbido era terriblemente intenso. Percibí movimiento en el espejo, como si la negrura se ajustara en espiral. A este cambio le acompañaba una poderosa y súbita necesidad de mirar de verdad. El deseo creció en mi interior como un grito. Aparté la sensación y ni siquiera me atreví a mirar a George. Mantuve la vista fija en el suelo y los dedos hundidos en las palmas de las manos.

Un leve empujón. Joplin me lanzó adelante, a poca distancia de él. Miré hacia atrás y le vi agacharse detrás de la silla para cortar las cuerdas que ataban las manos lacias de George. Me di media

vuelta, pero había levantado de nuevo el cuchillo para disuadirme.

—No lo intente —dijo Joplin. Me miraba con la cabeza agachada y los dientes desnudos y amarillentos—. Aparte el cuerpo y siéntese.

—No voy a hacer eso.

—No tiene otra opción.

—Se equivoca. Voy a recoger el estoque de donde lo dejé. Y después voy a matarle, señor Joplin.

El fantasma de Bickerstaff, en el círculo detrás del archivista, se movió con urgencia. Como si le hubieran empujado entre los omóplatos, Joplin se precipitó hacia delante. Con los ojos vacíos y un rugido, alzó el cuchillo y fue en mi búsqueda.

Me preparé para moverme.

Y, en ese instante, George se levantó de la silla.

Grité. A mi espalda, oí a Kipps jadear de miedo. Joplin hizo un ruido extraño, entre un lamento y un gruñido. Se le cayó el cuchillo de la mano.

En el pasadizo, el fantasma del frasco sellado maldijo, indignado.

—¿Está vivo? Oh, qué típico. Iba todo tan bien.

Con el rostro en blanco y las gafas torcidas, George saltó hacia delante y agarró a Joplin por la cintura. Lo zarandeó hacia un lado y, con un fuerte empujón, hizo que tropezara con las cadenas de hierro. Joplin se cayó, chocó con las patas del trípode y la mesa se balanceó y se derrumbó. El espejo se separó del soporte y se precipitó sobre el suelo.

George se enderezó, se apartó el pelo de los ojos y me hizo un guiño.

Yo seguía mirándolo fijamente, boquiabierta.

—George… —murmuré—. ¿Cómo…?

—Estoy liado —contestó—. Deja las preguntas para más tarde.

Se lanzó hacia Joplin.

Chillando y retorciéndose a causa del pánico, el archivista había estado luchando para liberarse del trípode caído. Los siete espíritus se cernían sobre su cabeza y, para mi sorpresa, no intentaron tocarle pese a estar en el mismo círculo. Mientras George se acercaba, Joplin agarró el trípode del suelo y lo movió frenéticamente. Sin apenas rozar a George, la mesa se resbaló de

entre los dedos del académico y se precipitó sobre el otro círculo de cadenas de hierro, el que rodeaba al fantasma de Bickerstaff. Estas se desataron y un pequeño hueco se abrió entre los extremos.

Hubo un golpe de aire y un súbito aullido. Una brisa fría irrumpió en la estancia, lanzando nubes de polvo de las tumbas sobre las catacumbas. Las cadenas se sacudieron y traquetearon como si estuvieran vivas. El hueco se hizo más grande. La figura encapuchada volvió su rostro oculto hacia mí.

Se dobló, flexionó y se volvió tan fina como el humo al atravesar el agujero. Detrás de ella se enroscaba una creciente hilera de ectoplasma borroso que regresaba al cuerpo que yacía en el suelo. La figura se alargó, tan alta como el techo. Se inclinó. Las túnicas se abrieron y debajo emergieron dos brazos blancos, delgados y con manos rugosas y violentas.

El fantasma de Bickerstaff era libre.

Quill Kipps podía notarlo. Con los ojos como platos y los nervios en tensión, se sacudió y se tambaleó en la silla.

—¡Lucy! —ladró—. ¡Ayuda!

No tenía tiempo para buscar el estoque. Estaba en la mesa, donde George y Joplin rodaban por el suelo, envueltos en un frenesí de bofetadas y palabrotas. Si iba a por él, Kipps moriría.

Pero no tenía ninguna otra arma. A menos que…

Corrí hacia Kipps y hacia el fantasma. A la vez, me agaché y agarré uno de los extremos de la cadena de hierro que se había separado del resto con la caída de Joplin. Recogí la cadena y continué sin interrumpir el paso. Ya la estaba agitando frente a mí incluso antes de llegar a la silla.

Me encontré de frente con el fantasma del doctor Bickerstaff.

Se alzaba sobre Kipps con los brazos estirados como si fuera a envolverle. Dos manos traslúcidas se extendieron. Con un grito de guerra que era medio chillido medio gorjeo, hice girar la cadena en un círculo violento y le corté las puntas de los dedos blancos y huesudos, convirtiéndolos en espirales de niebla burbujeante. El fantasma retrocedió. Me lancé entre la figura y la silla, girando el hierro arriba y abajo.

—¡Cuidado!

Kipps se agachó con desesperación cuando la cadena pasó a su lado.

—¿No es lo suficiente eficiente para ti? —pregunté con la voz entrecortada—. ¿Quieres que me vaya?

—No, no. Está muy bien. ¡Ah!

La cadena acababa de rozarle el pelo.

En el suelo, grandes cantidades de plasma rezumaban en el centro del cadáver. El fantasma se alargó, imitando aún más a una serpiente. La cabeza y el torso estaban muy por encima de mí, moviéndose de un lado a otro y dando saltos y amagos para intentar salir de la cadena. Los brazos dieron un golpe hacia dentro y se cortaron en dos, pero volvieron a formarse al instante. Lluvias de plasma cayeron sobre nosotros y nos salpicaron la ropa.

Mientras luchábamos, la voz de Edmund Bickerstaff llamaba y llamaba en mi mente, instándome a mirar y prometiéndome lo que mi corazón deseaba. Era el mismo mensaje antiguo. No tenía otro. Y aunque su fantasma era terrible y su locura y malicia le daban poder, me sentía más tranquila y más segura. Allí estaba, sucia, cansada, ligeramente cubierta de humo (por culpa del plasma) y protegiendo a mi rival de la muerte. Cuando miré a la aparición, vi que la capucha se había caído y la cara del doctor ahora quedaba a la vista. Sí, tenía un aspecto espantoso y enfurecido. Los dientes eran puntiagudos y los ojos parecían monedas negras, pero, sin la capucha, al fin y al cabo no era más que el rostro de un hombre. Un hombre estúpido y obsesivo al que, para sentirse importante, le había gustado vestirse con togas escalofriantes. Que había buscado respuestas a cosas que no debería saber y al que le había dado demasiado miedo mirar él mismo. Que había usado a los demás, tanto en la vida como ahora, en la muerte. ¿Su voz era hipnótica? Sí, quizá para algunos, pero no para mí.

Ya estaba harta de él.

Cambié mi postura de defensa y adopté una de ataque. Mientras el fantasma retrocedía ante un hierro que volaba muy alto, yo me acerqué, ajusté la posición de los brazos y alcé la cadena muy por encima de mi cabeza, como un pescador que arroja su sedal. El hierro atravesó el centro de Bickerstaff, desde la capucha hasta el suelo, y le dividió perfectamente en dos.

Un suspiro y un jadeo. La aparición se desvaneció. Un hilo de plasma azotó el suelo y el cuerpo lo absorbió. Con un chasquido en el aire, desapareció.

El humo se elevó del extremo de las cadenas de hierro. Las dejé caer. Kipps estaba rígido en la silla y tenía una mirada atormentada en el rostro.

—He hecho que se aleje —dije—. Debería tardar en volver a formarse.

—Vale —respondió. Se humedeció los labios—. Gracias. Aunque tampoco hacía falta que me raparas. Ahora suéltame.

—Todavía no. —Miré a mi alrededor—. Tengo que terminar otra cosa.

Mientras yo me enfrentaba al fantasma, la pelea entre George y Joplin también se había resuelto. Tras rodar y revolcarse por la cámara, habían terminado formando una pila inestable junto a un montón de ataúdes vacíos. Joplin estaba encima. Con un grito, se liberó de George y se puso de pie bamboleándose. George no pudo responder y, en lugar de eso, se derrumbó contra la pared, exhausto.

Joplin tenía la camisa rasgada y la chaqueta medio quitada. Parecía estar completamente aturdido. En su mente solo había una cosa. Observó el suelo, donde el espejo de hueso yacía bocabajo. Se tambaleó en esa dirección.

No. Ni hablar. Ya era hora de acabar con aquello.

Incluso cansada era más rápida que el archivista. Avancé y llegué al espejo. Siete figuras borrosas y apenadas flotaban sobre él. Me agaché y lo recogí.

Después, haciendo caso omiso del cúmulo de espíritus y del grito de Joplin, lo llevé a la mesa.

En mis manos, estaba frío como el hielo. Los huesos eran suaves y sentí un hormigueo al tocarlos. El zumbido era muy intenso. Me aseguré de sostener el espejo por el dorso. Cuando alcé la vista, el grupo de figuras me rodeaba, cerca y lejos al mismo tiempo. Estaban centrados en el espejo. No sentí que supusieran una amenaza. Sus rostros eran borrones en blanco, como fotos mojadas por la lluvia.

Sus tenues gritos sonaban por todas partes:

—Devuélvenos nuestros huesos…

—Vale, vale —respondí—. Veré lo que puedo hacer.

Lo primero que hice cuando llegué hasta la mesa fue recoger el estoque del suelo. Luego analicé el desorden que cubría el tablero y

vi ciertas herramientas que pertenecían a Joplin: una palanca, un cincel y un mazo. No me gustó pensar para qué las había usado.

Joplin se había detenido al otro lado de la mesa. Tenía la misma intensidad opaca en los ojos.

—¡No! —ladró—. ¡Es mío! ¡No!

Le ignoré. Dirigí la mirada a las catacumbas, al pasadizo desde el que había entrado. Se atisbaba un leve brillo verde y un rostro gruñón que sobresalía de mi mochila.

—¡Calavera! —exclamé—. ¡Ha llegado el momento! Tengo el espejo. ¡Habla!

La voz distante sonaba molesta.

—¿Que hable sobre qué?

—Estuviste ahí cuando lo hicieron. Dime cómo destruirlo. Quiero liberar a los pobres espíritus que están atrapados.

—¿Y a quién le importan? Son unos inútiles. Míralos. Podrían petrificarte en segundos, pero lo único que hacen es flotar y gemir. Son basura. Se merecen estar atrapados. En cuanto a mí…

—¡Habla! ¡Recuerda lo que haré contigo si no obedeces!

Desde un extremo de la mesa, Joplin se tambaleó hacia mí sin previo aviso. Alcé el estoque y le alejé. Pero al hacerlo, la mano que sostenía el espejo se aflojó. Se resbaló y giró, de modo que vislumbré un destello del cristal negro azabache…

Aunque ya era demasiado tarde, lo estrellé bocabajo contra la mesa y apreté los ojos con fuerza. Un dolor repentino y atroz me atravesó las entrañas. Sentí como si poco a poco me pusieran del revés. El dolor vino acompañado de un deseo ardiente de volver a mirar el espejo. Ahora era una necesidad abrumadora. De pronto supe que el espejo lo resolvería todo. Me daría felicidad. Mi cuerpo estaba sediento, pero el espejo saciaría mi sed. Estaba hambrienta, pero el espejo me alimentaría. Todo lo que no fuera el espejo me resultaba aburrido y sin valor. Lo único que tenía importancia era la oscuridad brillante y resplandeciente. Podría verla, podría unirme a ella. Solo tenía que darle la vuelta al espejo y desistir. Era ridículamente fácil. Bajé el estoque y empecé a mover la mano…

—Pobre y estúpida Lucy… —La voz de la calavera me sacó de golpe de mi ensoñación—. Tan tonta como todos los demás. No puede apartar la vista, cuando lo único que tiene que hacer es romper el espejo.

¿Romperlo…? Y, entonces, esa pequeña parte de mí que seguía ligada a la vida, a la luz y a los vivos retrocedió de miedo.

Agarré el mazo y lo dejé caer sobre el reverso del espejo.

Se produjo un crujido enorme, seguido del estallido de una ráfaga de aire. El zumbido, que había permanecido todo ese rato en mis oídos, se acalló de pronto. Los siete espíritus emitieron un suspiro, un sonido casi de éxtasis. Se desdibujaron, temblaron y desaparecieron. Bajo mis manos, el espejo era un revoltijo confuso de huesos y cordel. Láminas de cristal negro cubrían la mesa. Dejé de sentir dolor y deseo.

Durante un segundo, nadie se movió en aquella cámara silenciosa.

—Claro —dije—. Eso es.

Joplin se había quedado paralizado y ahora soltó un chillido hueco.

—¿Cómo se atreve? —exclamó—. ¡Su valor era incalculable! ¡Era mío!

Corrió hacia delante, rebuscó en la mesa y sacó un enorme fusil de llave de chispa oxidado, voluminoso y con los martillos percutores levantados.

Me apuntó con la pistola.

Una educada tos sonó junto a nosotros. Alcé la mirada y Joplin se dio media vuelta.

Anthony Lockwood había llegado. Estaba cubierto de polvo de las tumbas y llevaba telas de araña en el cuello de la camisa y el pelo. Tenía los pantalones rasgados a la altura de las rodillas y le sangraban los dedos. Había estado más elegante en otros momentos, pero no puedo negar que le veía mejor que nunca. Sostenía el estoque con una mano con indiferencia.

—¡Un paso atrás! —gritó Joplin—. ¡Voy armado!

—Hola, Lucy —saludó Lockwood—. Hola, George. Siento haber tardado.

—No pasa nada.

—¿Me he perdido algo?

—¡Le digo que dé un paso atrás!

—No mucho. Rescaté a George, o quizá debería decir que él me rescató a mí. Kipps también está aquí. Tengo el espejo de hueso o lo que queda de él. El señor Joplin acaba de amenazarme con esta

especie de pistola antigua.

—Parece un revólver de mediados del siglo XVIII del ejército británico —opinó Lockwood—. Dos balas y llave de chispa. Creo que es un modelo bastante raro. Se retiraron después de dos años.

Le miré.

—¿Cómo sabes esas cosas?

—Lo sé, sin más. Lo que quería señalar es que no es un arma muy precisa. También necesita guardarse en un lugar seco, no en una vieja catacumba húmeda.

—¡Silencio! Si no hace lo que le digo…

—No creo que funcione. Veámoslo, ¿no?

Con eso, Lockwood se movió hasta Joplin.

Desde donde estaba el archivista llegaron un gruñido de rabia y el triste chasquido de una pistola antigua. Maldijo entre dientes, arrojó el revólver a nuestros pies, dio media vuelta y se alejó. Iba directamente hacia el cuerpo de Bickerstaff, que yacía en el suelo.

—¡Señor Joplin! —grité—. ¡Pare! ¡Todavía no es seguro!

Lockwood fue tras él, pero Joplin no le hizo caso. Como una rata delgada y con gafas, derrapó y viró de un lado a otro, presa del pánico e indefenso, tropezó con las cadenas y patinó sobre los escombros, sin tener claro a dónde ir.

No fue él quien decidió la respuesta.

Cuando pasó junto al cuerpo momificado, una figura encapuchada emergió de los ladrillos. El fantasma era muy tenue, apenas visible para mí, y Joplin corría en su dirección. Unos brazos blancos y traslúcidos le abrazaron. Aminoró la marcha y se detuvo. Su cabeza cayó hacia atrás y su cuerpo se estremeció y se retorció. Dejó escapar un suspiro. Luego se derrumbó, atravesó la figura evanescente y cayó en el suelo enladrillado.

Terminó en segundos. Cuando llegamos, el fantasma había desaparecido. Joplin ya se estaba poniendo azul.

Lockwood acercó las cadenas al cuerpo de Bickerstaff con una patada para sellar el origen. Corrí a buscar a George. Seguía sentado en un rincón con las piernas abiertas. Tenía los ojos cerrados, pero los abrió cuando me acerqué.

—¿Y Joplin? —preguntó.

—Está muerto. Bickerstaff le atrapó.

—¿Y el espejo?

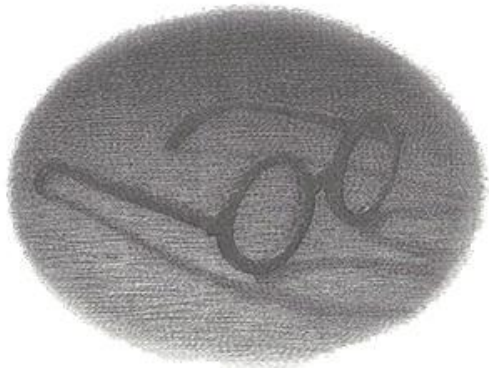
—Me temo que lo rompí.

—Ah, vale. —Suspiró—. Probablemente fuera lo mejor.

—Yo también lo creo.

Sentí que me temblaban las piernas. Me senté junto a él. En el otro lado, Lockwood se apoyó contra la pared con la cara grisácea. Ninguno dijo nada. No teníamos la energía necesaria.

—Oye… —La voz de Kipps rebotó contra las paredes de la estancia—. Cuando hayáis terminado vuestro descansito, ¿alguien podría venir a desatarme, por favor?



29

El sol había salido en Kensal Green. Aún no eran las seis de la mañana, pero resultaba agradable estar al aire libre. Los árboles relucían y la hierba brillaba. Seguramente habría muchas abejas y mariposas revoloteando por allí, pero no tenía la energía suficiente para fijarme. Dado mi estado, las únicas muestras de fauna que veía eran las decenas (o más) de agentes del DICM que se habían instalado en el campamento de los excavadores. Me senté en los escalones de la entrada de la capilla, donde el calor del aire me acariciaba la piel.

Habían traído furgonetas y usaban el yacimiento como centro de coordinación temporal. El inspector Barnes estaba junto a un vehículo, envuelto en una animada reunión con Lockwood. Casi podía verle el bigote erizarse desde lejos. Al lado de otra furgoneta, un grupo de médicos atendían a George y también a Kat Godwin, Bobby Vernon y Ned Shaw, que formaban una fila irregular. Ya habían curado a Quill Kipps. Estaba sentado unos peldaños más abajo y los dos observábamos la procesión de agentes que entraba en la capilla. Llevaban hierro, plata y todo tipo de cajas protectoras

con las que asegurar lo que albergaban las catacumbas.

En la planta baja de la capilla, unos agentes con batas blancas iban de aquí para allá recogiendo retales de ropa, sangre y armas caídas, recuerdos de la gran pelea que había ocurrido hacía una o dos horas.

Según la versión de Lockwood (y la que publicaron muchos periódicos después), la batalla con los matones de Winkman había sido un asunto temerario. Nada menos que seis agresores habían participado en el ataque, cada uno armado con un garrote o una porra. Lockwood y los tres agentes de Fittes habían luchado por sus vidas. Había sido un enfrentamiento de palos contra espadas, de un grupo más numeroso contra unas destrezas de combate superiores. La batalla continuó arriba y abajo de los escalones y, al empezar, la auténtica ferocidad de los atacantes había amenazado con la victoria. Sin embargo, el manejo de la espada de los agentes ganó protagonismo poco a poco. Cambiaron las tornas. Cuando el amanecer llegó al cementerio, habían empujado a los matones hasta el campamento y las tumbas. Lockwood afirmó que él había herido gravemente a tres de los hombres, y Shaw y Godwin confirmaron lastimar a otros dos. El sexto había tirado la porra y huido. Al final, cinco prisioneros yacían indefensos en el suelo junto a las casetas mientras Kat Godwin hacía guardia.

Pero ganar tuvo un precio. Todos habían resultado heridos. Lockwood y Godwin no tenían más que pequeños rasguños, pero Ned Shaw se había roto un brazo. A Bobby Vernon le habían golpeado con fuerza en la cabeza y no podía tenerse en pie. Le tocó a Lockwood forzar la entrada de la caseta más cercana, que hacía las veces de oficina. Después de encargar a Shaw que encontrara un teléfono y llamara a Barnes, corrió a la capilla, donde encontró el hueco del catafalco abierto. Tal y como yo había esperado, no tardó en lanzarse hacia la oscuridad y apresurarse para buscarnos a George y a mí.

Salir fue más fácil que entrar. Al cabo de un rato encontramos las llaves de las puertas de la catacumba (y de las cadenas de Kipps) en el bolsillo de Joplin, así que pudimos marcharnos por las escaleras. Subimos despacio y llegamos a la superficie justo cuando llegó el equipo del DICM.

El inspector Barnes saltó los peldaños para llegar hasta nosotros.

Antes de escuchar a Lockwood o a Kipps, que competían por conseguir su atención, había pedido el espejo. Era lo único en lo que pensaba. Lockwood le mostró los trozos con un gesto teatral. A juzgar por la caída del bigote de Barnes, su estado le decepcionó. Sin embargo, llamó a los médicos para que nos ayudaran antes de organizar una búsqueda más exhaustiva de las catacumbas. Quería ver qué otras cosas podría haber escondido Joplin allí.

Hubo un artefacto que los agentes no encontraron. Yo tenía mi mochila y, en su interior, el silencioso frasco sellado. Podría decirse que la calavera me había salvado. Decidiría su destino cuando llegara a casa.

Tras una temprana conversación con Barnes, Kipps pasó prácticamente a un segundo plano. Se quedó un rato sentado en los escalones de la capilla, con la cara gris y convertido en una sombra polvorienta y ojerosa de su habitual pavoneo.

Me aclaré la garganta por impulso.

—Quería darte las gracias —dije—. Por apoyarme ahí abajo. Y por ir tras George. La verdad es que me sorprende. Después de ver cómo salías corriendo cuando vimos a las ratas en la casa de Bickerstaff, no me habría imaginado que tuvieras las agallas para hacer eso.

Kipps soltó una risa sin gracia y esperé a la inevitable réplica ácida. En lugar de eso y tras una pausa, contestó en voz baja:

—Ahora es fácil juzgarme. Pero todavía no sabes cómo te sientes el día en el que tu don empieza a atenuarse. Sigues captando a los fantasmas y sabes que están ahí. Pero ya no los ves ni los oyes bien. Experimentas el mismo miedo, pero sin poder hacer nada al respecto. A veces los nervios te abruman.

Se detuvo ahí, quieto y con el rostro tenso.

Lockwood caminaba sobre la hierba, avanzando hacia nosotros.

—¿Entonces estamos todos detenidos? —pregunté cuando se acercó. Podría pensar en varias razones por las que Barnes estaría enfadado con nosotros y que yo hubiera roto el espejo de hueso solo era una de ellas.

Lockwood sonrió.

—Para nada. ¿Por qué no iba a estar satisfecho el señor Barnes? Sí, rompimos el espejo. Sí, matamos al principal sospechoso. Pero Londres ya no está en peligro, que es lo que nos dijo cuando nos

encargó el caso. No puede negar que hemos triunfado, ¿no? Al menos eso es lo que le he dicho. Ha conseguido el espejo, aunque esté roto, y tiene todo el alijo de artefactos de Joplin. Y puede que los matones que capturamos testifiquen contra Julius Winkman. En definitiva, está feliz, de un modo poco entusiasta. Y yo también. ¿A ti qué te parece, Quill?

—Entonces se lo diste a Barnes —respondió Kipps con voz cortante.

—Sí.

—¿Y te ha dado el caso?

—Sí.

—¿Con la comisión completa?

—En realidad, no. Como nosotros nos ocupamos de todos los preparativos, pero tu equipo y tú vinisteis a ayudarnos al final, sugerí que lo dividiéramos en un setenta y treinta por ciento para cada uno —explicó Lockwood—. Espero que te parezca bien.

Al principio Kipps no respondió. Resopló con fuerza por la nariz.

—Es… aceptable —dijo al fin.

—Bien. —A Lockwood le brillaban los ojos—. Y con esto llegamos al asunto de nuestra apuesta. Si lo recuerdo bien, el trato era que quien perdiera el caso tenía que poner un anuncio en *The Times* poniendo por las nubes a los ganadores y arrastrándose un poco. Creo que estarás de acuerdo en que, como nosotros encontramos el espejo, se lo llevamos a Joplin y Barnes nos ha declarado los ganadores oficiales, los perdedores sois, sin duda, vosotros. ¿Qué dices?

Kipps se mordió el labio. Sus ojos cansados buscaron a izquierda y derecha una respuesta. Por fin, tan forzada, escueta y reacia como una tijereta a la que sacan de una grieta, la respuesta llegó:

—De acuerdo.

—¡Bien! —exclamó Lockwood con entusiasmo—. Eso es todo lo que quería oír. Por supuesto, no puedo obligarte y, sinceramente, tampoco querría hacerlo después de luchar junto a tu equipo hoy. También sé que intentaste ayudar a George y a Lucy, algo que no voy a olvidar. Así que no te preocupes. El castigo no será necesario.

—¿El anuncio?

—Olvídalo, fue una idea tonta.

Distintas emociones recorrieron el rostro de Kipps, que parecía

estar a punto de hablar. Entonces asintió una vez con la cabeza. Se irguió. Levantando pequeñas nubes de polvo de las tumbas, bajó los escalones que le separaban de su equipo.

—Ha sido un bonito gesto —dije mientras le veía alejarse—. Y creo que has hecho lo correcto, pero…

Lockwood se rascó la nariz.

—Ya. No tengo claro que esté muy agradecido. Bueno, qué le vamos a hacer. Y ahí viene George.

A George le habían curado las heridas. Sorprendentemente, tenía buen aspecto, salvo por unos cuantos moratones y la hinchazón alrededor de los ojos. Parecía seguir avergonzado. Se acercó con pasos vacilantes. Era la primera vez que estábamos a solas con él esa mañana.

—Si vais a matarme, ¿os importaría hacerlo rápido? —preguntó—. Estoy al borde del colapso.

—Nosotros también —respondió Lockwood—. Podemos dejarlo para otro momento.

—Siento haber armado este lío. No tendría que haberme ido así.

—Eso es cierto. —Lockwood se aclaró la garganta—. Pero yo también debería disculparme.

—Yo no voy a pediros perdón —admití—. Al menos no hasta que me haya echado una siesta.

—He sido borde contigo, George —siguió Lockwood—. No he valorado tus excelentes contribuciones al equipo como es debido. Y sé que tus acciones hoy estaban motivadas por tu exposición al espejo y al fantasma de Bickerstaff. No estabas siendo tú mismo y lo entiendo.

Esperó. George no dijo nada.

—Ahí tienes otra oportunidad para volver a disculparte —insistió Lockwood.

—Creo que se está quedando frito —dije. A George se le cerraban los párpados. Le di un codazo y levantó de golpe la cabeza—. Oye, una cosa. Hay algo que tengo que preguntarte. Cuando miraste el espejo…

George asintió, adormilado.

—Sé lo que vas a decir. La respuesta es nada. No vi nada.

Fruncí el ceño.

—Ya, pero… A mí casi me atrapa. Sentí el tirón solo tras un

vistazo. Me costó horrores alejarme. Y tú lo miraste directamente. No solo eso, también le dijiste a Joplin que habías visto…

—¿«Cosas preciosas»? Ah, sí, me lo estaba inventando. Le dije a Joplin lo que quería oír. —Nos sonrió—. Todo era una actuación.

Lockwood le miró fijamente.

—No lo entiendo. Si miraste el espejo…

—Lo hizo. Yo le vi.

—¿Entonces cómo sobreviviste cuando Wilberforce, Neddles y todo el que lo ha mirado terminaron muriendo de miedo?

Como respuesta, George se quitó despacio las gafas. Las bajó, como si fuera a limpiárselas en el jersey, y puso un dedo sobre la lente. Empujó y, en lugar de chocar contra el cristal, su dedo atravesó la montura. Las movió de un lado a otro.

—En mi pelea con Joplin, los dos perdimos los cristales —explicó—. Los míos chocaron contra una piedra o algo, así que se salieron. Los perdí en el suelo. Joplin no se dio cuenta, y os aseguro que yo no iba a decírselo. Por lo que mí respecta, lo que hubiera en el espejo podría estar bailando al son de la chirimía. Me da igual. No me hizo nada.

—¿Quieres decir que cuando lo miraste…?

—Exacto. —Con cuidado, se metió la montura vacía en el bolsillo—. Soy miope, así que esa distancia se me escapa. No vi nada de nada.

26

¡LOS SECRETOS DE LAS CATACUMBAS!
DESCUBIERTA UNA RED DE TRAFICANTES DEL MERCADO NEGRO

HALLAN LOS HORRORES DE LA COLECCIÓN DE UN LOCO

Hoy en el interior: A. J. Lockwood lo revela todo.

Durante varios años, la redacción londinense de *The Times* ha especulado sobre la existencia de un siniestro mercado negro que comerciaba con objetos peligrosos relacionados con el Problema. Se extendieron rumores y acusaciones, pero carecíamos de pruebas sólidas.

Hasta ahora.

Tras el anuncio de ayer de los numerosos arrestos en Kensal Green y Bloomsbury, podemos informar que los agentes de la agencia Lockwood han descubierto y desarticulado una banda de ladrones que operaba en el respetable corazón de la ciudad. En una entrevista especial, el señor Anthony Lockwood revela cómo su intrépido equipo, con el apoyo de varios ayudantes de la agencia Fittes, luchó en una batalla campal contra los peligrosos criminales

y descubrieron un alijo de artefactos robados en el interior de una catacumba encantada.

Hoy, el señor Lockwood habla sobre todos los terrores paranormales de esta épica investigación, incluyendo el horrible fantasma devorado por las ratas de Hampstead y el pavor del féretro de hierro. También narra la serie de pistas que acabaron con el descubrimiento y la muerte del señor Albert Joplin, un conocido archivista que ha sido señalado como responsable de al menos un asesinato. «Era un hombre al que le apasionaba demasiado el pasado», declara el señor Lockwood. «Pasó mucho tiempo hurgando en los rincones más oscuros de nuestra historia. Al final, sus obsesiones le corrompieron y acabaron con su cordura. En estos tiempos difíciles, quizá esta sea una lección que todo el mundo deba aprender».

Para leer la entrevista completa a Lockwood, consulte las páginas 4-5.

Para ver los recortes, el plano y las fotografías de la casa de las ratas, vaya a las páginas 6-7.

El artículo «¿Es posible asegurar un cementerio?» se encuentra en la página 25.

Tres días después de los últimos eventos bajo la capilla, nos reunimos para tomar un tentempié en la oficina del sótano del número treinta y cinco de Portland Row. Estábamos de buen humor. Habíamos dormido mucho y recibido mucha atención. La gran fiesta del quincuagésimo aniversario de la agencia Fittes seguía siendo el tema más popular de los periódicos diarios, pero nuestras aventuras le pisaban los talones. Además, el banco acababa de recibir nuestro cheque del DICM, firmado por el mismísimo inspector Barnes. Y era otra mañana soleada.

Lockwood se sentó en su escritorio con una enorme taza de café junto a su codo mientras escudriñaba las noticias. El vapor salía lentamente de la taza. Estaba relajado y tenía el botón del cuello de la camisa desabrochado. Había colgado su chaqueta en la armadura que nos había regalado un cliente agradecido el mes anterior. En una esquina, George había cogido el gran cuaderno de piel en el que registrábamos los casos y, con un bolígrafo de plata, estaba empezando a escribir su versión del espejo perdido. Tenía una buena pila de recortes de prensa y un bote de pegamento.

—Hay muchas cosas buenas de este caso —dijo—. Al menos

mejores que con los guardianes de Wimbledon.

Dejé a un lado la edición de *The Times*.

—Una entrevista genial, Lockwood —comenté—. Aunque no estoy segura de que Kipps vaya a estar muy contento de que hayas descrito su participación como «apoyo».

Lockwood parecía dolido.

—En general, creo que le he dejado bastante bien. Le he elogiado. Podría no haberle mencionado.

—Algo que veo que no mencionaste es el espejo —señalé—. Hablas de Bickerstaff, pero solo porque el fantasma del féretro de hierro era el suyo. No dices nada del espejo de hueso o de lo que realmente tramaba Joplin.

—Bueno, puedes darle las gracias a Barnes por eso. —Lockwood se sirvió una de las barritas de avena con chocolate caseras que George había cortado esa mañana. Estaba cocinando mucho e intentaba pedirnos perdón preparándonos todos nuestros platos favoritos. En realidad no tenía por qué hacerlo, pero ni Lockwood ni yo se lo habíamos dicho todavía—. Barnes me prohibió expresamente hablar del espejo o de las cosas que había hecho. Así que, de cara a la prensa, tuvimos que centrarnos en lo del mercado negro, Winkman y todo eso. Retratarán a Joplin como un loco excéntrico. —Le dio un bocado a la barrita—. Imagino que lo era.

—«Sus obsesiones le corrompieron» —cité—. Igual que corrompieron a Bickerstaff hace tantos años.

—Sí, no eran más que personas demasiado curiosas —respondió Lockwood—. Pasa muy a menudo… —Miró a George, que estaba ocupado pegando algo en el cuaderno—. Por supuesto, en este caso había algo más. El espejo ejercía una poderosa atracción sobre cualquiera que hubiera estado expuesto a él. Igual que el fantasma de Bickerstaff. Entre los dos, era fácil que alguien como Joplin se volviera loco, puesto que era débil, codicioso y ya le fascinaban ese tipo de cosas.

—Pero la auténtica pregunta es: ¿cuál es la verdad sobre el espejo? —dije—. ¿Hacía lo que Bickerstaff afirmaba? ¿Realmente podría ser una ventana hacia lo que pasa después de la muerte? ¿Una ventana a otro mundo?

Lockwood sacudió la cabeza.

—Esa es la paradoja de todo esto. No se puede descubrir la

verdad sin mirar el espejo y hacerlo suele matarte. —Se encogió de hombros—. Supongo que, de un modo u otro, sí que te enseña el más allá.

—Yo creo que sí era una ventana. —George levantó la vista del cuaderno. Los moratones de su cara aún eran obvios, pero el brillo había vuelto a sus ojos. Llevaba un par de gafas nuevas—. Para mí, la teoría de Bickerstaff tiene sentido, aunque sea extraña. Los fantasmas regresan a este mundo atravesando un punto débil. Lo llamamos origen. Si juntas bastantes orígenes, quizá puedas crear un agujero lo suficientemente grande para mirar a través de él. Es una idea fascinante que… —Se detuvo, dándose cuenta de que le estábamos mirando—. Mmm. Una idea que ya no me interesa. ¿Quién quiere otra barrita?

—De todas formas, todo eso es irrelevante —respondí—, puesto que rompí el espejo. Ya no sirve para nada.

—¿Estás segura? —George nos lanzó una mirada sombría—. El DICM tiene los trozos. Quizá intenten unirlos. No sabemos lo que ocurre realmente en Scotland Yard. O en la Casa Fittes. ¿Visteis todos esos libros en la biblioteca? Incluso tenían el panfleto de Mary Dulac. ¿No era muy oscuro? Podría haber tanta información oculta en ese habitación.

—George —le llamé.

—Lo sé. Ya me callo. Solo lo comentaba. Sé que el espejo era algo horrible.

—Hablando de objetos horribles, ¿qué vamos a hacer con este? —pregunté.

El frasco sellado estaba en una esquina de mi mesa, tapado con una cubretetera de lana. Llevaba allí tres días. Desde lo que ocurrió en Kensal Green, el fantasma se había empeñado en negarse a aparecer: sin rostro, sin voz y sin siquiera un leve brillo plásmico. La calavera yacía sobre el fondo del frasco con las cuencas de los ojos vacías. No había ni rastro del espíritu maligno, pero, por privacidad, mantuvimos la palanca del tapón bien cerrada.

—Sí —contestó Lockwood—. Tenemos que tomar una decisión. ¿Dijiste que te había ayudado en las catacumbas?

—Sí… —Observé el paño silencioso. Era un trapo de rayas naranjas que había tejido la madre de George y que le había regalado a Lockwood. Cubría el frasco bastante bien—. La calavera

se pasó la mitad del tiempo alegrándose de que estuviéramos a punto de morir. Pero varias veces pareció ser vagamente útil. Y justo al final, cuando el espejo me había atrapado y sentí que me alejaba de todo, me habló y me despertó de aquello. —Fruncí el ceño—. No sé si lo hizo a propósito. Si fue así, seguramente fuera por todas mis amenazas. Ya sabemos lo retorcido que es. En Hampstead por poco consigue que nos maten.

—¿Entonces qué hacemos con él? —insistió Lockwood.

—Es un fantasma de tipo tres —añadió George. Su voz sonaba casi arrepentida—. Sé que no debería decirlo, pero es demasiado importante para que lo destruyamos.

Lockwood se recostó en su silla.

—Depende de ti, Lucy. Eres la que más conexión tiene con él. George tiene razón. La calavera podría ser valiosa y teníamos grandes ideas para revelarla al mundo. Pero ¿merecen la pena la molestia y el riesgo?

Levanté la cubretetera y observé el frasco durante un instante.

—Si os soy sincera —contesté—, lo último que querría ahora mismo es contarle a la gente que me comunico con el fantasma. ¿Qué pasaría? Sería como con el espejo de Bickerstaff, pero peor. Todo el mundo se volvería loco. El DICM vendría a buscarme y harían infinitos experimentos para averiguar cosas sobre la calavera. Sería un infierno. Nunca me dejarían en paz. Así que, si no os importa, ¿podríamos mantenerlo en secreto por ahora?

—Pues claro que sí —respondió Lockwood—. Sin problema.

—En cuanto a lo de destruirlo —continué—, no estoy segura de que sea una buena idea. Cuando estaba en las catacumbas, oí las voces de los espíritus atrapados dentro del espejo. No eran malvados, solo estaban muy tristes. No me hablaban como la calavera, pero sí se comunicaban conmigo. Por eso lo rompí, porque era lo que ellos deseaban. Lo que quiero decir es que cada vez entiendo mejor mi don y creo que está aumentando. Y, sin duda, nunca he tenido una conexión tan fuerte con un espíritu como la que tengo con esta calavera. Así que, nos guste o no y aunque sea un ser despreciable, conspirador y mentiroso que mezcla la verdad y la mentira en todo lo que dice, creo que tenemos que dejarlo aquí. Por ahora. Quizá algún día nos resulte útil.

Después de mi breve discurso, permanecimos un rato en silencio.

George volvió a coger el bolígrafo. Yo hice algo de papeleo. Lockwood se sentó a mirar por la ventana, perdido en sus pensamientos.

—Aquí hay una foto del almacén donde Julius Winkman celebró la subasta —comentó George mientras alzaba un recorte—. No me dijisteis que el tejado estuviera tan alto.

—Sí —respondí—. El salto dio más miedo que el bote de Flo Bones. ¿A qué hora viene Flo esta tarde, Lockwood?

—A las seis. Sigo pensando que es un poco peligroso invitarla a cenar, pero le debemos muchos favores. Más nos vale tener un montón de regaliz. Por cierto, ¿os conté que descubrí cómo nos encontraron los hombres de Winkman? Tenía un topo trabajando en el DICM. Cuando nos pillaron a mí y a Lucy en su tienda, aquella primera vez, indagó y descubrió a qué agentes les habían asignado el caso. Entonces, después de la subasta, ya tenía una idea bastante amplia de quiénes éramos. Ordenó que nos siguieran y nos persiguieron hasta el cementerio.

—No me gusta mucho pensar que Winkman se sepa nuestros nombres —comentó George—. Con suerte estará demasiado ocupado para pensar en eso durante un tiempo.

—Hay algo más —agregué. Llevaba un par de días dando vueltas en mi cabeza, pero ahora, bajo la luz del sol tranquila y veteada, encontró el momento de salir—. Cuando estuvimos en la biblioteca de Fittes y vimos a Penelope Fittes hablando con ese hombre… Ella le dio algo, una caja. No sé si lo visteis.

—Yo no —respondió Lockwood—. Había girado la cabeza.

—Yo estaba apretujado en un espacio imposible debajo de la mesa —contestó George—. No queréis saber qué estaba mirando.

—Bueno, no tengo ni idea de lo que había en la caja —continué —, pero tenía un símbolo dibujado en el exterior. George, ¿recuerdas las lentes que le robaste a Fairfax en Combe Carey Hall?

—No solo las recuerdo… —Rebuscó en una esquina especialmente desordenada de su mesa—. Las tengo aquí.

Levantó las lentes. Eran gruesas, elásticas y con cristales. Las habíamos analizado hacía pocos meses, pero no conseguimos descubrir nada.

—¡Mira tu escritorio! —le regañé—. Eres igualito que Joplin… Sí, ahí. ¿Veis la pequeña marca del arpa en los cristales? Ese

símbolo también estaba en la caja de la señora Fittes.

Lockwood y George lo observaron.

—Curioso. No es el logo de ninguna empresa que conozca —comentó Lockwood—. ¿Crees que será de algún departamento interno de la agencia Fittes, George?

—No. Al menos no de uno oficial. Ahora que lo pienso, todo ese encuentro fue un poco extraño. ¿De qué hablaban la señora Fittes y ese tipo? ¿De un grupo o algo así? No pude oírlo muy bien porque las rodillas me tapaban las orejas.

Se quitó las gafas nuevas y las bajó hacia el jersey, pero luego lo pensó mejor y, tímidamente, volvió a colocárselas sobre la nariz.

—No pasa nada —le dije—. Puedes limpiarte las gafas. En eso no te pareces en nada a Joplin, de verdad.

Lockwood, que estaba ocupado eligiendo otra barrita, asintió.

—En nada. Era un psicópata raro y sin amigos con una obsesión macabra con la muerte, mientras que tú… —Levantó el plato—. ¿Quieres una, Luce?

—Gracias.

—Mientras que yo… —repitió George.

Lockwood sonrió.

—Bueno… Tú tienes por lo menos dos amigos, ¿no? —Le tendió el plato—. Y eso me lleva a algo que quería decir.

George me miró.

—Va a volver a echarme la bronca.

—Yo creo que va a presumir de la pelea de Winkman otra vez. La pelea que no vimos.

—Sí, esta vez se habrá enfrentado a cuatro tipos él solo.

Lockwood alzó una mano.

—No, siguen siendo tres, aunque uno era bastante grande y peludo. La cosa es que he estado pensando en este caso. Mientras lo investigábamos, todo el mundo ha estado obsesionado con los secretos del espejo. Joplin, Kipps, nosotros. Todos nos dejamos engañar. Barnes también. Winkman es el único que fue sensato. No le importaba el espejo, ¿no? Solo intentó venderlo. Entendió que su misterio era lo que lo hacía valioso. —Bajó la mirada a la mesa, como si estuviera poniendo en orden sus pensamientos—. Bueno, en resumen…

—Si no te importa —dije. Le guiñé un ojo a George y mastiqué

la barrita.

—En resumen, he decidido que los secretos no hacen más que traer problemas. Hay demasiados y solo lo empeoran todo, en lugar de mejorarlo. Así que… He tomado una decisión. Quiero enseñaros algo.

Dejé de comer.

—Dios mío, no tendrás tatuajes cutres, ¿no? —preguntó George—. Acabo de superar los de Carver.

—No, no son tatuajes —respondió Lockwood. Sonrió, pero había tristeza en el gesto—. Si no estáis ocupados, podría enseñároslo ahora.

Se levantó, cruzó la habitación y se encaminó hacia la puerta en forma de arco. George y yo, que nos habíamos quedado callados de repente, nos pusimos en pie y le seguimos. Los ojos de George analizaron los míos. Me percaté de que me temblaban las manos.

Salimos del despacho, con sus escritorios y haces de luz. Subimos por la escalera de caracol con peldaños de hierro, alejándonos de las cestas de la colada y las hileras de ropa tendida. Llegamos a la cocina, donde los platos de la noche anterior seguían sin fregar. Aparecimos en el pasillo, donde una nueva alfombra árabe se extendía hacia la puerta. Caminamos bajo las máscaras y los rastreadores de fantasmas, giramos a los pies de las escaleras y volvimos a ascender. El perchero abarrotado, el salón, la puerta abierta de la biblioteca… Aquello había despertado todos mis sentidos. Dejamos atrás todo el desorden de la casa que compartíamos: cosas normales y familiares que en unos momentos adquirirían otro significado, sutil y eterno, ante aquello que estábamos a punto de ver.

El rellano, en el que solo había una ventana estrecha, estaba más sombrío y oculto que nunca. Las puertas de los dormitorios estaban cerradas. Como siempre, una de las toallas húmedas de George cubría desagradablemente el radiador. El canto de un ave, muy bonito y alto, llegó desde una ventana abierta.

Lockwood se detuvo frente a la puerta prohibida. Se llevó las manos a los bolsillos.

—Aquí estamos —anunció—. Hace tiempo que os enseñé la casa y… Bueno, nunca la vimos exactamente entera, ¿verdad? Pensé que os gustaría echar un vistazo.

Observamos la puerta normal y corriente, con la misma marca descolorida de la etiqueta de siempre.

—Pues, sí… —empecé—. Pero solo si tú…

Él asintió.

—Solo tenéis que girar el pomo y entrar.

—¿No tiene algún cerrojo secreto? —preguntó George—. Siempre asumí que habrías instalado un cepo inteligente. ¿Quizá una guillotina que baja en cuanto pones un pie dentro? ¿No? ¿Estaba dándole demasiadas vueltas?

—Me temo que sí. No hay nada. Confié en los dos, por supuesto.

Miramos la puerta.

—Sí, pero, Lockwood —dije de pronto—, son secretos por algo. ¿Y qué si tenemos curiosidad? Si no te sientes cómodo, no tenemos por qué saberlo.

La antigua sonrisa de Lockwood había vuelto. El relleno se iluminó.

—No pasa nada. Llevo un tiempo pensando en hacerlo. Al final nunca me decidía. Pero cuando la calavera empezó a susurrártelo, supe que había llegado el momento. Bueno, dejadme que haga yo los honores.

El fantasma era un mentiroso y un tramposo en muchos sentidos, pero también podía decir la verdad. Nos había dicho dónde estaban los documentos de Bickerstaff, aunque casualmente olvidó mencionar los espíritus que nos esperarían allí. En Kensal Green me había ayudado a entrar a las catacumbas y luego se rio alegremente cuando casi morí. En otras palabras: su discurso entrañaba peligro. Y había dicho la verdad sobre esta habitación.

Cuando Lockwood abrió la puerta, vimos que el interior estaba forrado con grandes franjas de hierro, atornilladas con cuidado a la madera. Estaban allí para bloquear el resplandor psíquico que ahora estallaba desde dentro.

Una pesada cortina cubría la ventana opuesta, amortiguando la luz del sol y oscureciendo el dormitorio. El aire era pesado e intenso y olía mucho a lavanda.

Al principio nos costó atisbar nada. Pero mientras George y yo permanecíamos en el umbral, empezamos a ver el brillo de las cadenas de plata que colgaban de las paredes.

Nuestros ojos se acostumbraron y observamos lo que había en la

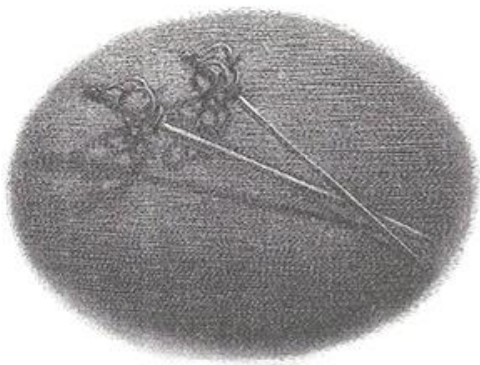
habitación. Y entonces sentí cómo el suelo se hundía bajo mis pies, como si de pronto estuviéramos en el mar. George se aclaró la garganta. Me agarré de su brazo.

Lockwood esperó detrás de nosotros.

—¿Tus padres?

Fui la primera en encontrar la voz.

—Casi —respondió Anthony Lockwood—. Mi hermana.



Glosario

* indica que el fantasma es de **tipo uno**
** indica que el fantasma es de **tipo dos**

Acechador*

Una clase de **fantasma** de **tipo uno** que se oculta entre las sombras, inmóvil y lejos de los vivos. Propaga una fuerte sensación de ansiedad y **miedo atroz**.

Acosador*

Un fantasma de tipo uno que siente curiosidad por los vivos y los sigue de lejos, pero sin acercarse. Los agentes que tienen el don de la percepción pueden detectar cómo arrastran los pies huesudos, además de oír sus suspiros y sollozos desolados.

Agencia de detección psíquica

Una empresa que se especializa en el control y la destrucción de **fantasmas**. En Londres hay decenas de agencias. Las dos más importantes (la agencia Fittes y la agencia Rotwell) tienen cientos de empleados. La más pequeña (la agencia Lockwood) tiene tres. La mayoría de las agencias están supervisadas por adultos, pero todas ellas dependen en gran medida de niños con fuertes *dones* psíquicos.

Alma en pena ****

Un **fantasma de tipo dos** que mantiene una forma aérea, delicada y transparente. Las almas en pena son prácticamente

invisibles, excepto por su tenue contorno y algunos detalles del rostro. Pese a su apariencia incorpórea, no es menos agresivo que los **espectros**, que sí son visibles. Al ser más difíciles de ver, son más peligrosos.

Ánima

Otro nombre genérico que se le da a los **fantasmas**.

Aparición

La forma que adopta un **fantasma** cuando se **manifiesta**. Las apariciones suelen copiar la forma de la persona fallecida, pero también pueden imitar a animales u objetos. Algunas son poco frecuentes. El **espectro** del reciente caso del valle de Limehouse se manifestó como una gran cobra verde y brillante, mientras que el infame terror de la calle Bell se ocultó tras la apariencia de una muñeca de trapo. La mayoría de los fantasmas, tanto los poderosos como los débiles, no quieren o no pueden alterar su apariencia.

Aura

El brillo o el resplandor propio de muchas **apariciones**. La mayoría de las auras apenas son visibles y pueden detectarse mirando de reojo. Las auras intensas y radiantes se llaman **luces fantasmagóricas**. Algunos fantasmas, como los **espectros oscuros**, irradian un aura negra, más oscura que la noche.

Bloqueo fantasmal

Un peligroso poder de los **fantasmas** de **tipo dos**. Puede tratarse de una ampliación del **malestar**. Las víctimas pierden su fuerza de voluntad y sienten una horrible oleada de desesperación. Los músculos se vuelven tan pesados como el plomo, lo que les impide pensar o moverse libremente. En muchos casos, terminan paralizados, esperando impotentes mientras el hambriento fantasma se acerca más y más…

Bomba de sal

Un pequeño globo de plástico lleno de **sal** que se lanza. El impacto hace que se rompa y la sal salga disparada en todas las

direcciones. Los agentes la utilizan para alejar a los **fantasmas** más débiles. Es menos efectiva contra entes con más fuerza.

Brillo mortal

Un rastro de energía que queda en el lugar exacto en el que murió alguien. Cuanto más violenta fuera la muerte, más brillo habrá. Los brillos más intensos pueden persistir durante muchos años.

Catacumba

Una cámara subterránea usada para los entierros. Nunca fueron tan habituales en Londres, y las pocas que existían se abandonaron por completo cuando estalló el **Problema**.

Catafalco

Un mecanismo hidráulico con el que bajaban los ataúdes a las **catacumbas**.

Corriente de agua

En la antigüedad, se observó que los **fantasmas** detestan atravesar las corrientes de agua. En la Gran Bretaña actual, este conocimiento suele usarse contra ellos. Una red de canales artificiales o arroyos en el centro de Londres protegen el principal distrito comercial. En menor escala, algunos propietarios han construido canales al aire libre junto a la puerta de sus casas, donde recogen el agua de la lluvia.

Cristal de plata

Un cristal especial a prueba de fantasmas usado para guardar **orígenes**.

Cúmulo

Un grupo de **fantasmas** agrupados en una zona pequeña.

Dama fría *

Un espectro gris, borroso y con forma de mujer. Suele llevar vestidos antiguos y se distingue fácilmente a lo lejos. Las damas frías emiten una potente sensación de melancolía y **malestar**, pero no suelen acercarse a los vivos. Véase también **novia**

flotante.

Defensas antifantasmas

Las tres defensas más importantes, en orden de efectividad, son la **plata**, el **hierro** y la **sal**. La **lavanda** también ofrece cierta protección, al igual que la luz del sol y las **corrientes de agua**.

Destello de magnesio

Un proyectil metálico con un sello de cristal rompible. Contiene magnesio, hierro, sal, pólvora y un artilugio para prenderlo. Se trata de una poderosa arma que las **agencias** usan contra los fantasmas más agresivos.

DICM

El Departamento de Investigación y Control Psíquico. Una organización gubernamental creada para abordar el **Problema**. El DICM investiga la naturaleza de los fantasmas, intenta destruir a los más peligrosos y controla las actividades de las muchas **agencias** de la competencia.

Doble **

Un tipo de **fantasma** extraño e inquietante cuya forma recuerda a una persona viva, normalmente algún conocido de quien lo ve. Los dobles no suelen ser agresivos, pero el miedo y la confusión que evocan son tan fuertes que la mayoría de los expertos los clasifican como espíritus de **tipo dos**, de modo que hay que tomar precauciones extremas.

Don

La habilidad de ver, oír o detectar a los **fantasmas**. Muchos niños, aunque no todos, nacen con cierto don psíquico. Las habilidades suelen desaparecer conforme crecen, aunque algunos adultos las conservan. Los jóvenes con dones más poderosos se unen a las **patrullas nocturnas**. Los que poseen un don extraordinario trabajan para las **agencias**. Las tres principales categorías de dones son la **visión**, la **percepción** y la **reminiscencia**.

Ectoplasma

Una sustancia extraña y variable de la que están hechos los **fantasmas**. Cuando está concentrado, el ectoplasma es perjudicial para los vivos.

Encuentro

Véase **manifestación**.

Escuálido **

Un **fantasma** raro y desagradable, que se manifiesta como un cadáver sangriento, sin piel, con los ojos salidos de las cuencas y una sonrisa que deja ver los dientes. No suele gustar a los agentes. Muchas autoridades lo califican como una variedad de **guardián**.

Espectro **

El **fantasma** de **tipo dos** más común. Un espectro siempre forma una **aparición** clara y llena de detalles, que puede llegar a parecer casi corpórea. Suele ser un eco visual riguroso de la persona fallecida, ya sea con su aspecto en vida o como cadáver. Los espectros son menos nebulosos que las **almas en pena** y menos espantosos que los **guardianes**, pero tienen comportamientos igual de dispares. Muchos se muestran neutrales o benévolos cuando se encuentran cerca de los vivos, pues quizá vuelven para revelar un secreto o corregir un error del pasado. Otros, sin embargo, son muy hostiles y tienen sed de interacción humana. Este tipo de fantasma debe evitarse a toda costa.

Espectro oscuro **

Un terrorífico **fantasma** de **tipo dos** que se manifiesta como una mancha de oscuridad que se mueve. A veces, la **aparición** apenas es visible en plena noche. Otras veces, se muestra como una nube oscura cambiante y sin forma, que se encoge hasta el tamaño de un corazón palpitante o se expande rápidamente para tragarse toda una habitación.

Espíritu aullador **

Un temido fantasma de tipo dos, que puede aparecerse

visualmente o no. Los espíritus aulladores emiten alaridos psíquicos terroríficos. El sonido puede llegar a paralizar de miedo a la persona que lo oye, provocando un bloqueo fantasmal.

Estoque

El arma oficial de los agentes que llevan a cabo investigaciones psíquicas. La punta de los estoques de **hierro** suele tener un revestimiento de **plata**.

Fantasma

El espíritu de una persona que ha muerto. Los fantasmas han existido a lo largo de la historia, pero, por motivos que desconocemos, ahora son más comunes. En términos generales, hay muchas variedades. Sin embargo, estas pueden agruparse en tres grupos principales (véanse **tipo uno, tipo dos y tipo tres**). Normalmente, los fantasmas permanecen cerca de un **origen**, que suele ser el lugar en el que murieron. Tienen más fuerza cuando oscurece, sobre todo entre la medianoche y las dos de la madrugada. Muchos pasan desapercibidos y no sienten interés por los vivos. Algunos son muy hostiles, aunque no es lo habitual.

Farola protectora

Una farola eléctrica que emite potentes haces de luz blanca para alejar a los **fantasmas**. La mayoría de las farolas protectoras tienen obturadores instalados sobre sus lentes de cristal. Estos dispositivos se encienden y apagan en intervalos durante toda la noche.

***Fétido* ***

Un **fantasma** de **tipo uno** que emite una espantosa miasma y un peligroso olor a putrefacción. La mejor forma de enfrentarse a él es quemando hojas de **lavanda**.

Frasco sellado

Un receptáculo de cristal de plata utilizado para guardar un origen activo.

Frío

La bajada drástica de temperatura que se produce cuando un fantasma anda cerca. Es uno de los cuatro indicadores habituales de una inminente **manifestación**, junto con el **malestar**, la **miasma** y el **miedo atroz**. El frío puede ocupar un espacio amplio o concentrarse en «rincones gélidos» específicos.

Fuego griego

Otro de los nombres que reciben los **destellos de magnesio**. Las primeras armas de este tipo se utilizaron contra los fantasmas durante la época del Imperio bizantino (o del Imperio griego), hace mil años.

Guardián*

Un **fantasma** de **tipo dos** peligroso. Los guardianes son parecidos a los **espectros** en cuanto a fuerza y patrones de comportamiento, pero su aspecto es mucho más aterrador. Sus **apariciones** muestran al difunto como un cadáver: demacrado, marchito, terriblemente delgado y a veces descompuesto y cubierto de gusanos. Los guardianes suelen aparecerse como esqueletos. Irradian un poderoso **bloqueo fantasmal**. Véanse también **guardián de la horca** y **escuálido**.

Guardián de la horca **

Un subtipo de guardián malvado que se encuentra en lugares donde hubo ejecuciones. El Viejo Cuellotorcido, que mató a tres agentes en los campos de Tyburn, es el guardián de la horca más famoso de todos.

Hierro

Una protección antigua y poderosa contra los fantasmas de todo tipo. La gente corriente protege sus casas con decoraciones de hierro y las llevan encima como protectores. Los agentes llevan **estoques** y cadenas de hierro, que utilizan para atacar y defenderse.

Icor

La forma más concentrada y espesa del **ectoplasma**. Quema muchos materiales y solo puede almacenarse dentro de objetos

fabricados con **cristal de plata**.

Lavanda

Se piensa que el fuerte olor de esta planta ahuyenta a los espíritus malignos. Por ello, mucha gente lleva espigas de lavanda seca en la ropa o las quema para liberar una intensa humareda. A veces, los agentes llevan tubos de agua de lavanda para utilizarlos contra entes de **tipo uno** poco poderosos.

Llamador de piedra *

Un **fantasma** de **tipo uno** desesperado y nada interesante. Lo único que hace es dar golpecitos sobre las piedras.

Luz fantasmagórica

Una luz escalofriante y sobrenatural que irradian algunas **apariciones**.

Malestar

La sensación de letargo y abatimiento que suele experimentarse cuando un **fantasma** se acerca. Los casos más extremos pueden derivar en **petrificación fantasmal**, una situación peligrosa.

Manifestación

Un suceso fantasmagórico. Puede implicar todo tipo de fenómenos sobrenaturales, como sonidos, olores y sensaciones extrañas, objetos que se mueven, bajadas de temperatura y **apariciones**.

Manual de Fittes

Un famoso libro de instrucciones para los cazafantasmas, escrito por Marissa Fittes, la fundadora de la primera **agencia** de detección psíquica de Gran Bretaña.

Marca de la horca

La piedra que se utilizaba como soporte en los postes de las horcas. Esta piedra suele permanecer en el lugar en el que tuvo lugar la ejecución mucho después de que la estructura de madera se haya podrido.

Miasma

Una atmósfera desagradable que aparece antes de una **manifestación**. A menudo implica olores y sabores molestos. Suele estar unida a una sensación de **miedo atroz, malestar y frío**.

Miedo atroz

Una inexplicable sensación de pavor que normalmente se experimenta antes de una **manifestación**. Suele ir acompañado de **frío, miasma y malestar**.

Mutilado **

Un **fantasma** de **tipo dos** hinchado y deforme que habitualmente tiene cabeza y torso humanos, pero sin brazos o piernas reconocibles. Junto con los **guardianes** y los **escuálidos**, son una de las **apariciones** más desagradables. Su visión suele estar acompañada de intensas sensaciones de **miasma** y **miedo atroz**.

Niebla fantasmagórica

Una neblina clara de color blanco verdoso que suele surgir cuando un fantasma se **manifiesta**. Puede estar formada por **ectoplasma**. Es fría y desagradable, pero no es peligrosa al tacto.

Nimbo **

Un tipo de **fantasma** de **tipo dos** cuya belleza engaña. Se manifiesta como un chico joven (o, en raras ocasiones, como una chica) que camina en el centro de una esfera de luz fantasmagórica fría y resplandeciente.

Novia flotante *

Un **fantasma** de **tipo uno** con aspecto de mujer. Es una variante de las **damas frías**. A las novias flotantes les suele faltar la cabeza u otra parte del cuerpo. Algunas buscan la extremidad perdida, mientras que otras la mecen o la sujetan con pena. Su nombre proviene de los fantasmas de dos novias de la realeza, decapitadas en el palacio de Hampton Court.

Operario

Nombre que recibe un agente de investigaciones psíquicas.

Origen

El objeto o lugar que permite a los **fantasmas** entrar al mundo.

Patrulla nocturna

Grupos de jóvenes, normalmente contratados por grandes empresas y ayuntamientos locales, que vigilan las fábricas, las oficinas y las zonas públicas cuando anochece. Los patrulleros nocturnos no tienen permitido utilizar **estoques**, pero llevan bastones con puntas de **hierro** para mantener a raya las **apariciones**.

Percepción

Uno de los tres **dones** psíquicos principales. Las personas con este tipo de **sensibilidad** pueden percibir las voces de los muertos, el eco de eventos pasados y otros sonidos sobrenaturales relacionados con las **manifestaciones**.

Petrificación fantasmal

El efecto que produce el contacto físico entre una persona y una **aparición**, provocado por los **fantasmas** más agresivos y letales. La petrificación fantasmal, que comienza con una sensación intensa y abrumadora de frío, se extiende por todo el cuerpo y adormece las extremidades. Los órganos vitales comienzan a fallar uno a uno. Poco después, el cuerpo se vuelve azul y empieza a hincharse. Sin una intervención médica urgente, puede ser mortal.

Pistola de sal

Dispositivo que lanza chorros de agua salada sobre una zona amplia. Un arma útil contra los **fantasmas de tipo uno**. Las **agencias** más grandes han empezado a utilizarlas más.

Plasma

Véase **ectoplasma**.

Plata

Una **defensa** importante y potente contra los **fantasmas**. La gente utiliza joyas de plata como **protección**. Los **estoques** de los agentes están revestidos de este material, que es fundamental para los **sellos**.

Poltergeist **

Un **fantasma** de **tipo dos** poderoso y destructivo. Los *poltergeist* lanzan fuertes ráfagas de energía sobrenatural que hacen que los objetos floten en el aire. No pueden **aparecerse**.

Problema, el

La epidemia de **fantasmas** que acecha actualmente al Reino Unido.

Protector

Un objeto, habitualmente hecho de **hierro** o **plata**, que se utiliza para impedir que los **fantasmas** se acerquen. Los protectores pequeños pueden colocarse en las joyas que lleve una persona, mientras que los grandes se colocan en las casas y pueden tener elementos decorativos.

Red de cadenas

Una red hecha de cadenas de **plata** entrelazadas, un tipo de **sello** muy versátil.

Reminiscencia

La capacidad para detectar ecos en objetos que han guardado una relación estrecha con una persona muerta o con una **manifestación** sobrenatural. Dichos ecos pueden ser imágenes visuales, sonidos u otras impresiones sensoriales. Uno de los tres tipos de **dones**.

Sal

Una **defensa** común contra los **fantasmas** de **tipo uno**. Es menos efectiva que el **hierro** o la **plata**, pero es más barata y se utiliza para proteger muchos hogares.

Sanatorio

Un hospital para pacientes con enfermedades crónicas.

Saqueadora de reliquias

Alguien que busca **orígenes** y otros artefactos psíquicos y los vende en el mercado negro.

Secta espiritista

Un grupo de gente que, por distintas razones, comparte un enfermizo interés por la aparición de los fantasmas.

Sello

Un objeto, normalmente de **plata** o **hierro**, diseñado para encerrar o tapar un origen, impidiendo que el **fantasma** se escape.

Sensible

Persona que ha nacido con un **don** psíquico excepcionalmente bueno. La mayoría de los sensibles trabajan en **agencias** o **patrullas nocturnas**, mientras que otros ofrecen servicios psíquicos sin enfrentarse realmente a los **visitantes**.

Sombra *

El típico **fantasma** de **tipo uno** y quizá el **visitante** más común. Las sombras suelen tener un aspecto corpóreo, al igual que los **espectros**, o aéreo y borroso, como las **almas en pena**. No obstante, carecen de la peligrosa inteligencia de estos entes. Las sombras parecen no ser conscientes de la presencia de los vivos y normalmente siguen un patrón de comportamiento fijo. Proyectan una sensación de aflicción y pérdida, pero rara vez se muestran enfadados o con alguna otra emoción intensa. Casi siempre adoptan una apariencia humana.

Tipo dos

La clasificación de **fantasmas** más peligrosos. Los espectros de tipo dos son más poderosos que los de **tipo uno** y muestran signos de inteligencia. Ven a los vivos y muchos intentan infligirles daño. Los fantasmas de tipo dos más comunes, en orden, son: **espectros, almas en pena** y **guardianes**.

Consúltense **espectro oscuro, doble, mutilado**, ***poltergeist*, escuálido** y **nimbo**.

Tipo tres

Una categoría de **fantasma** muy infrecuente. Marissa Fittes fue la primera en informar de su existencia y continúan siendo objeto de controversia. Presuntamente, pueden comunicarse con los vivos.

Tipo uno

La clasificación de **fantasmas** más comunes, débiles y menos peligrosos. Los entes de tipo uno rara vez reconocen su entorno y a menudo se encuentran atrapados en un patrón de comportamiento fijo y repetitivo. Algunos de los ejemplos más frecuentes son los siguientes: **sombras, acechadores** y **acosadores**. Véase también **dama fría, niebla parlante y llamador de piedra** y **Tom McSombra**.

***Tom McSombra* ***

Término londinense para referirse a un **acechador** o a una **sombra** que vaga cerca de puertas, arcos o callejones. Un **fantasma** urbano y cotidiano.

Toque de queda

Como respuesta al **Problema**, el Gobierno británico impuso toques de queda nocturnos en muchas zonas habitadas. Durante el toque de queda, que empieza poco después del anochecer y termina al alba, se recomienda a la gente corriente permanecer en casa, donde están protegidos por sus **defensas**.

***Trémulo* ***

El **fantasma** de **tipo uno** más difícil de detectar. Los trémulos solo se manifiestan como haces de luz fantasmagórica que flotan en el aire. Pueden tocarse o atravesarse sin que inflijan ningún tipo de daño.

Visión

La habilidad psíquica de ver **apariciones** y otros fenómenos

fantasmagóricos, como los **brillos mortales**. Uno de los tres tipos de **dones** psíquicos.

Visitante

Un **fantasma**.

Jonathan Stroud comenzó escribir sus primeras historias a los 7 años. Su principal fuente de inspiración fue Enid Blyton, y su obra de *Los Cinco*. Después de terminar sus estudios de literatura inglesa en la Universidad de York, trabajó en Londres como editor de libros para niños. Durante la década de los 90 empezó a publicar sus propios trabajos y cosechó rápidamente un gran éxito.

En mayo de 1999, Stroud publicó su primera novela «Buried Fire» que daba comienzo a la carrera de Jonathan como escritor. Entre sus obras más destacadas se encuentra la *Trilogía de Bartimeo*. Una característica especial de estas novelas, comparadas con otras de su mismo género, es que el genio protagonista, Bartimeo, voltea los estereotipos de "mago bueno" y "demonio malo" debido a que la saga describe una versión alterna del mundo moderno en el cual los acontecimientos perversos son llevados a cabo por magos corruptos. Los libros en esta serie son *El amuleto de Samarkanda, El ojo del Golem, La Puerta de Ptolomeo* y *El anillo de Salomón*. Otro libro

del autor es *Los doce clanes*.

Jonathan Stroud vive en St. Albans, Hertfordshire, con su hija Isabelle y su esposa Gina, ilustradora de libros para niños.